CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

3



• STA·CLARA •
• DETALLE DEL CORO • CONVENTO D. STA·CLARA •
• QUERETARO • QRO •

QUERETARO

antiquísima ciudad de Querétaro, que tocan las líneas de los Ferro-rriles Nacionales, por lo cual es fácil visitarla, ya que se dispone de ez trenes diarios a la capital de la República, cuenta entre sus tesoros tísticos, especialmente de arquitectura eclesiástica, el bellísimo Con-nto de Santa Clara, fundado en 1607. Uno de los ejemplares más her-osos del arte de Churriguera, que existen en el país, Santa Clara ofrece característica de que no obstante que el insigne Tres Guerras reedificó rte del exterior, no tocó el interior, que se conserva en todo su es-endor. Si no hubiera infinidad de ejemplares arquitectónicos más, nta Clara sola ameritaría la visita a la histórica capital del Estado de igual nombre.



Belmont

. . . PARA LOS FUMADORES DIFICILES

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3 Mayo-Junio de 1943 Vol. IX

INDICE

Págs.

DIMENSION IMAGINARIA

VIAJES PRESIDENCIALES

Los dirigentes de los pueblos dan hoy a todos la pauta. Para conocerse es preciso tratarse. Para tratarse, entrar en comunicación. En este último año se ha efectuado un trasiego nunca visto de Presidentes de los distintos países de América, que ha culminado con la visita cambiada entre sí, estos días, por Avila Camacho y Roosevelt. Un nuevo concepto de solidaridad basada en el mutuo entendimiento parece que se halla en trance de nacer de estas operaciones civiles que en América es de esperar produzcan frutos menos aborrecibles para los vivientes que las militares del tanque y del cañón.

En la sabiduría de los Jefes han de mirarse los administrados. Para conocerse es preciso tratarse. Para tratarse, viajar. He aquí la consigna que frente a la catástrofe totalizada lanza en América la sanidad de las naciones. Cuando la ciega pugna de intereses ha producido la situación espantosa que prevalece hoy en el orbe, el discreto ha de decirse que no existe dinero mejor empleado que aquel que sirve para entrar en comunicación con el mundo circundante, con los hombres junto a quienes se convive, suprimiendo las distancias que dan cuerpo al rencor. Quienes aspiren a ser ciudadanos del mundo, si han de estar a la altura de las circunstancias, deben hoy reservar una partida fija de su presupuesto, por modesto que sea, a desplazarse periódicamente, a sostener esta que pudiera llamarse *industria de la paz*. Una partida tan imprescindible, hasta cierto punto, como la renta de la casa en que se habita. ¿No es acaso el mundo la casa de todos y conocerlo —lujo hasta hace poco— no va ya convirtiéndose en artículo de primera necesidad? En esta era dinámica trasladarse de un sitio a otro constituye en el fondo una operación, una cooperación, de higiene, lo mismo en el terreno de la salud internacional que en el interior de los países e incluso que en el propio de cada individuo, sin olvidar el de sus negocios personales. ¿Pues qué cosa más útil para la buena marcha de cuanto nos concierne que el estímulo que sobre la imaginación del viajero ejerce el favor del viaje con sus distracciones y solaces imprevistos? A su modo y cuando no existían aviones ni trenes ni automóviles, lo decía hace siglos la sabiduría del pueblo: para aprender, viajar o leer. A lo que en este Continente pacífico añadiríamos bajo el ejemplo de nuestros Presidentes: para americanizar, viajar.

F. L. S.



CUADERNOS AMERICANOS

AÑO II VOL. IX

3

MAYO - JUNIO

1943

MÉXICO, 1º DE MAYO DE 1943

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA, 96 • MEXICO, D. F.

SUMARIO

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de

FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. C. L.

Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

LA TRAHISON DES CLERCS

Por *Angel* OSSORIO

HABLO con uno.

—¿Dónde va usted? —le pregunto.

—Voy a la cena del P. E. N. Club.

—¡Ah! Pero ¿todavía existe eso?

—Claro que sí.

—¿Y quiénes van ustedes?

—Los de siempre, como indica el título. Poetas, ensayistas, novelistas. . .

—Bien. ¿De qué color?

—¿Cómo *de qué color*?

—De qué color ideológico. Más claro. ¿Van fascistas?

—Allí no se pregunta a nadie lo que piensa en política. Son gente de letras y eso basta.

—Luego van fascistas.

—Naturalmente.

—¿Y liberales con ellos?

—Muchísimos.

—Quedo enterado.

Hablo con otro.

—¿Quiere usted que almorcemos juntos?

—Imposible. Tengo que asistir al homenaje en honor del catedrático de obstetricia, con motivo de sus bodas de plata.

—Si no recuerdo mal, ese profesor es un furibundo totalitario.

—¡Ya lo creo! Es uno de los jefes del movimiento.

—¿Y van a honrarle también los profesores demócratas?

—¡Qué cosas tiene usted! ¡Pues claro que vamos!

—No lo entiendo.

—Porque usted vive con la obsesión política. ¿Qué tiene que ver el totalitarismo con la ciencia? Nosotros festejamos al científico y nada más.

Hablo con un tercero.

—¿Qué es de tu vida? No te veo hace tiempo.

—Estoy ocupadísimo. He fundado una revista literaria con Mengánez, tenemos los dos muchas ilusiones y trabajamos sin levantar cabeza.

—Me parece que Mengánez es un nazista muy destacado.

—¡Menudo! Dirige una escuela de adiestramiento de las juventudes y anoche mismo pronunció un discurso horroroso.

—Entonces ¿tú has dejado de ser liberal?

—¿Yo? Más liberal cada día.

—¿Y cómo puedes asociarte y entenderte con tal personaje?

—Pareces tonto. Una cosa es la política y otra el negocio editorial. ¡Bueno fuera que por diferencia *de partidos* no pudiéramos trabajar juntos en lo que nos es común!

Después de sostenidos estos tres diálogos, viene fulminantemente a mi memoria un libro inmortal: LA TRAHISON DES CLERCS.

¿QUÉ habrá sido de Julien Benda? Habrá muerto o estará expatriado. Lo seguro es que no se hallará en París con la tranquilidad y la libertad precisas para escribir otro libro como aquel.

¿Y qué dirá del terrible, del espantoso acierto de sus predicciones? Benda veía en el intelectual una fuerza motriz del espíritu, por encima de los programas, de las ideologías y de las patrias. Su función era inmensa y puramente teórica. "No han podido evitar que los profanos llenen toda la historia con el ruido de sus odios y matanzas, pero les han impedido convertir en religión tales movimientos y creerse grandes cuando trabajaban por llevarlos a cabo. Gracias a ellos puede decirse que durante dos mil años la humanidad hacía el Mal, pero honraba el Bien".

He ahí una distinción profundísima y esencial para la dignidad humana. El hombre era malo y realizaba el mal, pero su conciencia le acusaba y él negaba hipócritamente haber ejecutado el acto punible. Hoy no. El hombre que roba proclama haber robado y escribe una obra en cinco tomos elevando el robo a magna institución social.

No se crea que bromeo. Desde que en el mundo existen elecciones políticas los Gobiernos han practicado el fraude, pero le han negado siempre y han porfiado que sus elecciones eran purísimas, indiscutibles. Ahora ha cambiado la mecánica y ha brotado muchedumbre de oradores, tratadistas y dogmatizantes que confiesan orgullosos sus manejos fraudulentos y sostienen que son indispensables para el bien de los pueblos y que las sociedades no tendrían orden ni medios de vida si se respetase a los ciudadanos su libertad electoral.

Guerras hubo siempre, mas los Emperadores que las fraguaban justificaban su belicosidad con pretextos más o menos imaginarios: vengar un agravio, reivindicar un territorio, buscarse un mercado indispensable, etc. ¡Pero ellos amaban la paz y no deseaban sino la ocasión necesaria para lograrla! Las posiciones no son iguales al presente. Los déspotas actuales sostienen que el estado natural del hombre es la guerra, que la guerra es la máxima delicia de la Humanidad y que es despreciable el pueblo que no viva por la guerra y para la guerra. Y como hay intelectuales puestos al servicio de doctrinas tan monstruosas, resulta hoy lo contrario de lo que Benda señalaba: se practica el mal y se le honra.

Lo que indignó a Benda fué que los intelectuales pusieran la patria por encima del espíritu; fué ver que en nombre del patriotismo se negaba el derecho a la libre crítica; fué advertir que ponían ese amor a una cosa noble pero terrena, por encima de los postulados de la justicia y la verdad; fué señalar que mezclaban la pasión política con sus actividades de artistas; fué comprobar que prodigaban el apoyo a lo particular ahogando el sentido de lo universal; fué reparar que se adherían a lo práctico y re-

bajaban la reverencia a lo ideal; fué el degradar las excelsitudes del alma a las tosquedades humanas de Nietzsche, de Barrès y de Sorel; fué, específicamente, contemplar que los católicos instalaban su nacionalismo por encima de su religión; fué recordar que Napoleón encargaba que se escribiera la Historia con arreglo a las conveniencias de su trono; fué mirar que se anatematizaban instituciones fundadas en la libertad; fué, sobre todo, leer aquel manifiesto del Partido de la Inteligencia que en 19 de julio de 1919 firmaron cincuenta y cuatro escritores franceses, poniendo el nacionalismo delante de todo y queriendo organizar un mundo sobre la égida de un nacionalismo francés victorioso. Permítaseme sospechar que los que entonces pensaban así estarán ahora al lado de Pétain, a título de patriota heroico.

Benda tenía razón. Ese sentimiento de la adoración patriótica, del fervor nacionalista (oriflamas, banderas, himnos, desfile de tropas) estará bien y quizá sea necesario para el vulgo, para el hombre corriente y moliente de las frases hechas, de los conceptos manidos, de palpitaciones estereotipadas. Pero el intelectual o existe para sobreponerse a eso o no tiene razón de existir.

¿Amar a la patria? ¡Claro que sí! ¿Cómo negar esa tendencia impulsiva, arraigada en tan poderosos motivos de raza (suponiendo que perduren las razas), de historia, de tradición, de economía, de carácter? Hay que amar a la patria, pero ese cariño ha de tener un sentimiento razonado, subordinado y secundario. No puede ser cosa primaria, definitiva, irreflexiva.

Los patriotas suelen prodigar un símil muy bonito, que a ellos les conmueve. "A la patria —dicen— hay que amarla como a los padres: con razón o sin razón". Precioso. Pero a mí nunca me ha convencido. Si un padre apalea a su esposa, corrompe a su hija, crea familias irregulares, se juega la fortuna, se embriaga, escandaliza, deshonra el hogar, ¿quién podrá exigir a su hijo que le ame lo mismo que a un padre honesto, ejemplar, sacrificado? No. Ni nadie puede exigírselo ni él lo hará. Por ley de sangre tolerará a su padre más que a un extraño, sopor-

tará, disimulará, pero al cabo se rendirá ante la evidencia y dirá: "mi padre es un mal hombre; no puedo amarle".

Lo mismo ocurre con la patria. Se la ama por buena, por generosa, por noble, por desventurada. Pero ¿cómo se ha de amar a una patria que roba y viola las patrias extrañas que martiriza a sus propios hijos, que practica el engaño, la doblez, la inmoralidad? Si todo eso lo hace un tirano, aherrojando a su propio pueblo, se amará a la patria por ser la primera víctima del execrable proceder; pero si son todos los hombres de esa patria quienes, gozosos, desarrollan tal política y se recrean en el Mal y se lucran con él y ríen sus propias canalladas, la patria no podrá ser amada sino execrada y aborrecida.

Los intelectuales son los que deben mantener ese distingo. Por su calidad de intelectuales viven un palmo más arriba que sus compatricios y son sus guías y conductores. Por encima de la patria están las razones supremas de la vida: la Libertad, la Justicia, la Belleza, el Humanismo. Hay que pelear para que la patria sirva esos ideales a costa de todo. ¿Los sirve? Pues ¡viva la patria! ¿Los niega y contradice? Pues ¡muera la patria!

Suponed que un Gobierno dice un día: "seremos ricos y poderosos con sólo que acertemos a matar tres millones de hombres pacíficos e inofensivos que ocupan la tierra de al lado". Naturalmente, los banqueros, los comerciantes, los militares y, probablemente, los sacerdotes, gritarán: "¡A matarlos! ¡Viva la patria!" Pero ¿qué dirá el intelectual? ¿Cuál será su deber? ¿Sumarse a la vocinglería estrepitosa y entonar himnos para que sus hermanos esgriman los fusiles y los cuchillos? No, sino todo lo contrario. Defender el derecho de los vecinos inermes, gastar las fuerzas para que la patria no se deshonre, velar por las vidas ajenas, mantener encendida la antorcha del respeto a la Humanidad. Y si fracasa en este empeño y ha de darse fatalmente por vencido, gritar con valentía ¡abajo mi patria!

Duro deber, sin duda. Por eso no puede exigírsele más que a hombres selectos: a los intelectuales.

Siendo yo muchacho, perdimos los españoles nuestras últimas colonias: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Recuer-

do cómo toda la intelectualidad actuó en nacionalista, y derrochó coplas y endechas y vitoreó a los regimientos e insultó a cuantos pudieran oponer el menor reparo. ¡Oh, qué días gloriosos! Sobraban los dedos de una mano para contar los malditos *enemigos de la patria* que anhelaban soluciones justicieras (Pí Margall, Maura...) ¡Con qué alegre orgullo llamábamos tocineros a los norteamericanos! ¡Qué regocijo desbordante el día de la muerte de Maceo! ¡Qué mañana luminosa aquella del fusilamiento de Rizal!

Eso era servir a la patria según el concepto intelectual. Para la conducta indigna y para la humillante derrota exhibieron su inspiración los intelectuales.

Ahora, pasado casi medio siglo, si se recuerda el caso nos tapamos la cara y rezongamos ¡qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

Tiene Julien Benda toda la razón.

PERO lo de entonces era *peccata minuta*. Total, que unos emperadores ambiciosos querían adueñarse de unos territorios o que unas colonias apetecían. ¡Bah! La prostitución de los intelectuales era por cosa de poca monta. Claro que eso destacaba más su cobardía, pero el rendimiento no era demasiado trascendental.

¿Y hoy? Lo de hoy es muy distinto. La materia del pleito actual es el Hombre: que el Hombre exista o deje de existir. En eso es en lo que están transigiendo los intelectuales: en su propia existencia.

Supongamos que uno de nuestros amigos se encuentra a otro sujeto y éste le dice:

—Sabrás que tengo un programa.

—¿Me lo puedes decir?

—Sí. Mi programa es asesinar a tu madre.

¿Qué hará nuestro amigo? ¿Se marchará a cenar con el proponente? Parece repugnante admitirlo. Pues, sin embargo, la persona con quien de veras tropieza hoy, le dice:

—Mi programa es asesinar a tu padre y a tu madre, a ti, a tu mujer, a tus hijos y a todos tus compatriotas.

Mi programa es robarte tus bienes. Mi programa es invadir tu patria y someterla a mi dominación. Mi programa es que los pocos hombres que yo deje vivos sean mis esclavos, vayan con una argolla al pie, hagan oficios de bestias y sepan que les mataré en cuanto intenten hacer uso de su cerebro, de su corazón o de su voluntad. Mi programa es establecer una ley de razas y a las que no sean de la mía, por millones enterrarlos vivos, tirarlos al mar o asfixiarlos en los trenes. Mi programa es exterminar con preferencia, no a los soldados que luchan contra mí, sino a los niños de las escuelas, a los enfermos de los hospitales, a las madres afligidas, a los ancianos impotentes. Mi programa es negar a Dios, no porque yo crea que no existe ninguno, sino porque —entérate de una vez, bobo— ¡Dios soy yo!

De modo que el programa consiste en negar al hombre la libertad y la personalidad, la familia y la patria, el pensamiento y el corazón, los bienes y la cultura, el hoy y el mañana.

Y, sin embargo, mis amigos se disponen a comer con ese monstruo, a festejar sus bodas de plata, a redactar con él una Revista, porque no se trata de política... porque, al cabo, somos todos intelectuales... porque el negocio es el negocio... porque no hemos de estar incomunicados toda la Eternidad...

Con esto, el monstruo ya no será monstruo, pues alegará que parten su pan y le saludan y hablan con él los pensadores, los científicos, los literatos. ¡Y éstos serán los verdaderos monstruos! ¡Y éstos responderán de la obra del monstruo ante la Humanidad y ante la Historia!

Y los que hoy hayan quedado limpios de la mugre podrán decirles lo que Azaña dijo una vez en el Parlamento a un político tránsfuga y sinvergüenza:

—Si su Señoría no ha perdido más que la memoria, permítame ruborizarme en su nombre.

¿Qué es esto? ¿Estupidez? Parece demasiada. ¿Codicia? No hay oro en el mundo para pagar tan grande abyección. ¿Miedo? Es lo más probable, pero también excede de lo racional.

Los motivos serán los que sean, pero el fenómeno es, una vez más... *la trahison des clercs.*

ENTONCES ¿qué? ¿Odio?

Sí, sí, sí. Odio resuelto, decidido, indomable, frenético. Es la vida entera, el porvenir del mundo, la dignidad humana lo que los intelectuales llevan entre sus manos. Y para defender tan sagrado depósito hay que arriesgarlo todo, jugárselo todo.

Millones y millones de hombres están muriendo en la tierra, en el aire, en el mar, convencidos de que dan sus vidas por la libertad humana. ¿Y los demás vamos a andar pacíficamente fraternizando con los verdugos, estrechándoles la mano, sentándonos con ellos en la mesa del café?

Adviértase una cosa. Quienes verdaderamente vamos a decidir la guerra somos los hombres de paz. Supongamos que los aliados ganan la batalla definitiva y aplastan a los totalitarios. Bien. Pero si, luego recibimos a éstos en la mesa de la Paz y continuamos tratándolos y ovacionando a uno porque es músico y coronando de laurel al otro porque es filósofo y agasajando al de más allá porque es poeta y encargando trabajo a un cuarto porque es escultor... todo se habrá perdido, el triunfo militar no habrá servido para nada y dentro de otros veinte años una nueva selección de miserables volverá a pasar a cuchillo a la Humanidad.

Pero ¿y la Ciencia? —me dirán algunos buscavidas.

Déjenme en paz de la Ciencia y del Arte y de la Cultura toda. Al punto que han llegado las cosas, nuestro enjuiciamiento tiene que ser más primario, más riguroso... y más cruel.

—He aquí un hombre que hace magníficos endecasílabos.

—Bien, pero, además de endecasílabos, como poeta, ¿qué ha hecho como hombre? ¿Matar a sus semejantes? ¿Fabricar bombas para aviones? ¿Invadir pueblos? ¿Estrangular judíos? ¿Fusilar rehenes? ¿Amanillar prisioneros de guerra? ¡Pues váyase al Infierno con sus endecasí-

labos maravillosos, aunque valga más que el Dante y que Lope. Porque cuando se trató de defender o destruir la Humanidad él se puso contra el Hombre y trabajó para deshonrarle y esclavizarle. El enemigo del Hombre no merece vivir entre los hombres. ¡Al Infierno, al Infierno! Y con él los químicos y los historiadores y los médicos y los economistas. Todos, todos los que traicionaron la ley humana y la ley de Dios. ¡Ah! Y los jurisconsultos antes que nadie, porque si los demás han sido traidores genéricos, ellos lo han sido genéricos y específicos.

Puede que haya por el mundo algún verdugo que escriba versos, pero nadie le saludará como poeta sino que se le escupirá como verdugo. Y si eso se hace con el pobre diablo que ha ejecutado a media docena de hombres por ganar unos céntimos ¿cómo se tendrá conducta distinta con los que han matado los hombres por millones para hacerse ellos riquísimos y omnipotentes?

Odio, sí. Odio inagotable, nutrido desde el fondo del corazón, sordo a la piedad, vengativo, colérico, iracundo, inextinguible. Ha corrido demasiada sangre, se han destruído demasiadas cosas, se ha padecido excesivamente en todos los órdenes, para acabar ahora trayendo a colación la mesura, la discreción, la convivencia, los buenos modos.

Ya los hemos padecido hasta asfixiarnos. Más Chamberlain, no. Más Blum, no. Más Munich, no... Más guerra de España, no.

Ya oigo a mis contradictores. ¿Cree usted que se ha de vivir indefinidamente así? ¿Una y otra y veinte y cien generaciones han de alentar odiándose? ¿Las matanzas alternativas han de ser la fórmula de subsistencia del género humano?

No. No quiero eso. Pero la situación no tiene más que un remedio: que los culpables renuncien a sus crímenes y pidan perdón a las víctimas. Estas decidirán lo que deben hacer en tal caso. Y puede que perdonen.

Pero empezar las cosas al revés, es decir, continuando los totalitarios su política de exterminio y prodigando los sentenciados a muerte sus sonrisas, sus palmaditas en el

hombro, asistiendo a sus comidas y festejos, reputándolos buenos hermanos... ¡vamos, hombre!

Tenemos de esa táctica estúpida enseñanza suficiente. La practicaron todos los políticos europeos y americanos, con el rótulo del apaciguamiento, y los resultados a la vista están. ¿Apaciguamiento en Corfú? Invasión de Etiopía. ¿Inaplicación de las sanciones por lo de Etiopía? Invasión de España. ¿Destrucción de España? Aniquilamiento de Austria. ¿Perdón por lo de Austria y pacto de Munich? Trituración de Checoeslovaquia. ¿Dispensa de lo de Checoeslovaquia? Invasión de Bélgica, Holanda y Francia. ¿Pacto amistoso rusogermano? Brutal acometida a Rusia. ¿Tibieza en Estados Unidos? Agresión incalificable del Japón. Pero, por lo visto, no hay todavía aleccionamiento suficiente. Importa seguir compartiendo los manteles con los totalitarios para que no se nos califique de intransigentes.

La terminante lección española no es menos expresiva. Condenado a muerte en el Tribunal Supremo de Justicia el General Sanjurjo por su sublevación de 1932, el Presidente Azaña le indulta en una hora. Alguna parte tuve yo en aquel gesto. ¿Respuesta? El General Sanjurjo es el jefe de la repulsiva traición militarista de 1936.

El Gobierno Negrín, para dar una muestra de condescendencia y conmover a las demás naciones, disuelve temerariamente las brigadas internacionales, que abandonan las armas llorando. ¿Respuesta? Se aumenta la invasión italogermana de nuestra patria y se multiplica el bombardeo de sus ciudades indefensas.

El noble Presidente Azaña lanza al viento sus tres famosas palabras: ¡paz, piedad, perdón! Yo mismo, recién acabada la guerra, perpetro la memez de pronunciar dos veces una conferencia rotulada "La Tolerancia", para ahuyentar de nuestras almas el torcedor vengativo. ¿Respuesta? Cuatro años han pasado de la victoria fascista y el Gobierno español cuenta por miles los hombres fusilados y por cientos de miles los encerrados en presidios y campos de concentración y forcejea con el Gobierno francés para que le entregue los políticos refugiados y fusilarlos también.

Esta es la realidad que nadie puede desconocer. Y en vista de ella, se nos invita a sostener este diálogo:

—¿Sabe usted que han fusilado al católico insobornable e incorruptible Manuel Carrasco Formiguera?

—No importa. Paz, piedad, perdón.

—¿Sabe usted que han fusilado a Julián Zugazagoitia, que no perpetró otro delito sino elevar a muy alto nivel las letras socialistas?

—No se preocupe. Paz, piedad, perdón.

—Pero es que junto a él han fusilado al modesto redactor de EL SOCIALISTA, Cruz Salido, periodista y nada da más.

—Bueno, bueno. Paz, piedad, perdón.

—Y también han fusilado al santo Luis Companys, Presidente de la Generalidad de Cataluña.

—Déjelo estar. Paz, piedad, perdón.

—E igualmente acaban de fusilar al ex ministro Juan Peiró.

—Pues... paz, piedad, perdón.

—Y hay el ciego empeño de arrancar de Francia al sabio helenista Luis Nicolau d'Olwer, para fusilarle igualmente.

—Mire usted, no tengo tiempo de oír sus quejas. He de ir a cenar con los totalitarios en una fiesta literaria. ¡No querrá usted que me pase la vida odiando!

¿Hasta cuándo, Dios mío? ¿Hasta cuándo y para qué? ¿Es que no nos damos cuenta de que cada vez que saludamos a un fascista, facilitamos la muerte de cien liberales?

El ejemplo de los judíos es bien categórico. Nada han hecho esos pobres judíos a los jefes totalitarios, sino rendirse ante ellos amedrentados. Y ahora, al cabo de ocho o diez años de tragedia, se acuerda, como medida de Gobierno, extinguirlos a todos con salvaje y vesánica ferocidad.

¿Para que están en el mando los intelectuales? ¿Para revolverse contra eso o para transigir con eso?

Deploro con todas mis potencias y sentidos que las cosas sean así. Pero así son. Cuando mis enemigos se arrepientan y pidan perdón, se me presentará el conflicto moral de si debo o no debo perseverar en mi encono. Pero

mientras mantengan su posición, toda transigencia con ellos es una indignidad, una vergüenza y un crimen.

TODAVÍA ¡oh intelectuales! os espera otra prueba tremenda en el cumplimiento de vuestros deberes. Convendrá que estéis preparados.

Si ganan los aliados (lo cual, desgraciadamente, todavía está por ver) ocurrirá el fenómeno que otras personas más sagaces que yo han atisbado y es que habrán ganado *las democracias*, pero no *la democracia*. Triunfante Rusia (la heroica, la ejemplar, la magnífica Rusia) todos los pueblos reaccionarán no en un sentido comunista que allí jamás existió, sino en el de una tiranía soviética, que es lo que positivamente allí se da. Y frente a ese suceso, Inglaterra y Norteamérica vindicarán su tradición capitalista y se esforzarán en aplastar no ya a los comunistas, que serán muchísimos, sino a todos los liberales, a quienes llamarán comunistas, como nos han llamado a los españoles desde 1936. Y se esforzarán en imponer en cada país un Gobierno que, titulándose anticomunista, será en esencia antiliberal.

Las pruebas abundan. Ministros y diplomáticos fascistas siguen actuando en esos países. Franco, totalitario, los insulta sin rebozo y a Franco le adulan y sostienen. Y en todos o casi todos los países americanos que se parten el pecho por defender la Libertad contra Hitler, sigue predominando un régimen interior perfectamente tiránico. ¿Dónde están la Libertad y la Democracia? ¿En Brasil? ¿En Perú? ¿En Ecuador? ¿En Guatemala? ¿En Santo Domingo? ¿En Puerto Rico? El que tenga oídos, que oiga y el que tenga ojos, que vea.

Si el porvenir es como yo le adivino y le prevengo ¿qué posición adoptaréis los intelectuales? ¿Vivir con todos? ¿Ser indiferentes? ¿Decir que vuestro pensamiento y vuestras profesiones no tienen que ver con las *menudencias* políticas? ¿Partir los piñones con los soviéticos y con los fascistas? Pensad bien que si seguís esa línea ella implicará vuestra ineficacia, vuestro deshonor y vuestro acabamiento.

No podéis marchar por semejante vericueto, aunque os parezca cómodo y provechoso. Vuestro deber es ser superiores a esas miserias. El intelectual existe ante todo, por encima de todo, para defender la libertad del espíritu. Si toleráis el espíritu esclavo, si paseáis y vais al cine y charláis y reís con los que le esclavicen, de nada servirá que dominéis la arqueología, la química o el pentágrama. Seréis para la Humanidad y para la Historia. . . *traîtres clercs*.

Si un día os piden perdón los vampiros de este apocalipsis, considerad si debéis dejar manar los torrentes de la generosidad porque ello ya sería lícito. Mas en tanto no ocurra eso, mantened la dignidad de vuestra oposición, aunque con ello vayáis al sacrificio. Y si alguien ingenuamente os repite la fórmula de:

—Paz, piedad, perdón,

contestad con esta otra:

—¡Ira, cólera y odio!

PERO eso —me preguntarán— ¿lo puede decir un cristiano?

Vamos a cuentas, aunque confieso que con grandes inquietudes de conciencia. Repárese, ante todo, que yo no he hablado todavía de matar, de aprisionar, de torturar a nadie. Este artículo va exclusivamente encaminado a denigrar a aquellos intelectuales que se prestan a tratar como hombres a los que son bestias sanguinarias o sujetos repulsivos que se venden a los tiranos. No he dicho más.

Pero haré concesiones. Suponed que yo pido el castigo material, físico, para los seres demoníacos que están hoy destruyendo el mundo. ¿Puede un cristiano querer eso? Entiendo que sí. Y no voy a argumentar con Teología, en la que creo poco, sino con sentido común.

Dios dijo: "no matarás", "no hurtarás", "no mentirás", "no desearás los bienes ajenos". Y cuando unos hombres mienten, hurtan, matan, se apoderan de los bienes ajenos, ¿qué se hará con ellos? ¿Dejarlos en paz? ¿Considerarlos? ¿Tratarlos afectuosamente, borrando toda indiferencia entre los malos y los buenos? Entiendo que no. Establecida por ley divina la responsabilidad de los actos personales, el bueno merecerá premio y el malo merece-

rá castigo. La impunidad de los crímenes es lo único que Dios no puede tolerar, porque entonces no habría establecido una ley moral. Hay, pues, que castigar las maldades.

—Ya las castigará Dios en la otra vida— puede que me objeten.

No. El castigo tiene que ser terreno. Por una razón sencilla y es que Dios no creó al hombre como ente selvático sino como ser sociable. La sociabilidad está impuesta por ley de la naturaleza. ¿Y cómo habrá sociabilidad si nadie en el mundo tiene derecho de reprimir al asesino y al ladrón, al violador y al incendiario, al falsario y al que abusa de su poder? O la sociedad es negada y deshecha o en el mundo tiene que haber una ley ordenadora y unos hombres que la apliquen. ¿No será esto parte esencial del patrimonio del César que Cristo tuvo tan buen cuidado de respetar?

En los Evangelios se lee: "Habréis oído que se dijo a vuestros mayores "no matarás" y que quien matare será condenado a muerte en juicio". Luego hay juicio, hay Tribunal que le sustancie y hay pena de muerte para los asesinos y homicidas.

Y también dicen los Evangelios: "Componte luego con tu contrario, mientras estás con él todavía en el camino; no sea que te ponga en manos del juez y el juez te entregue en las del alguacil y te metan en la cárcel". Luego hay jueces y alguaciles y cárceles y a ellas van los que se apropian bienes de otro.

Cosas éstas perfectamente compatibles con las de perdonar los agravios, amar al prójimo, poner la otra mejilla, etc.; porque al sujeto privado se le puede recomendar la paciencia, la mansedumbre y aun el sacrificio, mas ello no significa la impunidad de los delitos, que Cristo confía a los Tribunales, a los jueces, es decir, al César. El hombre puede afrontar hasta el martirio, pero si la sociedad ha de subsistir es inevitable que los infractores del Derecho sean castigados.

Si no fuese así, la Iglesia tendría como precitos y funestísimos a los jueces, magistrados y fiscales, y prohibiría la adopción de tales oficios y excomulgaría a quienes



POSADA. Corrido del fin del mundo.



Crepúsculo del Fusiyama.

los ejerciesen. Muy lejos de hacerlo así, la Justicia terrenal es una de las potestades miradas con mayor simpatía por las Iglesias, y en una gran parte de los Tribunales de la tierra es la efigie de Cristo quien preside las deliberaciones y las condenas.

El Tribunal que actúe mañana no puede ser otro sino el pueblo. El pueblo sangrante, crucificado. Porque si se espera la justicia de Ministros y Embajadores, Generales y Obispos ¡lucidos estamos! Ya nos podemos ir preparando para la guerra nueva. Caso Franco. Caso Darlan.

Sólo el pueblo puede dar la medida y la efectividad de la punición. ¿Cuántos años llevará sufriendo el día de la paz? ¿Cuatro? ¿Seis? ¿Ocho? Pues dénsele otros cuatro, seis u ocho de reparación. Y aun será poco.

Creo, pues, que estamos dentro de la ley de Cristo quienes pedimos el castigo de los seres bárbaros, ambiciosos, codiciosos, sanguinarios, ladrones, desenfrenados, desalmados, blasfemos, prostituídos, que han corrompido el mundo y han destrozado la ley de Dios.

Pena merecen. Mas la merecen igualmente los que, sin llegar al mismo grado de salvajismo, se aprovechan de él, le disculpan y aun le aplauden para medrar y procurarse mercedes, sinecuras y ventajas. Y la merecen de la misma manera los que perteneciendo o diciendo pertenecer al otro campo, transigen con aquéllos, los miran cual compañeros y colaboradores y les dan trato de seres normales.

Son los tres grados clásicos de la responsabilidad criminal: autores, cómplices y encubridores.

¡Fuego de Dios sobre la maldad aborrecible en todos sus grados! Sobre los perversos, sobre los negociantes, sobre los tolerantes, indiferentes o flojos de voluntad. Mueran los primeros y los segundos. Para los terceros, bastará que surja otro Julien Benda que anatematice la traición de estos intelectuales de 1942, veinte veces con más irritación que la que puso para condenar a los de 1919.

EL PUEBLO DE NORTEAMERICA EN GUERRA

Por *John* DOS PASSOS

El autobús desciende trepidante por la desierta carretera llena de sol, entre los valles de tonos cobrizos, campos desnudos bruñidos por la lluvia, bosques descarnados y lomas del color de las hojas del roble, que forman el paisaje de invierno en los Estados del Sudeste. Dentro del coche la atmósfera está espesa de los cuerpos humanos hacinados y el humo acre de los cigarrillos. Huele a niño pequeño; de vez en vez, se percibe el regusto enfermizo del escape.

No hay ni un asiento libre. En algún sitio del fondo berrea un niño. De pie en el pasillo, se bambolea una fila de hombres y mujeres.

Dos hombres conversan detrás de mí. Hablan de empleos, con voz monótona que parece vibrarles en lo hondo del pecho.

"¿Qué hay por allá abajo?", pregunta uno.

"Pues así va marchando. Con aguantar a ese hato de capataces que siempre están chillando... Que si los miras un poco de través se te echan encima y de un tirón te arrancan la insignia... y ya te han fastidiao, y no hay más".

"Lo conozco; también yo he trabajado por allí".

"Y diga usted, yo a usted le he visto ya en alguna parte".

"Puede... Que si acaso habrá sido en este mismo Bus. Llevaré hechos en él puede que más de mil viajes".

Cruzamos atravesando un pueblo; polvorientos almacenes de ladrillo; unas gallinas picotean entre pajas y viejas cajas de galletas, celofán y papeles de envolver pan, frente al porche en ruinas de una casa de madera sin pin-

tar, con las ventanas rotas. Unos cuantos jazmines amarillos, como estrellas diminutas, se ven entre las hojas de unos arbustos cubiertos de polvo que están en ambos lados del umbral. En el cruce de la carretera hay un surtidor de gasolina abandonado y un viejo coche, modelo T de cubierta andrajosa, apoyado en la bomba pintada de amarillo brillante; a su lado y tendido sobre el suelo de hormigón dormita un perro escuálido.

El pasajero que va sentado a mi lado tiene el cuerpo inclinado hacia delante. Una mano flácida le cuelga por entre las rodillas y sus dedos manchados sostienen la colilla de un cigarro; la ceniza cae en la puntera sucia de sus elegantes y puntiagudos zapatos. Viste un traje delgado y desteñido, de algún género de algodón, rozado por codos y rodillas; en cambio, su camisa blanca está muy limpia. Tiene pelo castaño y ondulado, ojos hundidos y una cara cetrina ligeramente picada de viruelas. Bruscamente empieza a hablar en voz alta mirando fijamente su cigarro.

"Me conseguí una ocupación por allá abajo; de Ispetor, para "ispecionar" municiones antes de cargarlas a bordo... Tengo un certificado que me encuentra trabajo en cuanto lo necesito... Estaba trabajando en un molino de algodón allá en el pueblo y no es mal trabajo.. son buena gente para estar con ellos; la Compañía nos da una casa bastante buena y el carbón lo dan barato. Y alguna vez, vacaciones para largarse unos días a la playa... y no hay más que pagar a dólar por día, antes, cuando eso del transporte no estaba tan difícil. La Compañía esa, está muy bien, pero no tienen dinero. No pagan lo que se dice un jornal. Mi mujer también trabaja allí. Voy a dejar la casa para que la ocupe su familia, y allá a donde voy pues no puedo traerla conmigo. Y he tenido suerte de encontrar donde meterme, pues tengo allí un sobrino que me va a hospedar por siete dólares a la semana. Y no hay que decir; que es barato, pero es un buen chico y me tiene aprecio. Todos los meses podré ir una vez a casa o veré de arreglarme para que mi parienta baje a verme. Claro que muy a menudo no podrá ser; porque este viaje acaba con uno... La Compañía ayuda a la gente para que se haga su casa. Les adelanta dinero para los materiales y al-

gunos compañeros se la hacen ellos mismos... uno de estos días veré yo también de hacerme una. Siempre he tenido la idea de hacerme una casa; me gustaría; la haría de troncos en mitad del bosque. Me compraría un cacho de terreno y a cortar árboles para hacerme la casa".

Hemos dejado atrás el campo de montañas luminosas; y las ruedas, rodando cuesta abajo, devoran millas por el camino recto entre pinares. Sólo se pueden ver por ambos lados de la carretera altos pinos con cicatrices de los cortes que hacen los resineros para recolectar la trementina. Más tarde, aparecen entre los pinos ristras de ropa puesta a secar flotando al viento; luego, tiendas de campaña parduscas y coches herrumbrosos junto a ellas, chozas de cartón alquitranado surgiendo entre botes de hojalata, papeles viejos y cartones; de cuando en cuando, un coche destrozado al tomar un viraje peligroso. En la puerta de hierro acanalado, más que vieja decrépita de mucho tiempo atrás, de un antiguo granero, cuelga un cartel: "Cuartos, con derecho a cocina". Detrás de una estación de gasolina, una fila de blancos albergues para turistas, festonados de ropa tendida a secar, se pierde por detrás de apretadas hileras de coches que brillan bajo el sol. El camino ahora se lanza por un ancho espacio pantanoso de aguas salitrosas, cruzando un dique que corre por el borde de una extensa bahía. En cada tronco o leño que asoma fuera de las aguas bajas y cenagosas descansa una gaviota de color gris pardusco.

"Todas aquellas gentes son unas mulas", dice detrás de mí un hombre a otro. Asustada por el estruendo del autobús, una garza blanca levanta el vuelo desde los secos juncos del lodazal, volando con pausado aleteo hacia la tierra firme. Ahora, todo lo que es la línea del horizonte, a través de la bahía y entre girones de humo, se empiezan a percibir las altas grúas y las vigas armadas de los soportes y los montacargas y los puentegrúa de los astilleros. Todo a lo largo de las charcas arenosas, y hasta tan lejos como la vista alcanza, pueden verse por frente a los recintos coches estacionados brillando al sol interminablemente.

El hombre que va a mi lado se endereza oteando por la ventanilla dilatando sus narices.

"No le he dicho nada a la Compañía de que andaba buscando este otro trabajo... Creo que vale más que vea primero si me va o no. Allá creen que me he largado a pasar fuera un par de días. Puede que gane tres veces más de lo que me estoy sacando en el pueblo. Y si puedo guardar algún dinero... me hago la casa de troncos".

II

Ya estamos en la ciudad. El autobús sortea dando tumbos el tráfico macizo de la calle principal, rodea el edificio bajo y gris de la estación, deteniéndose al fin en el centro de una apretujada multitud; soldados, marinos, mujeres gordas con niños pequeños arrebujados, montañeses larguiruchos con los sombreros caídos sobre las cejas y un carrillo relleno de tabaco de mascar, jóvenes sin sombrero con camisas de sport de tonos claros y cuello abierto, campesinos de recio pescuezo sanguíneo surcado de arrugas y overoles recién lavados, hombres rechonchos con su cigarro puro en la boca y trajes de calle en tonos pastel, muchachas ataviadas con vistosos vestidos y atildado pelo rizado recogido sobre la cabeza, zapatos de tacón alto y uñas como teñidas con sangre, viejos avellanados y macilentos llevando sus maletas llenas de rótulos, hombres fornidos, de anchas espaldas y uniformes kaki manchados de grasa cubriendo su cabeza con cascos lustrosos y parduscos, negros con holgadas chaquetas y pantalones de campana tocados con sombreritos de fieltro de ala vuelta, muchachos entre los trece y diecinueve años, con gorras de jokey, y aquí y allá una negra aturdida y azorada, llevando a rastras una fila de chiquillos ojiblancos. Poco a poco, el pasaje va abriéndose paso hacia los escalones de la portezuela y sale confundiéndose con la multitud...

Ya en la calle, un hombre sí y otro no parece estar en traje de trabajo. Grupos de dos y tres muchachas vistiendo pantalones y overoles. En un cruce, esperando el cambio de las luces del tráfico, un joven de cara sonro-

sada sujeta por la correa un casco de soldado, haciéndolo oscilar; alguien le llama y él, volviéndose sonriente, contesta:

"Estoy cansado de verdad y me largo".

Familias en andrajos de las colinas y de los pinares callejean mirando fijamente hacia delante por las aceras, llevando a remolque manadas de chiquillos de pelo rubio y caras sucias. Frente a un escaparate lleno de calcetines de rayón formando dibujos excéntricos, de colores chillantes, un muchacho con fajas se acerca a un grupo de muchachas que llevan pantalones.

"Ayer te echamos de menos", le dicen ellas.

"No me encontraba bien. No pude entrar. De todos modos he encontrado un nuevo empleo. . . más paga".

El viejo puerto de mar del Golfo, destartalado, con su antigua elegancia polvorienta, altas ventanas de entornadas persianas y techumbres manzard, rejas como encajes de hierro cubiertas de parra virgen, columnatas desconchadas a las que dan su sombra corpulentos árboles, aparece todo pisoteado y maltratado como una ciudad que hubiera sido tomada por asalto. Las aceras están macizas de gente. En el arroyo, detritus hacinados van y vienen a impulsos del vivo viento de primavera. Las latas de la basura están colmadas. Casas de madera en calles sombreadas de árboles rebosan hombres en mangas de camisa, que surgen de los porches ajando el césped encuadrado en la acera, y se agrupan en corros por las esquinas. Allí se sigue hablando de las casas de huéspedes donde alquilan "camas confortables". Los hombres trabajan en tres turnos, ¿por qué no han de dormir en tres turnos también? A las puertas de cines y restaurantes se forman colas. Cuanto solar hay libre se ha llenado con las tropas que marchan. Por los patios traseros hormiguean las gentes que allí acampan en tiendas de campaña, gallineros e improvisados albergues formados con cajones vacíos unidos entre sí.

Por las inmediaciones y hacia las afueras en todas direcciones, se ven acres y acres de terreno donde se han levantado construcciones nuevas, campos pelados, ya tan sólo de arcilla, lomas surcadas de veredas fangosas y corroídas

por la acción brutal de los frenazos y de las palas mecánicas. Hay largas hileras de casitas, unas decorosamente dispuestas, según el tipo "Standard Americano", y otras tan sólo como cajas con una chimenea cuadrada de ladrillo en el centro; miles de dormitorios, enormes construcciones rectangulares provisionales, unidas unas a las otras día a día por una multitud de obreros que se agitan entre olores de pino recién serrado, de pintura, de tabaco y de sudor. A lo largo del río, se han construído millas de una confusión de nuevas naves, de las que hombres, mujeres y muchachos entran y salen en un flujo y reflujo que se repite tres veces cada día. Aquí y allá manzanas enteras de la ciudad yacen en informe montón con chatarras y escombros, como si viejos almacenes y caducas tiendas abandonadas se hubiesen desmoronado, hundiéndose bajo el peso de su propia podredumbre al choque violento del nuevo esfuerzo. Y sobre todo esto la niebla del Golfo, espesada del humo del carbón, cuelga en estratos. Y dando interminables círculos sobre sus aeródromos, los aviones de entrenamiento giran resplandecientes.

III

GANAR algún dinero, aprender un oficio, hacer algo para ganar la guerra; hombres y mujeres se han ido derramando sobre la ciudad desde hace más de un año; inquilinos de polvorientas chozas plantadas sobre soportes en la tierra desnuda y corroída, en medio de algodonales y maizales raquíticos; pequeños granjeros y tramperos de sembrados a medio cultivar entre los pinos; obreros de las ciudades industriales del norte del Estado, mecánicos, sirvientes de las estaciones de gasolina, tenderos, mancebos de los "drugs" situados en los cruces de los caminos, pescadores y estibadores y ostreros; negros de las plantaciones que en toda su vida han visitado una ciudad y sólo se han sentado en un banco del distrito algún sábado por la tarde, familias de blancos que han pasado su existencia entre el tabaco, alimentándose de "carne blanca" y de borona, en frágiles casuchas perdidas por las colinas.

Para ellos todo es nuevo, todo maravilloso. Pueden ganar más dinero contante y sonante en un mes que antes en medio año. Pueden comprarse radios, ir al cine, frecuentar los bares, jugar a los bolos, tirar a los dados, apostar a los caballitos. En todas partes se codean con forasteros de todos los Estados de la Unión. Hacer las faenas domésticas en un remolque, con luz eléctrica y agua corriente, es un lujo deslumbrante para una mujer que se ha pasado la vida metida en una choza con grietas de una pulgada entre los vastos tablones del suelo. Allí hay tranvías y autobuses que le llevan a uno a donde quiera. De noche, las calles están brillantemente iluminadas. Las muchachas pueden frecuentar los salones de belleza, pulirse las uñas, abrirse paso hasta los mostradores de las tiendas atestadas de clientes, para comprarse vestidos hechos. En los bosques lejanos, cuando una chica llega a la pubertad se siente ya mujer. Jamás se le ha pasado por la imaginación tener que reprimir sus sentimientos, si alguno siente. ¿Puede extrañarnos que le sea imposible quedarse en casa al atardecer, cuando las calles bullen de muchachos ansiosos vestidos de uniforme?

"¡Esto es algo tremendo!", contesta el hombre del cuello que se abrocha atrás, a una pregunta mía. Es un individuo de aspecto macilento, de cara flaca y oscuras ojeras; viste de negro y está sentado en una mecedora, balanceándose mientras me habla. "Ya estamos acostumbrados a todos los problemas que nos plantean a la ciudad esos recién llegados... delincuencia infantil, hijos ilegítimos, enfermedades venéreas... son la hez. Los he visto en sus casas, cuando tuve que viajar por el Estado, recorriendo los campos por cosas del Gobierno. Viven en un estado increíble de degeneración, carecen de ambiciones. Recogen una mezquina cosecha, desgranan un poco de maíz, pero no tienen costumbre de un trabajo sistemático. La mayoría prefieren helarse a tomarse el trabajo de cortar un poco de leña. Casi todo el tiempo se lo pasan sentados por ahí, sorbiendo rapé y fumando pitillos. Ve usted chiquillos de cuatro y cinco años que ya fuman colillas. Esto es como en *Tobacco Road* y el otro libro... ¿cómo se llama?... *Grapes of Wrath.* La gente dice que esos libros

exageran, pero no hay tal... no exageran ni pizca. Y esa indiferencia no tiene nada extraño... Nunca han trabajado de un modo regular... Viven como atontados. Nada les impresiona ni les importa. No sienten necesidades. Esos horribles campamentos de remolques y esas colonias infectas de tiendas de campaña, que nos repugnan tanto, pues a ellos les parece muy bien. No notan diferencias.

"¿Y no cree usted que la mala alimentación tenga algo que ver con todo eso?" El hombre se queda extrañamente distraído al oír mi pregunta. Un olor de pescado frito empezaba a invadir el desnudo recinto de la Rectoría. Fuera, al fondo, por alguna parte, una campanilla había repicado. El hombre del cuello que se abrocha atrás empezó a agitarse inquieto en su asiento.

"Temo retrasarle su cena", dije poniéndome en pie.

"Sí", contestó precipitadamente. Le di las gracias despidiéndome de él. Cuando ya iba a trasponer la puerta, el hombre aun añadió:

"Desde luego, la gente que frecuenta mi iglesia, por los que usted me preguntaba, son capataces, mecánicos especialistas, gente buena, de la unión; esos son elementos mucho mejores. Los otros, son la hez".

Mientras esperaba el autobús, en la esquina de la calle, frente a uno de los mejores campamentos de remolques, con el suelo cubierto de fina y blanca arena y pulcras tarimas de madera junto a cada coche, para subir a él, entablé conversación con un joven que vestía una chaqueta de cuero. Había tenido que trabajar cuatro horas extras, porque los que debían relevarle en su labor no se habían presentado. Estaba cansado. Por su aliento, se nota que ha debido beberse dos o tres cervezas. Despotrica contra las nuevas disposiciones del Estado, limitando la venta del whisky y prohibiendo el baile en los bares. Cuando se está cansado, dice, viene muy bien relajarse un poco. Así al día siguiente se trabaja mejor. ¿Para qué bailar si no se puede beber? ¿Para qué beber si no se puede bailar? Como las cosas cambian, dice que va a recoger sus bártulos y se marchará a donde no pongan esas trabas. Mientras tanto, varios autobuses han ido pasando ante nosotros, tan abarrotados con los soldados del aeródromo, que no hay

sitio para nadie más. Bueno, rezonga el muchacho, vale más que me vaya a tomar otra cerveza; y retrocede precipitadamente, penetrando en el silencioso "Cena y Dancing", que está allí cerca, del otro lado de la calle.

Bien; estamos en un nuevo país, inculto e indisciplinado, piensa el escritor para sus adentros, mientras se apoya alternativamente en uno y otro pie, esperando en la creciente oscuridad que pase un autobús en que poder meterse. En particular, según nos desplazamos hacia el Suroeste, el país va resultando terriblemente más grande y más inculto. Pasan demasiadas cosas a la vez, para abarcarlas todas, y se le escurren a uno entre las manos. Y nadie se molesta en explicar al pueblo en términos precisos lo que se está haciendo y por qué se hace. El Gobierno no se ha ocupado de ello, y los Directivos tampoco lo han hecho. Y no es de extrañar que patronos y obreros se estén persiguiendo como bestias feroces. La Administración y las noticias de la guerra se reducen a unas voces que suenan allá lejos del otro lado de la radio y que llegan servidas como emparedados, entre untuosas óperas y anuncios de piensos para gallinas, mezclado todo con jarabes contra la tos. Es difícil que se consiga que la gente trabaje firmemente unida cuando durante tanto tiempo el credo nacional ha sido que al final todo se lo lleva el diantre. Y así sucede que el enorme esfuerzo desplegado por tantos cerebros, tantos músculos, tanto acero y tanta destreza, resulta sólo a medias eficiente.

IV

La oficina en el local del gremio de trabajadores está llena de idas y venidas. Un fornido joven, con sombrero flexible color claro, habla sentado detrás de una máquina de escribir. Habla con énfasis, empleando frases de una violencia corrosiva. El Delegado del Gobierno, en el centro del cuarto, está que bota. Es un hombre pequeño, de pelo y de bigotes hirsutos. Su voz y su mirada dan la sensación de que ya no puede contenerse. Cuando habla parece como si reventase una traca. Está tratando de poner

de acuerdo a las uniones con la Dirección. Está tratando de conseguir que la Compañía no despida hombres por el simple capricho de cualquier capataz o vigilante y de poner un cierto orden en el sistema de relevos para los obreros que deban ser relevados. Y cuanto consigue es provocar una riña de perros.

"Aquí no habrá manera de llegar a un acuerdo", dice el hombre del flexible, "mientras no se consiga que los empleados traten al trabajador como a un igual".

"Es que eso no les entra", dice el Mediador, un antiguo dirigente del partido obrerista con una cara surcada de arrugas que está sentado en un rincón doblado hacia adelante y con el sombrero echado sobre los ojos. "Esos todavía se creen que cuando contratan un hombre le hacen un favor personal y tiene que estarles agradecido".

"Una mentalidad de los viejos tiempos del feudalismo".

Irrumpe en el local, un hombre robusto con cuello de toro, y un defecto en un ojo. Lleva una corbata a rayas de deportista, y en la mano derecha ostenta dos grandes sortijas de sello y otra en la izquierda. Es el Presidente de un nuevo local. Acaba de contratar a seiscientos obreros y quiere que el contrato conste por escrito.

"En estos días", dice un hombre flaco con talle de avispa que es un oficial autorizado de los constructores de cubiertas, "eso es lo más sencillo de todo. . . Pero tratar de hacer de ellos buenos afiliados de la unión, ya es otro cantar".

"Nuestros muchachos lo van tomando bien. Por ahora, vamos tirando sin que intervenga ningún elemento molesto" dice el hombre corpulento dejándose caer sonriendo en una silla. O al menos, no demasiado molesto" añade contemplando sus manos ensortijadas que agarran sus rodillas.

"Lo que necesitamos en nuestro atrevimiento son cerebros, gente que tenga algo en la mollera" dice el joven del flexible". Anoche estuve releyendo a Gompers. Ese sí que era una buena cabeza y tenía claras las ideas. Desde que murió Gompers, no hemos vuelto a tener un hombre lo que se dice con seso".

"Pero no sería malo que lo tuvieran también los del otro lado de la estacada" rezongó el representante del Gobierno. "Pero tengo que volver al trabajo" y salió bruscamente del cuarto como disparado por un cañón.

"Y por si fuera poco, ahora nos largan el problemita de la raza" murmuró el Mediador. "La cosa iba marchando hasta que nos han venido a enredar con eso. Ya dábamos a los individuos de color tantas oportunidades como podíamos".

"No creo que tengamos jaleo" dijo el constructor de cubiertas, "a no ser que alguien lo provoque".

"Washington dió la primera patada a la pelota y ahora los políticos de por aquí andan corriendo con ella... La supremacía de la raza blanca les está resultando una mina de oro".

"Como si ya no tuviéramos bastantes monsergas con tener que organizar a ese atajo de mulas y convertirlos en dignos hombres de Unión y ciudadanos conscientes" gritó el del flexible, "que aún tienen que venir esos cochambrosos sabihondos armando jaleo con lo de la raza... Como ustedes saben tan bien como yo, no hay en todo el Sur un solo hombre blanco que no esté dispuesto a dejarse matar por el principio de secesión". Hizo una pausa. Todos los hombres que estaban en la habitación, asintieron en silencio con la cabeza. "¡Carajo! ¡todo iba tan bien antes de que nos echasen encima esa cuestión! Naturalmente que tenemos hombres de color en las uniones y en los gremios de la construcción; los albañiles tenían incluso oficiales de color en algunas de sus secciones".

"Esas son cosas que hay que tomarlas con calma" atajó otro de los hombres. "La mayor parte de los mecánicos de por aquí prefieren tener un ayudante de color a un ayudante blanco, pero cuando un hombre de color consigue ascender un poco por encima de ellos, eso ya no les hace gracia. No hay un blanco en el Sur que se conforme con eso. Por los días de la reconstrucción, ya hemos tratado de este asunto... Yo sé de dos negros que la junta con un criterio equitativo mandó ascender y que ahora están en el cementerio. Les cayó encima un lingote de hierro".

"Limitándose a dar al negro un trato decoroso dentro de su propia condición, la mayoría de las personas liberales en el Sur estarían conformes".

"Hay por ahí un montón de pueblos pequeños, donde todos los hombres blancos jóvenes se han incorporado a filas o se han ido a trabajar a las industrias de guerra, y los viejos que han quedado son delegados del "Sheriff" con sus pistolas pegadas a la cadera".

El Mediador hablaba con su voz pausada y baja. "Las gentes de esos pueblos están amedrentadas. Si a cualquier negro borracho le da un día por meterse con una mujer blanca, se va a armar la gorda. Ahora no pasará nada, sabemos que no pasará nada, pero desde luego, eso sí, ya puede usted decirles a sus amigos allá en el Norte que en estos momentos hay que andarse con pies de plomo".

"Todo eso se lo debemos a nuestros compañeros de las uniones industriales", dijo el del flexible escupiendo salvajemente las palabras. Han venido aquí cuando ya teníamos toda la costa sólidamente organizada y no han hecho más que meter la pata. Aquí mismo, en este local, nos han derrotado en las elecciones. Consiguieron que los negros votasen por ellos, pero no lograrán meterlos en su unión. ¿Qué clase de trabajo político es ese? Hasta ahora solamente han conseguido novecientos miembros entre algunos miles. Y esto no es gobernar en mayorías... a eso no puede llamársele democracia".

Pocos días antes había yo almorzado con un estudiante de la Carolina del Norte que me expuso con tono grave la cuestión del problema de razas relacionado con la unión industrial. Sabían perfectamente que se trataba de una cuestión difícil, me dijo, pero estaban decididos a afrontarla con un auténtico espíritu de equidad. Antes los empleados de por aquí abajo alquilaban el trabajo del negro tan sólo para deshacer las uniones de los blancos. En las localidades en que el asunto se había enfocado honradamente... igualdad de derechos para todos... no se produjo apenas un alboroto, incluso en colectividades constituídas por jóvenes campesinos de las granjas. Me contó de una localidad, precisamente en la zona habitada por negros, donde se había abordado el tema sin que se produjesen al-

tercados serios; pero el esfuerzo que había tenido que hacer el organizador de esta campaña que era un muchacho del Sur, había sido aplastante; se había tenido que internar en el hospital con un trastorno nervioso. Me permití sonreír, pero él estaba perfectamente serio. No ha sido una cosa fácil, continuó diciendo gravemente, pero estos prejuicios tienden a desaparecer, si alguien no los excita, y el modo de que desaparezcan es afrontarlos con valor y firmeza. Atacarlos de frente y adelante.

Yo le hablé de una reunión, a la que había asistido, en el sótano de una iglesia de negros de un pueblo industrial del Norte. El objeto de la reunión era protestar contra la construcción de un dormitorio separado para negros, que el gobierno había dispuesto. Ancianos negros de apacible aspecto estaban sentados en sillas de mimbre alrededor de una anticuada estufa de carbón, escuchando la pomposa oratoria de un predicador de la ciudad. Con voz que retumbaba como un redoble de tambor, el orador invocaba en su discurso las cuatro libertades y preguntaba cómo el país pretendía luchar por la democracia en el resto del mundo cuando en él existían todavía diferencias y segregaciones que afectaban a trece millones de nuestros ciudadanos. Un abogado había perorado acerca de la constitución diciendo que el momento era oportuno para que los negros se alzaran, insistiendo en que ya no podían permitir que se les tratase como ciudadanos de segunda categoría. Desde el momento en que se les pedía que enviasen a sus hijos y a sus hermanos a morir por el país, tenían el derecho de exigir igualdad de derechos en todos los lugares de la ancha tierra. El auditorio, profundamente conmovido, había murmurado fervientemente amén a cada pausa. Un joven entusiasta de los organizadores se había levantado y había dicho que tales injusticias le hacían avergonzarse de ser blanco.

Yo le pregunté si, aunque sólo fuera por cuestión de táctica, no sería mejor tratar primero lealmente de obtener una igualdad efectiva en jornales y en condiciones de vida. Ese modo de enfocar la cuestión, tratando de anular la separación existente entre blancos y negros, ¿no ataca también a la libertad de los blancos que se niegan a mez-

clarse con los negros? Porque después de todo también los blancos tienen sus derechos.

"Es que nosotros nos hemos dado cuenta", dijo serenamente el muchacho, "que para proceder con lealtad hacia los blancos pobres tenemos que luchar para que los negros pobres tengan iguales derechos. Desde luego tenemos que tener tacto, muchísimo tacto. Pero en las uniones, por lo menos, la cuestión debe abordarse de frente".

V

CONSTANTEMENTE, en todos los autobuses y en todos los trenes, nuevo gentío, blancos y negros, afluyen a la ciudad. La población ha aumentado a más del doble, y las industrias de guerra aún necesitan contratar por lo menos un veinticinco por ciento más de brazos, antes de poder alcanzar su máximo rendimiento. Apenas se ha terminado de construir una nueva manzana de alojamientos cuando ya está abarrotada. Apenas se ha puesto en servicio un nuevo autobús cuando ya tiene que admitir una sobrecarga de viajeros. Las escuelas están excesivamente llenas de chiquillos. Los restaurantes demasiado llenos de comensales. Si se trata de ir a una consulta médica, se encuentra la sala de espera rebosante de gente y aun filas de pacientes por los corredores. En los hospitales no hay sitio para las parturientas.

"Por ahora hemos tenido suerte", dicen los oficiales de Sanidad, con voz en la que tiembla el terror, "de no haber tenido una epidemia, pero siempre andamos tocando madera".

Hay colas esperando a la puerta de todas las clases de oficinas concebibles. Si se va al ayuntamiento a ver al Alcalde, se le encuentra desesperado bajo su exterior apacible tratando angustiosamente de comunicar con Washington para ver de obtener algunos tubos de drenaje disponibles. El proyecto de alojamiento ha rebasado las posibilidades de la plomería. El Ejército ha resuelto estos problemas dentro de sus campamentos, pero nadie ha pensado en acoplar el plan de alojamientos con las disponi-

bilidades en atarjeas y alcantarillas de la ciudad. Si se va a ver al director de alguna de las grandes naves —que suele resultar ser un entrenador de futbol— se le encuentra furioso porque no puede conseguir que sus empleados adquieran el típico espíritu de equipo.

"¿Qué puede uno hacer si los obreros están ganando jornales tan elevados que todo eso les tiene sin cuidado?" Si se le pregunta a un obrero por qué los trabajadores y la Dirección no pueden ponerse de acuerdo para tomar decisiones sobre las ausencias al trabajo y el trabajo por turnos, contestará con una amistosa palmada en la espalda.

"Aquí abajo, la Dirección no habla de esas cosas. Los Directores de estas secciones viven con veinticinco años de retraso".

"Una vez intenté hablar al Presidente de uno de estos asuntos" dice el Delegado del Gobierno, "insinuándole que debería tratar las cuestiones del trabajo con un espíritu más moderno y me contestó con un guiño zalamero diciéndome: vamos, vamos, esos cuentos los saca usted de algún libro".

La oficina del Delegado del Gobierno está sometida a sitio perpetuo. Dos lindas muchachas, con overoles, primorosamente peinadas, y con las uñas largas agudas y pulidas, esmaltadas de rojo, han estado esperando toda la mañana para contar sus cuitas al Delegado. Mientras esperan se las explican a un atenta telefonista de la oficina. Son soldadoras. Quieren que su compañía las rescinda el contrato para poder trasladarse a cualquier otra parte donde les paguen más. Pero la vieja y pobre compañía no está conforme; ¿no podría el gobierno intervenir en este asunto? Un grupo de jóvenes rancheros se lamenta de que la policía local no les permite manejar sus coches si no sacan matrícula de la localidad. Y ellos no pueden sacar esa matrícula hasta fin de semana, cuando cobren. Y si no pueden utilizar sus coches, tampoco pueden ir al trabajo; ¿no podría el Gobierno intervenir en este asunto? En la antesala, unos negros retintos se inclinan formando grupo, adosados al zócalo de mármol blanco de la pared del local de las oficinas. Apelan al César. En la oficina el personal les ha informado que si abandonan el trabajo tendrán que

marcharse de la ciudad. Quieren que el Tío Sam les diga si eso es cierto. No, tal cosa no es cierta, todavía.

"Es increíble", dice el Delegado del gobierno cuando al fin su oficina se queda despejada, "la rotación de la mano de obra en esta ciudad ha llegado a ser del veinticinco por ciento por trimestre. Esto equivale a decir que, en promedio, todo el mundo cambia de trabajo cada año. Esto es lo que se dice de un individualismo desaforado. Lo que hace esa gente es venirse al pueblo y aprender cualquier cosa; más tarde, cuando ya han logrado una clasificación cualquiera, en una especialidad de las más elementales, se largan y se buscan un empleo en otra parte y ya pueden alegar que tienen experiencia y conseguir que se les aplique una tarifa más alta. Trabajan allí una temporada y vuelven a marcharse para ingresar en algún otro equipo y logran un contrato con una categoría todavía más alta, sin que en definitiva sepan maldita la cosa de su oficio porque se pasan el día yendo y viniendo en autobús. Lo mismo ocurre con capataces y vigilantes, antes de que cualquiera de ellos tenga ocasión de aprender como es debido su obligación ya se lo llevan a cualquier otra parte. No me es posible conservar a nadie en mi oficina. Ignoran en absoluto cuanto se refiere a organización de la industria, lo cual no es obstáculo para que todos consigan puestos en la Dirección. A eso se llama ascender, pero de verdad. Todo eso me parece muy bien, pero el caso es que nadie permanece en su puesto el tiempo suficiente para llegar a dominar su obligación. Y eso es una verdadera pesadilla".

Y sin embargo... La oficina está instalada en un elevado edificio. A los dos se nos ocurre simultáneamente asomarnos a la ventana. Al otro lado de un oleaje de tejados ennegrecidos vemos a la oblicua luz de la tarde que declina las filas de enormes grúas, los gigantescos andamios y los cascos humeantes de los barcos, meciéndose suavemente, y a lo lejos, tras de la parda franja del río, filas de tanques nuevos preparados, unos manchados de amarillo y de rojo, y otros relucientes con el tono gris claro de su última mano de pintura. A pesar de esta baraúnda y de esta confusión, algo se está produciendo, algo, que es una parte del todo de alguna cosa.

VI

El chófer del autobús es un hombre fornido de mediana edad y agradable aspecto, con un cierto aire de médico de pueblo. Algunos apuros le ha costado acomodar a los pasajeros con sus equipajes en el coche.

Una mujer gorda, de pelo cano, con tres chicos que lucen caras como de papel mascado y una infinidad de bultos, se ha instalado ocupando los asientos que se habían reservado dos corpulentos hombres que llevan camisas de rayón de cuello abierto y que rezongan reclamando sus asientos en los que habían dejado como señal libros y revistas. Mientras la mujer forcejea para abrirse paso en el pasillo atestado, comenta con tono resignado.

"Al pequeño le va a costar una hemorragia... estoy tratando de llevarlo al médico".

El par de gordos se instalan de nuevo en sus asientos, con toda indiferencia. Las maletas y los chiquillos quedan por fin incrustados y el autobús arranca y sale de la estación al tráfico ensordecedor de la calle. Cuando ya hemos dejado atrás la última hilera de nuevas viviendas, y el último montón de basura y los últimos remolques y corremos fácilmente por una larga y recta carretera entre los pinos del bosque de trementina, el conductor se esponja la cara con un pañuelo y, volviéndose un tanto, dice sin dirigirse a nadie en particular:

"¡Hay que ver qué manera de conducir! En mi vida he visto conductores tan malos como los de este pueblo... ni siquiera saben si van o vienen".

Yo voy sentado en el traspuntín a su lado, pensando en el estrecho pasadizo, y con las rodillas dobladas hasta la barbilla. Junto a mí, un chiquillo de cara delgaducha y grandes ojos negros, que aparenta tener unos diez años, pero que quizás tenga trece, está inhalando con toda solemnidad un cigarrillo. Su padre, un hombre ceñudo, en overol, con las mismas facciones del chico sólo que ampliadas, y que iba sentado junto a la ventanilla, se lo había encendido. Dirigiéndome al chófer por debajo de su codo, me muestro de acuerdo con él, y reconozco que en efecto

son realmente unos conductores pésimos. Y queda entablada la conversación.

"Para mí que éste es el agujero más infernal de la creación", me dice, "siempre respiro a gusto en cuanto salgo de él". Un poco más allá a lo largo del camino, me señala un sitio donde la noche pasada le salió un zorro. "Salió corriendo frente a mí y desapareció como alma que se lleva el diablo carretera arriba con el plumero tieso". Le pregunté qué tal la caza por aquellos lugares. "Un poco más lejos arriba del camino, con la neblina de la mañana sale un mundo de conejos. En cuanto que empiezan a cruzar la carretera, ya no quieren volver atrás. Y a mí no me gusta atropellarlos. A veces se les puede dejar pasar sin más que meter el pie en el freno, por poco que sea. Parece mentira pero este Bus es tan suave como cualquier coche particular". Su voz toma un tono confidencial. "Un poco más lejos, hacia un lado, cuando crucemos el río, fíjese usted en un viejo local que está la mar de bien, que asoma entre los árboles. El tío ese de allí se ha establecido y cría un par de centenares de cabezas de ganado en una isleta del río, una tierra baja, rica de verdad, y siempre con un pasto superior... nada de cercas ni cosa alguna de qué preocuparse. Eso es lo que me gustaría a mí hacer, si pudiera guardar algún dinero; comprarme un par de cientos de acres y allí criar un poco de ganado cariblanco. Con eso, ya no tiene uno que depender de nadie.

ORIGEN Y SUPERACION DEL ESPIRITU BELICO ALEMAN

Por *Bruno FREI*

¿QUÉ SERÁ de Alemania después de la victoria sobre Hitler? He aquí el problema que preocupa hoy a los estadistas y a los pueblos. La Carta del Atlántico, primer documento de los aliados sobre sus fines de guerra, promete construir el nuevo mundo sobre el principio del derecho de autodeterminación de los pueblos. La Carta del Atlántico no contiene ninguna discriminación relativa al pueblo alemán. En el convenio firmado por Molotow, Ministro soviético de Negocios Extranjeros y el Gobierno de la Gran Bretaña, el 26 de mayo de 1942, y para un período de veinte años, se puntualizó que las altas partes signantes, "considerando los intereses y la seguridad de cada uno de ellos, quieren trabajar unidos, después del restablecimiento de la paz, por la organización de la seguridad, de la economía y de la prosperidad de Europa". En el mencionado artículo quinto del Pacto se determinó que Inglaterra y la Unión Soviética se inspirarían en dos normas esenciales para la nueva organización de Europa: "ninguna anexión territorial para sí mismas y no intervención en los asuntos de los demás Estados".

¿Cómo se conciliará el principio de la no intervención con el postulado de la seguridad? Es comprensible que los pueblos que padecen los sufrimientos y sacrificios que supone la guerra hitleriana de conquista se ocupen de la cuestión de cómo podrán evitarse tales crímenes en el futuro. A medida que se perfila con mayor nitidez en el horizonte la perspectiva de la victoria, con mayor urgencia se plantea el problema: ¿qué advendrá después? El hecho de que en el término de veinte años los Ejércitos Alemanes hayan invadido dos veces Europa, sembrando la muerte y el

crimen entre los pueblos, revela la existencia de una anomalía que debe ser solventada enteramente, si se desea que la paz sea duradera y que no se repita jamás la catástrofe. Es incuestionable. Solamente acerca del carácter de esta anomalía difieren grandemente las opiniones.

De la comprensión de la causa de la enfermedad, depende, notorio es, el remedio correcto para su curación. La cuestión de cómo puede asegurarse la paz constituye, en realidad, el reverso de la pregunta: ¿cómo se llegó a esta situación? Unicamente conociendo las causas de la agresividad alemana se pueden encontrar los medios para su liquidación definitiva.

La opinión más generalizada, producto de concepciones simplistas, lo atribuye al inmanente afán de conquista del pueblo alemán. Apoyándose en los instintos primitivos del odio de tribus, que constituye la base del "chauvinismo" moderno, se adjudica al pueblo alemán la agresividad como característica colectiva típica. Si esta teoría fuese justa no habría entonces, hablando con propiedad, más que una sola solución radical del problema. Si se quieren evitar agresiones futuras por parte de este pueblo, de nativa predisposición para atacar a sus pacíficos vecinos, es necesario aniquilarlo. Es comprensible, e incluso humano, que los sentimientos de odio y venganza frente a los crímenes nazis, que claman al cielo, dominen a los hombres que no han sido solamente maltratados y perseguidos, sino también víctimas del ultraje y de la vejación. De ahí que esta fórmula de aniquilamiento se produzca de modo singular entre los grupos de pueblos amenazados de destrucción por Hitler. En forma más suave encontramos la misma idea sobre la ineptitud natural de los alemanes para su incorporación al orden internacional, entre algunos escritores famosos, incluso emigrados alemanes. A este tenor ha declarado Emil Ludwig, en un discurso pronunciado el 4 de julio del año pasado en Los Angeles (EE. UU.): "Hitler es la expresión más legítima que puede proporcionar un pueblo eligiendo su dirigente de acuerdo con su propio gusto". Si Hitler es identificable con el pueblo alemán, si es "su expresión más legítima", entonces resulta lógico que tal pueblo sea incapaz de gobernarse por sí

mismo. Consecuentemente Emil Ludwig reclama —y él sólo es una muestra del grupo de políticos cuyo portavoz es Lord Vansittart— que el pueblo alemán sea colocado, después de la guerra, bajo el control extranjero. Exclusivamente extranjeros deben ser los que durante una generación, por lo menos, disfruten del derecho de llevar armas, de educar a la juventud y de ejercer las funciones de Gobierno en Alemania. Unida a esta fórmula de la dominación extranjera tropezamos frecuentemente también con la exigencia de un desmembramiento del territorio alemán, el retorno a la Paz de Westfalia como principio organizativo de la Europa central, con el propósito de evitar la concentración de un gran poder militar en el corazón del continente.

La reversión de la teoría racista de Hitler no representa una respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿de dónde proviene el mal? Y lo que es peor aún, no facilita ayuda alguna para resolver el problema. ¿Cómo puede liquidarse para siempre esta amenaza? El concepto de que el pueblo alemán es la "bestia negra" de los pueblos, malvado por su propia naturaleza, no significa otra cosa que la misma teoría hitleriana de la discriminación de razas. Lo que para Hitler son los judíos, son, en esta tesis, los alemanes. La guerra y la paz no arrancan de las particularidades de los pueblos, como afirma Hitler y repiten sus discípulos "antihitlerianos", sino que se originan en los antagonismos y contradicciones sociales, como enseñaron Hegel y Marx. La política no es una función zoológica, sino histórica y económica.

Los estadistas responsables de las Naciones Unidas se han pronunciado, sin excepción, contra esta identificación simplista de Hitler con el pueblo alemán. En el Día de la Bandera del pasado año, el Presidente Roosevelt dirigió un llamamiento al pueblo alemán, hoy todavía bajo la esclavitud de los verdugos nazis", para que se decida "por la libertad de la palabra y de la fe, por un mundo sin miseria ni temor". Stalin declaró, en su Orden del Día del 23 de febrero de 1942, con motivo del aniversario del Ejército Rojo: "La experiencia histórica nos muestra que los Hitler van y vienen, pero que el pueblo y el

Estado alemanes subsisten". El Presidente Manuel Avila Camacho ha previsto en su discurso en el Día de las Américas: "que los pueblos mismos de las potencias hoy totalitarias y fascistas reconocerán, después de la derrota militar de sus Gobiernos, el cruel error en el cual el nazifascismo los tuvo presos". Esta diferenciación entre Hitler y el pueblo alemán, que se repite con unanimidad visible de criterio en todas las manifestaciones oficiales de los estadistas de las Naciones Unidas, es indudablemente parte de la gran estrategia aliada para acortar la guerra y apresurar la derrota de Hitler. La eficacia de esta estrategia se aprecia claramente por las medidas que adopta la propaganda de Goebbels para contrarrestarla. Pues nada contribuye tanto a reforzar la voluntad de resistencia del pueblo alemán, como la indicación del propósito exterminador del adversario. Nada une hoy al pueblo alemán más sólidamente a Hitler que el temor a que en caso de ser vencido, el pueblo alemán tenga que expiar los crímenes nazis con su existencia de nación. El interés de Hitler reclama que el pueblo alemán identifique su destino con el de su dictadura. El interés de los pueblos democráticos es precisamente el contrario, sin que ellos olviden ni por un momento que la responsabilidad por estas atrocidades es compartida por todo el pueblo alemán, debido a que no se aparta abiertamente del nazismo y se levanta contra éste en una lucha activa.

Si el pueblo alemán no está identificado con Hitler a pesar de su gran parte de responsabilidad, por tolerar los crímenes de Hitler, si existen dos Alemanias, ¿a quién corresponde entonces la responsabilidad de que haya sido Alemania la que dos veces en el curso de una generación quebrantara la paz mundial? Si la causa determinante de que los alemanes invadan a sus vecinos y se lancen a la conquista del mundo, no está basada en el carácter popular, ¿en qué se fundamenta? Si no son motivos raciales los que explican la anomalía de la agresividad alemana, ¿cuáles serán, pues, las causas de esta agresividad que ha provocado dos guerras mundiales?

Ambos conflictos han demostrado que en Alemania existe una casta de señores —agresivos y sin escrúpulos—, ansiosos de dominar al mundo, integrada por los junkers,

los grandes industriales y magnates financieros, que, por conducto del Kaiser y de Hitler, han creado una gigantesca máquina guerrera y que están resueltos a exponer todas las reservas materiales y humanas del pueblo alemán, y hasta la existencia de éste, para sus fines de rapiña. Ellos componen el terreno social abonado en el que ha crecido el oficial prusiano. ¿Cómo se formó esta capa de encarnizados provocadores de la guerra? He aquí el contenido histórico y político de la pregunta: ¿cómo ha sido posible la agresividad germana y en qué forma se puede destruirla?

FEDERICO ENGELS indica en el prefacio de su obra *La guerra campesina alemana*: "La burguesía alemana tiene la desgracia, lo que es una verdadera particularidad nacional germana, de llegar siempre tarde. Su ascenso coincide con un período en el cual la burguesía de los países europeos occidentales comienza su decadencia política". El estudio clásico de Engels sobre el desarrollo uniforme de las dos grandes revoluciones de 1524 y de 1848 data casi de cien años, pero su valor es actualmente más esclarecedor que nunca.

"También el pueblo alemán —decía el amigo de Marx— posee sus tradiciones revolucionarias. Hubo una época en la que Alemania produjo hombres que se pueden comparar con los mejores luchadores revolucionarios de otros pueblos, en que el pueblo alemán dió pruebas de una resistencia y energía que dentro del marco de una nación unida habría producido resultados magníficos".

Mientras Francia conquistó ya, en la guerra civil de los hugonotes, su unidad nacional, creando un Poder estatal centralizado, Alemania, en el siglo XVI, estaba todavía, económica y políticamente, tan desmembrada que apenas existían intereses comunes dentro del territorio de una provincia, y cada región era para la otra casi un país extranjero. En las ciudades, a lo largo de las grandes rutas comerciales que conducían desde Italia a los puertos hanseáticos, se había iniciado ya, desde mediados del siglo XIV, un desenvolvimiento capitalista temprano, que fué interrumpido prematuramente después de la caída de Cons-

tantinopla (1453), debido a la posición predominante de Venecia en el comercio con Oriente. En el curso de su desarrollo ascendente produjo el humanismo alemán. Durante su decadencia, la Reforma y la guerra campesina.

La Reforma había comenzado como un movimiento revolucionario por la renovación del Reich, por la unificación nacional contra la Iglesia —extraña al pueblo— y sus aliados, los príncipes y grandes comerciantes. El Lutero primitivo no era, de ningún modo, un luchador teológico, alejado del mundo real, como lo presenta después de su traición a los campesinos la falsificada historia de la reacción. Muy mundano, dice en su primer panfleto: "A la nobleza cristiana de nacionalidad alemana"—: "Aquí hace falta también, verdaderamente, poner a los Fugger y a otras Compañías el bozal en el hocico. ¿Cómo es posible, y ha de suceder de manera justa y divina que en la vida de un hombre se pueda reunir en un montón tal fortuna de bienes reales? No entiendo cuentas de este juez". En nombre del Evangelio se sublevaron los labriegos para restaurar la propiedad comunal campesina. Y la pequeña burguesía pauperizada de las ciudades se alzó contra la usura y la carga de los impuestos. Los campesinos y los ciudadanos interpretaron literalmente el mensaje de Lutero sobre los derechos divinos y naturales de los hombres cristianos. Después de que Sickingen, el jefe de las bandas de hidalgos arruinados, fracasó en su marcha contra Treveris, se unieron los campesinos del Rhin y del Main, de Franconia y de Suabia, 300,000 hombres, formando el primer Ejército de la revolución alemana. Tan notable fué el pánico de la nobleza que el Príncipe Elector, Federico de Sajonia, murió con la duda en los labios de si no sería la voluntad de Dios que el hombre del pueblo reinara en Alemania.

La dispersión de las bandas campesinas, ocasionadas por el atraso del país, permitió a los príncipes superar victoriosamente esta prueba. El programa, socialmente agresivo, de los doce puntos del Bundschuh, determinó un frente único de Roma y Lutero, de los príncipes y grandes comerciantes. La primera revolución germana, que de lograrse hubiera unificado a toda Alemania, fué ahogada

en la sangre de los campesinos. Los privilegios amenazados de los príncipes y señores feudales habían sido salvados, pero se incrementó el desmembramiento del Reich. Desde la batalla de Frankenstein, donde fué destruído el Ejército campesino de Thomas Muenzer, la Reforma, llamada a unir revolucionariamente a Alemania, como la guerra de liberación de los esclavos en Estados Unidos, como la guerra civil de los puritanos en Inglaterra, como la sublevación de los hugonotes en Francia, se había transformado en un protestantismo reaccionario. Lutero no era ningún Lincoln, ningún Cromwell, ningún Enrique IV: tuvo miedo del pueblo y se echó en brazos de los príncipes. Consecuencias: el desangramiento del pueblo alemán en la guerra de los treinta años y la paz de Westfalia, que desintegró a Alemania en algunos centenares de "Estados soberanos".

EN ESCALA superior, 1848 es la repetición de 1524, nuevo intento de conquistar la unidad nacional a través de una lucha democrática y revolucionaria contra los monopolios del Poder, los príncipes feudales y grandes terratenientes.

Después de que Metternich había impedido en el Congreso de Viena la unificación de los alemanes, único fin auténtico de las guerras liberadoras contra Napoleón, a comienzos del siglo XIX, Alemania se componía de 38 Estados individuales, sólo levemente unidos. Los reformadores prusianos, Stein y Hardenberg, habían despejado el camino hacia un desarrollo capitalista en Alemania, por medio de la abolición de la servidumbre y estableciendo un nuevo orden comunal. Desde 1815 crece en Alemania la clase media de las ciudades, pero la formación de un mercado interior, condición previa para el desarrollo de una industria moderna, es impedido por el desmembramiento del Reich. El grito por la libertad y la unidad se entona con la canción del hambre de los tejedores de Silesia, que asaltan, en 1848, las casas de los fabricantes. En aquel año Alemania estaba madura para una gran revolución, que debía compensar todos los retrasos del pasado —incluso sin el ejemplo de París.

También este movimiento democrático revolucionario, no unificado y lleno de contradicciones como su antecesor, sufrió la derrota a manos del frente único de los intereses amenazados. El miedo a la nueva clase de los obreros, que reclamaba sus derechos en las barricadas del 13 de marzo, obligó a la burguesía a hincarse de rodillas ante el trono y la nobleza: Persiste la "miseria alemana". "¿Quién se aprovechó de la revolución de 1524?" pregunta Engels. "Los príncipes. ¿Quién extrajo el fruto de la revolución de 1848? Los grandes príncipes, Austria y Prusia. Detrás de los pequeños príncipes de 1524 se ocultaba la pequeña burguesía, tras los grandes príncipes de 1848 se agazapó la gran burguesía".

El italiano Benedetto Croce, filósofo del liberalismo, escribió, en unas consideraciones sobre la revolución alemana de 1848: "Si ésta hubiera tenido éxito, se habrían renovado, al mismo tiempo, no sólo las Constituciones de los diversos Estados, por su forma y contenido, sino que toda la vida política de Alemania hubiese emprendido otro curso".

La victoria de la contrarrevolución sentó las bases de aquel "ascenso de Prusia" que experimentaron estremecidos los pueblos europeos en las siguientes décadas. La unión de los junkers y de la gran burguesía contra el pueblo aseguró, bajo el disfraz de los intereses "nacionales", el predominio político de estas dos castas dominantes, que únicamente utilizaron el Poder para alcanzar el avance que los otros países capitalistas habían conseguido a comienzos de siglo. La derrota del pueblo alemán en su revolución democrática es el inicio de la amenaza al mundo por el militarismo e imperialismo alemanes.

La burguesía alemana, que surgió, en connivencia con los junkers, de la revolución de 1848, tenía que recuperar mucho terreno. Entre tanto, las burguesías de otros países se habían repartido el mundo, sin preguntar si el capitalismo alemán aspiraba al derecho de tener "un lugar bajo el sol". El imperialismo colonial inglés estaba ya formado y "ultimado" en los años de 1860 a 1880, mientras que

Alemania consigue en 1884 su primera colonia: el Camerún. En el año de 1900 pertenecen a las grandes potencias coloniales el 90,4% de Africa, el 98,9% de Polinesia, el 56% de Asia, el 100% de Australia, el 27,2% de América. En esta propiedad colonial Alemania casi no tiene participación.

Pero en aquella época la joven burguesía alemana, que ha llegado tarde, alcanza a pasos agigantados el desarrollo industrial de los países occidentales. Se fundan, de 1848 a 1856, los grandes Bancos alemanes. De 1851 a 1870 se constituyen en Alemania 295 Sociedades anónimas con un capital conjunto de 2,400 millones de marcos. Tras el desenlace victorioso de la guerra franco-prusiana de 1870 a 1871, y con el comienzo de la concentración del capital en manos de unos pocos capitalistas monopolistas, se acelera con mayor violencia el ritmo de la industrialización. Hasta 1900 existían en Alemania de siete a ocho poderosas compañías eléctricas. En 1917 se firma, entre el trust eléctrico americano y el alemán, un convenio para la creación en todo el mundo de las esferas monopolistas de influencia.

De 1890 a 1913 el desarrollo de la producción de la industria pesada en Alemania es sobremanera más acelerado que en Inglaterra, como subraya Lenin en su obra sobre el imperialismo. En 1892 Alemania produce 4,2 millones de toneladas de hierro fundido e Inglaterra 6,8 millones, mientras que en 1912 Alemania llega a 17,6 millones de toneladas e Inglaterra a 9 millones de toneladas. Este rápido desarrollo de la industria pesada alemana impulsa las ansias coloniales de los imperialistas germanos. En 1914, Inglaterra, con una población propia de 46.5 millones, domina un Imperio colonial de 33.5 millones de millas cuadradas. Francia, con una población de 39.6 millones posee un Imperio colonial de 10.6 millones de millas cuadradas y Alemania, con 60.9 millones de habitantes únicamente territorios coloniales por 2.9 millones de millas cuadradas.

"¿Cabía, sobre la base del capitalismo, otro recurso que la guerra para eliminar esta desproporción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación del capital por un lado, y el reparto de las colonias y esferas

de influencia del capitalismo, por el opuesto?", preguntaba Lenin, en 1917, en medio del tronar de los cañones de la primera guerra imperialista mundial.

La agresividad del imperialismo alemán, que exigió una revisión del reparto colonial, se patentizó en los grandes gastos destinados a armamentos. Mientras estos egresos en Inglaterra oscilaban, en el período de 1875 a 1913, de 16 a 34.2 marcos por habitante, los mismos se elevaban en Alemania de 9.43 marcos a 23.5 marcos. El capital financiero alemán era más agresivo porque tenía mayor hambre de poder y de explotación. Esta es la raíz de los planes de conquista de los pangermanistas, de los precursores de Hitler que se crearon entonces, en la teoría de razas de Duering, la ideología propia, y que ya fuera impugnada entonces por Engels.

Los pangermanistas, apoyados por la gran industria y los junkers del Este del Elba, forjaron sus planes de conquista del mundo desde la segunda mitad del siglo pasado. Bismarck relata en su obra *Pensamientos y recuerdos*, que ya durante la guerra de Crimea de 1854, un grupo de junkers del Este del Elba, bajo la dirección del Conde Roberto von der Goltz difundió un memorándum para derrotar al ministro Manteuffel, que se había opuesto a la guerra de conquista. "En ella se había fijado como fin —escribe Bismarck— que Prusia, en calidad de vanguardia armada de Europa, tenía que propugnar la desmembración de Rusia, la entrega de las provincias del Báltico, con inclusión de Petrogrado, a Prusia y Suecia, de todo el territorio de la República Polaca y la disolución del resto de Rusia, dividiéndola en territorios para los Grandes Rusos y los Pequeños Rusos. Para justificar este programa se utilizó con preferencia la teoría del noble Haxthausen-Abtenburg de que las tres zonas, con su producción variada, complementarias entre sí, aseguraban a los cien millones de rusos, si permanecían unidos, la preponderancia sobre Europa". "De esta teoría —agrega Bismarck— se dedujo la alianza natural con Inglaterra, con oscuras insinuaciones de que la Gran Bretaña, si Prusia le servía con sus ejércitos contra Rusia, fomentaría, por su parte, la política prusiana". Ni Ludendorff, ni Hitler han inven-

tado nada nuevo, sino que han desarrollado los planes de dominación del mundo de los junkers y grandes industriales.

De ningún modo se quiere aducir con las afirmaciones precedentes que el desarrollo hacia el fascismo haya sido forzoso. Existían también otros derroteros. El "político realista" Bismarck había rechazado con éxito a los aventureros que vociferaban la guerra contra Rusia. Vió con justeza el riesgo que implicaba cada guerra entre Alemania y Rusia. Pero el canciller de sangre y hierro odiaba, como todos los junkers, a la única fuerza capaz de evitar la catástrofe: las masas democráticas y revolucionarias. Con una política social y con audiencias concedidas a Lassalle intentó Bismarck mellarle el filo al creciente movimiento democrático de masas. De la misma manera que Metternich temía a los estudiantes, así recelaba Bismarck de los obreros: lo que aquél quería conseguir con las decisiones de Karlsbad, lo intentó éste con las leyes contra los socialistas.

Después de que la unificación del pueblo alemán por un camino democrático fué evitada por la coalición de los junkers y grandes burgueses, Bismarck, el exponente de esta coalición, creó en la sala de los espejos de Versalles, la caricatura de la unidad del Reich. El rey de Prusia, hasta entonces denominado "Presidencia de la Unión Alemana", accedió a aceptar el título de Emperador Alemán, no sin preguntar antes irónicamente: "¿Para qué me sirve el empleo de mayor carácter?" (La expresión significa tener un empleo sin el mando correspondiente). "Vuestra Majestad no querrá seguir siendo eternamente una idea abstracta", le contestó Bismarck. "En la palabra "presidencia" hay una abstracción, en el término "emperador" una gran fuerza centrífuga". Cuando Guillermo I se conformó por fin, quiso ser llamado "Emperador de Alemania", lo que Bismarck, en consideración a los demás príncipes, no podía concederle. Esta situación diplomática precaria la resolvió el Gran Duque de Baden, levantando sencillamente su vaso "en honor del Emperador Guillermo". La unidad de la nación, soñada durante siglos, se transformó en una simple disputa de un título desprovista

de sentido, en la cual el pueblo no tenía ninguna participación.

Cuando en 1890 fué depuesto Bismarck el nuevo imperio alemán no era más que la antigua potencia militar prusiana, dirigida por las clases más atrasadas y más rapaces que se habían ido cristalizando con la derrota de las dos revoluciones alemanas: los junkers y la industria pesada. De todo esto, la revolución de 1918 cambió solamente la forma, no el contenido, y así la profecía de Engels en su obra *Revolución y Contrarrevolución en Alemania* se ha verificado de manera impresionante: "Hoy es ya seguro que mientras no se produzca una nueva revolución en pos de la de marzo de 1848, las cosas en Alemania volverán siempre irremisiblemente al estado en que se encontraban antes de este acontecimiento". Al absolutismo de Guillermo siguió el fascismo de Hitler y a la guerra mundial número 1 la guerra mundial número 2.

Como puente entre las dos se encuentra la República de Weimar, pero justamente su historia apoya la tesis de que la no-realización de la revolución democrática en Alemania, como consecuencia del compromiso continuo de la burguesía con los junkers, ha llevado directamente a Hitler. La revolución de 1918 ha repetido en mayor grado las mediastintas e inconsecuencias de 1848. La huída del Emperador aportó como consecuencia el derrumbamiento del parlamento prusiano de las tres clases. Fué instaurado el derecho de elección general, igual y directo. Desde luego, se demostró que la mayoría democrática era muy reducida en la nueva Asamblea Nacional. La República que proclamó Scheidemann el 11 de noviembre de 1918 desde una ventana del Reichstag, se la imaginaron las masas del pueblo como una república de justicia social que no iba tan sólo a liquidar privilegios formalmente democráticos, sino también los privilegios económicos de los junkers y magnates financieros. Cinco años duró la sangrienta lucha civil del pueblo alemán por el contenido social de la República. Ebert, Scheidemann y Noske no querían nada con el desarrollo de la revolución. "Yo odio a la Revolución como al pecado", dijo el pri-

mer Presidente del Reich Republicano. Estas luchas, semejantes a guerras civiles, han requerido no menos de 30,000 víctimas y sacudieron desde 1919 hasta 1933 al Reich. En tales combates la República pidió, y encontró, la voluntaria ayuda armada de los oficiales derechistas y de las bandas fascistas. Los oficiales de Noske fueron más tarde los oficiales de las SS. y las organizaciones de la Heimwehr y de la Orgesch abastecieron las filas de los cuadros de la SA. La reacción contra la República de Weimar es tan vieja como ella misma. Tiene su base social en los junkers del Este del Elba, en los magnates del carbón y acero de Renania-Westfalia, así como en el capital financiero. Desde 1925 son los grandes industriales de Renania y Westfalia los que, bajo la dirección de Thyssen y Kirdorff —como el propio Thyssen testimonia en sus recuerdos—, han pagado enormes subvenciones a Hitler para preparar, con su ayuda, la guerra de revancha que debía traer la realización de los sueños que Ludendorff y Hindenburg no pudieron realizar. Es especialmente típico que la caída del canciller Schleicher, a fines de 1932 fuese provocada por las intrigas de algunos junkers que temían que Schleicher fuera a cumplir sus promesas de anular las subvenciones gubernamentales para los junkers de la Prusia Oriental, la llamada "Ayuda al Oriente", y denunciar sus abusos. Hindenburg, incitado por un antiguo amigo suyo, el junker conservador Januschau, destituyó a Schleicher inculpándolo abiertamente "de manejos bolcheviques". Para los puestos de mando de los barones feudales y grandes terratenientes, no eran decisivos los privilegios del derecho electoral, sino los privilegios económicos que les concedió, con una consecuencia suicida, la República de Weimar. Cuando en el año 1924 fué arrancado el plebiscito popular para la expropiación sin indemnización de las propiedades territoriales de los antiguos príncipes reinantes, los partidos de izquierda quedaron, con 15 millones de votos, en minoría.

La estructura social de la República de Weimar se caracteriza por las siguientes cifras:

En la nueva República disponían 4 millones de economías campesinas con menos de 5 hectáreas cada una,

de tanta tierra, como 9,760 grandes terratenientes con propiedades mayores a 200 hectáreas. 17 trusts poseían más de las siete décimas partes de toda la producción de hulla, que es la base de la industria de guerra alemana. Ocho magnates del carbón dominaban toda la cuenca minera del Ruhr. Dos trusts, la Industria I. G. Farben y la Fábrica de electricidad de Rhenania-Westfalia, tenían la mitad de toda la producción de lignito.

La República, con tal estructura social, era incapaz de vencer las tormentas de la crisis mundial de 1929. Fué fácil presa de la demagogia del partido nazi, pagada por los plutócratas alemanes ansiosos de desquite. Los nazis prometían todo y estaban firmemente decididos a cumplir una sola de sus promesas: la guerra de revancha.

Jamás la mayoría del pueblo alemán ha entregado a Hitler el poder. En la mansión del banquero de Colonia, Barón Schroeder, fué firmado el pacto que hizo de Hitler el esbirro del Partido belicista, el albacea de la herencia de Ludendorff.

El desmembramiento de Alemania y un nuevo Versalles no pueden evitar, como nos enseña la experiencia, que un nuevo Hitler desencadene la guerra mundial número 3. La solución reaccionaria no es ninguna solución, sino la eternización del mal. No solamente porque ayuda hoy a ligar al pueblo alemán más a Hitler, sino porque producirá continuamente nuevos Hitlers. La historia indica que la paz sólo puede asegurarse si la revolución democrática alemana aniquila, junto con Hitler, las dos castas belicosas que han provocado las dos guerras mundiales, que han creado un Guillermo de Hohenzollern y un Hitler, que han engañado al pueblo alemán, arrebatándole su libertad.

¿Significa lo antedicho descargar al pueblo alemán de su culpa y de su responsabilidad? Por el contrario: coloca al pueblo alemán frente a su responsabilidad histórica y de cara a su tarea inmediata. El pueblo alemán tiene ahora la oportunidad histórica para facilitar la victoria de las naciones unidas y conseguir su propia libertad lanzándose a la lucha activa para arrojar y destruir hasta el últi-

mo vestigio del nazismo. De su propio comportamiento depende que la caída de Hitler conduzca a una rápida incorporación de Alemania a la familia de los pueblos libres, o si el mundo debe seguir precaviéndose contra la agresividad de las clases dominantes alemanas, como lo declaró el Secretario de Estado de Norteamérica, Cordell Hull, en su discurso radiado el 23 de julio de 1942: "Es completamente claro que en el proceso del restablecimiento del orden internacional, las naciones unidas tienen que ejercer una vigilancia sobre las naciones agresoras, hasta que llegue el momento en que estas últimas demuestren estar dispuestas y ser capaces de vivir en paz con otras naciones. El tiempo que se requiera para continuar tal vigilancia depende de la rapidez con que los pueblos de Alemania, Japón, Italia y sus satélites, den pruebas convincentes de haber rechazado y abandonado la monstruosa filosofía de la raza superior y la conquista por la fuerza, y hayan demostrado su lealtad frente a los principios básicos de los procedimientos pacíficos".

La investigación histórica que hemos emprendido, nos capacita para infundir contenido a estas palabras. ¿Cómo puede evitarse que la democracia alemana, después de Hitler, no conduzca otra vez hacia un fiasco de Weimar? ¿Qué garantías pueden existir para que la concesión del derecho de autodeterminación al pueblo alemán no implique nuevamente una guerra de revancha?

La contestación está concebida en los términos siguientes: que la democracia alemana no se reduzca a ser esta vez una democracia parlamentaria formal, sino que sea en la ocasión venidera desarrollada hasta sus últimas consecuencias, coronándose con la supresión del poder político y económico de las castas dominantes agresivas, los junkers y grandes industriales. La revolución democrática que está madurando en Alemania no debe exclusivamente destruir a Hitler y al aparato estatal hitleriano, sino también a los hombres que entre bastidores dirigen a Hitler: los plutócratas alemanes, que han hecho posible la elevación de Hitler al poder.

El "National Peace Council" en Londres publicó el discurso que pronunció G. O. G. Luetkens en julio de 1941

en Oxford, en una conferencia para discutir los fines de la paz. Luetkens indicó allí el peligro de que en el caso de concertarse la paz los círculos conservadores de Inglaterra y de los Estados Unidos intentarán evitar la revolución democrática alemana, en lugar de fomentarla, en interés de una paz duradera, y de hecho son los que más alto gritan pidiendo el desmembramiento y la destrucción del pueblo alemán ávido de guerra, los mismos que se enfrentan a un movimiento democrático-revolucionario en el continente europeo. Los círculos reaccionarios de Inglaterra y de los Estados Unidos no están interesados en encontrar la médula de la agresividad alemana, porque este trabajo evidenciaría que la revolución alemana favorece a la paz. Luetkens dice: "En el interés de un orden mejor en Europa es vital que la guerra se rija por el siguiente postulado: sólo un profundo cambio social en Alemania puede asegurar una paz duradera en Europa, así como a la democracia en Alemania. Además, este fin debe ser tenido en cuenta plenamente cuando llegue el momento de hacer la Paz. Si entonces surgen en Alemania movimientos populares que intenten implantar la democracia en el país, no debe hacerse nada que dificulte la realización de estas aspiraciones... Una verdadera democracia no puede ser impuesta a un pueblo; una nación no puede ser convertida en una nación democrática por revisores extranjeros o fuerzas policíacas instaladas en su territorio. Siempre que la democracia echó raíces en las naciones modernas, fué como resultado de un profundo movimiento popular de masas, que consciente o inconscientemente se encaminó por un sendero justo. Así sucedió en Inglaterra, así en Francia y en los Estados Unidos. Solamente cuando los alemanes conquisten la democracia por sí mismos y cuando sus esfuerzos de establecerla coincidan de una manera irrevocable con la simpatía, comprensión y cooperación activa de los otros pueblos de Europa, podremos esperar ver a nuestro alcance una paz duradera en Europa.

El presente estudio de las causas de la agresividad alemana conduce a la conclusión de que el principio de no-interferencia va de mano con el principio de seguridad,

siempre que el pueblo alemán siga seriamente el camino democrático. El pueblo alemán tendrá que compensar el daño y sufrimientos causados a otros pueblos por haber tolerado a Hitler y sus crímenes. Si la URSS, Inglaterra, los Estados Unidos y las otras Naciones Unidas lo consideran necesario, esta indemnización será determinada por una Comisión Internacional, pero sólo el propio pueblo alemán puede arrancar de raíz el nazismo y destruir de una vez y para siempre la agresividad alemana. Por lo tanto el derecho de auto-determinación, garantizado a todos los pueblos sin excepción por la Carta del Atlántico, debe también ser garantizado a los alemanes en el interés de todos los pueblos.

Con la liquidación de los privilegios de los plutócratas alemanes, una Alemania libre y democrática eliminará el terreno abonado de la "agresividad alemana" y evitará de este modo una repetición de 1914 y 1939. Afanándose en participar activamente en la reconstrucción política y económica de Europa y en reparar los daños que produjo Hitler, el pueblo alemán buscará la amistad con sus vecinos y con todos los pueblos. Restaurará la igualdad de razas y de religiones, perseguirá el bárbaro antisemitismo como un crimen fascista. Despertarán a una vida nueva las enterradas tradiciones libertarias del pueblo alemán, los recuerdos de Thomas Muenzer y del Parlamento de Francfort. Su genio, dedicado durante largos años a obras de destrucción, buscará la expiación edificando las grandes obras de la paz y del progreso. Todos los pueblos se beneficiarán de una Alemania libre, pero si se impidiera el nacimiento de una Alemania consecuentemente democrática se prolongarían los sufrimientos de los demás pueblos. Unicamente aquellos que deseen una eternización de la guerra, los conscientes o inconscientes admiradores del nazifascismo golpean hoy el tambor para que la guerra no sea llevada contra Hitler, sino contra el pueblo alemán, cuya responsabilidad puede aminorarse tan sólo por la ayuda activa que él mismo lleve a cabo, oportunamente, para el derrumbamiento de Hitler.

SOLIDARIDAD CONTINENTAL

¿PROPAGANDA?

Como una opinión más, y una opinión autorizada, la cosa puede pasar e incluso está bien (no es nueva y es muy defendible), pero como propaganda resulta un librito extraño. Por primera vez leemos en una publicación de propaganda, dirigida a América Latina y en favor de Estados Unidos, que en caso de una victoria aliada la solidaridad continental sería un estorbo. Sería curioso saber qué criterio ha guiado la reciente publicación en español por el Instituto Panamericano de Bibliografía y Documentación de México del ensayo de P. W. Bidwell Defensa Económica de la América Latina.

Parece que un libro de propaganda debe o bien despertar aversión por el enemigo o bien aliento entre aquellos a quienes va dirigido, confianza en el porvenir, etc. La verdad es que encontramos muy poco de esto. El tema se prestaba, la ocasión no podía ser más propicia. Hoy, todos los países de la América Latina rebosan de planes de industrialización, de ayuda económica, que es casi su única aportación activa al conflicto bélico, se están movilizando recursos nuevos, se está intensificando la explotación de los viejos...

Parece que se inicia una era de colaboración continental con su centro en Estados Unidos, que la gran potencia industrial del norte va a seguir una política de acercamiento activo a las naciones latinoamericanas, y éstas vislumbran una esperanza de mejoramiento en sus condiciones materiales una vez que pasen las circunstancias presentes. Si la democracia sobrevive se espera algo mejor que lo pasado. El título Defensa Económica de la América Latina, parece sugerir un apoyo a las economías de los países situados al sur del Río Bravo, pero la obra de Bidwell nos viene a decir: "No se hagan ilusiones. Estados Unidos puede hacer poca cosa por ustedes. Si Alemania gana la guerra Estados Unidos tendría que hacer un sacrificio y concentrar sus compras y ventas en América Latina, a falta de cosa mejor y como defensa propia. Pero si puede evitarlo les dejará a ustedes de lado y se concentrará en el Imperio Británico, que le conviene más". Esto puede ser una realidad o no serlo (la misma tesis ha sido expuesta, entre

otros, por Condliffe, Hansen, etc., pero ¿es esto propaganda? Sin duda hay un programa de colaboración: Se debería ayudar a la América Latina en el uso efectivo de sus recursos naturales y humanos; aumentar las importaciones de sus productos; reducir los obstáculos arancelarios; el Export-Import Bank debería seguir haciendo créditos para mejorar las comunicaciones y aumentar la industrialización; convendría crear el Banco Interamericano; eliminar obstáculos al comercio; explorar la posibilidad de convenios internacionales que regularan la producción y venta de trigo, algodón y otros excedentes de exportación.

Esto está muy bien como principio, pero si el lector llega a este programa después de ochenta páginas desalentadoras, siente un gran escepticismo respecto al futuro y la viabilidad de cualquiera de los proyectos enumerados.

¿Y qué dicen esas primeras ochenta páginas?

EL TEMA

En primer lugar, y es una de las deficiencias más importantes del librito, éste se escribió antes de Pearl Harbour. En segundo lugar, y esto es casi definitivo para sus efectos propagandísticos, el propósito del trabajo es contestar a la pregunta de ¿qué haría Estados Unidos (Estados Unidos no beligerante) si Alemania gana la guerra? Esta preocupación por las repercusiones económicas de una victoria nazi estuvo muy en boga antes del ataque japonés (las páginas de algunas revistas, tales como FOREIGN AFFAIRS, donde P. W. Bidwell colabora activamente, están llenas de estudios inspirados por esta preocupación). Pero ¿qué objeto tiene traducir hoy un trabajo inspirado por esas circunstancias y pretender que sea propaganda?

Bidwell empieza con un capítulo titulado *La guerra y la doctrina de Monroe* cuyo propósito central es presentar un cuadro del grado de dependencia económica en que se encuentran las diversas repúblicas latinoamericanas respecto de Estados Unidos. Aparece la conocida clasificación en grupos (al estilo de Hansen o del magnífico informe de la Comisión de Aranceles norteamericana) que se ajustan a un criterio geográfico bastante estrecho de zonas climatológicas. Viene después *Propaganda y política* donde examina la influencia, actividades y número de los nacionales del eje en nuestros países. El tercer capítulo que se titula *Penetración económica alemana*, estudia la técnica alemana en el comercio exterior. El cuarto *Las armas de la defensa*

económica, presenta el programa de acuerdos comerciales recíprocos del Secretario Hull, las declaraciones norteamericanas de no intervención en los asuntos latinoamericanos, y entra de lleno en la presentación de su tesis.

América Latina tiene necesidad de vender. A diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, las exportaciones constituyen un factor esencial de su vida económica. Se trata, pues, de encontrar mercados. En un tiempo se discutió mucho la posibilidad de constituir una especie de carteles internacionales para la compra por Norteamérica de aquellas mercancías que presentaran grandes excedentes de exportación, pero el proyecto fracasó ahogado por las críticas de uno y otro bando. Bidwell hace suya una de las más importantes: imposibilidad de que Estados Unidos absorbiera enormes cantidades adicionales de productos agrícolas similares a los producidos ya en ese país. Están los productos no alimenticios que no compiten con los norteamericanos y algunos han pretendido que Norteamérica desvíe hacia América Latina las compras de esas mercancías que hoy se hacen (o ayer se hacían) en otros lugares. Tenemos el *caucho,* pero hay pocas posibilidades de ampliar la producción antes de una década, y sería más barato, dice, y más rápido aumentar la producción norteamericana de caucho sintético que establecer plantaciones en Brasil y América Central; en cuanto al *estaño,* Bolivia no produjo en 1939 sino el 40 por ciento del consumo norteamericano, pero el gobierno de Estados Unidos en su esfuerzo para estimular la producción sudamericana "y aliviar la situación económica de Bolivia", acordó comprar unos 20 millones de dólares anuales de este mineral. En general, según Bidwell, aunque las importaciones norteamericanas de materias primas estratégicas, dupliquen o tripliquen en los años venideros, no serán de gran volumen. En cuanto a los productos agrícolas tropicales, o no competidores, la situación es, según el autor, que, *a)* cuando hay excedentes como en el café y los plátanos, Estados Unidos ya está comprando prácticamente toda la exportación anual y, por lo tanto, no hay cambio posible en la orientación del comercio, y *b)* en los casos en que la rectificación de la corriente comercial parece posible —como ocurre con el caucho, cacao, quinina y aceite de coco— no hay excedentes. "Cualquier programa de nueva orientación comercial que se proponga traspasar las compras norteamericanas de productos alimenticios y materias primas no competidoras de los mercados de Asia y Africa a la América Central y Meridional, por más empeñosamente que se le pusiera en práctica, sólo podría dar resultados sustanciales al cabo de 10 ó 20 años".

Bidwell sí cree que Estados Unidos debería y podría aumentar sus compras de carne argentina, lo mismo que de lana y linaza. Para el algodón, trigo y maíz, aboga por la formación de carteles internacionales (no para la compra por Norteamérica y almacenamiento de excedentes, que era el proyecto primitivo que fué preciso desechar, sino de carteles en los que Estados Unidos participaría como vendedor), pues se trata de mercancías de las que también hay excedentes de producción en Estados Unidos (se muestra partidario asimismo de un plan sugerido por Henry A. Wallace, en su último informe como Secretario de Agricultura, en favor de la distribución de alimentos a los sectores desnutridos de la población).

En el aspecto financiero, entre el Banco de Exportación e Importación y el proyecto de Banco Interamericano, parece preferir este último, pues, el primero concede créditos que no tienen un significado exclusivamente económico.

Si Alemania gana la guerra, su posición económica será muy fuerte. Estados Unidos no representa un sucedáneo eficaz de Europa. Siguiendo al profesor Staley, Bidwell nos recuerda que el hecho de la existencia de un continente compacto no nos lleva a la conclusión de que sea posible un bloque económico; los grupos continentales de estados no son más naturales o eficaces que los de países separados por el mar. Si la posición estratégica del continente americano es débil, también lo es económicamente. No hay posibilidad de autosuficiencia económica del continente americano.

Y no se hallará el remedio en el cambio del módulo de la producción; la industrialización ¿no absorberá el excedente de materias primas? Según Bidwell esto no sería una solución, sino sólo un paliativo, pues, entre otras cosas, sería difícil concebir su empleo en tan gran escala que se alterara la estructura fundamental del hemisferio en menos de dos o tres generaciones. Además, el esfuerzo bélico de Estados Unidos no permite la exportación del equipo necesario para que América Latina se industrialice.

La victoria alemana es el único supuesto que justifica planear un cambio en el módulo de producción de América Latina y de su comercio, pues si triunfaran los británicos la solidaridad continental no haría falta, y lo que es peor "sería un estorbo embarazoso para Estados Unidos en sus relaciones de postguerra con una Inglaterra victoriosa".

ALGUNAS OBJECIONES

Percy W. Bidwell es un especialista en problemas económicos latino-americanos y por lo tanto sus opiniones pesan. Con razón, pues las suyas no son ideas surgidas al correr de la pluma.

No se trata de llevar la contraria por el simple hecho de que la opinión autorizada se oponga a los intereses propios, sino que me parece que el análisis de Bidwell, aunque escrito para circunstancias distintas de las que hoy prevalecen tiene interés para una postguerra con victoria aliada y adolece de algunos defectos que lo invalidan en parte.

En primer lugar está siempre presente el supuesto, tan habitual entre los economistas y que tanto facilita la exposición y el razonamiento, de *coeteris paribus,* en igualdad de condiciones. Si la estructura de la producción, del consumo, de la ocupación, los factores sociales, etc., etc., no se alteran, es posible que Estados Unidos pueda hacer muy poco por aliviar, o mejorar, la suerte económica de América Latina. Pero ¿es admisible razonar así? La economía de todos los países sufre sus transformaciones progresivas; los países industriales se especializan de más en más en mercancías que exigen un gran volumen de capital y una mano de obra altamente especializada, los países de economía semi-colonial se industrializan, etc.; y estos son fenómenos conocidos, son tendencias que podemos clasificar entre las seculares de la civilización. La vida social sufre también cambios de este carácter. ¿No deberían tenerse en cuenta? Pero cuando se trata de prever las circunstancias económicas que prevalecerán tras un choque de la magnitud de esta guerra, el supuesto *coeteris paribus* no sólo debe mirarse con reservas, por la acción de las tendencias seculares, sino que es inadmisible. Si se pretende que al terminar la guerra la vida económica y social haya de seguir como en el pasado inmediato sería mejor que nos sucidáramos de una vez. Una guerra de esta magnitud no puede tener por objeto único impedir que el eje obtenga algunas colonias y ejerza su influencia sobre el resto del mundo. Tienen que ocurrir cambios profundos, esenciales, en la vida de todo el orbe, cambios que ya se están perfilando y produciendo, y que, según todos los indicios, no serán temporales, sólo hasta que acaba la guerra. La evolución secular, social y económica, da un brinco, por muy grandes que sean los intereses creados, ya no hay *coeteris paribus,* las condiciones no son iguales, no pueden serlo.

Si América hubiera permanecido neutral y Alemania hubiera ganado la guerra, no es posible que Estados Unidos hubiese seguido

abasteciéndose de caucho con la misma facilidad que antes, y hubiera tenido que hacer un esfuerzo por desarrollar otras fuentes, según todas las probabilidades en la América Latina (la producción de caucho sintético, de *buna,* podrá ser mejor como solución inmediata, pero no como base permanente).

Si en la América Latina no existe un problema de paro forzoso, si su economía se transforma en el sentido de la industrialización, si la necesidad de grandes obras públicas es apremiante, etc., y si todo ha de tomar un impulso grande con motivo de la guerra, ¿no podemos prever un desplazamiento de la población desde aquellas industrias en que hay excedentes hacia las nuevas? ¿Que todo esto supone penalidades, fricción, como dicen los economistas? Desde luego, ningún cambio económico y social se produce sin fricción. Un invento que mejora un método de producción implica fricción porque deja desocupados a quienes trabajan con el procedimiento anticuado; pero se realiza. Unos obreros quedan sin trabajo momentáneamente, pero encuentran otro con una rapidez mayor o menor dependiendo de la flexibilidad del sistema (una flexibilidad que los gobiernos tendrán por misión lograr). No es que Bidwell se haya olvidado de la industrialización, pero según él, no se puede concebir su empleo en tan gran escala que pueda cambiar la estructura fundamental de la economía del hemisferio en menos de dos o tres generaciones. Si aquí cambiar quiere decir revolucionar, volver del revés, es posible que tenga razón, pero no se trata de eso, sino de *progresar.* Rusia creó un aparato industrial potente, como hemos podido observar, y no tardó dos ni tres generaciones en montarlo. Y la U.R.S.S. no gozó precisamente de facilidades de inversión extranjera.

Estados Unidos es el primer acreedor de la América Latina y lo será más aún al terminar la guerra. Estados Unidos ha renunciado expresamente a intervenir en América Latina para defender intereses económicos; en consecuencia, o regala sus inversiones o importa más (de América Latina o de los países a los que América Latina exporte). En este punto no hay escapatoria. ¿Tendrá más fuerza el interés de los productores que el de los financieros? Uno de los dos ha de ser sacrificado. Se trata de elegir.

La opinión de Bidwell de que en caso de un triunfo aliado la solidaridad continental no sólo no haría falta sino que sería un estorbo embarazoso para Estados Unidos en sus relaciones de postguerra con una Inglaterra victoriosa no es una frase aislada. En otro lugar se dice que si el Imperio Británico sobrevive necesitará más que nunca sus

mercados norteamericanos, pero si en el ínterin Estados Unidos ha erigido industrias de caucho y cacao en la América Latina a consecuencia de su política de compras, no se sentirá en libertad para abandonarlas, cosa al parecer molesta porque se trata de ayudar al Imperio Británico. Y en otro sitio se añade que una victoria alemana es el único supuesto que justifica planes de largo alcance para la recompostura de la producción y el comercio en el hemisferio.

Desde un punto de vista económico la cosa es bastante defendible. (Aunque en el mundo real las consideraciones políticas no pueden olvidarse). Será embarazoso y un estorbo, pero sigue en pie el hecho de que América Latina es un gran deudor, y que la posición del deudor es tanto más fuerte cuanto mayor sea su deuda, debilitándose proporcionalmente la del acreedor. También está el de que si hay un buen entendimiento entre los países latinos, la posición de Estados Unidos podría llegar a ser muy embarazosa, por mucho que quisiera desprenderse del estorbo de la solidaridad continental.

Entre los pasajes sueltos del ensayo quisiera señalar éstos: en un lugar se dice que para poder desviar las compras norteamericanas de caucho y cacao de Asia y Africa hacia América serían precisas nuevas facilidades de transporte. El autor, que parece estar familiarizado con la obra de Staley, debería echar una ojeada al mapa que se encuentra frente a la página 10 de la obra de éste *World Economy in Transition.* Y en el artículo de Staley mismo *The Myth of the Continents* (FOREIGN AFFAIRS, Vol. 19, abril 1941) donde se examina el problema de América Latina concretamente, tampoco se encuentran datos que abonen la tesis de Bidwell para los dos productos que él indica. Staley más bien busca los ejemplos de productos argentinos y bolivianos. En el caso de los dos indicados más bien parece que debería llegarse a la conclusión de un transporte menor o todo lo más igual.

Bidwell se queja de que en América del Sur las empresas de propiedad norteamericana tengan que ajustarse a leyes que les exigen el empleo de determinadas proporciones de indígenas. ¿Es esta legislación típicamente latinoamericana?

El autor no quiere prever la alternativa de una victoria aliada porque ello supone pensar "esféricamente", trazar nuevos planes para la renovación del comercio en escala mundial, y estos planes, para tener valor no se podrían hacer a raíz del armisticio, ni siquiera en la próxima Conferencia de la Paz. Requerirían la conciliación de muchos intereses encontrados: los de Estados Unidos, los dominios británicos, Inglaterra y los estados latinoamericanos. ¡Sin la menor duda! ¡Y por eso precisamente hay que estudiar las posibilidades de una solución!

Sobre este punto la opinión de Bidwell ha cambiado, pues en el número de enero de 1943 de la revista FOREIGN AFFAIRS (Vol. 21 No. 2) publica un artículo titulado *Controlling Trade After the War* donde aboga por la creación inmediata de un organismo que estudie y dirija el comercio de postguerra.

EL FUTURO

Todos los países son egoístas. No podemos negar a Estados Unidos el derecho a serlo. No entra dentro de la buena ética internacional democrática aprovechar las circunstancias de apremio para sacar una buena tajada. La posición de algunos países de América Latina es hoy muy fuerte con respecto a Estados Unidos, y nadie duda que éste haría grandes sacrificios para tenerlos contentos y a su lado. El chantaje diplomático en tiempo de guerra se paga en el momento de la paz. Es una táctica muy usada pero que rara vez da buenos resultados a la larga. No se trata, pues, de pedir sacrificios injustificables.

Pero una gran potencia tiene sus responsabilidades. Lo que sucede en la economía norteamericana trasciende al exterior. Estados Unidos no "puede" cerrar los ojos a las consecuencias de sus actos. Según puede deducirse del ensayo de Bidwell, en opinión de éste, Estados Unidos debería discriminar, tener preferencias, y éstas dirigirse al Imperio Británico, posiblemente por ser quien más ha sufrido como consecuencia de la guerra (¿o será Rusia, o Alemania, o Polonia o los Balcanes?). Si así sucede, tal cosa no quiere decir, según el autor, que se desentendería en absoluto de América Latina, ya hemos visto que hay incluso un programa de ayuda, pero es evidente que los apuros económicos de América Latina estarán muy influídos por el tipo de ayuda que Estados Unidos dé al Imperio Británico. Hay una responsabilidad de primer orden en la actitud económica internacional de Estados Unidos, pues la diferencia puede ser entre la prosperidad y la depresión.

Si después de la guerra presente la vida económica hubiera de guiarse por un criterio estrictamente económico, la "solidaridad continental" en beneficio de Estados Unidos consistiría, a mi modo de ver, en un aumento de la capacidad adquisitiva de América Latina con objeto de que los latinoamericanos consumieran más mercancías estadounidenses, y en dar a éstos mayores oportunidades de exportar para poder cumplir las obligaciones de su deuda. No pagar las deudas es muy desagradable para el acreedor, pero suele ser una indicación de que el deudor no está en la opulencia.

América Latina puede pasarse muy bien sin el mercado norteamericano si encuentra suficientes salidas para sus productos en otros continentes; pero no cabe duda que las relaciones económicas arrastran relaciones e influencias ideológicas, y cuando surja una complicación internacional (y esta guerra no las eliminará), Estados Unidos puede desear una América unida y a su lado. ¿La encontrará?

Los comentarios que acabo de hacer pueden ser buenos o malos, pero el hecho de que el libro los despierta en mí es una indicación de que también puede despertarlos en otros, y como reacción ante una propaganda cuyo objeto es crear en el lector latinoamericano simpatía hacia la nación que la hace, la cosa no puede ser más desastrosa.

El punto esencial que quiero recalcar es éste: si se desliga la economía de la política, si se emplea un criterio estrictamente económico, como el que se debe seguir en una investigación de tipo académico, la tesis central de Bidwell tendría mucho en su favor, y es posible que yo fuera aún más lejos que él, en algunos puntos, pero *1)* si la economía se desliga de la política, entonces pierde contacto con la realidad y no puede pretender una aplicación directa a ésta; *2)* Bidwell intenta sugerir un programa práctico, una opinión con trascendencia política sobre el futuro, y en este caso su tesis es muy discutible; *3)* como obra de propaganda es un auténtico fracaso publicar *hoy* una traducción de su ensayo.

Todos deseamos ver al hemisferio occidental bien unido, persiguiendo un ideal democrático para el futuro. Pero perseguir un ideal democrático no quiere decir que el Estado que hace propaganda de su causa se lance a una exhibición de su liberalismo: "Para que se den cuenta de hasta qué punto soy partidario de la libertad de pensamiento vean cómo mis súbditos dicen que sólo en caso de apuro, de una victoria de nuestros enemigos, debemos ayudarles a ustedes para defendernos nosotros mismos". Esta es la única explicación posible. Por fortuna las declaraciones de los estadistas norteamericanos han sido muy explícitas últimamente en sentido opuesto a la opinión de Bidwell.

Javier MARQUEZ.

NO HAY BIEN COMO EL DE LA VISTA

Creo que fué un francés quien lo dijo. Es posible que, como todas las frases fáciles, no la dijera nadie y que por lo tanto, se la hayan atribuído a un francés. Lo cierto es que por el mundo corre que *"México es el país de lo imprevisto"*; como es cierto también que suele llamarse imprevisto a lo que por flojera o desdén no se ha sabido estudiar, ni ver ni prever.

La frase habrá sido seguramente recordada, en los días pasados, ante el extraño acontecimiento de un Presidente de la República asistiendo a un banquete de emigrados políticos.[1] Y de unos emigrados políticos de clase especial. Los republicanos españoles, que mientras organizaban este banquete en México, en el Norte de Africa continuaban contribuyendo al triunfo de las democracias construyendo el ferrocarril del Sahara, cuidadosamente protegidos por los gendarmes del Gral. Giraud. Para éste y para aquéllos, el acontecimiento sí habrá resultado extraño e imprevisto. Justamente extraño, porque la historia debe de verse con los propios ojos y los ojos de los gendarmes, cualquiera que sea su graduación, han sido hechos para mirar sorprendidos cuanto de natural y lógico sucede en el mundo. Mal momento éste para quienes padecen de pereza visual. Surgirán ante ellos acontecimientos que tendrán que clausurar en el área de lo milagroso, por extraordinario, con tal frecuencia que llegarán a la conclusión de que el mundo, todo el mundo, se ha vuelto loco y tendrán que encerrarse ellos mismos, en un sanatorio especial para locos por miopía.

Pero, mientras cada cual ocupa su lugar, las cosas suceden como si la lógica fuera un cuerpo extraño en las relaciones humanas, que hay

1 El 25 de marzo se celebró en el local del Casino Militar de México un banquete que ofrecieron los exiliados españoles al Presidente de la República, Gral. Manuel Avila Camacho. Entre los dos mil asistentes se contaban la mayor parte de los miembros del Gobierno y otras destacadas personalidades mexicanas. Ofreció el banquete el Presidente del Ateneo Ramón y Cajal, organizador del acto, el Dr. don Manuel Márquez de la Junta de Gobierno de *Cuadernos Americanos*. Además del Gral. Avila Camacho que habló en términos conmovedores, tomaron la palabra los Sres. Diego Martínez Barrio, Presidente de las Cortes Españolas, y Gral. José Miaja, defensor de Madrid. Una vez más quedó ratificada la conducta ejemplar de México frente al problema no por todos tan claramente enfocado de la Democracia.



El Presidente de México, Gral. Manuel Avila Camacho entre los Sres. Diego Martínez Barrio y Dr. Manuel Márquez. Este ofrece el banquete que el 25 de marzo dedicaron al primero, en acción de gracias, los exiliados españoles.

Generalissimus Franco an „Die Wehrmacht":

EL JEFE DEL ESTADO
GENERALISIMO DE LOS EJERCITOS NACIONALES

El Ejército Español rinde
homenaje a la bravura y disciplina
de sus camaradas alemanes
encarnada en sus gloriosos caídos
en tierras de España.

F. Franco

Burgos 2 Mayo 1939
año de la victoria

¿EJECUTORIA DE DEMOCRACIA?

Autógrafo de Francisco Franco para la revista *Die Wehrmacht*, órgano del Estado Mayor del ejército alemán. Núm. del 30 de mayo de 1939.

que extraer con dolor de quien la sufre. Y en México, donde los lógicos andan sueltos, se dedicaron a crear un escenario desde donde pudieran decirse algunas verdades, tan elementales y por tanto tan explosivas, que nadie se atreve a pensar ni decir.

Las dijo, como es natural, el Presidente de la República de México. Un hombre que como su pueblo, para hablar se mira primero a sí mismo, al mundo luego y dice lo que ve, tras haber mirado sin pedir permiso a nadie. Extraña forma de mirar en una época en que todos pedimos permiso al oculista para usar los ojos.

Con esos ojos suyos, vió en aquellos hombres "*la voluntad española genuina y libre*" y repitió su saludo "*a las primeras víctimas europeas de la ambición totalitaria*". ¡Qué cosa tan sencilla y tan difícil de ver!

Hay en estas palabras toda una posición. La posición de "*este México independiente que siempre ofrece clara acogida a toda auténtica independencia*". Sólo una Nación libre con voluntad eterna de serlo, siempre y cada momento, independiente exterior e interiormente, puede ver y mirar la realidad de la independencia de los demás, y apreciar lo que hay de servidumbre en regímenes que se presentan ante otras miradas como libres, sin serlo. Posición lógica. Durante aquel ensayo de la guerra actual, que fué la guerra de España contra Alemania e Italia, sólo México en América y la U.R.S.S. en Europa, comprendieron su significado, porque aunque los demás países lo comprendieran, se asustaron de su capacidad de discernir y obraron como si no la tuvieran. Fueron los niños feroces que irritaban a las personas mayores negándose a mentir un miedo que no sentían.

Son dos pueblos cuyo espíritu de Independencia ha tenido que permanecer vigilante, como el del pueblo español, en todo momento y que, por lo tanto, están dotados de una, verdaderamente extraña perceptibilidad para todo peligro, y peligro grave es para la propia vida, cualquier atentado consentido contra la ajena. Por eso México comprendió el significado de la guerra española y no renuncia ahora a seguir comprendiéndolo. No acepta la parálisis del raciocinio que ataca a los profesionales de la diplomacia, incansables productores de los más ilógicos Munich. Buenas gentes de alma de cántaro que entregan una piedra a un loco para que la tire contra su alma y se extrañan de verla saltar en pedazos.

Hay graves señores que están dispuestos a morir asombrados de que la vida sea más lógica de lo que ellos necesitaran para servir sus

pretensiones. Cuando surge un hecho incontrovertible, que ellos mismos produjeron, no lo atacan, ni vuelven de su posición, lo visten a su gusto, lo enmascaran y continúan adelante, dispuestos a tropezar nuevamente en la misma piedra, en que sólo tropiezan los tontos contumaces, la clásica piedra de toque.

Hay quien andando por el mundo, no puede hacerse el distraído y la ve. Su voz parece discordante. Enseña el lugar de los tropezones e intenta advertir a los demasiado advertidos. Uno de estos viajeros es el Sr. Thomas J. Hamilton, que salió hacia España en 1939, terminada la primera parte de la guerra actual creyendo que iba a caminar por un camino despejado y llano. Llegó a España y comenzó a ver. Lo primero que vió fué que Serrano Suñer y el Gral. Avila Camacho están de acuerdo. El primero, en unas declaraciones hechas al VOLKISCHER BEOBACHTER, afirma también, como el Presidente de México, que "*la guerra de España fué la fase preliminar del conflicto actual*". Con estas palabras comienza su libro EL HIJO DEL APACIGUAMIENTO Mr. Hamilton [2] y seguramente comenzó su sobresalto por lo de hoy y, sobre todo, por lo de ayer y por lo que sucederá mañana.

Porque a este hombre, a quien ni España ni los españoles, le importan un pobre comino, sí le importa Norte América, su patria que está en guerra con quienes la hicieron en España. Ve a sus compatriotas en Africa —y era fácil verlos allí aun antes de desembarcar—, mira el mapa se da cuenta de que existe el Mediterráneo, aprende —muy norteamericano no descubrir el Mediterráneo hasta que hace falta descubrirlo— que en él están las Baleares, que el estrecho de Gibraltar no se llama de Algeciras o de Ceuta por casualidad, y comprende por qué hicieron la guerra en España, Alemania e Italia y no acierta a comprender por qué la dejaron hacer Francia, Inglaterra y Norte América.

Todo lo demás le resulta incidental. La guerra de España es para él como para los españoles y para México, una guerra de conquista sobre el pueblo español y una toma de posiciones de Alemania e Italia en el Mediterráneo y en el Atlántico, porque a través de España, se ve siempre en Europa, América, la América española, esfera imperial, por traspaso y en representación de Hitler, de Franco.

Este hombre ve lo que Norte América pudo evitar de peligroso para su país, si no hubiera permitido que Franco se produjera. Ve tam-

2 THOMAS J. HAMILTON: *Appeasement's Child. The Franco Regime in Spain.* New York. Alfred A. Knopf. 1943.

bién cómo es cada vez más urgente aislar y disminuir el peligro que representa. Lo advierte y produce sorpresa en un ambiente acostumbrado a no ver la realidad indócil al capricho o al interés personal.

Sin telarañas políticas, advierte el peligro que, para la defensa de América contra el totalitarismo, supone la política de Hispanidad. Por eso el comentario de las palabras del Presidente de México nos han conducido, un poco sin querer, a su libro. México, siempre vigilante, no sólo explica su actitud pasada sino que se avanza al porvenir. *"Hago votos* —dijo, el Sr. Presidente— *porque el término de la conflagración que ahora aflige al mundo, devuelva vuestro destino a la continuidad de esa España eterna por la que luchasteis sin desfallecimiento".* Una tarea inacabada deja siempre la obra hecha en equilibrio inestable. Nada de lo que el fascismo construyó puede quedar en pie si se quiere destruirlo totalmente. Sobre todo cuando el fascismo es un peligro que está preferentemente presente en estos pueblos de América a través de la España de Hitler - Franco - Musolini.

Suele decirse "hasta el hombre de la calle lo conoce" como expresión de que algo es claro y paladino. La expresión es injusta. Las grandes verdades quien primero las siente es el hombre de la calle. En los gabinetes de estudio hay demasiados tapices y cortinas para que entren los ecos de la realidad. El hombre de la calle, que no ha leído este libro, sí conoce un artículo del NEW YORK POST y se ha leído a sí mismo en el título *España es nuestra enemiga.* No comprende esta continuación de la política de apaciguamiento, que creó un peligro expectante y que creará unas dificultades seguras. "Mientras Franco muestra su aversión hacia la democracia con hechos y palabras, el Sr. Hayes recuerda candorosamente a la Cámara de Comercio de Barcelona que estamos remitiendo a España materiales de importancia bélica" dice en nombre del hombre de la calle el citado periódico y añade "en algún momento debemos reconocer el límite entre nuestros amigos y nuestros enemigos declarados". No comprende ya que pueda separarse esta guerra total en pequeñas guerras particulares y no entiende cómo se continúa consintiendo la ayuda a quien declara "que la presencia de Rusia en uno de los bandos da a la guerra en Europa el aspecto de una guerra a muerte". Piensa con el articulista que Norte América "pertenece a ese grupo que juntamente con Rusia libra la guerra a muer-

te" de que habla Franco y no comprende cómo en todas partes no se habla el mismo lenguaje que ha empleado el Presidente *del país de lo imprevisto,* pero que previó lo inevitable, desde el primer momento.

México, 14 de abril de 1943.

José Ignacio MANTECON.

Aventura del Pensamiento

LA CRISIS DE LA CAUSALIDAD EN LA FISICA DE LOS QUANTA, Y EL OBSCURANTISMO NEO-ALEMAN

Por *Alfred* STERN

A. ANALISIS

NULLA RES *existit, de qua non possit quaeri, quaenam sit causa, cur existat.*[1]

El hecho de que la afirmación de esa sentencia no sea ya indiscutible, pone de relieve toda la crisis actual de la noción de causalidad. La pregunta que se relaciona con la causa de los acontecimientos —la pregunta "por qué"— es el motor de todo pensamiento. Y la suposición apriorística que justifica esa pregunta "por qué" —la ley causal— es la suposición de toda ciencia. Tal era también la opinión de Kant y de Schopenhauer, y este último, al designar la ley causal como "fundamento de toda ciencia",[2] expresaba la opinión de los entendidos, no sólo de su época, sino también de la nuestra. Se concibe, pues, toda la perplejidad de los sabios de nuestros días respecto de la declaración que el célebre físico Werner Heisenberg ha formulado hace algunos años, en estos términos imperiosos: "La invalidez de la ley causal está definitivamente comprobada".[3]

---

1 R. DESCARTES. *Responsio ad secundas objectiones in meditationes de prima Philosophia.* Axioma I.

2 A. SCHOPENHAUER. *Über die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde* (1813), edición Eduard Grisebach, Reclam, Leipzig, 1891, pág. 18.

3 W. HEISENBERG. "Über den anschaulichen Inhalt der quantentheoretischen Kinematik und Mechanik", *Zeitschrift für Physik,* tomo 43, página 197, 1927.

La perplejidad de los sabios se explica por el hecho de que, según dicha fórmula de Heisenberg, no es ya una tesis de la ciencia lo que queda puesto en duda por la mecánica de los quanta, sino el principio fundamental mismo de toda ciencia. De hecho, las relaciones de indeterminación de Heisenberg no han tardado en desbordar el cuadro de la física y en transfundirse al de la psicología. Después de haber destruído la noción de causalidad física, la ley de indeterminación de Heisenberg atacó también la causalidad psíquica y se constituyó finalmente en principio general de toda ciencia, llamado principio de "complementariedad".

Conviene que los filósofos no se dejen arrastrar por un pánico general de los espíritus como el que ha desencadenado el principio de indeterminación de Heisenberg y la ley de complementariedad de Bohr. El *thaumazein*, el asombro, que Platón había designado como un *filosofikon pathos*,[4] no es idéntico a esa estupefacción pasiva a la que se han dejado arrastrar hasta ahora muchos filósofos en relación con la ruina del determinismo clásico.

Hubo una época en que se reprochaba a los filósofos el que se entrometieran en el campo de los físicos. Puesto que hoy son los físicos los que se ocupan de filosofía, debe ser tarea de los filósofos examinar las conclusiones gnoseológicas de los físicos y justipreciar su alcance filosófico.

Al examinar los principios de indeterminación y de complementariedad de Heisenberg y de Bohr, el filósofo debe comprobar que esas leyes, válidas sin duda para la mecánica de los quanta, no tienen la misma validez universal para la totalidad del conocimiento que se les atribuye ordinariamente. En nuestra opinión, no podría tratarse de una "invalidez definitiva de la ley causal", porque esta conclusión se invalidaría a sí misma. Pero la revisión lógica y filosófica del problema de la causalidad exige un análisis de los hechos físicos y psíquicos que han dado lugar al abandono del determinismo clásico.

---

[4] PLATÓN, *Theaitetos*, 155 D.

La causalidad es el encadenamiento regular de los fenómenos que permite deducir el estado futuro de la realidad, partiendo de su estado actual. La mecánica clásica newtoniana es la expresión ideal de esa causalidad. Según Newton, el mundo se compone de masas puntuadas de corpúsculos, cada uno de los cuales posee una cierta posición y una cierta velocidad inicial. No hay más que medir las posiciones y las velocidades iniciales de esos corpúsculos para poder predecir sus posiciones y velocidades futuras, es decir, para poder determinar el porvenir del mundo, en el sentido de Laplace. Esta mecánica presupone que la precisión de la medida de las posiciones y de las velocidades iniciales de los corpúsculos es ilimitada.

Pero la física de nuestros días comprueba que esta suposición no se puede sostener en lo que concierne a los fenómenos en escala atómica. Porque para poder medir los corpúsculos elementales del mundo físico —los electrones— se necesita luz. Y según Einstein, esa luz se compone, no sólo de ondas, sino también de corpúsculos, llamados fotones o quanta luminosos. Pero al *chocar* contra el corpúsculo, el fotón *modifica* la *velocidad inicial* de ese corpúsculo.

Cuanto más grandes sean los quanta luminosos que yo emplee, mayor será dicha modificación de la velocidad del corpúsculo. Para disminuir esa modificación de la velocidad del corpúsculo lo más posible se le medirá con luz compuesta de quanta muy pequeños, es decir, con luz roja. Empleando ésta, la imprecisión de la medida del estado de movimiento del corpúsculo no será, pues, muy considerable.

Tanto mayor será en ese caso la imprecisión de la medida de la posición del corpúsculo. Porque la luz roja tiene una gran longitud de onda y no da, por consiguiente, más que imágenes muy imprecisas. Sólo midiendo un corpúsculo con luz cuya longitud de onda sea mínima en relación con la magnitud del mismo corpúsculo llegaré a una medición precisa de la posición y de la forma del corpúsculo.

Midiendo el electrón con una luz de longitud de onda mínima, es decir, con luz violeta, llegaré a fijar su posición sin demasiada imprecisión. Tanto más grande será en ese caso la imprecisión de la determinación de la velocidad del corpúsculo. Porque una luz de longitud de onda mínima se compone de grandes quanta luminosos que modifican mucho la velocidad del corpúsculo que se trata de medir.

Empleando una luz compuesta de grandes quanta, es decir, de pequeña longitud de onda, llego sí a determinar su posición inicial de modo no demasiado impreciso, pero por lo mismo modifico su velocidad, su energía.

Empleando, al contrario, una luz compuesta de pequeños quanta, es decir, de gran longitud de onda, llego a limitar al mínimo esa modificación de la energía del electrón y a determinar de modo relativamente preciso su velocidad inicial. Pero ello me obliga a renunciar a una determinación precisa de la posición inicial del electrón.

Esa consideración lleva consigo necesariamente la imposibilidad de poder medir a la vez con precisión la posición y la velocidad de un corpúsculo. Cuanto más precisa sea la medida de la posición, menos exacta será la determinación del estado de movimiento, y a la inversa. He aquí lo que Heisenberg llama las relaciones de indeterminación.

Hemos dicho que, según la idea de la mecánica clásica de Newton, bastaba con medir las posiciones y las velocidades actuales de los corpúsculos, para poder predecir sus posiciones y velocidades futuras, es decir, para poder predecir el porvenir del mundo. Pero las indeterminaciones de Heisenberg nos revelan la imposibilidad de poder medir a la vez con precisión la posición y la velocidad actuales de un cuerpo y, por consiguiente, la imposibilidad de conocer el estado actual del mundo. Nos falta, pues, la base para determinar el estado futuro del mundo, de modo que la ley causal resulta inaplicable. Y Heisenberg concluye diciendo:

"Si consideramos la formulación exacta de la ley causal: *cuando conocemos exactamente el presente podemos*

predecir el porvenir, no es la conclusión la que es falsa, sino la premisa; porque, por principio, es imposible para nosotros conocer el presente en todos sus elementos. Por eso, toda percepción es una elección entre una abundancia de posibilidades, y una limitación de posibilidades futuras. Dado que el carácter estadístico de la teoría de los quanta está ligado a la precisión de la percepción, se podría suponer que detrás del mundo estadístico de la percepción se esconde un mundo "real" que está regido por la ley causal. Pero tales especulaciones nos parecen estériles y desprovistas de sentido. La física está llamada tan sólo a descubrir la coherencia de las percepciones de un modo formal. Dado que todas las experiencias están sometidas a las leyes de la mecánica de los quanta, la invalidez de la ley causal está definitivamente comprobada".[5]

Lo que la nueva mecánica determina rigurosamente por sus ecuaciones, a partir de un estado inicial, no son los acontecimientos futuros, sino la probabilidad de esos acontecimientos futuros. Por eso el célebre físico Dirac habla de un libre arbitrio de la Naturaleza. Por lo demás, ese libre arbitrio está limitado por la estadística.

Cuando el corpúsculo manifiesta su existencia, produciendo un efecto mensurable, escoge, en cierto modo, entre varias hipótesis posibles.

Pero cada vez que queda hecha una elección, las posibilidades futuras quedan por eso mismo restringidas. Lo que se deduce de aquí es una física estadística, cuyas leyes se distinguen claramente de las de una física determinista. Las leyes estadísticas no hacen afirmaciones más que sobre el curso que tomará una experiencia, suficientemente repetida, en la mayoría de los casos. Las predicciones de la física no están, pues, determinadas más que en el sentido de los enunciados del cálculo de probabilidades que se fundan sobre la ley de los grandes números.

Hay todavía leyes físicas. Pero —como declara Louis de Broglie— "no son ya leyes causales, sino de probabili-

[5] V. Heisenberg; loc. cit.

dad".[6] Y Richard von Mises nos consuela al comprobar que, en la estadística de los átomos, esas probabilidades son en general tan grandes, que no se diferencian mucho de la certidumbre.[7]

El pensador belga Dupréel llega también a una concepción probabilística, aunque su punto de partida se distingue del de la mecánica de los quanta. Entre la causa y el efecto —dice— hay siempre un intervalo, ínfimo o considerable. Si entre la causa y el efecto ha de transcurrir un tiempo prolongado, es claro que puede sobrevenir toda clase de acontecimientos capaces de impedir la producción del consiguiente. El efecto —concluye Dupréel— jamás sale directamente de la causa; no depende de ésta más que en parte, y por el resto, de una intervención extraña e independiente; por eso se admite que la producción del efecto no es nunca más que probable. Todo lo que el sentido común y la filosofía clásica reconocen como causado, se produce pues, según Dupréel, en un cuadro de probabilidad.[8]

Esta conclusión gnoseológica de Dupréel concuerda muy bien con las conclusiones físicas sacadas de la mecánica de los quanta: Las leyes físicas no son ya leyes causales, sino probabilísticas.

Graves son las consecuencias que parecen nacer de aquí para el problema del libre albedrío y para el de la causalidad psíquica. Porque el principio de la indeterminación de Heisenberg no representa más que un caso especial de una limitación general y fundamental de nuestra experiencia, que se manifiesta sobre todo en el terreno de la observación de los estados, no solamente físicos, sino también psíquicos y biológicos.

En la física de los quanta hemos visto que es imposible observar a la vez con precisión la posición y la velocidad

---

[6] L. de Broglie, "*Determinisme et Causalité dans la Physique contemporaine*". Revue de Métaphysique et de Morale, T. XXXVI Nº 4, 1929, pág. 441.

[7] R. v. Mises, *Wahrscheinlichkeit, Statistik und Wahrheit*, "Schriften zur wissenschaftlichen Weltauffassung", tomo 3, Julius Springer, Viena, 1936, 2ª edic. pág. 262.

[8] E. Dupréel, *La Cause et l'Intervalle, Ordre et Probabilite*. Ed. M. Lamertin, Bruselas, 1933, págs. 10 a 12.

actuales de una partícula. La observación precisa de uno de esos factores impide y excluye la observación del otro, y a la inversa, pero cada una de esas observaciones es el complemento de la otra. Por eso Niels Bohr, el célebre físico danés, ha dado a las relaciones de esa clase el nombre de "complementariedad", después de haber abandonado definitivamente el término "reciprocidad", que, en un cierto momento, le había parecido preferible al primero.

Dada la complementariedad entre ciertos elementos de la realidad (posición y velocidad de las micropartículas: la observación precisa de la una excluye la de la otra), la presunción ineluctable de toda predicción del porvenir, tal como la exige la mecánica clásica, es decir, el conocimiento completo del presente, se presenta por principio como irrealizable. De donde se deduce la invalidez de la mecánica clásica, así como la de la causalidad física. "Según la teoría de los quanta, dice Bohr, es preciso que nos contentemos con considerar la descripción espacio-temporal y el postulado de la causalidad —cuya reunión es característica de la teoría clásica— como dos rasgos complementarios de la descripción de la experiencia que se excluyen mutuamente".[9]

Considerando la psicología desde el punto de vista de su teoría de complementariedad, Niels Bohr llega a poner en duda la causalidad psíquica. Parte de la hipótesis de que se pudiera observar de modo preciso todos los procesos causales de los átomos cerebrales que corresponden a la vida psíquica. Pero, dado que, según la mecánica de los quanta, toda observación de procesos atómicos trae consigo necesariamente una modificación incontrolable de los procesos observados, sería imposible observar los procesos de los átomos cerebrales sin alterar la vida psíquica que les corresponde.[10] Pero Bohr ni siquiera hubiera tenido que invocar esas hipótesis fisiológicas, porque aun permaneciendo en el terreno puramente psicológico, su doctrina de la complementariedad es susceptible de invalidar la causalidad psíquica por una consideración muy análoga a

[9] N. Bohr. *Atomtheorie und Naturbeschreibung,* Julius Springer, Berlín, 1931; cita traducida del alemán, pág. 36.

[10] Ibid, pág. 65; véanse también págs. 75, 76, etc.

la que Heisenberg empleó para excluir la noción de causalidad física. Existe aquí una analogía notable entre la situación actual de la física mecanicista y la de la psicología mecanicista, aniquiladas ambas por el argumento de la complementariedad—analogía sobre la que Ph. Frank no ha dejado de insistir en su opúsculo sobre "El fin de la física mecanicista".[11]

La psicología mecanicista ha descompuesto los fenómenos psíquicos en elementos discontinuos, cuya aparición está regida por las leyes de asociación. Pero en cuanto observo uno de esos fenómenos psíquicos —un sentimiento, una emoción, una volición— éste desaparece. Nadie podría a la vez sentir cólera y observar esa cólera. Existe aquí una relación de complementariedad. El sentimiento de la cólera impide la observación de la cólera, y la observación de la cólera hace desaparecer el sentimento de la cólera. Lo que falta pues, como en la física mecanicista, es la presuposición indispensable para una predicción del porvenir, según las leyes mecanicistas de la asociación, porque la predicción del porvenir se funda en la observación exacta de los fenómenos presentes.

De aquí se deduce la invalidez de la psicología mecanicista, por la misma razón que ha traído consigo la destrucción de la física mecanicista. La complementariedad entre la observación y la existencia de un fenómeno psíquico impide el conocimiento del presente psíquico y excluye así la predicción del porvenir psíquico, es decir, la predicción de las acciones humanas en virtud de sus motivos.

El aserto de que las acciones humanas están determinadas por motivos, carece pues, según la teoría de complementariedad, de todo sentido científico. Según la teoría de complementariedad, se podría, pues, decir que los actos humanos son libres, lo que equivaldría a la negación de la causalidad psíquica.

Antes de proceder a la ponderación gnoseológica de todas esas tesis recientes de los físicos, hay que mencionar

---

[11] Ph. Frank. "*Das Ende der mechanistischen Physik, Einheitswissenschaft*", cuaderno Nº 5, Gerold, Viena, 1935.

todavía las tentativas interesantes de Pasqual Jordan, físico también, que quiere demostrar la posibilidad psíquica del libre albedrío, aplicando el concepto de complementariedad de Bohr al psicoanálisis de Freud.[12]

Según Freud, las acciones humanas no están únicamente determinadas por el contenido consciente, sino también por los "complejos" reprimidos en el inconsciente. Sabido es el sentido que el psicoanalista da a los actos fallidos, a los olvidos, a los sueños, es decir, a todo lo que aparece a primera vista como un accidente de la vida psíquica, y de lo que el yo inconsciente hace un símbolo que expresa y esconde a la vez toda la vida subterránea del deseo (líbido), reprimido por la censura. Esos motivos reprimidos en el inconsciente provocan a veces neurosis que —según Freud— pueden curarse cuando el médico hace remontar esos complejos reprimidos a la esfera consciente, porque de ese modo los complejos reprimidos desaparecen.

Por lo tanto, existe también una relación de complementariedad entre la *conciencia* de esos complejos y su *existencia*—muy semejante a la complementariedad entre la posición y la velocidad de un corpúsculo en física. El complejo no puede ser consciente y eficaz a la vez; no puede ser, a la vez, un objeto de nuestro conocimiento y un motivo determinante de nuestras acciones. En la medida en que es conocido, no determina nuestras acciones; en la medida en que determina nuestras acciones, no es conocido, sino que permanece inconsciente.

El mismo Freud, por lo demás, estableció ese principio de complementariedad mucho antes que Niels Bohr, sin que se haya tenido en cuenta. Porque en sus *Vorlesungen über Psychoanalyse* aparecidos en Viena en 1920, Freud declara lo siguiente: "No es sólo que el sentido de los síntomas sea regularmente inconsciente. Existe, además, una relación de substitución entre esa inconsciencia y la posibilidad de existencia de los síntomas".[13]

Pero, puesto que una predicción de las acciones humanas futuras no es posible —según el psicoanalista— más

---

12 ERKENNTNIS, tomo IV, 1934. P. Meiner, Leipzig.

13 FREUD, *Vorlesungen über Psychoanalyse*, Viena, 1920, pág. 316.

que en virtud del conocimiento de los complejos inconscientes y este conocimiento anula su fuerza determinante, su existencia psíquica, resulta imposible una predicción de las acciones humanas. De donde Jordan deduce la libertad de las acciones humanas, el libre albedrío en psicología, porque la afirmación de que los actos humanos están determinados carece de todo sentido científico.

Como en física, podríamos también en psicología citar la sentencia de Heisenberg:

"Si consideramos la formulación exacta de la ley causal: cuando conocemos con precisión el presente, podemos predecir el porvenir; no es la *conclusión* la que es falsa, sino la *premisa.* Porque, por principio, nos es imposible conocer el presente en todos sus elementos".

Podríamos añadir en el sentido de Bohr y de Heisenberg: Dado que las experiencias físicas y psicológicas están sometidas a la ley de complementariedad, la invalidez de la ley causal parece estar definitivamente establecida, tanto en el terreno físico, como en el terreno psíquico.

La situación que nos presentan esas conclusiones es bastante paradójica. Durante el siglo XIX eran los físicos los que se esforzaban por refutar la doctrina del libre albedrío psíquico para asegurar la validez universal de la causalidad física. En nuestros días los físicos se esfuerzan por refutar, al contrario, el determinismo en psicología y por demostrar la existencia de un libre albedrío, para probar la invalidez universal de la ley causal en física y en psicología.

Vistas las dificultades de esta situación científica, me permito presentar los siguientes ensayos de soluciones:

B. SOLUCIONES

ENFOCANDO en primer lugar la cuestión psicológica, me parece que la doctrina de complementariedad de Bohr y Jordan —por revolucionaria que parezca a primera vista— no trae mucho nuevo. La imposibilidad de experimentar un hecho físico y de observarlo al mismo tiempo fué ya reconocida por Augusto Comte y otros. Y la im-

posibilidad de predecir las acciones humanas es casi una verdad de Perogrullo, conocida desde hace milenios, sin que se sacara de ella la conclusión de que esas acciones no están determinadas.

Lo que los argumentos de Bohr y Jordan demuestran, no es más que la imposibilidad de establecer una teoría causal de lo psíquico que no se funde más que en la introspección. Por eso el físico Philipp Frank cree poder salvar la interpretación causal de lo psíquico limitando la psicología sólo a la descripción de los movimientos corporales de los comportamientos espacio-temporales en los que se manifiestan las acciones humanas.

Pero el behaviorismo fisicalista, que considera la psicología humana como una psicología animal, completada por los enunciados humanos, es una psicología sin nada psíquico. Mientras se tenga en cuenta lo psíquico, es decir, lo vivido inmediato, el argumento de la complementariedad que enseña el libre albedrío es todavía menos susceptible de decirnos algo nuevo. Porque en la actualidad inmediatamente vivida, el yo se siente como ser libre; he ahí un hecho al que la teoría de complementariedad no tiene nada que añadir, porque no tiene necesidad de confirmación teórica ni es susceptible de una refutación teórica. Esto, en virtud del hecho de que se trata de una libertad puramente *vivida* e *irracional* que no afecta en absoluto al terreno teórico.

Hay solamente que añadir que esa libertad subjetivamente experimentada, y válida solamente para el yo psicovivido, no prueba nada en lo que concierne al yo físico o a la personalidad psicológica. (Lo "psíquico", tal como nosotros lo entendemos, es lo vivido subjetivo, mientras que lo "psicológico" es un psíquico categorialmente determinado, cualificado y, por eso, objetivado).

Nuestra afirmación de que la libertad subjetivamente vivida no prueba nada en favor de una libertad objetiva, no tiene sentido más que si la otra alternativa sigue siendo posible, es decir, si existe una determinación causal por la que la realidad objetiva pudiera estar regida. Y justamente esa posibilidad de una determinación causal es lo que niegan los grandes físicos de que acabamos de hablar.

Bohr enseña que el sentimiento subjetivo de libertad, desprovisto como tal de toda fuerza probatoria para la realidad objetiva, está *confirmado* y *justificado* por la teoría de la complementariedad. Y Heisenberg declara que "la invalidez de la ley causal está definitivamente comprobada".

Ahora es cuando llegamos al *punctum saliens* de la crisis actual del determinismo causal. Creemos que el pánico en los espíritus, desencadenado por los resultados de la mecánica de los quanta, se debe en gran parte a una falsa interpretación, según la cual los principios de indeterminación y de complementariedad habrían puesto en peligro la causalidad *entera;* y la formulación un poco demasiado perentoria y global que Heisenberg escogió para negar la causalidad: "la invalidez de la ley causal está definitivamente comprobada", no está exenta de culpabilidad.

A decir verdad, no puede tratarse de una "invalidez de la ley causal" como tal, sino solamente de la *limitación* de la validez de ciertas formas de la ley causal. Al hablar de una invalidez de la ley causal, como consecuencia de los principios de indeterminación y de complementariedad, se olvidan siempre las cuatro raíces del principio de razón suciente, que Schopenhauer había distinguido tan juiciosamente.[14] Esas cuatro raíces son:

El *principium rationis sufficientis cognoscendi,* válida para los juicios lógicos.

La *ratio essendi,* válida para la intuición espacio-sensible de las matemáticas.

La *ratio fiendi,* válida para las modificaciones de la naturaleza física, y en fin:

La *ratio agendi,* que es la ley de la motivación psíquica.

En mi opinión, sólo a las dos últimas formas de causalidad —la *ratio fiendi* física y la *ratio agendi* psíquica— pueden aplicarse las doctrinas de indeterminación y de complementariedad en una cierta medida, mientras que el principio de razón suficiente de la lógica y el de las

---

[14] A. Schopenhauer. *Über die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde* (1813), edic. Grisebach, Reclam, Leipzig, 1891, capít. 4, 5, 6, 7.

matemáticas —es decir, la *ratio cognoscendi* y la *ratio essendi*— quedan absolutamente intactos.

La *ratio cognoscendi* es la forma de la causalidad que regula nuestro pensamiento y crea las relaciones formales entre la razón y la secuencia, entre las premisas y las conclusiones. Se me figura que se olvida hoy demasiado que esta forma de la causalidad está absolutamente substraída a toda duda, porque representa la ley fundamental de nuestro pensamiento y constituye *la presuposición de toda conclusión, incluso de aquella que establece las relaciones de indeterminación y complementariedad. Sin la validez de esa ley causal del pensamiento, llamada principio de razón, sería imposible comprobar la no-validez de la ley causal, de modo que la refutación de la ley causal presupone e implica su aplicación y su afirmación. Tal es, en mi opinión, el límite lógico irrebasable de toda negación de la ley causal.*

Entiendo, pues, que no puede tratarse de una refutación de la ley causal, sino solamente de una cierta limitación de la aplicabilidad de la *ratio fiendi.*

Dado que la ley causal sigue siendo —bajo la forma de principio de razón suficiente— la ley fundamental del pensamiento, éste debe tratar de fijar los límites de la aplicabilidad de esa ley a lo percibido y a lo vivido, es decir, a los mundos físico y psíquico. Dicho de otro modo: El pensamiento, regido por el principio de la razón, está llamado a fijar los límites de la *ratio fiendi* y de la *ratio agendi.*

Tratemos de comprobar en qué medida esa limitación de la ley causal se ejerce sobre la determinación del yo físico-psicológico, es decir, sobre la personalidad objetiva, su carácter y las voliciones que de ella se derivan.

Al emprender semejante investigación, es menester ante todo establecer que la indeterminación de Heisenberg y la inaplicabilidad de la ley causal que de ella resulta no conciernen más que a los fenómenos de escala atómica.

En el mundo macroscópico volvemos a encontrar el determinismo que nos es familiar. Es verdad que Louis de Broglie dice que se trata de un determinismo "aparente", porque la indeterminación de Heisenberg y el inde-

terminismo que de ella resulta están en ese caso enmascarados por la imperfección de nuestras medidas.[15]

Pero ese argumento no es válido más que en la medida en que el dominio macroscópico de que se trate sea de estructura atómica. En lo que concierne a la personalidad humana, su carácter, su voluntad, se podría dudar que se dé esa presuposición.

La psicología de la *Gestalt* (Wertheimer, Köhler, Koffka) y la psicología totalitaria (Félix Krueger, etc.) han tratado de demostrar que en el dominio de la psicología el *todo* es anterior a sus elementos, que no son más que el producto de un análisis ulterior. Desde ese punto de vista, el objeto del libre albedrío, la personalidad, no sería, pues, de estructura atómica, de modo que sería imposible considerar su causalidad y su determinación como aparentes y debidas sólo a la imperfección de nuestras medidas. Porque desde ese punto de vista de la psicología totalitaria no existen átomos psíquicos para los que las indeterminaciones de Heisenberg o la complementariedad de Bohr pudieran ser válidas.

Tal es, en mi opinión, el *límite psicológico* de las mencionadas relaciones.

Pero, aun no aceptando las conclusiones de la psicología totalitaria, no estaríamos obligados a aceptar la afirmación de que el determinismo del mundo macroscópico no sea más que aparente y que en la escala macroscópica la indeterminación y el indeterminismo que de ella resulta no estén enmascarados más que por la imperfección de nuestras medidas.

Entiendo, al contrario, que es menester sacar la conclusión siguiente: Si *una* imposibilidad, por principio, de nuestra medición —la de medir a la vez con rigor la posición y la velocidad de un corpúsculo— nos obliga a abandonar el determinismo causal en el dominio de los fenómenos de la escala atómica, *otra* imposibilidad, por principio, de nuestra medición —la de comprobar las indeterminaciones en el dominio *macroscópico*— nos obliga a *mante-*

---

[15] L. DE BROGLIE. *Déterminisme et causalité dans la physique contemporaine*, "Revue de Métaphysique et de Morale, T. XXXVI, Nº 4, 1929, págs. 441, 442.

ner el determinismo para los fenómenos de la escala macroscópica.

Tal es, en mi opinión, el límite *físico* de la validez de los principios de indeterminación y de complementariedad.

En lo que concierne la personalidad psicológico-corporal, pensada, gracias a las categorías de substancialidad y de inherencia, como soporte de un carácter, es evidente que forma parte del mundo macroscópico. He ahí por qué ningún obstáculo teórico nos impide ahora considerar esa personalidad como determinada—por su herencia, por la historia de su evolución y por sus móviles actuales.

En uno de los cursos que profesé en la Sorbona sobre las *Relaciones de lo psíquico y de lo físico,* y en dos de mis libros,[16] he insistido sobre la necesidad de distinguir dos especies de causalidades: 1ª La causalidad de sucesión y de coexistencia, que se funda en la percepción objetiva del mundo exterior; es la causalidad específica del mundo físico. 2ª La causalidad dínamo-creadora, que se funda en el sentimiento subjetivamente vivido; es la causalidad específica del mundo psíquico. Gracias a esa causalidad dínamo-creadora de lo psíquico es como el yo se siente a sí mismo como punto de partida, como centro emanente y como fuerza creadora de todos los encadenamientos dínamo-causales, y por consiguiente, como libre, sentimiento al que ya hemos negado toda fuerza probante objetiva.

Esta separación metódica de los dos modos de causalidad está lejos de ser aplicada de manera concienzuda por la inteligencia corriente. Esta, al contrario, proyecta inconsciente y automáticamente la causalidad dínamo-creadora, subjetivamente vivida, al mundo físico-perceptible.

Con esta tendencia se han obscurecido por largo tiempo los fines de la ciencia. Esta no puede comprobar más que sucesiones no reversibles y establece así una causalidad de sucesión y de coexistencia. Pero el fin hacia que tiende la inteligencia es descubrir una actividad detrás de los fenómenos, es decir, descubrir una coherencia intrínseca de

---

16 A. Stern, *Die philosophischen Grundlagen von Wahrheit, Wirlichkeit, Wert,* E. Reinhardt, Munich, 1932, y A. Stern. *La Philosophie des valeurs,* Actualités Scientifiques, 367, 368, Hermann & Cíe., París, 1936.

las series de sucesión y de coexistencia por fuerzas creadoras. Eso quiere decir que tras la causalidad de sucesión y de coexistencia, la inteligencia trata de descubrir una causalidad dínamo-creadora. Pero esa tentativa está condenada al fracaso. El momento esencial de esa causalidad dínamo-creadora —la fuerza, la actividad— no pueden concentrarse en el dominio físico-objetivo perceptible, donde se la busca, porque, por principio, no es perceptible. Sólo se puede sentir en el dominio subjetivo-psíquico, en el mundo de lo vivido. Por eso se hace manifiesto que el mundo físico-perceptible no puede estar regido más que por una causalidad de sucesión y de coexistencia y no por una causalidad dínamo-creadora.

Entiendo que esa afirmación facilita mucho la aplicación de las conclusiones de la nueva física estadística de Heisenberg, Bohr, etc. Porque una causalidad dínamo-creadora del mundo físico sería incompatible con una legalidad estadística. ¡Pero una causalidad de sucesión no lo es! Una legalidad estadística no conoce causas creadoras, pero causas creadoras no existen tampoco para una causalidad de sucesión. Esta no se compone más que de sucesiones de fenómenos de cierta regularidad, y gracias a esa regularidad de la sucesión de las percepciones podemos predecir el porvenir del mundo. Y lo único que está limitado por la estadística es esa *regularidad de las sucesiones* y de las percepciones y con ella *la posibilidad de predecir*.

Teniendo en cuenta las indeterminaciones y la complementariedad de los fenómenos de la escala atómica, podemos pues comprobar que el mundo físico está regido por una causalidad de sucesión cuya regularidad y posibilidad de predecir son limitadas. Podríamos designarla con el nombre de "causalidad restringida".

C. EXPLOTACIONES

No hay que extrañarse que el obscurantismo de todos los colores, y especialmente el de los países fascistas, trate de aprovecharse de la crisis actual de la causalidad. Y eso dando a la física estadística el sentido de una consagración científica de una nueva teleología. Bohr ha dicho que

el campo de aplicación de la mecánica estadística de los quanta ocupa una "posición intermedia" entre el dominio de la descripción causal-espacio-temporal y "el dominio de la biología, que se caracteriza por la argumentación teleológica".[17]

Aunque Bohr haya empleado de una manera circunspecta el término "teleológico", el hecho de que un físico de tan alta autoridad lo haya pronunciado ha tenido efectos desastrosos sobre espíritus menos elevados. Son, sobre todo, los físicos y otros sabios del Tercer Reich los que deducen de la física estadística toda una filosofía teleológica. Y la "totalidad" enteléquica que —según esa teleología— determina sus partes, está calcada sobre el modelo del Estado totalitario. Augusto Messer dice en su *Psicología*, 5ª edición, Félix Meinier, Leipzig, 1934, pág. v: "En nuestra vida nacional se ha realizado, con fuerza incontenible, un gran viraje hacia lo total, hacia metas de auténtica comunidad popular. Se ha reconocido que no sólo hay que tener en cuenta la totalidad de la conciencia, sino también la totalidad del alma, de la persona, del pueblo, de la raza". En su libro *Metaphysik der Physik von heute* —Metafísica de la Física de hoy—, aparecido en 1935, Mr. Aloys Wenzel, profesor de la Universidad de Munich, reintegra al dominio físico "espíritus elementales", cuyas relaciones mutuas son descriptibles matemáticamente, pero que, sin embargo, están sometidos a las reglas teleológicas de un "reino de los espíritus". Según Wenzel, sólo esos mismos espíritus o Dios, pueden concebir la significación intrínseca de esas fórmulas matemáticas.

En ese mismo sentido se expresa Bernhard Bavink, autor de un libro sobre *Las ciencias en el Tercer Reich* y de otro sobre *Las ciencias naturales en camino hacia la religión*. "Hacer física —escribe Bavink— no quiere decir más que recontar los actos elementales de Dios".[18]

Si Bavink y Wenzel tratan de explotar los resultados de la física de los quanta en favor del clericalismo, otros sabios del Tercer Reich hacen lo mismo para adular de

---

17 N. Bohr, *Atomtheorie und Naturbeschreibung*, pág. 15.

18 B. Bavink. *Die Naturwissenschaften auf dem Wege sur Religiona*, Diesterweg, Frankfurt, 1937.

manera demagógica el anticientismo de lo que llaman "el instinto popular".

En la *Revista Médica de Munich,* Bottenberg declara lo siguiente: "La ponderabilidad y la mensurabilidad de los resultados de las investigaciones ocupan aún siempre un gran lugar en el sistema de la medicina oficial... Pero la física y la química, sobre las que reposa la medicina, se han transformado profundamente... Con Planck, Bohr, Lorenz y otros, la física ha asistido a la descomposición de la materia y con eso ha tenido que abandonar su alta estimación por la mensurabilidad... Una transformación tan importante no puede dejar a la larga de ejercer influencia sobre el pensamiento médico. Y así es como el principio de curar por la naturaleza puede llegar a ser fecundo..."[19]

Si son los sabios alemanes mismos los que sacan semejantes conclusiones filosóficas y prácticas de la física moderna, no hay que asombrarse del obscurantismo propagado por el Gobierno del Tercer Reich. Con ocasión de la inauguración de la Escuela de los *Fuehrer* Médicos *(Schule für ärztliche Führer),* el antiguo lugarteniente del Fuehrer Rudolf Hess pronunció un discurso en el que dijo, entre otras cosas: "Una élite médica tal como la que aquí debe formarse, no cometerá ya el error de prestar a las fórmulas rígidas un valor mayor que a todas esas viejas tradiciones debidas al instinto popular. Esta nueva élite médica alemana no alimentará ya, pues, la escisión que existía entre el pueblo y la ciencia".

En otro lugar he demostrado cómo la política de nuestros días trata de arrojar de nuevo la ciencia al estado mitológico.[20] Las tesis precitadas demuestran que la crisis actual de la causalidad, debida a la evolución reciente de la mecánica de los quanta, les viene también muy bien a esos apóstoles políticos de una nueva mitología. O bien quieren explotar los resultados de la mecánica de los quanta,

---

[19] H. Bottenberg. *Wesen, Grenzen und Wert des Naturheilverfahrens.* Münchener Medizinische Wochenschrift, 1934, pág. 1385.

[20] A. Stern, *La filosofía de la política y el sentido de la guerra actual,* Ediciones Minerva, México, 1943.

para reemplazar la ciencia por las "tradiciones del instinto popular" o bien por los "actos teleológicos de Dios". Y en ambos casos quien se aprovecha es el anticientismo.

Sin embargo, el estado real de las cosas está lejos de justificar esas maquinaciones obscurantistas. En lo que concierne a los que explotan la crisis de la mecánica de los quanta para reemplazar la medicina por la magia, tengo que insistir sobre lo que he llamado en estas páginas "el límite físico" de las relaciones de incertidumbre. Ese principio lo había concebido en estos términos: Si *una* imposibilidad de principio de nuestra mensuración —la de medir a la vez con rigor la posición y la velocidad de un corpúsculo— nos obliga a *abandonar* el determinismo causal en el dominio de la escala atómica, entonces *otra* imposibilidad de principio de nuestra mensuración —la de comprobar las indeterminaciones en el dominio macroscópico— nos obliga a *mantener* el determinismo para los fenómenos de la escala macroscópica.

Puesto que la medicina es una ciencia macroscópica, mi principio antes mencionado muestra que no está alterada en absoluto por la crisis del determinismo, ya que ésta no concierne más que a los fenómenos de la escala atómica.

Estimo completamente legítimo que los charlatanes políticos del Tercer Reich quieran hacer algo en favor de sus colegas, los charlatanes en medicina. Pero entonces tienen que ir a buscar sus armas en otra parte y no en el dominio de la física moderna.

En lo que concierne al otro grupo de sabios —el que quiere explotar la mecánica de los quanta para ayudar a los obispos que dirigen el movimiento nazi de los "cristianos alemanes"— estimo que también esos se encuentran en mala postura. Porque las consecuencias que hay que sacar de la física estadística de nuestros días me parecen ser justamente opuestas a sus novelas teleológicas. Pienso que es menester darse cuenta que la teleología representa un grado de determinación mucho más riguroso que la determinación causal, porque una teleología determinaría también el *fin* de las cosas, que queda indeterminado por la causalidad mecánica.

En cambio, la legalidad estadística, que reina en nuestros días, representa, *al contrario*, un grado de determinación *menos* riguroso que la causalidad mecánica, puesto que la legalidad estadística es un determinismo restringido y, por consiguiente, lo contrario de una teleología, que sería un determinismo absoluto que excluiría toda libertad. Lejos de constituir un relajamiento del determinismo, una teleología sería, en mi opinión, un reforzamiento de éste, es decir, un determinismo teleológico universal. Pero, como hemos demostrado, la mecánica de los quanta ha traído, al contrario, no el reforzamiento del determinismo, que sería la teleología, sino su relajamiento.

Quienquiera que pretenda que las indeterminaciones de Heisenberg significan una evolución de la física en el sentido de una nueva teleología, no se da cuenta del sentido filosófico del término "teleología".

El desarrollo reciente de la mecánica de los quanta no equivale, pues, en modo alguno, a un retorno al misticismo medieval, con su idea teleológica de la predestinación. Vista la nueva ola de obscurantismo desencadenada por la crisis de la causalidad, sobre todo en la Alemania nazi, entiendo que el papel de la filosofía de las ciencias de nuestros días debería ser impedir que la física moderna degenere en un "mito del siglo veinte".

NACE UN VOLCAN

(PARICUTIN, MICH.)

Por *Ramiro* ROBLES RAMOS

En el Estado de Michoacán, profuso en magníficas escenas fisiográficas, y pródigo en paisajes incomparables, su relieve es una consecuencia de un largo y vigoroso proceso evolutivo del vulcanismo: extensos y bellísimos lagos circunscritos por modernas corrientes ígneas solidificadas sobre un antiguo modelado; ríos originados en manantiales que almacenan sus aguas en basaltos porosos; corrientes subterráneas que filtrándose entre lavas antiguas, al aflorar en cortes verticales, se resuelven en multitud de hilillos de agua dando acción a la sin par Tzararacua; profundas barrancas labradas en materiales fragmentarios y cineríticos que esparcieran intensos períodos eruptivos; y, por último, incontables restos de aparatos volcánicos, cónicos y erguidos con nervaduras convergentes al cráter redondeado.

Esta típica provincia vulcanológica, es consecuente con su origen y tradición, y hoy, ha mostrado nuevamente en la superficie las energías endógenas con la súbita aparición de un nuevo volcán, provocando estupor y desasosiego entre las gentes sencillas que a su vecindad viven, y proporcionando, además, una fuente inapreciable de investigaciones.

Cordillera neo-volcánica.—Del Golfo de México al Océano Pacífico y entre los paralelos 19° y 21° de latitud norte, se observan todas las cumbres nevadas y los magníficos volcanes del área continental mexicana; unos han perdido la primitiva forma de aparato eruptivo, otros aún la conservan, y los más activos exhiben en su cima la energía residual cósmica en el estrato de las perpetuas

nieves, y así vemos más o menos alineados y majestuosos al Volcán de San Martín, Pico de Orizaba, Cofre de Perote, La Malinche, Popocatépetl, Iztaccíhuatl, Nevado de Toluca, San Andrés, Tancícaro, Jurullo, Parícutin, Ceboruco y Volcán de Colima.

La actividad volcánica se ha evidenciado preferentemente en la porción occidental del país, claramente indicada por las intermitentes erupciones del Volcán de Colima; la secundaria actividad del Ceboruco, el 16 de febrero de 1870 y, por último, la aparición de dos nuevos volcanes: El Jorullo y el Parícutin, el 29 de septiembre de 1759 y 20 de febrero de 1943, respectivamente.

Es interesante observar que el mayor número de nuestros más grandes aparatos volcánicos, se encuentran en la porción oriental y son los más antiguos; en cambio, al occidente, aparecen incontables volcanes pequeños y medianos repartidos profusamente en esa zona, y en donde el vulcanismo hasta la fecha da señales de actividad. Por otra parte, los más grandes y elevados datan del Mioceno o principios del Plioceno, con rocas ígneas ácidas; en cambio, del Pleistoceno hasta la época actual, los volcanes nunca han alcanzado el vigor de los anteriores, el área vulcanológica es muy amplia y sus productos de erupción son básicos, puntos de vista que ameritan especial estudio.

La Cordillera neo-Volcánica, por su origen y evolución, establece una marcada división en el continente, una septentrional y otra meridional que, de acuerdo con sus aspectos tectónico, orogénico, isostático, estratigráfico, de relieve y de clima, limita la América septentrional con Centroamérica, estableciendo el límite entre la América del Norte y la Central.[1]

El vulcanismo de los últimos tiempos, relacionado con la vida del hombre en América, ha unido la Prehistoria con el Presente, por medio de las erupciones del Xictli, Jorullo y Parícutin.

El Xictli.—Las corrientes basálticas de este volcán se extendieron en la porción meridional de la Cuenca de

---

[1] Robles Ramos, Ramiro: *Orogénesis de la República Mexicana en Relación a su Relieve Actual.* "Irrigación en México" Nº 3, Volumen 23.

México, preservando los restos de una cultura arcaica de la influencia de las posteriores civilizaciones, Teotihuacana y Azteca, correspondiendo la citada cultura arcaica a una etapa posterior al Neolítico.[2]

El Jorullo.—El 29 de septiembre de 1759, a las 3 de la mañana, "reventó en un valle hermoso, fértil y ameno una humareda muy negra y densa que se fué elevando a la esfera, habiendo precedido a ello tres o cuatro muy recios temblores, y a poco espacio de haber exhalado este humo, comenzó a oírse un tempestuoso y horrible ruido, y consiguientemente a mirarse salir llamas de fuego, que en globos brotaban con gran violencia para lo alto, envueltas en la misma humareda, que salía cada instante más gruesa y denegrida"... "el Hemisferio, con una parda extraña obscuración y reventazón ya tan grande y tronitosa, que causaba fuerte pavor y espanto"... "aumentaba el humo, el hedor a azufre, la obscuridad y el estruendo, quedando de sus resultas en el todo desamparada la hacienda de hacer azúcar",[3] y de un valle hermoso, fértil y ameno se convirtió en una hacinamiento de lavas, bombas volcánicas, cenizas y una deforme montaña de escorias basálticas.

El Parícutin.—Hoy eleva el cono y ocurre su lava, sobre un pequeño valle de tierras de temporal y ya listo para la siembra, rodeado por antiguos restos de aparatos eruptivos, en una región eminentemente volcánica, situada al N 71°W y a 26 Km. de Uruapan, Mich.

EL VOLCAN DE PARICUTIN, MICH.

Historia.—En el mes de agosto de 1942 transcurría apacible la vida campirana, cuando principió a notar Vicente Mediano que en el valle llamado de Kuiyutziro,[4] se había formado una depresión en las tierras de labor, de

---

[2] Díaz Lozano, Enrique: *Cultura post-Neolítica del Pedregal de San Angel.* "Ethnos", enero y febrero de 1925.

[3] Villafaña, Andrés: *El Volcán del Jorullo.* "Panergones IG. de M." T. II, Nº 3.

[4] Aguila en Tarasco.

la cual salía una especie de neblina después de llover, hecho al que no le dió importancia.

El domingo 7 de febrero de 1943, a las 13 horas, se dejó sentir un ligero temblor, siendo el principio de una serie continuada durante el día y la noche, en los días subsecuentes, hasta que entre los días 15 y 16 se notó que los temblores se verificaban entre las 17 y 18 horas, por lo que los vecinos de Parangaricutiro se reunían en la iglesia a esa hora para hacer rogativas.

El sábado 20 se esperaban los temblores entre las 17 y 18 horas, y en efecto, una ligera trepidación con ruidos subterráneos y un trueno lejano, se dejaron sentir a las 17 horas y 20 m. Ese día, como a las 14 horas, Dionisio Pulido se dirigía a sus tierras de labor para quemar unas ramas y dar agua a los burros, y narra que al ir caminando por el valle "oía rumores como de fuertes crecientes, sucediéndose ese ruido muy atropelladamente, y que viendo el cielo despejado le entró mucho temor, y observaba en todas direcciones tratando de localizar esos retumbos, cuando en la parte media del valle y en dirección a la depresión que se había formado, se levantó una gran polvareda amarillenta y luego humo negro, notando que la tierra se había abierto en la dirección en que sale y se mete el sol, en quince centímetros de ancho". "Apenas vi la humareda, la verdad me entró mucho miedo y corrí a soltar mis burros e ir presuroso a ver a mis familiares, encontrando en el camino a mi compadre y otros que iban a la novedad". Dionisio Pulido no se ha querido preocupar más del espectacular cambio de una parcela de cuatro yuntas de sembradura, por nada menos que un volcán en erupción.

La gruesa columna gaseosa se elevaba a considerable altura, escuchándose a mucha distancia las explosiones: gases y estruendo que, alarmando a los pueblos circunvecinos, señalaban en el cielo azul y sobre las montañas el preciso lugar donde nacía un volcán.

Fases eruptivas.—Trece días antes de su aparición principiaron las primeras y continuadas manifestaciones de temblores, alcanzando el grado 4 ó 5 de la escala de Marcalli, y acompañados de algunos ruidos subterráneos.



Fig. 1.—EL PARICUTIN. Muéstrase el efecto de una doble explosión, una en la parte superior del cráter y otra en su labio inferior en estado incandescente.

Fig. 2.—Zona explosiva del aparato volcánico.

Fig. 3.—Trayectorias parabólicas de las bombas volcánicas. La exposición corresponde a una explosión.

Desde el día 7 a las 13 horas, hasta el 14, se sucedieron incontables temblores con ruidos subterráneos locales y de escasa intensidad.

Este período, después de la infiltración del magma a una distancia relativamente profunda de la superficie, corresponde a una serie de acomodamientos corticales debidos a la presión y ensanchamiento de los planos de estructura preexistentes, ocasionados por los golpes del magma tendiendo a salir, el cual se infiltraba cada vez más hacia la superficie, facilitando esta acción la estructura debilitada en el subsuelo del valle, que rodeado de aparatos volcánicos de épocas distintas, provocaron planos o fracturas en los contactos de chimeneas antiguas ya consolidadas con las rocas antiguas más fracturadas, o bien líneas o planos débiles entre las mismas chimeneas antiguas, las que por razones de origen se profundizan a la zona magmática profunda.

Del día 15 en adelante, el ariete magmático golpeó más vigorosamente cada 24 horas entre las 16 y 17 horas, verificándose la primera explosión superficial, precisamente dentro del período álgido que el fenómeno había establecido: a las 17 h. 20 m. del día 20. Es decir, después de algunos esfuerzos pulsatorios periódicos, la cámara magmática tomó contacto con la atmósfera, levantando suelos del valle, arrojando con violencia gases acompañados de materiales acarreados de la profundidad y, posteriormente, entrando en actividad.

Esto nos demuestra una emigración magmática hacia la superficie, mediante un proceso lento de infiltración ascendente, no arrojando lava al principio por el enfriamiento del mismo magma al contacto de las rocas vecinas, favoreciendo esta pérdida de calor la pequeña sección alimentadora abierta en los planos estructurales. Propiamente hablando, el magma infiltrado al salir a la atmósfera y aumentando su velocidad y gasto, drenó los planos de estructura, amplió la acción alimentadora y calentó las paredes, debiendo verificarse fusiones y asimilaciones parciales, facilitándose así la salida de lava, y entrando en franco período eruptivo, el cual depende de las propiedades químico-físicas del magma alimentador. El ca-

rácter pulsatorio de estos fenómenos, puede depender de la flexibilidad muy escasa del conducto de alimentación, en relación con las presiones diferenciales del magma a lo largo del trayecto donde se verifica el desprendimiento de gases, al ir disminuyendo la presión y temperatura.

Todo lo dicho, no afirma que una cámara magmática activa por sí sola pueda formar un volcán, pues consideraciones de orden orogénico, paleogeográfico, estructural, petrográfico, gravitacional, isostático, etc., intervienen para dar origen al magma; para que éste entre en actividad, y que su emigración sea facilitada por complicados fenómenos tectónicos y físico-químicos.

Aparato eruptivo.—La expulsión del material volcánico por la grieta abierta, ha ido formando un cono cinerítico alargado, de oriente a poniente, alcanzando el día 25 a las 14 horas, 167 metros de altura en el labio superior, sobre una base de 730 metros de amplitud, acusando las pendientes de sus taludes 33°. El cráter alargado de E. a W. medía en su eje mayor 140 mts., y en el menor 90 mts. Fig. 4.

El crecimiento del cono, según datos proporcionados por testigos de confianza, y los observados por el que esto escribe, es como sigue:

Feb. 20.	17.20 hs. Terreno ligeramente inclinado hacia el poniente y un tanto al norte.
Feb. 20.	21.00 hs. Se vieron salir piedras incandescentes oyéndose fuertes explosiones.
Feb. 20.	24.00 hs. Se observó una elevación de 6 metros sobre el valle.
Feb. 21.	4.00 hs. Ya tenía forma cónica y ocho metros de altura.
Feb. 21.	13.00 hs. El cráter tenía forma alargada al N. E., y el cono sobre una base de 70 metros de diámetro se elevaba 30 metros de altura.
Feb. 26.	14.00 hs. Altura al labio superior 167 mts. y la base de 730 mts. El cráter tenía de E. a W. 140 mts., por 90 mts. de diámetro de N. a S.

Aspecto eruptivo.—Todos los fenómenos inherentes a la actividad volcánica superficial toman lugar en el cono, arriba del cráter, y alrededor del aparato en erupción.

Los principales fenómenos eruptivos posibles a la observación de los sentidos son: deyección magmática acompañada de violentas expansiones gaseosas que fragmentan en gran parte el flúido lávico, transformándolo en bombas volcánicas, lapilli y cenizas; morfología de las explosiones; avance de lavas y temblores locales.

Lava.—La presencia de este cuerpo viscoso en la superficie debe datar desde el 22 de febrero, saliendo más francamente durante el 23 del mismo mes, pues el Sr. Ing. Ezequiel Ordóñez midió el avance de lava el día 25, con una velocidad de cinco metros por hora, después de lo cual ha sido variable entre 2 y 3 metros en la misma unidad de tiempo.

No se observa un escurrimiento franco por el labio inferior, y todo me inclina a suponer que abajo de esta zona hay una corriente lenta de lava de gasto regular, pues el cono tiene varias zonas de temperaturas muy diversas, desde la de fusión hasta la de franca consolidación del material lávico, siendo la repartición térmica compleja.

La lava se va acumulando dada su alta viscosidad, gobernando su escurrimiento tres factores: temperatura, viscosidad y pendiente del terreno, avanzando con mayor velocidad por las zonas donde hay menos pérdida de calor, como consecuencia del enfriamiento de contacto con los suelos y la atmósfera, siguiendo la pendiente dominante, formándose por estas consideraciones frentes de invasión irregulares y con espesores de cinco a once metros, aumentando seguramente por posteriores corrientes superpuestas.

El frente de avance de la lava, presenta un aspecto de rocas hacinadas con taludes inclinados irregulares, dejando ver entre las masas rocosas de color negro ceniciento, oquedades o intersticios, en donde el color rojo varía de los planos profundos a los superficiales, desde el rojo cereza hasta el mate; en estas zonas de mayor temperatura se ven escurrimientos de hilillos de lava líquida, o desprendimientos de partículas arredondadas, de la parte supe-

rior a la inferior, de color rojo casi blanco, hasta de dos centímetros de diámetro, escuchándose en toda la masa ígnea un tono silbante como de escape de vapor, siendo perceptible a cinco metros de distancia; así como ruidos irregulares exactamente iguales al producido por la trituración de grandes cantidades de carbón vegetal, los cuales seguramente se deben al escape de gases azulosos que se verifican de una manera lenta y continua, y a la contracción, exfoliación y fracturamiento de las rocas en su constante enfriamiento.

Avance de la corriente.—El cuerpo de lava sumamente viscoso se traslada en espesores de 5 a 11 metros. El peso fricciona contra los suelos, estacionándose la lava y perdiendo calor, lo que hace aumentar la viscosidad en las capas inmediatas superiores al suelo, y en la parte superior expuesta al aire, hay pérdidas de calor en mayor proporción, por lo que, la porción media es la más flúida, siendo por tanto la zona alimentadora y la que obliga el movimiento de las lavas. La solidificación de las caras superior e inferior, y las distintas viscosidades de la porción intermedia, forman propiamente tres capas o zonas: a) al contacto con los suelos antiguos se forma la capa de contacto inferior; b) zona de fluidez o movimiento en la porción media, y c) capa de escoria superficial, que más tarde se transforma en malpáis.

Las diferentes temperaturas, grados de solidificación y viscosidad, hacen que en los frentes de avance se verifiquen caídos, iniciándose principalmente a las tres cuartas partes de su altura, abatiéndose la capa superior, por lo que el movimiento considerado en conjunto afecta la forma de derrumbes en forma envolvente y arrolladora. Ver Fig. 5.

Explosiones.—Durante los días 25 al 28 de febrero, el funcionamiento del volcán consistía en violentas expulsiones de lava, correspondiendo a explosiones en el cráter y en la parte superior del mismo.

La lava es expulsada en formas planas y alargadas con bordes irregulares dentados, fragmentándose inmediatamente en multitud de cuerpos aislados de muy diversos tamaños, desde enormes bloques caprichosos y muy alar-

Fig. 4.—El día 26 de febrero la lava principiaba a invadir los suelos agrícolas del valle.

Fig. 5.—La lava cubre paulatinamente los suelos donde nació el Parícutin.

Fig. 6.—(Izquierda). Soplo con enormes cantidades de cenizas, precipitándose hacia el oriente del cono volcánico donde se encuentra el labio superior.



Fig. 8.—(Izquierda). Explosión formando un hongo por violentas expansiones gaseosas arriba del cráter. Nótese la base horizontal del hongo ligeramente inclinada, y las proyecciones de cenizas al lado derecho en tanto en el izquierdo hay lluvia del mismo material.

Fig. 9.—(Derecha). Explosión lateral con lluvia de lapilli y cenizas.



Fig. 10.—Bomba volcánica, caída en suelos inclinados, mostrando la huella de arrastre y el agrupamiento del material en estado viscoso.

Fig. 11.—Capa de cenizas volcánicas con dos centímetros de espesor, en Parícutin; el cuadro central muestra los suelos antiguos.

gados dando la idea de jirones desgarrados, hasta pedacería pequeña, así como lapilli, cenizas y polvos volcánicos.

Clasifico las explosiones en tres categorías: soplos, explosiones y descargas eléctricas.

Soplos.—Se caracterizan por un ruido inicial amortiguado, seguido inmediatamente de un soplo más o menos largo, parecido al escape producido por un golpe de émbolo en una máquina de vapor, lanzando al espacio gran cantidad de gases en columna vertical, con abundancia de cenizas y reducida cantidad de bombas volcánicas. Pude observar soplos con duración de cuatro segundos, formándose una columna gaseosa negra mate, de sección muy amplia, y con gran cantidad de cenizas que se desprendían de la columna en forma de lluvia, oscureciendo el espacio circundante. Este tipo explosivo cuando es de larga duración, satura el ambiente de gases y cenizas, siendo peligroso para las personas que se encuentran hasta un kilómetro de distancia. Ver Figs. 6 y 7.

Explosiones.—Conflagraciones violentas ya en el cráter o en la parte superior, en el primer caso salen nubes en forma de coliflor, y en el segundo, la columna hace explosión arriba en forma de hongo. Las formas de coliflor arrojan grandes cantidades de bombas y fragmentos de lava; en cambio, las explosiones superiores provocan una fragmentación más fina. A una distancia de 350 metros del cráter pude observar, durante una vigorosa explosión, que provocó en el altímetro un brusco descenso de 50 metros en la lectura. Estas explosiones, cuando no son muy violentas, arrojan fragmentos visibles a 750 metros de altitud. La caída de las bombas era marcadamente en el sentido de oriente a poniente afectando trayectorias parabólicas, llegando la zona de impactos hasta 850 metros del cráter. Ver Figs. 8 y 9.

Descargas eléctricas.—Corresponden a violentísimas perturbaciones atmosféricas, producidas por descargas electrostáticas entre la columna de gases y el cono, o bien a las capas atmosféricas vecinas a las columna gaseosa. El día 26, a las 16 h. 25 m., pude observar un arco de color blanco amarillento, entre la columna y el cráter al lado

del labio inferior, teniendo su curvatura en ese mismo sentido, seguido de un ruido extremadamente violento.

Frecuencia de explosiones violentas.—El funcionamiento del volcán hasta el día 28 fué como sigue:

Día 25. 16 explosiones por minuto clasificadas como sigue:
6 soplos.
9 explosiones.
1 descarga.

Día 26. 18 por minuto.
8 soplos.
6 explosiones.
3 descargas.

Día 27. 15 por minuto.
10 soplos.
4 explosiones.
1 descarga.

Día 28. 15 por minuto.
11 soplos.
4 explosiones.
descargas esporádicas.

Se nota la disminución de explosiones y aumento de soplos, lo que equivale a pensar en un cambio hacia una erupción del tipo cinerítico y aumento de lava.

Piroclásticos.—El magma, al salir del cráter en estado líquido, principia a solidificarse aumentando su viscosidad, y es fragmentado por las fuerzas violentas de su expulsión en tamaños diversos: grandes fragmentos volcánicos, lapilli, cenizas y polvo volcánico.

Fragmentos volcánicos de gran masa.—Por medidas estimativas deben de alcanzar dimensiones de 15 metros de longitud. Afectan formas muy caprichosas, la mayor parte muy alargadas y de bordes desgarrados, al elevarse tienen movimientos de torsión, se alabean o flexionan, ascendiendo a unos 100 metros, precipitándose al cráter o a las faldas de cono, donde al chocar se comportan como cuerpos muy viscosos.

Bombas volcánicas.—Se designa con este nombre a la lava fragmentada que en su caída antes de solidificarse adquiere formas de husos, redondeadas o esferoides, sin tener en cuenta el tamaño, para lo cual se requiere suficiente fluidez en el material lávico.

En el caso particular del Parícutin, los fragmentos arrojados, se solidifican rápida e irregularmente, presentando aspectos angulosos con aristas y salientes, observándose que en la caída de estas bombas, el zumbido variaba de acuerdo con la posición que en el aire iban adquiriendo en su rápido descenso. Al producirse el golpe del impacto, se observa que estos fragmentos tienden a agruparse en una masa irregular cuando golpean en suelos blandos; o que se despedazan al choque con otras rocas ya existentes, según se ve en la Fig. 10.

Las bombas, ya en estado frío, presentan una capa superficial vesicular o escoriácea, mas dentro de su masa, la apariencia es compacta y tienen gran número de planos de enfriamiento, que facilitan su desintegración al golpearse.

Lapilli y cenizas volcánicas.—Los fragmentos pequeños comprendidos entre tres centímetros y cinco milímetros se les denomina lapilli, siendo la masa sumamente porosa, de muy escasa densidad y formas muy irregulares. En la zona de impactos pude observarlas a 800 metros del cráter, acompañados de cenizas gruesas.

Tanto los lapilli como las cenizas son producidos por los fenómenos siguientes:

Desprendimientos violentos de gases que fragmentan la lava en partículas muy finas, las cuales se solidifican rápidamente; por fricciones de este material, en las explosiones; y por fracturamientos de la lava al enfriarse de modo violento.

Todas estas partículas finas son elevadas por las explosiones, continuando hacia arriba debido a la fuerza ascensional de la columna de gases que provoca enérgica convección, hasta que al perder velocidad caen según su peso, ascendiendo las más finas, después de lo cual son transportadas por los vientos dominantes a muy diversas distancias, de acuerdo con la persistencia y velocidad de los mismos,

llegando a Uruapan, Mich., Pátzcuaro, Mich., y Celaya, Gto., y posiblemente a mayores distancias.

Los polvos volcánicos flotan por mucho tiempo en la atmósfera, y cuando hay gran cantidad dan origen a interesantes y curiosos celajes a la caída del sol, o a un color negro ceniciento en las alturas.

Las cenizas constituyen un verdadero azote para los pueblos, pues afectan a los órganos visuales y respiratorios, penetrando en las ropas, habitaciones, alimentos, etc.

La ilustración adjunta (Fig. 11) muestra un aspecto de la caída de estas cenizas procedentes del aparato volcánico.

Columna de gases.—El desprendimiento de los gases forma una columna que se va ampliando a medida que gana altura, presentando numerosos ensanchamientos correspondientes a cada explosión. La altura de la columna sin deformarse la estimo en 1,500 metros, después de la cual se va ampliando horizontalmente hasta alcanzar unos 2 a 3 kilómetros, dependiendo esto de la dinámica local de los vientos. Fig. 12.

El color es variable, según el contenido de cenizas que son arrojadas por la erupción, del negro mate al gris, resolviéndose en la parte más alta al perder la carga de cenizas, en un hermosísimo cúmulus extraordinariamente blanco en sus bordes. Véase Fig. 13.

Los gases, aparte de otras substancias que no puedo mencionar dada la falta de análisis, están constituídos por grandes cantidades de vapor de agua. El día 26, a las 14 horas, hubo una ligera precipitación en forma de gotas de agua acompañadas de ceniza fina, debida a la condensación del vapor de agua, bien sea en el seno de una atmósfera fría saturada de polvo volcánico, o bien capturando el agua en su caída, a las partículas cineríticas.

Las descripciones sobre la erupción del Jorullo, nos informan de lluvias de lodos muy abundantes.

Temblores locales.—En las inmediaciones del volcán se sentían temblores continuos e irregulares del grado 2, los que pueden atribuirse a la resistencia que opone la chimenea alimentadora a la salida del magma, así como a las violentas explosiones de gas dentro de la misma chimenea,



Fig. 12.—*(Izquierda)*. Columna de gases y vapores vista desde Parangaricútiro.

Fig. 13.—*(Derecha)*. La columna de gases al ir perdiendo la ceniza volcánica que por la fuerza ascensional eleva, se va transformando poco a poco en un blanquísimo cúmulus.

Fig. 14.—Fotografía del mosaico aéreo que comprende la región occidental o septentrional de Uruapan, Mich. Obsérvese la gran cantidad de antiguos aparatos volcánicos, demostrando la vigorosa actividad volcánica de otros tiempos.

Con permiso de la Cía. Mexicana Aerofoto, S. A.

Fig. 15.—Entre el estruendo vigoroso del volcán y la lluvia de cenizas, lcs nativos dirigiéndose al templo de rodillas, entonaban cantos conmovedores.

al ir perdiendo presión y temperatura en su recorrido a la superficie, no sin dejar de mencionar las violentas explosiones ocurridas en el cráter.

Magma.—La falta, por el momento, de estudios petrográficos y análisis químicos, me limitan como se ha observado en esta información, a exponer únicamente datos de observaciones directas, por lo que, referente al magma extravasado por el volcán, se pueden hacer las siguientes consideraciones: el magma es muy viscoso solidificándose completamente en la superficie a poco de ser arrojado, dando las explosiones fragmentos angulosos e irregulares.

La temperatura de las lavas basálticas oscila entre los 962° y 1020°, estas temperaturas, de acuerdo con la pendiente geotérmica de 33.3 metros por grado, indican que estas lavas tendrían su origen a profundidades que fluctúan de 29 a 30 kilómetros. Sin embargo, hay que hacer notar la existencia de anomalías muy fuertes en la pendiente geotérmica, sobre todo en regiones volcánicas, por lo que estimando la viscosidad de las lavas del Parícutin, y tomando en cuenta que la pendiente geotérmica puede ser menor de 33.3 metros por grado, se puede concluir que las lavas del volcán provienen de una profundidad menor de 25 kilómetros; este dato es estimativo.

Tipo de erupción.—Para poder clasificar el funcionamiento del volcán deben hacerse observaciones continuas durante su evolución; sin embargo, con las hechas en los días a que se refieren estas notas y con todos los datos aquí asentados, se puede concluir lo siguiente: El funcionamiento del aparato volcánico de Parícutin manifestó erupción de una frecuencia media de 16 emisiones violentas, con gran cantidad de gases de material piroclástico y escasa lava, la que seguramente aumentará. Los gases tienden a formar coliflores, y al efectuarse su expansión violenta, fragmentan la lava en partículas angulosas que se solidificaban antes de caer, exceptuando las grandes masas que caen en los taludes del cono y que presentaban el aspecto de ser muy viscosas. Las bombas volcánicas caen con la superficie ya solidificada y con la parte ígnea interna en un franco proceso de solidificación, la corriente lávica se solidificaba al contacto atmosférico. Por lo an-

tes expuesto el Parícutin puede considerarse como un volcán entre un tipo intermedio al estromboliano y vulcaniano.[5]

Consideraciones tectónicas.—El área del Pacífico, comprendida en la porción occidental de la Cordillera neo-Volcánica, requiere serios estudios en detalle, aprovechando todos los recursos geofísicos que dicten las necesidades. Pueril y prolijo sería acumular argumentos científicos para justificar esta necesidad, ya que lo indican los inmensos e imponentes edificios ígneos que de cuando en cuando alivian las presiones internas; la ciencia lo pide y necesita; lo comentan distintos y numerosos estudios sobre la materia, y lo recuerdan las dolorosas consecuencias de nuestros megasismos.

No es ni la súbita aparición y espectacular erupción del Parícutin lo que hoy hace tangible el amplio conocimiento de esa zona, ya que este fenómeno es una de tantas consecuencias de la inestabilidad, complejidad tectónica y orogenia bien comprobada al Este, Sureste y Sur de la Cordillera neo-Volcánica; conocida esa inestabilidad

---

[5] Según C. Sapper, existen los siguientes tipos eruptivos:

tipo hawaiano.—Magma de máxima fluidez; paroxismos violentos raros; expulsión de magma no siempre acompañado de explosión. La escoria vesicular es de vidrio negro, algunas veces arrojado en forma de filamentos capilares.

tipo estromboliano.—De magma basáltico menos flúido que en el tipo anterior, pero lo suficiente para permanecer líquido en contacto con la atmósfera. El desprendimiento de los gases encuentra gran resistencia; ocurren explosiones violentas, el magma se transforma en pómez debido a la rápida salida de los gases, las bombas toman formas de pera, y arroja cenizas volcánicas.

tipo vulcaniano.—Magma muy viscoso, solidificándose con cierta rapidez en la superficie en el intervalo de cada explosión, por lo cual arrastran las lavas numerosos fragmentos irregulares y angulosos, en la porción superficial. Los gases de la erupción son muy densos, grises o negros, en forma de coliflores, mostrándose en la noche con colores obscuros. El lapilli es anguloso, las bombas están superficialmente cubiertas por una costra de color más pálido y de superficie irregular, son pomosas en su interior y vítreas en la superficie.

tipo peleano.—Nubes ardientes más densas que en el tipo vulcaniano, formadas en un magma más o menos solidificado lanzado a poca altura, descendiendo inmediatamente en forma de avalanchas, ocurriendo al mismo tiempo violentos desprendimientos de gases.

y efectuadas las investigaciones necesarias, se podrán establecer áreas o zonas de máxima aceleración como consecuencia de los fenómenos tectónicos.

El vulcanismo ha mostrado hoy fases de su decadencia en una enorme área donde privó, con excepcional vigor, la acción portentosa de una energía residual heredada del Sol; empero, hoy somos testigo de los acomodamientos vigorosos de la corteza, que se realizan con relación a la superficie litosférica en las áreas marinas y continentales. Así pues, la vida humana, las obras del hombre realizadas o en proyecto, la economía regional y el prestigio científico pueden en unos cuantos minutos ser objeto de una destrucción irreparable.

Estos fenómenos no se pueden predecir, pero deben dictarse medidas que aminoren sus consecuencias. Lejos estoy de augurios pesimistas, puesto que los fenómenos tectónicos se han realizado, se realizan y realizarán dentro de un lapso geológico no concebido por la mente del hombre. Hace seis años el que esto escribe señaló: "La región del Pacífico se encuentra en pleno período de acomodación, y las presiones tectónicas en los acomodamientos, *pueden producir manifestaciones magmáticas en los volcanes que se encuentran en las cercanías de esos perímetros tectónicos,* como el volcán de Colima, pongamos por caso; pero estos fenómenos son bien diferentes a los que se verifican en Kilauea, cuya actividad es esencialmente volcánica aún".[6] Y la manifestación magmática se presentó en una zona particularmente volcánica, en las muy inmediatas cercanías de antiguos aparatos volcánicos, y en los linderos de una zona perimetral tectónica.

El caso del volcán de Parícutin tiene las siguientes características:

1ª—Surgió en una zona del más viejo historial volcánico, y en contacto de numerosísimos restos de aparatos eruptivos "modernos". Ver Fig. 14.

2ª—En esta área se encuentra el límite tectónico septentrional de la Cordillera neo-Volcánica, división estructural entre la América del Norte y la Central.

---

6 Robles Ramos, Ramiro. *Hipótesis Isostática sobre los Continentes y Océanos.* Bol. Soc. Geología Mexicana, IX, Núm. 2.

3ª—La región en estudio comprende a una gran zona de vigorosa sismicidad.

4ª—Una extensión enorme de la superficie en estudio, atestigua la profusa presencia del antiguo magma subgeosinclinal que formará la Cordillera neo-Volcánica.

5ª—Debido a las numerosas chimeneas volcánicas que dieron origen a otros tantos aparatos eruptivos, atravesando antiguas formaciones muy fracturadas por la intensa orogenia del Terciario y post-Terciario, se establecieron planos estructurales dirigidos a la zona profunda del primitivo magma subgeosinclinal y, por tanto, existen planos estructurales débiles que comunican a las cámaras magmáticas residuales.

6ª—Los efectos gravitacionales en la listósfera, los fenómenos isostáticos, sus consecuencias, así como fenómenos físico-químicos de la región profunda, provocaron la actividad en una cámara residual, facilitando su emigración hacia la superficie por las zonas débiles estructurales.

Consecuencias inmediatas de la erupción.—Los temblores locales, el área cubierta por lava y la cantidad de cenizas arrojadas, dependerán de la energía potencial de la cámara magmática, su volumen, de los fenómenos indirectos y directos en la generación del calor, así como la composición química del magma activo.

Por ahora los fenómenos propios de la erupción, en calidad y cantidad, bajo todos sus aspectos, muestran "debilidad" con respecto a otras erupciones estudiadas; solamente las observaciones instrumentales geofísicas darán mejor información al respecto. Por otra parte, la evolución del volcán hasta estos momentos es normal, y hace creer que tendrá una vida efímera, no sin que lleguen a presentarse paroxismos violentos que alarmen a los pueblos vecinos, pero que a la vista de la vulcanología no ocasionan un cambio radical al criterio sustentado, que autorizan a formar de él los fenómenos actuales.

Así pues, el volcán de Parícutin, de acuerdo con el tipo de funcionamiento hasta ahora definido, tendría en sus inmediaciones las siguientes consecuencias:

a) Areas invadidas por lava, convirtiendo en estériles los suelos, cambiando el relieve y modificando la hidrología local.

b) Efectos psicológicos, fisiológicos y morales en los habitantes que se encuentran en el radio de acción del aparato volcánico, provocados por las continuas explosiones, obscurecimientos, caída de abundantes cenizas, fenómenos eléctricos, etc. Fig. 15.

c) Las cenizas arrojadas por la erupción son trasladadas a grandes distancias por los vientos dominantes, localizándose la caída de las mismas en el curso de sus trayectorias.

Las consecuencias de estas cenizas y polvos volcánicos son molestísimas para la vida humana, la industria y la agricultura.

Por ahora hay que escudriñar con todo entusiasmo, con elementos e instrumental que la ciencia aconseja, a ese incomparable laboratorio a cielo abierto, que hoy se muestra a los ojos humanos, dictando segundo a segundo, de hora a hora, de día a día, y por segunda vez, la más valiosa, interesante y nutrida obra de vulcanología, expuesta por la propia naturaleza, poniendo de manifiesto la energía residual cósmica que guarda nuestro suelo en sus propias entrañas, elevando sobre magnífica peana ígnea la efímera columna gaseosa de su combustión interna; y por las noches, la fantástica pirotecnia de Vulcano engalana con trayectorias luminosas parabólicas y rojizas resplandores, la bella tierra michoacana.

Es el dios del fuego de nuestros aborígenes que, en súbita y espectacular aparición en el Valle del Aguila, otrora fértil y ameno, hace una visita a los tarascos.

El Aguila tarasca no aprisiona una serpiente, porta en sus alas a la espectacular deidad del fuego.

LA CIENCIA Y LA ORDENACION DEL MUNDO[1]

La Asociación Británica para el progreso de la Ciencia publicó hace unos meses un volumen conteniendo los trabajos leídos en la última Conferencia Internacional que aquella benemérita Institución convocó en Londres el año pasado. Experimenté una grata sorpresa al ver aplicados en las tareas y preocupaciones de la guerra a varios colegas y amigos eminentes a quienes admiro y respeto.

También trajo a mi memoria la lectura de este folleto recuerdos más gratos de otros tiempos, cuando —antes de ver enaltecida mi ejecutoria de ciudadano español con la calidad de "refugiado político"— solía acudir en busca de esparcimento y de enseñanzas a ciertas reuniones científicas de carácter internacional. Europa era entonces bastante más habitable que en los tiempos presentes y los doctos de diversas disciplinas científicas tuvieron la feliz ocurrencia de organizar Congresos Internacionales a los que llevaban periódicamente los temas y descubrimientos, resultado de sus actividades. Estos eventos de buena recordación celebrábanse en un ambiente de simpatía y cordialidad. En ellos, durante el ajetreo de las conferencias y de las sesiones, en las comidas y en los festivales confundíanse los sabios con los aprendices de la Sabiduría, éstos, con la ilusión de hallarse cerca de aquéllos y en buen camino para emularlos; los sabios tal vez sintiendo el aguijón de la nostalgia por sus tiempos de aprendizaje.

En estas amplias comunidades congregábanse personas de la más variada condición, desde el sabio integral —el de la ciencia por la ciencia— hasta el aficionado y el escéptico que apenas es ni una cosa ni otra. Todos —bueno es decirlo— sin demasiados engarabitamientos ni atuendos. El contraste era mayor desde el punto de vista físico, pues acudían por derecho propio a estas Asambleas hombres de todas las razas y confines del mundo: finlandeses, rusos, escandinavos, polacos, alemanes, holandeses, ingleses, belgas, checos, austríacos, húngaros, franceses, españoles, italianos, griegos, etc., en fin, toda la familia

---

1 THE ADVANCEMENT OF SCIENCE. The Report of the British Association for the advancement of Science. *Science and World Order.* Londres, 1942.

europea y con ella la próspera y juvenil familia americana del Norte y del Sur. No faltaban congresistas de países más remotos: chinos, japoneses, australianos, atraídos por el interés de las deliberaciones y por el prestigio de la Comunidad.

Elegíanse para celebrar estos congresos, aquellas ciudades de Europa y de América que —prescindiendo de su situación geográfica— reuniesen más atractivo y de esta suerte se lograban resultados estimables; unos días de vacación y descanso grato y la oportunidad de mantener relación viva entre hombres dedicados a idénticas actividades científicas o profesionales. Además, estas normas de sociabilidad internacional servían para despejar muchos equívocos al calor de la estimación y simpatía fraguados por un mejor conocimiento.

Hoy han cambiado las cosas, pues ya no quedan en el mundo, naciones ni ciudades que se hallen libres de los estragos o de las preocupaciones de la guerra. Londres y Moscú, más que ciudades parecen fortalezas. Varsovia y Praga vastos cementerios. Copenhague y las urbes de Holanda, París y Bruselas, vejadas, sin aliento, gobernadas como cuarteles de tropas extranjeras. Berlín y Roma profanadas por la hegemonía que desde ellas ejercen lunáticos y condottieros. Madrid, pobre Madrid, se ha convertido en un cuartel de legionarios, de moros y de turistas tudescos. Acaso, de estos cambios tan grandes se salve Vichy, por ser sede de enfermos.

Pero no importa que los sabios no tengan ahora la misma libertad de movimiento; lo importante es, que estén en su puesto, compartiendo una solidaridad más amplia, aportando la luz de sus conocimientos en la lucha que sostienen los hombres contra esas fuerzas ciegas que utilizando los mismos instrumentos de su ingenio, pretenden arrasar los valores más preciados. Londres en pie de guerra no ha sido mal escenario para celebrar este Congreso, pero esta vez las dificultades de comunicación. . . y otras, no menos arduas, impidieron el concurso de muchos que hubieran acudido a la convocatoria, para colaborar en estas tareas urgentes y decisivas. Algunos cuyo consejo no podía faltar, enviaron sus trabajos por telégrafo.

La iniciación de los trabajos de esta conferencia tuvo lugar con arreglo a las normas y ceremonias rituales. El Primer Ministro del Reino Unido W. Churchill, envió una vibrante salutación en la que dijo entre otras cosas lo que sigue: "Uno de nuestros objetivos en la lucha que sostenemos, es el mantenimiento del derecho a la libre discusión y al intercambio de ideas".

El actual presidente de la A.B. para el Progreso de la Ciencia, Sir Richard Gregory, señaló los lineamientos generales que deben inspirar las actividades de la Asamblea. La ciencia constituye una comunidad en la que no son posibles diferencias sociales, raciales, o geográficas. Sus principios son auténticamente democráticos y por eso exaltan, como derechos inalienables, la libertad de enseñanza, la libertad de expresión y la oportunidad para todos de poder desarrollar las capacidades del individuo.

Fueron desarrollados los enunciados siguientes en el transcurso de las deliberaciones: La Ciencia y el Gobierno; la Ciencia y las necesidades humanas; la Ciencia y la planificación mundial; la Ciencia y el progreso técnico; la Ciencia y la ayuda postbélica; la Ciencia y el entendimiento humano. Actuaron como presidentes de cada una de las sesiones además de Sir Gregory que presidió la inaugural, los Sres. J. G. Winant Embajador de los E. U. de América, el Sr. M. Maisky Embajador de la U.R.S.S., el Dr. Eduardo Benes, Presidente de la República Checoeslovaca, el Dr. Wellington Koo, Embajador de la República China y el escritor H. G. Wells.

No cabe en los discretos límites de una nota hacer un resumen de todos los trabajos e intervenciones leídas en esta convención. Sin embargo, a quienes interese conocerlos con detalle pueden acudir a la Biblioteca de CUADERNOS AMERICANOS en la que deposito el ejemplar que llegó a mis manos.

El Vizconde SAMUEL afirma que los dirigentes de la política inglesa, al fin tomaron el camino de ganar la más dura batalla de la Historia y cree que esta vez la victoria se fragua en los laboratorios e Institutos científicos. Glosa los trabajos del Comité Hankey, organismo de emergencia constituído por un grupo de hombres de ciencia seleccionados entre los más capaces. Este Comité asume las labores de coordinación de los trabajos de los Institutos y corporaciones civiles capaces de dar un rendimiento útil para los fines de la guerra. Dicho organismo hállase en próxima relación con el Presidente del Consejo y tiene bajo su inmediata tutela: a) El Departamento de Investigaciones Científicas e Industriales, que comprende 10 Institutos de Investigación y 33 Juntas o Comités consultivos. b) El Consejo de Investigación Médica, con sus múltiples instituciones filiales. c) El Consejo de Investigación Agrícola. Todas estas Instituciones se hallan vinculadas estrechamente con los distintos departamentos de guerra, mediante organismos consultivos y establecen además asiduas relaciones con organismos análogos de los Dominios, de la India y de las Colonias,

y con los organismos similares de los Estados Unidos de América y de la U.R.S.S. Considera el comunicante que los más formidables problemas de postguerra serán: la desmovilización, la reconstrucción y los problemas de trabajo subsiguientes que obligarán a buscar nuevos derroteros a la ciencia social. Al final de su intervención, el Vizconde Samuel afirma que es menester armonizar la ciencia, la religión y la filosofía para asegurar a los hombres del futuro un porvenir mejor.

El Prof. A. V. Hill, disertó sobre el tema *El uso y el abuso de la Ciencia en el Gobierno.* El Prof. de Fisiología de Londres, afirma que la ciencia no es una panacea universal. Considera que la dificultad de adaptar los métodos científicos al gobierno de los pueblos, deriva precisamente de los vicios del método burocrático: su peculiar jerarquización, rutina, falta de iniciativa, limitación de libertad y de crítica e incluso sus ingenuos secreteos; vicios que constituyen la antítesis del ambiente que exige el trabajo científico. Dice el Prof. Hill que los planes y la dirección científicos, son tan necesarios en el gobierno como en la investigación industrial a condición de que sean respetadas la libertad de iniciativa, de crítica y se establezca igualdad entre los viejos y los jóvenes. En Inglaterra, según el ilustre fisiólogo, existen Departamentos gubernamentales donde este espíritu abierto predomina, pero en otros no ha logrado abrirse paso. Y así señala que el Comité de Investigación para la Defensa Civil y el Consejo de Investigaciones en el Departamento de Abastecimientos, se han beneficiado con la incorporación en sus trabajos de numerosos hombres de ciencia independientes. En el Almirantazgo, sin embargo, no han creído necesario aprovechar estas orientaciones, y sólo un número muy reducido de hombres de ciencia trabajan en él. En el Ministerio del Aire predominan condiciones intermedias. Critica la tendencia seguida por algunos Departamentos de echar mano de respetables personajes de añejo prestigio, pero quienes por su edad —cita la de uno de ellos con 86 años— no están en condiciones de asumir responsabilidades muy acuciadoras. Dice que el genio nacional inglés es refractario a las normas de la burocracia —lentas e ineficaces— y propone como reformas inmediatas la incorporación de los elementos civiles competentes que recojan, además, del asesoramiento, la ayuda y la crítica de la opinión ciudadana.

El Doctor P. W. Koo, relata el proceso de desarrollo de la educación pública y de la investigación en China y la enorme influencia que ejercen los científicos y los profesionales de aquel país en el gobierno del Estado, en la defensa de la Nación y en el bienestar general.

El Prof. J. B. S. HALDANE, señaló las líneas generales que informan el desarrollo de la ciencia de la U.R.S.S. y los efectos beneficiosos que se obtienen por la acción reversible del interés que muestran los elementos oficiales por la Ciencia y los servicios que la Ciencia presta y puede prestar al Estado.

El Prof. JUAN NEGRIN, dedicó su trabajo al estudio de los beneficios que la Ciencia puede proporcionar al hombre de Estado. La recuperación, reconstrucción y el establecimiento de organismos que aseguren una paz permanente, depende, en buena parte, de una asociación afortunada entre los hombres de Estado y los hombres de ciencia. De esta unión depende también el conseguir los objetivos inmediatos que nos lleven a la victoria en la presente conflagración, ya que sin este requisito esencial, será vano proclamar planes ni programas para el futuro. Su experiencia personal cree que puede ser útil ya que sus obligaciones ciudadanas obligáronle a asumir asiduas responsabilidades de gobierno. La tecnología y la ciencia deben suministrar los elementos esenciales para un gobierno racional, sin embargo, no pueden sustituirlo ventajosamente. La Ciencia y el gobierno del Estado tienen distintos métodos y diferentes objetivos. Es evidente que un hombre de ciencia puede poseer o adquirir eventualmente las maneras o las condiciones de un líder, a pesar de no existir entre ambas actividades similitud alguna de formación, disciplina o estilo, pero las funciones del técnico y del científico son tales, que siendo muy útiles en la colaboración, no pueden considerarse sustitutivas de las que caracterizan al estadista. Entre el hombre de Estado y la Ciencia puede admitirse una doble relación, la primera de carácter pasivo, mediante la cual el hombre de Gobierno aprende el método científico y se identifica con él, y la otra, más activa y utilitaria, en la que aplica aquellos conocimientos y los adelantos de la Ciencia para aumentar la eficacia de sus tareas específicas.

¿Qué puede obtener el hombre de Estado de la Ciencia? En primer lugar puede ésta contribuir a la formación de su criterio, ya que el método y la crítica científica ayudan a dilucidar los antagonismos y contradicciones que se observan en la conducta de los individuos y en la de las sociedades humanas. También puede contribuir a compensar ciertas deformaciones que afectan con frecuencia, aunque no exclusivamente, al político, tales como superficialidad, falta de objetividad, indiferencia hacia la verdad, inclinación por los argumentos engañosos, ignorancia de los principios fundamentales, favoritismo personal y local (compadrazgo), explotación de los sectarismos políticos y finalmente aquella irresistible tendencia a la vanidad y al exhibicionismo que

les hace especialmente vulnerables a la adulación —ese dulce veneno— que malogra las mejores esperanzas para la vida pública. Estas desviaciones a las que está más expuesto que los otros hombres el hombre político, desembocan fatalmente en la corrupción de sus funciones y en la utilización de toda clase de medios para conquistar el favor público y con éste, el poder, aunque su usufructo sea fugaz. Contra estas perversiones, la ciencia puede muy poco. Se trata más bien de un problema de moral y de salud pública.

Sin embargo, existen cualidades que pudiéramos considerar genuinas del hombre de Estado. Un cierto espíritu de premonición o intuición, combinado con cierta aptitud para actuar fríamente. Imaginación creadora balanceada con cierta dosis de sano realismo. Iniciativa y ardor en la polémica; energía contrarrestada por cierto grado de moderación; intrepidez y capacidad para tomar resoluciones rápidamente; firmeza y tenacidad exentas de obstinación. El mantenimiento del equilibrio entre estas sutiles cualidades, cuya fina compensación es necesaria puede ser asegurado bajo la estructura de una formación científica. La Ciencia puede infundir —quizá mejor que cualquiera otra actividad humana— en el hombre político ciertas cualidades que impriman a su trabajo carácter y rigor experimentales, dando a sus convicciones la forma de postulado; a sus ideologías el aspecto de teorías provisionales y a sus programas la significación de hipótesis de trabajo. En resumen: si el gobernante acierta en la captación de estas influencias de la metodología científica, su misión quedará ennoblecida y podrá considerarse a sí mismo como un investigador científico. En la gobernación de un Estado, lo mismo que en la Ciencia, uno de los incentivos principales debe ser un ardiente deseo de descubrir la verdad.

Los graves problemas de la reconstrucción que se plantearán después de la guerra en un mundo devastado y empobrecido, no pueden ser abordados con provecho sin el auxilio de la Ciencia. Existe un cierto margen para el optimismo, si sabemos apartarnos de la rutina y si los dirigentes del futuro no persisten en el error de aplicar soluciones extemporáneas a problemas nuevos. Debemos evitar la repetición de que las generaciones futuras observen con asombro el hecho incomprensible de que muchos años después de la última guerra, el trabajo humano, la gran riqueza que existe sobre la tierra sea derrochada y millones de hombres queden en la miseria.

Los países totalitarios demostraron buen sentido y han conseguido ventajas evidentes al utilizar —aunque haya sido en forma parcial e inhumana— los principios científicos para crear, proveer y distribuir el trabajo.

Con un juicio severamente científico y un afán de progreso compatible con el respeto que es debido a la personalidad humana, los pueblos afectados por la guerra podrán atender a la restauración de sus heridas, mediante la aplicación inteligente de las enormes posibilidades de energía que pone al servicio de las sociedades humanas la Ciencia y la Tecnología, que hoy permite alcanzar en décadas los que antes del siglo XIX consumía un período completo de la historia. Este modo de enfocar la cuestión permitirá establecer de modo inmediato la racionalización de la producción y de la distribución, mejorar las condiciones de vida en su aspecto cultural y físico y la creación de nuevos valores.

Pero es necesario advertir que si bien la Ciencia puede ayudarnos a organizar un porvenir mejor, la tarea más inmediata consiste en redoblar nuestros esfuerzos y aplicar todas nuestras posibilidades y aquellas que nos depare la Ciencia para conseguir la victoria, no vaya a sucedernos que con estos proyectos sobre el futuro pretendamos "escanciar el vino antes de cosechar las uvas". En el conflicto actual, luchamos por un concepto liberal de la democracia, por la independencia de los pueblos, por la vigilancia de los derechos individuales y por una concepción progresista del mundo; pero en lo más hondo de todos se percibe el latido de un impulso biológico, animal, primitivo que sólo podemos imaginar retrotrayendo nuestra mente a los tiempos prehistóricos, en los que razas y especies enteras desaparecieron para siempre en conflictos de bestial exterminio.

El progreso de la humanidad es un proceso discontinuo y su evolución tiene lugar por saltos repentinos. Cualquier restricción que opongamos a su desarrollo puede determinar estancamiento, involución y muerte. Como acontece con los seres vivientes, la sociedad humana acumula impulsos para su renovación, y por eso los fenómenos revolucionarios aparecen súbitamente dando lugar a una brusca mutación. No hay duda que vivimos en un período de transformaciones extraordinarias, y he aquí, un nuevo campo para que la Ciencia sirva de mentor al político, ayudándole eficazmente a superar los obstáculos que en el camino de la renovación y del progreso oponen arcaísmos decrépitos y las falsas tradiciones que matan todo germen de espontaneidad y desembocan en un régimen de snobcracia. Lo que antecede no quiere decir que existan culturas o civilizaciones ajenas a toda tradición, pues éstas ayudan con la experiencia del pasado a dar idea de continuidad. Fundamentalmente, el símbolo del progreso humano consiste en un sistema de tradiciones. En esta guerra los ideales que nos

inspiran son una síntesis estilizada de nuestras tradiciones europeas, cristianas y humanísticas, sutiles creaciones de nuestro espíritu y substancia de nuestra civilización.

Sin embargo, existen muchos ejemplos pretéritos de pueblos que han caído bajo el peso de sus propias tradiciones. Cualquier tradición que no tenga un contenido histórico dinámico, lleva consigo el germen de la muerte. Por eso las tradiciones necesitan periódicamente ser revitalizadas de acuerdo con el espíritu de los tiempos. La Ciencia suministra el reactivo para determinar el grado de senescencia y de validez de las tradiciones, para remozar las que sean susceptibles de ello y apartar las definitivamente caducadas.

Equipos formados por juristas, sociólogos, economistas e historiadores principalmente, con la ayuda de otros que cultivan las otras ramas del saber, tendrán a su cargo la preparación de las variadas fórmulas —las cuales no tendrán eficacia alguna hasta el final de la guerra— para organizar el establecimiento de una Institución supernacional y superestatal que armonice con nuestras aspiraciones democráticas, pero dotada de la suficiente autoridad y fortaleza para sacrificar en los altares de una Paz duradera aquellas porciones de soberanía nacional que sean menester para asegurar su permanencia.

La Ciencia puede prestar buenos servicios a la política, estableciendo las normas para seleccionar a los dirigentes de las distintas actividades de la nación; tutelando la educación de las masas y participando activamente en la vida pública.

Para crear un mundo nuevo y mejor será necesario que los hombres de Estado se avengan a racionalizar sus planes de gobierno, de acuerdo con una escala mundial, y para ello nada mejor que promover e infundir nuevos valores morales en cuya forma y contenido el hombre de ciencia tiene una gran labor que realizar.

En último término los fines de la Ciencia y los que deben animar a los gobernantes son parecidos; ambos en sus esferas respectivas persiguen la verdad, cualidad que en el dominio de las relaciones humanas alcanza su expresión más notable yendo a ella con honradez, libertad y justicia.

El Dr. Eduardo Benes denuncia ante la Asamblea los inauditos atropellos que los hitlerianos han consumado contra la libertad y contra la cultura de Checoeslovaquia. Han sido confiscadas o destruídas sus tres grandes Universidades, 10 Institutos de Altos Estudios, muchas escuelas tecnológicas y centenares de otras Instituciones de cultura de todas clases. Reprodúcese otra vez la situación de Juan Co-

menius, que hubo de expatriarse durante la guerra de los 30 años a causa de su fervor por la libertad de creencias. Afirma que la base de la vida nacional de su país, su arraigado amor a la Libertad y a la Ciencia tendrán que prevalecer con la victoria de los hombres libres de Europa. Las invenciones de la Ciencia influyen de manera decisiva sobre las condiciones espirituales y materiales y sobre el desarrollo de la civilización en general a través de las distintas formas del trabajo humano. Pero la utilización de la moderna tecnología debemos aspirar a que sea más justa y más moral de la que se ha venido haciendo hasta ahora, especialmente por la que han hecho los dictadores totalitarios, aplicando los progresos de la Ciencia y de la Tecnología para los más criminales propósitos. El problema del progreso de la Ciencia entraña otros muy graves de moral humana y de política. Es menester entregar las grandes invenciones en manos del pueblo bueno y honrado, para que auxiliado con ellas, pueda organizarse un sistema de convivencia más perfecto.

El Prof. A. EINSTEIN trató del carácter universal que tiene el lenguaje de la Ciencia, su claridad de expresión y la armonía existente entre los conceptos y los datos sensoriales. Estas características del lenguaje científico son producto de la intervención de los mejores cerebros de todas las naciones y de todos los tiempos para articularlo. ¿Qué beneficios puede obtener la humanidad con la adopción de los métodos científicos para resolver sus problemas? Depende por completo de la naturaleza de los objetivos que el hombre se proponga. Una vez que estos objetivos estén claramente formulados, en el método científico hallaremos los medios de lograrlos. Pero en los tiempos actuales sucede que la perfección de los medios instrumentales de la Ciencia no corre parejas con la evidente confusión que se observa en nuestras aspiraciones. Es urgente establecer una mayor armonía entre lo que podemos y lo que deseamos, pues sólo así serán posibles la seguridad, el bienestar y el libre desarrollo de todos los hombres.

Los hombres de ciencia de la URSS, a través de la Academia de Ciencias ratifican su solidaridad con los científicos de las Naciones que luchan unidas para salvaguardar los principios de libertad y justicia que son consubstanciales con la existencia de la Humanidad y la Cultura.

Al final de las deliberaciones la Asamblea adhirióse a una declaración de principios que dice:

> *La libertad intelectual es condición indispensable para asegurar el desarrollo progresivo del hombre. A través de los*

tiempos el trabajador científico ha sido obligado a luchar y a sufrir para proteger la vida y el intelecto de los efectos consecutivos a los prejuicios irracionales, el estancamiento y la represión. En el momento actual proclamamos nuestra responsabilidad esencial en la lucha contra cualquier clase de opresión que pueda coartar la libertad del pensamiento.

La guerra que hoy devasta nuestro mundo, lleva en su seno un viejo conflicto ideológico. Las mentes liberales de la última generación estaban convencidas de que la batalla para asegurar la libertad de expresión y de pensamiento había sido ya definitivamente ganada, pero una vez más esta convicción ha sido puesta a dura prueba. La lucha que sostenemos debe apartar definitivamente las amenazas que se ciernen sobre nuestro patrimonio de libertad.

Durante el último tercio de siglo, los cambios en las condiciones de vida han sido más profundos que en cualquiera otra época de la historia humana. Al quedar prácticamente suprimidas las distancias, los acontecimientos se difunden simultáneamente por todo el mundo y todos los hombres somos ya vecinos próximos. Los descubrimientos recientes abren insospechadas potencialidades para el bien y para la maldad y por eso su utilización exige niveles éticos, cada vez más elevados. Hace 100 años los pueblos constituían unidades independizadas, pero en los momentos presentes nuestra unidad es el mundo entero. Tales cambios implican la necesidad de realizar esfuerzos mentales intensos para enjuiciar la nueva situación con claridad y poner en juego los mecanismos de correlación necesarios para acomodar el ritmo de nuestra vida a ellos.

En los tiempos pasados la libertad de expresión era deseable, pero hoy, esta libertad y el intercambio de conocimientos constituyen una necesidad suprema, por ser la verdadera esencia del conocimiento científico y de la democracia. Los hombres de ciencia debemos declarar por esta razón, con toda energía, los principios que consideramos fundamentales para nuestras creencias y para guiar nuestra conducta.

De acuerdo con estas razones y con los principios de la Asociación científica, cualquier poder que intente privar al hombre o a las naciones de su libre determinación se hace convicto de un crimen inicuo contra la especie humana.

1.—La libertad de enseñanza, la oportunidad de enseñar y de aprender son indispensables para la extensión del conocimiento y nosotros como hombres de ciencia entendemos que aquellas no pueden ser sacrificadas sin envilecer la vida humana.

2.—Las comunidades humanas dependen para su existencia, su sostenimiento y su progreso del conocimiento de ellas mismas y de la propiedad de las cosas del mundo que existe a su alrededor.

3.—Todas las naciones y todas las clases sociales han contribuído para conocer y utilizar los recursos naturales y para comprender la influencia que ejercen sobre el desarrollo humano.

4.—El servicio de la ciencia requiere independencia y cooperación, y su estructura está influída por las necesidades progresivas de la humanidad.

5.—Los hombres de ciencia son los depositarios de los conocimientos que constituyen el patrimonio de cada generación y considéranse obligados a su conservación y engrandecimiento, aplicándose con lealtad al servicio y custodia de los ideales más altos.

6.—Todos los trabajadores científicos hállanse vinculados a través de la Comunidad de la Ciencia, cuya sede es el mundo y cuyo fin más alto es el descubrimiento de la verdad.

7.—La investigación científica requiere completa libertad intelectual, libre intercambio de conocimientos entre las naciones, para que de esta suerte pueda contribuir al desarrollo y florecimiento continuado de la vida civilizada.

Y con esta declaración de principios quedó clausurada la docta Asamblea.

¿Qué cabe pensar de este cambio de impresiones? Ya hemos dicho que de estos Congresos no es posible esperar muchos resultados prácticos. Pero en esta ocasión hemos de señalar uno muy importante, porque el objeto central de la preocupación de todos ha sido el de solidarizarse sinceramente con la tragedia del hombre. La tragedia del hombre que no ha logrado aprender todavía el uso sensato de aquellos instrumentos prodigiosos que la Ciencia ha puesto en sus manos. La tragedia del hombre que ha perdido su contacto con Dios.

José PUCHE.

COMTE Y EL PORFIRISMO

A MUCHAS VIRTUDES puede renunciar el filósofo sin comprometer su condición de tal —por ejemplo, a la pobreza, o a la castidad, o a la modestia, etc., menos a una irrenunciable y sin la cual el noble oficio de la filosofía se desintegraría: la curiosidad. Y es que tras de esa cardinal virtud que es la curiosidad vive inserta la pasión por saber lo que al filósofo le ha urgido saber desde siempre, esto es: qué cosa son las cosas circundantes —nuestra circunstancia— qué es el Hombre, qué fué de él y qué será de él. Podría decirse que resulta fácil reconocer al filósofo de buena cepa nada más que por el grado de curiosidad que sea capaz de poseer; porque se puede manejar con cierta soltura y destreza la jerga filosófica y, sin embargo, estar nativamente invalidado para ser filósofo. Tal ocurre con notable frecuencia con algunos empingorotados profesores que van por ahí fungiendo de solemnes "maestros", ayudándose de guiños y gestos.

Armado de aquella preciosa cualidad, un joven filósofo se decide a hurgar en un trozo de historia mexicana: la historia de las ideas que han dado fisonomía a nuestra nacionalidad. Algunos metafísicos incurables, considerarán sin duda como improcedente la actitud filosófica de Zea, pensando acaso que el solo y digno objeto del egregio quehacer, es el de examinar un *ontos* más o menos escrutable, más o menos inasequible. Fiel a los signos de nuestro tiempo, Zea se preocupa por contemplar al hombre, no en su abstractividad sino en su concreción; no en su frágil y problemática entelequia sino en su dinamicidad e historicidad. De esta suerte, esa noción vagorosa del hombre tan del gusto de algunos, la elude Zea como meta de su investigación, para centrarla tan sólo en ese fragmento de la historia de México que vivió alumbrado por una idea universal: la del positivismo de Comte.

El mérito primordial del libro de Zea consiste, pues, en que viene a iniciar brillantemente un estudio que de antiguo esperábamos todos fuese abordado por nuestros estudiosos. Nos referimos al estudio de la adaptación en México de las ideas universales, tarea que de-

(*) LEOPOLDO ZEA: *El Positivismo en México.* "El Colegio de México". 1943 254 págs.

biera ser grata tanto al historiador como al filósofo que lo sean con autenticidad. Un esfuerzo de aquella índole, nos invita a advertir que falta hacer todavía minuciosas investigaciones para acabar de integrar la historia de las ideas en México. Y se piensa en lo bellos y útiles que serían libros que se titulasen: La Influencia de Descartes en la Colonia; la Influencia de la Enciclopedia en la Independencia; la Influencia del Intuicionismo en la Revolución Mexicana; el Historicismo en México —escuela de la cual Zea es uno de sus divulgadores—; la Influencia del Marxismo en México.

Por lo pronto, Leopoldo Zea nos ha ofrecido ya un análisis de la influencia de la Filosofía Positiva en una etapa tan importante como es la del Porfirismo, tarea emprendida con gran pulcritud intelectual, bien que desde el punto de vista de la forma el libro adolece de alguna monotonía de lenguaje y de repetición constante de los temas, defecto éste que acaso se explique por un afán de rigor mental, pero que de cualquier manera empobrece un tanto el estilo del joven pensador.

ZEA es ante todo un filósofo historicista y, como tal, le preocupa reconstruir el escenario cultural en el cual se producen las filosofías (la Filosofía, con mayúscula, no existe), porque sólo así se puede alcanzar su máxima comprensión. Es menester, pues, buscar en la historia y en las biografías de los hombres, el origen de sus concepciones filosóficas y "*preguntarse cómo vivieron, qué sintieron, qué quisieron, qué soñaron, con qué dificultades tropezaron*". Esto nos lleva a una cuestión que a Zea grandemente le inquieta: la de las relaciones entre la filosofía y el problema de la verdad, que viene a ser el mismo problema que está implicado en las relaciones entre la filosofía y la historia de la filosofía. Dice Zea en su alegato historicista sobre la idea de la verdad: "*Si la verdad es concebida como algo intemporal y eterno, las relaciones entre la filosofía y la historia serán puramente accidentales. Las verdades de la filosofía serán verdades con independencia de cualquier realidad histórica. En cambio, si la idea que se tiene de la verdad es la de que ésta es de carácter circunstancial, las verdades de la filosofía estarán ligadas a un determinado espacio y tiempo. Las verdades* —concluye Zea— *serán históricas*". Después de todo ello no parecerá extraño si se tiene en cuenta que todos los quehaceres a que el hombre se dedica han estado condicionados por el tiempo: arte, religión, lenguaje, política, filosofía, moral, son realidades hechas de la misma sustancia de que está cons-

truído el hombre, esto es, de sustancia histórica. Por ello, el medio más certero de entender con plenitud un arte dado, una política o una filosofía determinadas, es la de posar la mirada en la circunstancia histórica de donde surgió.

Provisto de este método eficaz, va Zea rehaciendo el marco donde se dió el positivismo comtiano, y encuentra que esta doctrina vino a servir de justificación al grupo de franceses que acababan de llegar al poder político y económico; y es que Zea sabe, con Karl Manheim, que los grupos que han asumido el mando de la sociedad durante las diversas etapas de la historia, han poseído, cada uno, su particular *ideología,* siempre de conformidad con sus intereses de grupo.

Ahora bien, el grupo que poseía el mando cuando apareció el célebre COURS DE PHILOSOPHIE POSITIVE era el de la burguesía francesa solidificada ya en el poder, la cual necesitaba una *ideología* que justificase su permanencia en el puesto director de la sociedad. No le era ya útil el repertorio de ideas que había esgrimido para lograr el derrocamiento del feudalismo, justamente porque ellas predicaban el desorden y el *pro-gresus,* es decir la marcha hacia adelante. En su SOCIOLOGÍA DEL SABER, Max Scheler ha logrado demostrar con fina sagacidad un hecho que ahora no merece discusión ya: una clase en el poder sustenta una filosofía de carácter estático, mientras una clase sin poder tiende a una filosofía de carácter dinámico.

La burguesía francesa, ya en el poder, empieza a olvidar la palabra que le sirvió de bandera para ir buscando otra que más cumplidamente le sirva, esa palabra suena así: Orden. Comte es el filósofo del Orden y esto lo emparienta, de soslayo con los modernos totalitarios, bien que uno y otros se distinguen por su actitud frente a la ciencia. Podría afirmarse lícitamente que el comtismo representa el primer intento de la burguesía de ejercer la dictadura; pero estaba demasiado cercano y con vigencia aún el ideario libertario de los jacobinos para presentarse en toda su magnitud ese anticipo de totalitarismo; por supuesto que también faltaba madurez histórica y eso es lo principal.

El proceso de abandono por parte de la burguesía de su ideología original, Zea lo describe así: "*La burguesía había alcanzado el poder; pues bien, otros grupos querían a su vez ese poder, y para ello esgrimían las mismas ideas que ella había esgrimido contra los viejos poderes, contra las antiguas clases, la aristocracia y el clero. Libertad, Igualdad, Fraternidad, conceptos que otrora sirvieron a la burguesía para tomar el poder, eran ahora utilizados por los gru-*

pos que no habían alcanzado aún ese poder. La burguesía se encontraba con el problema de tener que invalidar una filosofía que había servido para alcanzar el poder, pero que ahora hacía inestable el poder alcanzado. Para invalidar una filosofía revolucionaria era menester una filosofía de orden". Sin embargo, la filosofía positivista de Augusto Comte tenía que evitar caer en el antiguo orden, en el *Ancien Régime* y la fórmula mágica descubierta por él fué: combatir a la aristocracia y al clero, sí; pero también a los jacobinos. *"A los unos por evidentemente retrógrados, y a los otros por exclusivamente críticos".* Dentro de la terminología usada en la *Ley de los Tres Estadios* inventada por Comte, los primeros representaban el estadio *teológico* o *ficticio* y los segundos el estadio *metafísico* o *abstractivo*: ambos eran *negativos;* el estadio que se inauguraba en la época de Comte era el *científico* o *positivo,* último que la humanidad habría de recorrer en su tránsito por la escena histórica.

A la idea revolucionaria de una libertad sin límites, Comte opuso la idea de una libertad ordenada; a la idea de la igualdad opuso la idea de una jerarquía social; a la religión cristiana opuso la fe en la infalibilidad de la ciencia, y como hace notar Zea: *"toda la filosofía positiva de Comte no viene a ser otra cosa que el establecimiento de las bases sobre las cuales levantó su política".* Y en efecto, toda la metodología y el análisis de las diversas ciencias positivas no son sino los cimientos donde se erigió la doctrina política comtiana.

Esta es, a grandes rasgos, la *ideología* importada por don Gabino Barreda la cual se aclimató en México en la medida en que hubo afinidad de circunstancias con Francia. Claro que el estudio de Zea es harto prolijo en el examen de éstas; pero no nos vamos a detener en hacer con todo pormenor su relación detallada; bastará tan sólo que se recuerde qué acontecía en México en 1867 cuando Barreda fué llamado a formular un plan de reorganización educativa —no se olvide que pedagogía es el otro nombre que se le da a la política—. Acababa de concluir la guerra de intervención hecha por Napoleón Tercero en estrecha alianza con los conservadores mexicanos, quienes representaban la tendencia feudal de la época. El triunfo de la burguesía liberal en esta guerra extranjera permitió también que se decidiera el triunfo en su favor de una serie de luchas intestinas que por espacio de cincuenta años habían estado librando con diversas denominaciones ambos bandos: realistas contra insurgentes, centralistas contra federalistas, republicanos contra imperialistas. El triunfo de

los liberales sobre una potencia extranjera evidenció que aquéllos poseían más eficacia histórica que los representantes de la tendencia regresiva aliada al invasor y, por tanto, debían asumir el mando. Ya en él, la burguesía mexicana, al igual que la francesa y la de la mayoría de los países del mundo, empezó a suavizar su fraseología y su credo, canjeándolos por algo más moderado, menos violento y explosivo. Don Gabino Barreda, aplicado discípulo de Comte, fué el ideólogo de la burguesía triunfante, adaptando hábilmente el positivismo en nuestro país a través de la reforma educativa que se le encomendó.

De buena fe creía Barreda que la filosofía positiva era la única que podía crear el orden, porque los supuestos en que se apoyaba impedirían provocar ese germen de discordia y desorden que se llama diversidad de opiniones. "Todas las afirmaciones hechas por la filosofía positiva, científicas como son, están al alcance de aquel que quiera comprobarlas", decía Barreda. En suma el fundador de la Escuela Nacional Preparatoria sostenía que el desorden y anarquía sufridos en nuestro país provenían de la diversidad de opiniones y que sólo ofreciendo al pueblo *un fondo común de verdades* podría establecerse el Orden. Ese fondo común de verdades lo daba la enseñanza de la filosofía y método positivos. En esto consistió la sana intención de Barreda, en cerrar el ciclo de las luchas intestinas que México había padecido para que la clase que detentara el poder y la riqueza cumpliera con su misión histórica.

Y el resultado consistió en que se logró cambiar la conciencia pública del país por más de tres décadas, que fué justamente el período cubierto por el Porfirismo. El lema de Comte —orden—, fué parafraseado por esos prohombres del porfirismo que le sirvieron de sustentáculo y los cuales se denominaban a sí mismos *Científicos*: "nada de política y mucha administración". Dice Zea que el porfirismo "*en nombre del orden y de la paz sacrificaba toda idea que no fuera la de utilidad; las ideas eran tenidas como causa principal del desorden*". Esto permite ver en el porfirismo un símbolo de la supresión de las libertades públicas.

El análisis de las alteraciones sufridas por el positivismo al implantarlo en la cultura y la política mexicana es exhaustivamente tratado en la obra de Zea, obra cuya arquitectura y método son en verdad ejemplares.

Aquellos espíritus superficiales, cultivadores de frases hechas, que constantemente oponen como objeción máxima a la creciente universalización de la cultura, la conocida cantinela de *ideas exóticas*, encontrarán en el libro del joven filósofo mexicano, estímulo para meditación y rectificación. Nos referimos al hecho de que la humanidad es más solidaria de lo que se suele admitir y que las diferencias habidas entre los hombres no son más que eso: diferencias, simples accidentes nacidos de la circunstancia, de lo que al hombre circunda; por algo semejante se emplea como sinónimo de hombre.

José E. ITURRIAGA.

Presencia del Pasado

LA TRAGEDIA DEL INDIO EN SURAMERICA

Por *Alberto* ZUM FELDE

HAY, EN LA REALIDAD sociológica del Continente, un problema fundamental, cuya solución es imperiosamente necesaria: la redención del indio incaico.

La reivindicación humana del indio, la asimilación de la masa indígena de la región andina —abarcando Ecuador, Perú y Bolivia— al organismo de la civilización americana, levantándola del estado de servidumbre y postración en que hoy se encuentra, es la empresa de mayor deber moral y político que se plantea; porque las condiciones que han prevalecido hasta hoy, desde el tiempo de la Conquista y como herencia del Coloniaje, se van tornando más incongruentes cada día. Son intolerables para el sentido de justicia y solidaridad humana creciente en la conciencia contemporánea; son insensatas para el sentido de un orden social ajustado a normas de razón y buen gobierno.

No sólo en el esplendor, un poco legendario, de su tradición autóctona —evocación de la grandeza de su Imperio precolombino— y en el colorido siempre original de sus costumbres, mantenido a través de los siglos, con fidelidad semejante al perfil de sus montañas, el indio ha sido y sigue siendo, en los países andinos —y fuera de ellos—, tema propicio al americanismo literario. Pero ya es hora de que el americanismo literario deje su lugar al americanismo sociológico. Pues, hasta hoy, la literatura ha mentido acerca del indio, ocultando su realidad para explotar un mito estético.

El indio de los poemas, de los relatos y las decoraciones es una inconsciente ironía contra el propio indio real, que se parece tanto al otro como una piltrafa a una flor.

Tras de servir de carne de iniquidad, sirve de tópico al repertorio subvencionado de la burguesía. ¡Claro!, con la ficción retórica del papel se disimula la infamia oficializada. Es un modo de despistar: en la literatura, ¡viva el indio!; en la vida, el indio es tratado a patadas. ¿Qué mano de demagogo se ha movido hasta hoy para intentar levantarle de su condición de paria social?

¿Pero, cómo habría de moverse esa mano, si ello significaría la revisión y la remoción de los viejos privilegios sobre los cuales reposa toda la estructura social de aquellos países? Redimir al indio implica una revolución fundamental en la economía y en los hábitos de una sociedad que se halla establecida, desde hace cuatro siglos, sobre la servidumbre física y moral del indio. Suprimid el trabajo servil del indígena en la agricultura, en el pastoreo, en las minas, en los transportes, en las labores domésticas y todo el orden económico y social de los países del Ande se derrumbaría.

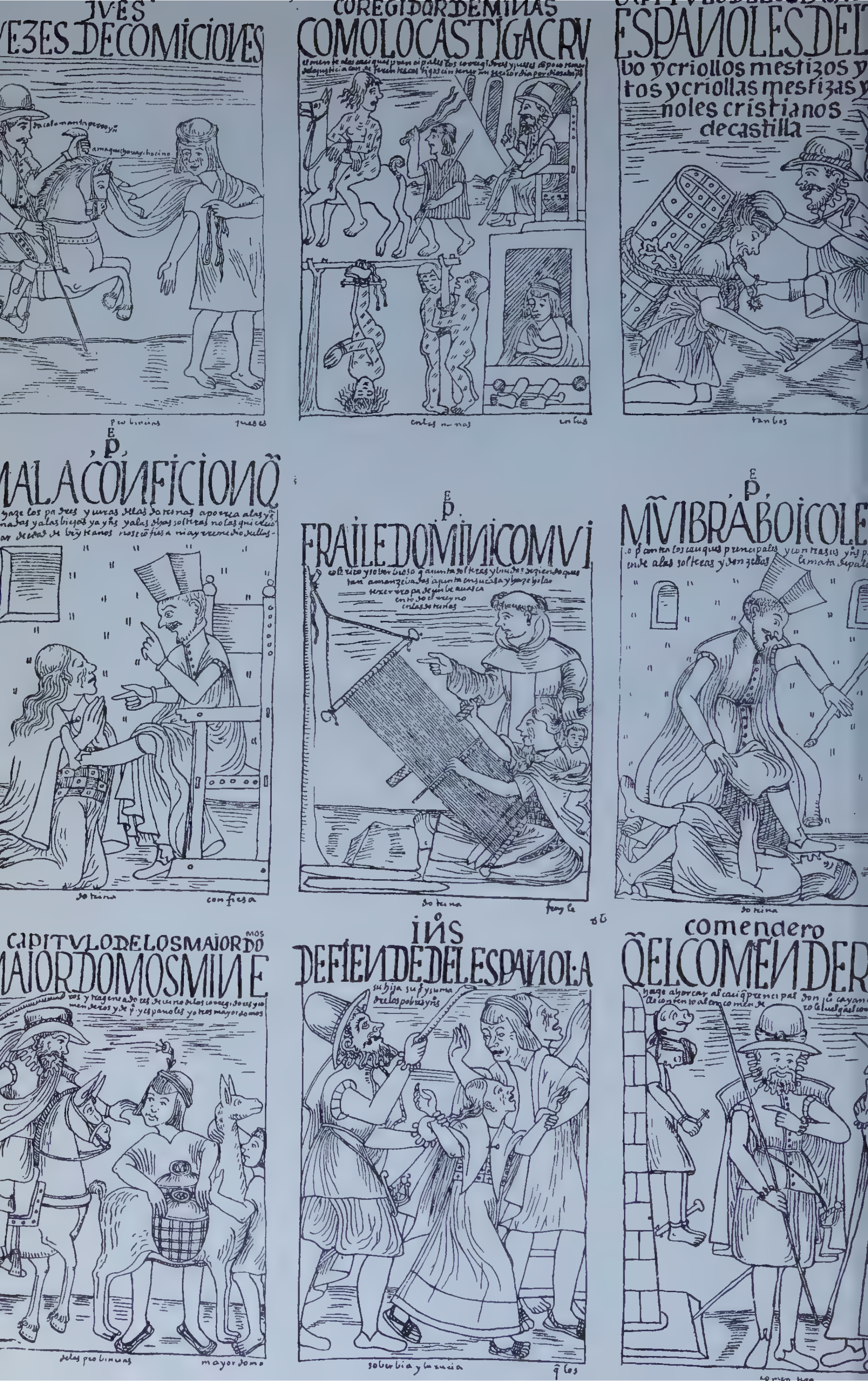
El indio lo hace todo en aquellas regiones. El cultiva la tierra, colono o comunero; él transporta los productos a los mercados; él cuida los ganados; él da su sangre en el laboreo de las minas; él trabaja en el infierno de los obrajes; él sirve de peón en todas las obras públicas de vialidad; él limpia y cocina en la casa del patrón de la hacienda. ¿Cómo puede decirse aún que el indio no sirve para nada? Lo que habría que decir es que sirve para todo. Y que de su servicio anónimo dependen la riqueza y el señorío de la minería hidalga. Y como esta minería —ya personalmente, ya mediante el peso de sus intereses— es la que predomina en la dirección política, económica y cultural de los países, el concepto de la necesidad de la servidumbre del indio se ha hecho dogma utilitario del conservatismo de clase.

El noble publicista peruano González Prada, uno de los pocos hombres que en los ambientes americanos, tan apestados de cobardía moral —como alardeantes de machismo físico—, han dado el alto ejemplo de la valentía de su palabra, dijo hace algunos años, y sus afirmaciones siguen siendo válidas en nuestros días:

"Con mayor o menor crueldad, con más o menos hipocresía, todos los que ejercen mando contribuyen a per-



Agrupación de indígenas en la sierra peruana.
Chincheros, Depto. de Cuzco, Perú.



IVES
VEZES DE COMICIONES
COREGIDOR DE MINAS
COMO LO CASTIGA CRV
ESPAÑOLES DEL
bo y criollos mestizos y
tos y criollas mestizas y
noles cristianos
de castilla
MALA CONFICION
FRAILE DOMINICO MVI
MVI BRABO I COLE
confiesa
CAPITVLO DE LOS MAIORDOMOS
MAIORDOMOS MINE
INS
DEFIENDE DEL ESPAÑOL A
comendero
QEL COMENDER
mayordomo

petuar el régimen de servidumbre. Caciques y gamonales de la sierra oprimen y explotan al indio; pero los encubridores y cómplices de gamonales y caciques están en las Cámaras Legislativas, en los Tribunales de Justicia y en los salones de Palacio. Este senador y este diputado, este vocal de la Suprema y ese juez de Primera Instancia, aquel ministro y aquel prefecto, señores todos tan solícitos en amparar a los desamparados, son los mayores culpables, los más dignos de execración y desprecio".

Los dirigentes políticos no se preocupan por la cuestión indígena, porque no les va en ello ningún interés electoral. Antes bien, sólo se granjearían la oposición de elementos poderosos. El indio, en su inmensa mayoría, no vota, no sabe leer, no habla español, vive ajeno a las arriadas del sufragio que en los países andinos, por convencionalismo farsaico del lenguaje político, se llama "universal". Pero la Constitución asegura, solemnemente, que el pueblo es la soberanía. ¿Qué pueblo? El pueblo, en los Andes, es el indio. Y, precisamente, el indio se halla al margen de la vida política. ¿Por qué? Porque el estado de miseria, servidumbre e ignorancia a que se le ha condenado desde el Coloniaje, le ha apartado del ejercicio de la ciudadanía, tornándolo, por lo demás, indiferente a ello. ¿Qué le importa al indio que los que están en el gobierno se llamen "conservadores" o "liberales", sean militares o doctores? Su suerte no cambiará por ello. Ningún partido moverá la piedra secular que pesa sobre su destino. El no forma parte de la Nación, aunque es la mayoría, y aunque su trabajo la sustente. El es como los árboles, como las rocas, como los ganados, como las cosechas: primordialmente necesario a la existencia del país, pero carente de condición humana.

¿Pueden atreverse a hablar de América —y de americanismo— en cualquier sentido aquellos políticos, abogados, publicistas, diplomáticos, que nada hacen, ni se proponen hacer, para terminar con tal inquietud y tal absurdo?

Hasta ha habido quien —de entre los enemigos del indio, que los hay en las propias naciones andinas—, lo bastante canalla, insinuara, con aviesa intención, que no participó en el movimiento emancipador americano, demostrando así carecer de todo sentimiento de patria y de

independencia. Ergo: el indio no merece ninguna consideración de la República. Solapado sofisma, porque ese pecado no recae sobre el indio sino sobre el blanco, hijo del español, heredero de sus prejuicios y de sus privilegios.

La ignorancia bestial en que se mantuvo al indio, hizo que éste no comprendiera, en gran parte, el sentido de la revolución de la Independencia. Puesto al margen de la sociedad civil, su condición de siervo le hizo mirar como cosa ajena a su vida aquella guerra entre padres e hijos, españoles y criollos, que él confundía en la misma casta de dominadores. Sus ojos entornados y tristes miraban pasar los ejércitos como fuerzas extrañas que en nada alterarían su destino. ¿Se equivocaba el indio?. . .

El indio tenía razón. Su destino no fué alterado por la Emancipación política. Los hijos americanos de los tiranos españoles perpetuaron el mismo inicuo régimen del despojo y de la servidumbre. La república fué la heredera fiel del Coloniaje; al Encomendero sucedió el Gamonal; la mita, abolida en la letra de las leyes, persistió en la realidad clandestina de los hechos. Su condición de servilidad brutal se hizo aún más flagrante y escandalosa bajo las banderas de libertad política. Para el indio no hubo nacionalidad ni república. Siguió desterrado y sometido en su propia tierra.

Y los políticos de la república —una república que sólo se componía y se compone de un tercio de la población del país—, movidos de vergüenza ante el mundo, y para salvar, en las apariencias, su empaque de civilizados, dieron en alardear soluciones innocuas del problema del indio. Y los hubo que propugnaron, desde una inocente utopía pedagógica hasta la importación de chinos y malayos que sustituyeran al indio, declarado incapaz e inservible para el trabajo de la civilización.

Los frailes de la Conquista habían discutido acerca de si los indios tenían alma. Los doctores de la República discutieron sobre si eran o no aptos para la civilización. Pero ningún doctor de la ley tocó el *quid* del problema; todos guardaron el más absoluto disimulo con respecto a aquello que no convenía tocar, porque era como poner el

dedo en la propia llaga. ¿Y qué era *aquello*? Helo aquí, dicho por boca de otro escritor peruano, José Carlos Mariátegui:

"La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial o adjetivo, mientras subsista la feudalidad de los "gamonales". El gamonalismo invalida inevitablemente toda ley u ordenanza de protección indígena. El hacendado, el latifundista, es un señor feudal. Contra su autoridad, sufragada por el ambiente y el hábito, es impotente la ley escrita. El trabajo gratuito está prohibido por la ley y, sin embargo, el trabajo gratuito y aun forzado sobreviven en el latifundio. El juez, el subprefecto, el comisario, el maestro, el recaudador, están enfeudados a la gran propiedad. La ley no puede prevalecer contra los gamonales. El funcionario que se obstinara en imponerla sería abandonado y sacrificado por el poder central, acerca del cual son siempre omnipotentes las influencias del gamonalismo, que actúan directamente o a través del parlamento, por una y otra vía con la misma eficacia. El término gamonalismo no designa sólo una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un sistema. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales propiamente dicho. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones subsidiarias".[1]

Toda la máquina político-administrativa de los países andinos está montada en forma que hace imposible la so-

---

1 "*7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*". Págs. 25 y siguientes. Edición, "Amauta".

lución social del problema, por cuanto él radica en el régimen feudal de la tierra. La conjura de los intereses es más fuerte que el espíritu de justicia. Una reforma que tocara ese régimen importaría tanto como una revolución social en media América. Y, sin embargo, esa revolución tendrá que hacerse. Y pronto, si se quiere que esto que llamamos civilización —material y moralmente considerada— sea en América algo más que la mera apariencia humana de un monstruo.

Aquí está la primera gran mentira de nuestra cultura americana. Una cultura americana, sea cual fuere su definición, será palabra vana, mera retórica, engañoso oropel, mientras América no haya reivindicado e incorporado al indio a las formas sociales de su existencia.

Reconozcamos, sí, que la cuestión de la tierra es primordial, como condición sine-qua-non para que toda restauración de la humanidad indígena sea posible. Ya lo había dicho en los años primievales de la Colonia Fray Bartolomé de las Casas, cuya palabra, lanzada en el dramático infierno de codicia y brutalidad de aquella hora, fué *vox-clamantis-in-deserto* (y siguió siéndolo en el ambiente de la comedia política contemporánea): "No habrá salvación para los indios hasta que no les sean devueltas sus tierras".

Pero no basta con devolver al indio la tierra de la que le despojaron los Conquistadores —y que la burguesía de los terratenientes, sus herederos postcoloniales sigue usurpando— para que el problema del indio quede automáticamente resuelto. Sería un simplismo doctrinario a priori, aplicar al indio del Ande la misma solución formal que al campesino europeo, o al americano, blanco o mestizo, de otras regiones.

Ante todo, aclaremos la confusión que puede haber, desde nuestro punto de vista, en eso de devolver la tierra al indio. En realidad, el indio nunca fué dueño de la tierra, en el sentido estricto de propiedad. Bajo el régimen incaico, en que no existía la propiedad individual de la tierra, tampoco la comunidad o el ayllo tenía propiedad de su tierra colectiva, no teniendo sobre ella otro derecho que el del trabajo y el usufructo necesario a su vida; todo era del Estado, es decir, del Inca. El indio tenía el uso de la tierra, pero no su propiedad. No había miseria, pero

tampoco había libertad, palabra cuyo sentido el indio tahuantinsuyu no conocía. En su masa general, popular —y descartando la minoría letrada de Amautas, Huaravicos y otros— el indio, como persona, no poseía entidad jurídica. Toda su vida estaba determinada por la autoridad de la teocracia tutelar que administraba el Imperio como una inmensa granja.

La Conquista empeoró las condiciones del indio; hizo cruel e indigente su servidumbre, que antes fuera tutelar y dichosa. El antiguo comunero pasó a ser siervo directo del terrateniente hispano, cuya inhumanidad le aplastó bajo su dureza. Pero este régimen brutal del encomendero, que se prolongó durante todo el Coloniaje —a pesar de las protectoras Leyes de Indias que jamás se cumplieron, y que ha subsistido en gran parte, bajo el gamonalismo de la República— encontró en el indio civilizado del régimen incaico, materia ya propicia, por su mansedumbre, para su obra funesta de esclavitud y bestialización. El régimen de la Conquista, mantenido durante varios siglos, hizo del antiguo indio tranquilo y manso del Incario, este ser totalmente abúlico y en estado aparentemente *felha,* que hoy constituye el problema específico de la sociología americana en medio continente.

La mansedumbre milenaria del indio de la región andina, que permitió tenerle conforme bajo el régimen de absoluta tutela totalitaria del Inca, degeneró bajo el azote terrible del Conquistador en una servilidad tal que, toda personalidad y toda inteligencia parecen haber muerto en él. América se encuentra ahora, así, frente a una masa humana insensibilizada por la servidumbre secular, e incapaz, por reacción propia, de rebelarse contra su destino.

En la mirada mortecina y huidiza del indio incaico, de una impasibilidad inexpresiva, hay como la tristeza resignada de una fatalidad histórica irredimible. Su frente parecería marcada por el signo del destino oscuro de una raza vencida, humillada e impotente, en la que una herrumbre de siglos paraliza el resorte vital de la volición, condenándola a eterna servidumbre. Siervo ya en cierto modo, bajo el régimen tutelar del Inca, siervo después, to-

talmente, bajo la férula brutal del Conquistador, siervo aun bajo el señorío del terrateniente republicano —aunque siempre libre en la mentira convencional de las leyes escritas—, siglos viviendo como casta vil, al margen de la sociedad, privado de toda dignidad humana y aun de toda humana piedad, la miseria y el terror le han penetrado hasta la médula. El alcohol, al que se entrega francamente, como todo ser débil y desesperado, sin otro consuelo ni expansión que la embriaguez, coadyuva a embrutecerlo y envilecerlo más todavía. Un abismo psicológico separa al indio incaico de la sociedad y de la civilización, a las que no pertenece. Pavoroso problema social y moral, que debiera ser la primera y suprema preocupación de los hombres conscientes de los países andinos. Y, sin embargo, la República, ocupada sólo de las reyertas de camarillas y las camándulas de la política leguleya, vivió hasta ahora su azarosa farsa institucional, ajena a ese magno problema que está en el fundamento mismo de su sociología.

Gran error sería, empero, creer que ese estado del indio sea irredimible, como parecería al profano, y como aparentan creerlo ciertos políticos al servicio de los intereses gamonalistas, con vistas a una justificación de la iniquidad establecida. Cierto, sí, que el problema de la rehabilitación moral y social del indio, y de su adaptación a la existencia civilizada contemporánea, es complejo y duro, tremendo. Se trata allí, sin duda, de realizar una obra titánica: la de levantar al indio de su postración inmensa, andando hacia atrás el camino de varios siglos, a través de su alma y de su carne, hasta encontrar las raíces profundas, de donde puede rebrotar el árbol de su imperio. Hay que remover, sin duda, una piedra más pesada que el tiempo, para que el alma y el cuerpo de esa raza salgan del sepulcro de su historia.

Detrás de esa densa costra de bestialidad —terreno maldito, obra impía del hombre blanco, pecado mortal de la civilización nuestra, en el que crecen todas las malezas y las alimañas de la degeneración moral y física—, densa costra secular que separa al indio de la sociedad blanco-mestiza, existen seguramente virtudes latentes, adormecidas y replegadas sobre sí mismas, susceptibles todavía de ser despertadas, cultivadas, puestas en acción.



Indígenas quechuas junto a sus paredes seculares.
Chincheros, Depto. de Cuzco, Perú.



Indígenas de Otavalos, Ecuador.

No es ineptitud virtual para la civilización lo que ha mantenido al indio ajeno a las normas de la cultura occidental, colonial o moderna; e inmutable en sus modalidades de vida primitiva, casi igual en el indio de hoy que en el precolombino. Las causas de ese fenómeno de inmutabilidad pasiva y apartamiento mudo, hay que entenderlas, asimismo —y en mayor grado, quizás— como un automatismo del instinto de conservación de su raza, frente a la actitud negativa del blanco, conquistador o republicano.

Hay en el indio una especie de "resentimiento" medular, en contra de la sociedad postcolombina, resentimiento tan hondo que ha causado una inhibición moral de su persona, a la manera de una herida que llaga a los resortes vitales de la conciencia. El indio, resentido y sin fuerzas para rebelarse, se ha vuelto hacia la tierra madre —Pacha-Mama— convirtiéndose en una cosa de ella, de la tierra y no de la humanidad, como un animal o planta, en su renunciamiento fatalista.

Romper ese terrible resentimiento —ese "complejo" fundamental— que le ha inhibido hasta lo más profundo de su ser, es la obra que el hombre americano tiene que llevar a cabo, si se quiere reconquistar al indio para la civilización, como nuestros antecesores lo conquistaron para la servidumbre bestial, que es la negación del ser civilizado.

A POCO que se examine y se piense ha de reconocerse que la mayoría de los fenómenos de aparente degeneración del indio, de su *felhaismo* —que ha dado motivo a que se diagnostique su irremediable, absoluta incapacidad humana— son hijas abominables de la miseria y de la servidumbre.

La miseria es la madre de la degeneración humana. Ella engendra, así en el indio como en el blanco, así en el campesino como en el ciudadano, taras físicas y morales que rebajan a condición bestial a las criaturas. Los médicos e higienistas que han estudiado el vivir de los indios en sus villorrios montañeses, han constatado que, una gran parte de la degeneración que sufren, responde a un proceso hereditario de desnutrición. Esa desnutrición va apagando todas las luces de su alma, tornando enclenques los cuer-

pos, horrible el aspecto, haraposo y mugriento, produciendo enfermedades típicamente degenerativas, determinando proles malditas en que abundan los raquíticos, los lisiados y los imbéciles.

Pero esos mismos males horrendos ¿no los hallamos, acaso, en el seno de las mismas civilizaciones blancas, en proporción mayor o menor según los países, y determinados por la misma causa? ¿Acaso no son infiernos de visiones horribles, repugnantes, los tugurios infectos de los arrabales de algunas grandes urbes, donde la miseria hace su estrago?

Hay, todavía, quien se representa a la Miseria bajo el disfraz romántico de una esquelética palidez. No, la miseria es tanto más horrible cuanto que ella no sólo esqueletiza a los seres, sino que los corrompe, deforma y degenera. La miseria es miseria dos veces: física y psíquicamente. Ninguna virtud puede vivir en su antro, ninguna forma noble resiste su peso triturador. ¿Qué de extrañarse, pues, que un pueblo sometido a esa tortura de la miseria durante siglos, se presente a los ojos de los sociólogos apresurados, como un pueblo intrínsecamente inferior, como algo ya muerto y sin esperanza?

El alcoholismo es la causa de la delincuencia indígena. El indio jamás comete faltas estando sereno; pero la *chicha* que fabrica, y aun más el aguardiente tóxico que suministran los negociantes, les hacen cometer, a muchos, excesos que pagan en la cárcel. La delincuencia es mucho mayor, proporcionalmente, entre los mestizos de la clase baja que entre los propios indios. El indio llega más difícilmente al delito que el *cholo*. Y es porque el *cholo*, como vive generalmente en el ambiente de la civilización, aunque en sus arrabales, está más corrompido que el indio, a quien la soledad de su montaña defiende.

Pero no se sabría toda la verdad —y la verdad total es la única verdad— acerca del alcoholismo, tan difundido entre la masa indígena, y que aumenta en razón de su mayor contacto con las poblaciones, si no constara que son los mismos gamonales y los empresarios de las minas y obrajes, los grandes traficantes y contrabandistas de alcohol destinado a los indios. No sólo aumentan con ello sus ganancias, al defraudar al fisco y quitar, por tal vía,

sus escasas monedas a los idiotas de la gleba, sino que, así, fomentan el embrutecimiento y la esclavitud, consolidando sus privilegios de fortuna sobre ese limo sangrante de la destrucción humana.

Ferozmente, implacablemente, ha sido cumplida por la civilización occidental —que es ¡ay! la nuestra— la obra nefanda de destruir una raza, explotándola del modo más canallesco; y no sólo moralmente canallesco, sino estúpidamente torpe. Porque es torpeza estúpida la explotación de alguna cosa productiva, de modo que se la envilezca y destruya, en lugar de conservarla en su máxima virtud de rendimiento.

El indio, como valor económico, como factor de producción y riqueza, ha sido esquilmado, dilapidado. La fiebre alucinante del oro, la codicia impaciente de la fortuna, el arribismo frenético, exprimieron la capacidad productiva del indio durante el Coloniaje. La sociedad virreinal, con el boato señoril de su clase hidalga, con la superpoblación parasitaria de sus innumerables letrados y burócratas, con la multiplicación saturante de sus conventos, estaba fundada sobre aquel sistema de economía tan torpe como brutal, que consistía en exprimir las energías de trabajo del indio hasta ir dejando exhaustas las fuentes mismas de donde se nutría. De los diez millones de hombres hábiles que constituían la población del Imperio incaico, sólo quedaba, al terminar el siglo XVIII, la tercera parte; las otras dos habían sido aniquiladas por la espantosa masacre a que se las sometía en los trabajos forzados de las minas y las encomiendas. Un siglo más de aquel sistema, y la Colonia hubiera vístose abocada al problema pavoroso de su ruina, agotada la fuente única de su riqueza, que era el trabajo servil del indio; porque el indio era el único que trabajaba, siendo todo trabajo cosa vil. El blanco era hacendado, clérigo, funcionario, abogado, mercader, todo, y hasta nada, menos trabajador. Quizás no estaban lejos de toda la América andina el destino de Potosí, la ciudad símbolo, convertida en la más rica y populosa del Perú y arruinada y muerta en el durar de un siglo.

La República suavizó un tanto la dureza de aquel sistema brutal, pero lo conservó en toda su estructura. Todo el peso de una sociedad hidalga y retórica, heredada del Coloniaje, siguió agobiando la espalda del indio, condenado sempiternamente a su agotamiento. Y así, los países del Ande encuentran hoy que su desarrollo económico es raquítico en relación con lo que pudiera ser, dadas sus ingentes riquezas naturales. Hay países de América, cuya rémora ha sido la despoblación, el desierto; la rémora del Ande ha sido el régimen irracional de la servidumbre indígena. Aquello mismo que determinó el esplendor de la Colonia, determinó luego el atraso de la República. El blanco hidalgo y el mestizo arribista han querido seguir el estilo de vida de sus antepasados coloniales; todos hacendados, políticos, clérigos, abogados, militares, literatos, burócratas: —¡Que trabaje el indio!... Pero el indio, el pobre indio menguado, no rinde lo bastante para levantar a los países de su estado de debilidad económica.

¿O es que, es acaso un régimen de economía política digno de una nación civilizada, eso de entregar a empresas extranjeras la explotación de las propias riquezas naturales, enfeudando porciones de territorio e hipotecando el patrimonio nacional? ¿Se ha seguido hasta hoy otro sistema en los países andinos, que ese de la concesión extractiva, instrumento del imperialismo financiero, que ha convertido a ciertos Estados de soberanía aparente, en vasallos de los capitalistas de ultramar?

¿No está probado que la mayoría de las "revoluciones", frecuentes en esta América, han sido secretamente promovidas, financiadas y utilizadas por los agentes del capitalismo extranjero? ¿No está probado, asimismo, que otras tantas de esas revoluciones y guerras han tenido por fin apoderarse del gobierno, para, desde allí, poder negociar —los ilustres próceres— con las grandes empresas financieras, erigiendo fortunas personales sobre el enfeudamiento de la nación? ¿No es notorio que la guerra del Chaco, que desangró a Bolivia y Paraguay durante más de dos años, tuvo por ocultos resortes los intereses rivales de empresas petrolíferas extranjeras?

Ese sistema de coloniaje económico en que hasta hoy se han estancado los países —una de las rémoras más po-

derosas de su propio desenvolvimiento— representa un estado de barbarie interna, cubierta de oropeles retóricos, consecuencia necesaria de aquel régimen bárbaro de servidumbre indígena heredado del Coloniaje.

En el grado de mínima capacidad a que el régimen social le ha reducido, el indio no es elemento apto para un esfuerzo de desarrollo de sus energías materiales, elevándose a un plano más intenso de la actividad agrícola e industrial. Hay que empezar por crear en la masa del pueblo, la aptitud para el trabajo organizado; es decir, hay que restaurar la capacidad física y moral del indio; hay que emprender la gran reforma social que libertará al indio de su servidumbre, devolviéndolo a su condición de hombre. Y sobre esa base fundamental —condición sine-qua-non— emprender entonces la obra de educación social que le incorporará prácticamente a la civilización.

EL INDIO AMERICANO

SU CONDICIÓN JURÍDICA EN LAS CONSTITUCIONES DE COLOMBIA

Por *Pedro* COMAS CALVET

A FINES del año de 1794 el joven abogado Don Antonio Nariño, ilustre hijo de Santa Fe de Bogotá, ingresaba en el Castillo de Bocachica, de Cartagena de Indias, por haber traducido y divulgado en leído opúsculo, la *Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano,* en la cual, como es sabido, la Convención francesa lanzó al mundo los principios del movimiento que hizo de aquella Francia "el portaestandarte de las nuevas ideas".

En la *Declaración,* los representantes del pueblo francés, reconocen y declaran, bajo los auspicios y en presencia del Ser Supremo, que "todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos y que las distinciones sociales no pueden fundarse sino sobre la utilidad común".

Era natural que desde los albores de la independencia colombiana surgiese la eterna división de los hombres en liberales y conservadores. Aquéllos siguieron las doctrinas propagadas por Nariño, éstos se mostraban reacios en romper con las que encarnaba Don Fernando VII.

Las dos tendencias pensaban poco en el indio americano, por el cual no sentían más que una conmiseración o piedad cristiana, insuficiente, en aquellos tiempos, para determinar la aplicación, pura y simple, de la primera de las declaraciones de los revolucionarios del siglo XVIII. Los criollos santafereños, en su *Representación a la Suprema Junta Central de España,* de 20 de noviembre de 1809, se consideran españoles. "Las Américas, señor —dicen—, no están compuestas de extranjeros a la Nación española. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado

su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España... tan españoles somos como los descendientes de Don Pelayo... nuestros padres, como se ha dicho, por medio de indecibles trabajos y fatigas, descubrieron, conquistaron y poblaron para España este Nuevo Mundo". De ahí que, continuadores, también, del juicio y normas que los peninsulares sustentaban respecto al aborigen, compartían los conceptos de aquellos españoles que juzgaban severamente los desmanes que contra el indio americano cometieron conquistadores y funcionarios a despecho de las sabias leyes que leemos en las Compilaciones de Indias.

El Cabildo de Santafé de Bogotá, en su larga exposición de 1809, parece influído más por las ideas humanitarias de los seguidores del apóstol Bartolomé de Las Casas que por los principios básicos adoptados por Nariño. A la igualdad originaria, no consagra otras palabras que éstas, con motivo de referirse a los males reportados por los altos funcionarios de la Metrópoli: "Su mesa se cubre de los mejores manjares que brinda el suelo; pero no sabe las extorsiones que sufre el indio, condenado a una eterna esclavitud y a un ignominioso tributo que le impuso la injusticia y la sinrazón".

Ni en el Acta del Cabildo Extraordinario de Santafé de Bogotá, de 20 de julio de 1810, ni en otros documentos de aquellas fechas, como el Bando de la Junta Suprema, del 26 de octubre siguiente, se ven referencias a los indígenas neogranadinos, que probablemente constituían la mayor parte de los habitantes del país.

Estas particularidades pueden encontrar explicación en la cada día menor proporción de indios esclavos en el territorio colombiano. El criollo de pura sangre española, el "descendiente de Don Pelayo", firmante de la Representación de 1809, era poco numeroso. Los pobladores hispanos se distinguieron por su tendencia a mezclar su sangre con los indígenas y, a principios del siglo XIX, surgía ya esplendorosa la nueva raza hispanoamericana, en la cual el aborigen había hallado el término de su servidumbre al hombre blanco, y fundado la Indoamérica.

CONSTITUCION DE CUNDINAMARCA, DE 4 DE ABRIL DE 1811

El primer Código Fundamental de esa provincia de la Nueva Granada fué promulgado por el prócer Don Jorge Tadeo Lozano, "Presidente constitucional del Estado de Cundinamarca, en el Real nombre de Don Fernando VII, y por la gracia de Dios y por la voluntad y consentimiento del pueblo, legítima y constitucionalmente representado, Rey de los Cundinamarqueses, etc."

Aquella Carta nació en una época desfavorable para la definitiva liberación del indio esclavo. En vano el artículo 16 de su Libro o título 1º, "De la forma de Gobierno y sus bases", garantiza a todos los ciudadanos la libertad individual. En las realidades económicas, sociales, políticas y religiosas no crecía aún la planta de la manumisión. Para ser miembro de la Representación Nacional se requiere indispensablemente ser hombre de 25 años cumplidos, *dueño de su libertad*, que no tenga empeñada... (Artículo 14 del título IV), así como para los demás cargos públicos. Y para sufragar en las elecciones primarias, se exige ser varón libre, aunque en el Padrón formado por el Alcalde de cada parroquia, de acuerdo con el cura, ya deben hacerse constar los esclavos (Artículo 2 y 3 del Título VIII).

La existencia de la esclavitud no empece a la Constitución cundinamarquesa de 1811 para proclamar, en el artículo 1º de su Título XII, que "los derechos del hombre en sociedad son la igualdad y libertad legales, la seguridad y la propiedad".

ACTA DE FEDERACION DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DE LA NUEVA GRANADA, DEL 27 DE NOVIEMBRE DE 1811

"En el nombre de la Santísima Trinidad, padre, hijo y espíritu santo. Amén", redactan los Diputados de las provincias de Antioquia, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja, reunidos en convención, esa Acta, cuyo artículo 23, deja a la generosidad de las provincias la cesión a la

Federación, de aquellas tierras baldías que existen dentro de sus límites conocidos y habitados de sus territorios, y que algún día con la naturalización de extranjeros, o aumento de la población, pudieran producir un fondo considerable al Congreso.

Aparece en seguida, en los artículos 24 y 25, una nueva orientación práctica y eficaz, respecto al indio.

"No por esto se despojará ni se hará la menor vejación o agravio a las tribus errantes, o naciones de indios bárbaros que se hallen situadas o establecidas dentro de dichos territorios; antes bien se las respetará como antiguos y legítimos propietarios, proporcionándoles el beneficio de la civilización y religión por medio del comercio y por todas aquellas vías suaves que aconseja la razón y dicta la caridad cristiana, y que sólo son propias de un pueblo civilizado y culto; a menos que sus hostilidades nos obliguen a otra cosa. Por la misma razón, podremos entrar en tratados y negociaciones con ellos sobre estos objetos, protegiendo sus derechos con toda la humanidad y filosofía que demanda su actual imbecilidad, y la consideración de los males que ya les causó, sin culpa nuestra, una nación conquistadora".

El paso hacia la emancipación es trascendental. A las platónicas declaraciones de los esclavistas bienintencionados y caritativos suceden explícitos reconocimientos de propiedad de la tierra y de la necesidad de acabar con los malos tratos infligidos, no sólo por los primeros pobladores, sino por los que de ellos nacieron en América.

Los Diputados de aquellas mencionadas provincias, cuyos nombres ilustres aparecen al final del Acta de Federación: José Manuel Restrepo, Joaquín Camacho, Camilo Torres, Manuel Campos y Henrique Rodríguez, no se redujeron a sentar las normas de conducta que antes hemos transcrito, sino que brindan a las *naciones de esta clase, ya establecidas, que hoy pudieran hacer cómodamente parte de esta unión o de las mismas provincias*, el convidarlas y atraerlas por los medios más suaves, cuales son seguramente los del trato y el comercio, a asociarse con *nosotros*, sin que sea un obstáculo su religión, que algún día cederá tal vez el lugar a la verdadera, convencidos con las luces

de la razón y el evangelio que hoy no pueden tener, *principalmente cuando ya no les aterra un tributo ignominioso, ni un gobierno bárbaro y despótico, como el que ha oprimido a sus hermanos por trescientos años.*

Y no obstante, el artículo 48 del Acta, al reconocer el libre tránsito de los habitantes de una Provincia a otra, se refiere, de nuevo, a los hombres libres, dando a entender que no lo eran todos.

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE TUNJA, DE 9 DE DICIEMBRE DE 1811

No en vano representó la Provincia de Tunja en el movimiento de Federación de las de la Nueva Granada, el patriota Don Joaquín Camacho. Su pensamiento se ve traducido por esta declaración contenida en el artículo 2, de la Sección novena de aquel Código político: "Gozan del derecho de ciudadanos, y como a tales se les podrá emplear, todos los sujetos que actualmente residan dentro de la Provincia, a excepción de los transeúntes".

Parecía, con la adopción de esa norma, consagrado el derecho de ciudadanía, a favor de todos los "sujetos residentes dentro de la Provincia", pero no estaban los tiempos suficientemente maduros para la abolición lisa y llana de la servidumbre. De ahí que hallemos en la Carta de la República de Tunja, el artículo 7, de la Sección 2ª, del Título III, redactado así: "Tendrá derecho para elegir y ser elegido todo varón *libre,* padre o cabeza de familia, que viva de sus rentas u ocupación, sin pedir limosna, ni depender de otro".

No contiene el Código referencia especial a los indígenas no civilizados, de los cuales se ocupan otras Constituciones, pero al tratar, en el Título VIII, de la Fuerza Armada, impone a todo hombre, *sin distinción de clase, estado o condición,* el deber, no sólo de militar en ella, sino también los de vestirse, armarse y mantenerse a su costa.

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE CUNDINAMARCA REFORMADA. AÑO DE 1812

No podía subsistir por mucho tiempo la oposición entre los principios en que se inspiraron los primeros legisladores granadinos y las normas escritas en sus leyes fundamentales. El General Nariño, en unión de Don Pedro Groot, Don Luis Eduardo de Azuela y Don Miguel de Tobar, incluyeron en la reforma un precepto radical sobre los indios, que fué adoptado por el Serenísimo Colegio Revisor y Electoral. Lleva el número 24 de los artículos preliminares de la Constitución, y dice: "Los indios gozan de todos los derechos de ciudadanos, y tienen voz y voto en todas las elecciones, como los demás de esta República".

CONSTITUCION DEL ESTADO DE CARTAGENA DE INDIAS, SANCIONADA POR LA CONVENCION GENERAL EN 14 DE JUNIO DE 1812

Fué en la Ciudad Heroica donde primero se declaró de manera solemne la absoluta independencia de España.

Este movimiento favoreció indirectamente el del 20 de julio en Santafé, pues las tropas de Cartagena que hubieran contribuído a impedirlo, quedaron allí sujetas a la autoridad de su Junta Suprema. Pero al propio tiempo, paralizó la reunión del Congreso General que la Junta de Santafé había convocado, pues la de Cartagena, que quería figurar en primera línea y miraba con malos ojos la hegemonía de la del centro, invitó a las Provincias de la Nueva Granada a que enviasen sus diputados al Congreso que debía reunirse en Medellín, no bajo un sistema de Gobierno central, como lo habían indicado los santafereños, sino de acuerdo con el federal, que juzgaba el más conveniente para afianzar la libertad con la justa división de los poderes.

Don Antonio Nariño impugnó severamente el manifiesto en que Cartagena hacía la convocatoria. Fué imposible reunir el Congreso ni en Medellín bajo la forma federativa, ni en Santafé con el sistema unitario.

La pugna por principios políticos, llevada hasta el choque y la contienda armada, empezaba a producir sus maléficos efectos, hasta el punto de amenazar seriamente la independencia colombiana que no volvió a afirmarse hasta la intervención genial de Bolívar.

Hasta en los pueblos más miserables quisieron establecerse Juntas independientes para erigirse en Provincias autónomas, y así la disolución era cada vez mayor, impidiendo no sólo la unión general sino aun la agrupación en torno de las ciudades más antiguas que trataban de formar el centro de efímeras nacionalidades.

El Estado de Cartagena elaboró su Constitución de 1812, bajo la amenaza de la contrarrevolución interna, promovida por los fieles a las Cortes de Cádiz, y del ataque procedente del Gobernador de Santa Marta, don Tomás Acosta. Así se explica que su texto no ofrezca novedades en cuanto a la condición de los indios. El artículo 2, de su Título IX, incluye entre las cualidades necesarias para ejercer el sufragio, la de ser hombre libre, *excluyendo los esclavos,* junto con *asalariados, los vagos* y, sorprendente adelanto, *aquellos de quienes conste haber vendido o comprado votos en las elecciones presentes o pasadas.*

Y en las disposiciones varias de su Título XIII se prohibe toda importación de esclavos en el Estado, como objeto de comercio; y a las autoridades emanciparlos sin consentimiento de sus amos o sin compensarles su valor.

No hace distinción el Código de Cartagena entre los siervos, acepción que usamos como equivalente a esclavos, a pesar de su distinta condición jurídica. Indios y negros, no libres, caían bajo el imperio de las mismas normas.

Además de las prohibiciones antes señaladas, el Título XIII comprende ciertas prevenciones imbuídas de espíritu benéfico hacia los naturales irredentos. Confía al Cuerpo Legislativo que incluya entre sus deliberaciones la de un proyecto creador de un fondo de manumisión, "debiendo cuidar, entre tanto, de que la protección de las leyes defienda a los esclavos de arbitrariedad e inclemencia de sus propietarios, estableciendo, renovando o mejorando las que obligan a éstos a tratar con humanidad a aquéllos, a castigarlos sin crueldad y a contribuirles con todo

lo necesario. Esta obligación se extienda aún a aquellos esclavos que, por la edad o por las enfermedades, se han hecho inútiles o de poco servicio a sus amos; y así se declara a éstos sin derecho a eximirse de aquella obligación, dándoles una libertad tardía, forzada e inútil, cuando no cruel y gravosa al esclavo y a la sociedad".

Estos artículos, marcados con los números 4, 5 y 6, ofrecen un verdadero cuerpo de doctrina en materia de esclavitud. De ella resulta que las rotundas ideas de Nariño sobre los esclavos, expuestas en la Constitución reformada de Cundinamarca, discrepaban fundamentalmente de las de los cartageneros absorbidos por un realismo propio de las difíciles circunstancias en que en aquellos momentos vivían. Don Manuel Rodríguez Torices, Presidente del Estado, Gutiérrez de Piñeres, Canabal y algunos otros, hubieran querido introducir en el Proyecto del eclesiástico don Manuel Benito Rebollo, Diputado por la ciudad de Cartagena, algunas modificaciones substanciales, pero la Convención lo adoptó, compartiendo el criterio cristiano que había presidido la legislación de Indias, al regular la suerte de los indios en los primeros tiempos de la conquista. A los juristas, sociólogos, historiadores y políticos corresponde analizar las razones favorables y adversas que concurran en ambas tesis, la de Nariño y la de los patriotas de Cartagena.

CONSTITUCION DE CUNDINAMARCA, SANCIONADA EL 13 DE JULIO DE 1815

Sobre no ocuparse esta Carta de los indios aborígenes en la forma tutelar, al menos, que hemos visto en la Constitución de Cartagena, abandona el principio sentado por Nariño en la de 1812 y niega, en su artículo 133, voz activa y pasiva en las elecciones primarias "a los que estando al servicio de otro viven de ajenas expensas".

CONSTITUCION DEL ESTADO DE MARIQUITA, ACORDADA POR LOS DELEGADOS DEL PUEBLO REUNIDOS EN CONVENCION CONSTITUYENTE Y ELECTORAL. AÑO DE 1815

Seis Distritos municipales se reunieron para formar el Estado de Mariquita, cuya importancia, en cuanto al Municipio del mismo nombre, consistía en haber albergado durante sus últimos años de vida, al conquistador y poblador de la Nueva Granada, Jiménez de Quesada.

Esta Carta, de índole paternal y evangélica, no podía prescindir de los indios. No les da la libertad ni les considera ciudadanos, puesto que el artículo 2º de su Título XX, exige para ejercer el sufragio, la condición de ser hombre libre. Reproduce literalmente los preceptos que llevamos mencionados al ocuparnos de la Constitución del Estado de Cartagena de Indias, en 1812, y añade algunos otros que completan el pensamiento de aquellos legisladores.

El título XXIII es una verdadera exposición de motivos. Dice así: "Artículo 1º Como la parte de ciudadanos que hasta hoy se ha denominado Indios no ha conseguido el fruto apreciable de algunas leyes que la Monarquía Española dictó a su favor, porque los encargados del Gobierno de estos países tenían olvidada su ejecución, y como las bases del sistema de Gobierno que en esta Constitución ha adoptado Mariquita no son otras que las de justicia encargada muy particularmente a los agentes de su autoridad suprema que así como han de aplicar sus fatigas y cuidados para conseguir la ilustración de todos los habitantes del Estado, proporcionarles escuelas, academias y colegios en donde aprendan todos los que quieran los principios de Religión, de la sana moral, de la política, de las ciencias y artes útiles y necesarias para el sostenimiento y prosperidad de los pueblos, procuren por todos los medios posibles atraer a los referidos ciudadanos naturales a estas casas de ilustración y enseñanza, hacerles comprender la íntima unión que tienen con todos los demás ciudadanos, las consideraciones que como aquéllos merecen del Gobierno y los derechos de que gozan por el solo hecho de ser hombres iguales a todos los de su especie, a fin de conseguir por este medio sacarlos del abatimiento y rusticidad en que

los ha mantenido el antiguo estado de las cosas, y que no permanezcan por más tiempo aislados y aun temerosos de tratar a los demás hombres, prohibiendo desde ahora que puedan aplicarse involuntariamente a prestar sus servicios a los Tenientes o Curas de sus Parroquias ni otra persona alguna, y permitiéndoles el reparto en propiedad de las tierras que les estaban concedidas y de que están en posesión, para que a proporción entre los padres de familia de cada pueblo las dividan y dispongan de ellas como verdaderos señores según los términos y reglamentos que forme la entrante Legislatura con presencia de los expedientes que existan de la materia y de la necesidad de buscar arbitrios para el fomento de la educación.—2º Se revocan por consiguiente, y quedan sin valor alguno las leyes que en el anterior Gobierno concedieron ciertos Tribunales protectores y privilegios de menor edad a dichos naturales, las cuales, dirigiéndose al parecer a protegerlos, les han perjudicado sobremanera, según lo ha acreditado la experiencia.—3º Se prohibe toda importación de esclavos en el Estado como objetos de comercio.—4º Ninguna autoridad podrá emancipar esclavos sin consentimiento de sus amos, o compensarles su valor.—5º El cuerpo Legislativo dará lugar entre sus deliberaciones al proyecto de un fondo de manumisión, y discutirá sobre los medios y arbitrios de realizarlos.—6º Entretanto cuidará de que la protección de las leyes defienda a los esclavos, de la arbitrariedad é inclemencia de sus propietarios, estableciendo, renovando o mejorando las que obligan a éstos a tratar con humanidad a aquéllos, a castigarlos sin crueldad y a contribuirles con lo necesario.—7º Esta obligación se extiende aun a aquellos esclavos que o por la edad o por las enfermedades se han hecho inútiles o de poco servicio a sus amos; y así se declara a éstos sin derecho a eximirse de aquella obligación, dándoles una libertad tardía, forzada e inútil cuando no cruel y gravosa al Estado y a la sociedad.—8º La libertad de vientres será en adelante una ley invariable en todo el territorio de este Estado; pero para indemnizar al propietario de los gastos que impenda en la educación de los hijos de su esclavo, estarán obligados éstos a servir

a aquél hasta la edad de diez y seis años, en la cual podrán tomar trabajo en cualquier otra casa, a menos que se les pague el competente salario".

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA, DE 1821

Sancionada quedó, el 6 de octubre de 1821 por el Poder Ejecutivo, la gran Constitución de la República, que habría de ser obedecida desde las costas de las Antillas hasta los confines con el Brasil.

En aquella Carta fundamental de la Gran Colombia, que contaba a Bolívar como Presidente y a Santander como Vicepresidente de la Nueva Granada, encontramos el artículo 4º de la Sección segunda del Título 1º, cuyo texto es el siguiente: "Son colombianos: Todos los hombres *libres* nacidos en el territorio de Colombia, y los hijos de éstos;. . ."

Sigue, pues, la esclavitud de los indios consagrada en las leyes orgánicas del Estado. Incluso para ser sufragante parroquial se exige ser dueño de alguna propiedad raíz que alcance el valor libre de cien pesos. Defecto que puede suplirse al ejercitar algún oficio o profesión, comercio o industria útil, con casa o taller abierto, *sin dependencia de otro en clase de jornalero o sirviente.*

PROYECTO DE CONSTITUCION BOLIVIANA, DE JULIO DE 1826

El genio del Libertador no se compaginaba con las normas que hasta entonces se venían aplicando a los verdaderos americanos.

Ya en el Mensaje dirigido a los Legisladores reunidos en Lima, en mayo de aquel año, se contienen estas palabras: ". . . la infracción de todas las leyes es la esclavitud; la que la consagrara sería la más sacrílega. ¿Qué derecho se alegaría para su conservación? Mírese este delito por todos sus aspectos, y no me persuado que haya un solo boliviano tan depravado que pretenda legitimar la más insigne violación de la libertad humana. ¡Un hombre poseído por otro! ¡Un hombre propiedad! ¡Una imagen de

Dios puesta al yugo como el bruto! Dígasenos ¿dónde están los títulos de los usurpadores del hombre? La Guinea no los ha mandado, pues el Africa devastada por el fratricidio no ofrece más que crímenes. Trasplantadas aquí las reliquias de aquellas tribus africanas, ¿qué ley o potestad será capaz de sancionar el dominio sobre estas víctimas? Trasmitir, prorrogar, eternizar este crimen mezclado de suplicios, es el ultraje más chocante. Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia no podría concebirse sin el trastorno de los elementos del derecho, y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad. . ."

Bien se ve que el Libertador se refería a los negros importados por los colonizadores cuando empezaron a faltar los aborígenes.

Pero el principio quedó sentado para unos y otros. La Constitución lo dispone así: "V. Todos los que hasta el día han sido esclavos, son bolivianos, y por lo mismo quedarán, de hecho, libres en el acto de publicarse esta Constitución; por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer a sus antiguos dueños". (Artículo 10).

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA, DEL AÑO DE 1830

Esta Carta marca una regresión en lo que a la esclavitud atañe. Al enumerar los que son colombianos por nacimiento se refiere a "todos los hombres *libres* nacidos en el territorio de Colombia y a los *libertos* que se hallen en el mismo caso". Para gozar de los derechos de ciudadano exige nuevamente la no sujeción a otro en calidad de sirviente, doméstico o jornalero. (Artículos 9 y 14).

CONSTITUCION DEL ESTADO DE NUEVA GRANADA, DE 1832

Algo se adelantó en la nueva Ley respecto a los esclavos. Se consideró granadinos no sólo a los hombres libres nacidos en el territorio de la Nueva Granada sino a los libertos que se hallaban en el mismo caso y a los hijos de

las esclavas nacidos libres, por ministerio de la ley, en el mismo territorio. (Art. 5º).

CONSTITUCION DE LA NUEVA GRANADA, DE 1853

La que la precedió en el año de 1843, se redujo a reproducir, con leves alteraciones las normas que al respecto venían rigiendo en el país. Pero, por fin, el artículo 6º de la nueva Carta sienta sin ambages el principio: "No hay ni habrá esclavos en la Nueva Granada". (Art. 6º).

*

Así será en lo sucesivo. La Constitución de 22 de mayo de 1858 prohibe al Gobierno de los Estados que constituyen la Confederación Granadina "permitir o autorizar la esclavitud" (Art. 11). El Pacto de Unión, de 20 de septiembre de 1861, dice: "No habrá esclavos en los Estados Unidos de Colombia" (Art. 7º). La Constitución de 8 de mayo de 1863 repite: "No habrá esclavos en los Estados Unidos de Colombia". (Art. 12). Y el parágrafo del artículo 78 añade: "Desde que un territorio cuente población civilizada que pase de tres mil habitantes mandará a la Cámara de Representantes un Comisario, que tendrá voz y voto en la discusión de las leyes concernientes a los territorios, y voz, pero no voto, en las leyes de interés general. . ."

*

Tales son las disposiciones constitucionales que se han sucedido en Colombia, antes Nueva Granada, en relación con los indios esclavos y con los negros en servidumbre. Casi medio siglo transcurrió hasta que el principio restaurador de la dignidad humana fuera reconocido en los textos fundamentales del Estado, emancipado de España en 1810. Ello demuestra cuán arduo es el triunfo de la Libertad aún en este elemental aspecto. No es pues de extrañar que hoy cueste tanto a la Humanidad vencer los terribles designios de los empeñados de nuevo en destruirla.

RASGOS TRIBALES Y NACIONALES DEL PROBLEMA INDIGENA

Por *Jorge A. VIVÓ*

¿CONSTITUYEN LOS INDIOS UNA RAZA? Con mucha frecuencia se habla de la "raza" mexicana, de la "raza" maya, etc., cuando se quiere mencionar a estos grupos indígenas. Pero nada es tan impropio como el empleo de la palabra "raza" para denominar a los núcleos de población aborigen. Desde que Blumenbach estableció los primeros fundamentos de la antropología se ha considerado que la raza es una división antropofísica fundamental de la humanidad y no el término aplicable a una tribu o núcleo indígena. Para los antropólogos contemporáneos la especie humana está dividida, por razones somatológicas o estructurales, en tres grandes razas: blanca, amarilla y negra (Kroeber, Eickstedt, etc.) o en cuatro, agregando a las anteriores, la raza australiana (Keith, Smith, Hooton, etc.). Aun los antropólogos que distinguen distintos tipos raciales en América (Eicksteadt, Biasutti, Imbelloni, etc.), reconocen que algunos caracteres generales son comunes a la mayoría de los indígenas e incluyen éstos dentro de la raza amarilla. En todas estas clasificaciones antropológicas la casi totalidad de los indígenas de América está, pues, incluída en la gran raza amarilla y, aceptando este criterio científico, sólo cabría considerar a la casi totalidad de los indios americanos como una división o rama de dicha raza amarilla.

¿SON UNA CLASE? Algunos historiadores, partiendo de un criterio "economista", también han querido considerar al indio como una clase explotada. Tal criterio, sin embargo, no tiene fundamento científico alguno. Los indios que viven aún en plena organización tribal primitiva

en muchas regiones de América, no pueden ser divididos en clases porque una de las características de la organización social anterior a la aparición del Estado, es el hecho de que en la misma no existen clases sociales. Y en los países donde las relaciones feudales o capitalistas de producción han penetrado en la economía del indígena, éste como los otros componentes de las clases explotadas, sólo constituye parte del campesinado o del proletariado. Es cierto que los indígenas pueden estar sometidos a una forma de discriminación específica que los coloque en condiciones de inferioridad respecto del resto de los campesinos u obreros de la región dada, pero esto no los excluye de las respectivas clases a que pertenecen.

¿Son una casta? Si se analiza la situación del indígena a la luz de la historia podría afirmarse que constituyó una casta durante la época colonial. Las disposiciones legales de la época, las de la "limpieza de sangre", por ejemplo, y las colecciones de cuadros para determinar la condición racial del individuo que se encuentran en el Museo Nacional de México, son suficientes para comprobar que el indio entre las clases libres, junto con el esclavo africano, constituían los últimos peldaños del sistema de castas establecido en su provecho por los españoles. Pero este sistema legal de castas fué abolido con la independencia a través de toda la América Latina y si aún quedan supervivencias de tal régimen en la actualidad, sobre todo en los países donde predominan relaciones semifeudales de producción (peonaje, construcción vial compulsoria, segregación social, etc.), tales formas coinciden y se supeditan a las relaciones semifeudales y capitalistas de producción predominantes en esos países.

¿Son minorías nacionales? Partiendo del hecho de que una parte de la población de los grupos indígenas de América se ha incorporado a las naciones americanas mediante el mestizaje y la extensión del habla castellana, así como de relaciones económicas de producción, hay quienes afirman que los indígenas constituyen minorías nacionales. Sin embargo, sólo se ha considerado como minoría nacional en Europa, donde sí existen éstas, a los

núcleos nacionales que se encuentran bajo la dominación política de otras naciones. Una minoría nacional exige como condiciones imprescindibles la existencia de una nación (la nación sueca, por ejemplo) y la existencia de núcleos de esta nación dentro del marco de otra nación (la minoría nacional sueca que habita en Finlandia). Y, en consecuencia, para aceptar la existencia de minorías nacionales indígenas sería necesario determinar si los núcleos indígenas de América constituyen naciones.

¿Son naciones? Las naciones son el producto de una reciente evolución social de la humanidad. Ni en la antigüedad ni durante el medioevo pudo hablarse de la existencia de naciones. Fué con la aparición del capitalismo industrial que comenzaron a surgir las naciones en Europa, Asia y América. La existencia de una nación presupone que una comunidad de personas se haya desarrollado históricamente y que posea en común un idioma, un territorio, una vida económica así como tradiciones históricas: la nación, en fin, debe poseer una cultura común. Algunos pueblos de la antigüedad, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, llenaron muchos de los mencionados requisitos, pero no contaron ni con territorio ni con vida económica comunes. Alemania y Francia son naciones típicas. Estados Unidos e Inglaterra, a pesar de que tienen el mismo idioma, son naciones diferentes porque sus territorios y vida económica comunes son distintos entre sí. México, Argentina, la República Dominicana y Paraguay son naciones latinoamericanas que poseen en común el idioma castellano pero que, además de tener territorios y vida económica distintos entre sí poseen una diferente composición étnica mayoritaria: mestiza, blanca, mulata e india, respectivamente. El análisis del problema indígena para determinar si éste tiene caracteres nacionales en algunas regiones de la América requiere, pues, un estudio retrospectivo y de la situación actual.

Tipos de organización económica y social precolombinos. En la América pre-colonial coexistían los más diversos tipos de organización económica y social. Desde la organización social pre-estatal propia de los pueblos ca-

zadores, pescadores y recolectores de vegetales de Canadá, Alaska, el Noroeste y los llanos de los Estados Unidos, California y Baja California, el Norte de México, y las zonas marginales del Mediodía y de la meseta brasileña de Suramérica, pasando por numerosos pueblos agrícolas organizados en pequeños e incipientes estados y localizados en México y Centroamérica y a lo largo de la Cordillera Andina, hasta los grandes Imperios Azteca e Inca. En el Imperio Azteca, a pesar de que subsistían aún muchas normas tribales, ya existían clases sociales definidas y se había generalizado el tributo como forma de dominación económica de otros pueblos. En el Imperio Inca dominaba una monarquía teocrática que contaba con la colaboración de castas gobernantes provinciales. Pero todavía no había llegado a la América la hora de la formación de naciones, ni aun en las regiones de los grandes Imperios. Dentro de estos grandes estados vivían pueblos de distinto idioma, vida económica, tradiciones históricas y cultura que aún no habían logrado integrar naciones.

Empeño de los colonizadores en destruir la tradición histórica y la cultura indígenas. Los conquistadores y colonizadores no sólo trataron de asegurar su dominio militar y político sino que también destruyeron los códices (Mayas, Nahuas, Mixtecos, etc.) en los que se recogían las tradiciones históricas escritas de los indios y se dieron a una obra sistemática de destrucción de todas las manifestaciones culturales del indio. Si fué posible, durante la época precolombina, esperar la formación de algunas naciones indígenas entre los pueblos de América precolonial (la quéchua, principalmente), más tarde, durante la Colonia, se hizo muy difícil tal proceso. Y en la Independencia, se continuó la destrucción de las tradiciones históricas y culturales del indio, al grado que hoy en día es difícil considerar como nación a algunos de los pueblos indígenas de América. Muchos aspectos de las culturas indígenas precolombinas, excepto algunos rasgos materiales, fueron casi totalmente exterminados junto con sus múltiples manifestaciones históricas y culturales propias.

Ocupación de amplias zonas de territorio indígena. Otro resultado de la expansión de los blancos y mestizos en las mesetas y otras regiones de gran productividad agrícola en América, ha consistido en la asimilación, expulsión o exterminio del indio en dichas regiones. Este proceso se hace palpable, por ejemplo en el Distrito Federal y los Estados de México, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Morelos y otros de México, donde el territorio totalmente ocupado con anterioridad por los nahuas es hoy dominado por la nación mexicana, mientras que los indígenas de la región han quedado en las zonas marginales o de la periferia. Esta intrusión de las nuevas naciones americanas dentro del territorio indígena, ha impedido el desarrollo de naciones indias, como en el caso de la nahua, dado que les ha hecho perder su unidad territorial.

Avance del castellano y persistencia del analfabetismo. Paralelamente a la ocupación de zonas que anteriormente fueron territorios indígenas, se ha verificado el avance del castellano. Los Estados del Norte, Centro y Este de México, las regiones altas de Centroamérica, extensas zonas de Venezuela y Colombia, la costa y parte de la sierra peruano-chilena, la pampa argentina y uruguaya, las zonas costeñas del Brasil, y las Antillas, han presenciado la extensión del castellano a expensas de la desaparición de los idiomas indígenas que se hablaban con anterioridad. Y, por otro lado, si se superponen las cartas de analfabetismo y de distribución actual de las lenguas indígenas de Norte y Centroamérica, se observa una correspondencia tal entre sí que demuestra que las zonas de mayor analfabetismo en la América son, a la vez, las regiones de mayoría de población india. La extensión del castellano a expensas de las lenguas y la persistencia del analfabetismo en las regiones aborígenes han contribuído enormemente a impedir la formación de naciones indígenas.

Transformaciones en la vida económica indígena. También simultáneamente a los fenómenos antes descritos, se han verificado las transformaciones económicas que trajo consigo la conquista y colonización. Al indio

se le expropiaron sus tierras, se le repartió o se le encomendó, se le exigieron tributos y servidumbre, y a todo este sistema feudal correspondió el régimen de castas que se le impuso. En algunos casos, se le sometió, además, a diversas formas de esclavitud. La Independencia, si bien abolió la esclavitud y las castas, dejó intactas las otras formas de extorsión del indio. Y tales acontecimientos a que se asistió en la Colonia e Independencia transformaron profundamente la vida económica propia que existía en épocas precolombinas, impidiendo también el desarrollo de naciones indias.

Características de la dominación de los grupos atrasados. Los procedimientos utilizados lo mismo por los conquistadores y colonizadores españoles, como por los portugueses, franceses e ingleses con los grupos indígenas atrasados fueron semejantes y consistieron, principalmente, en su exterminio físico (Noreste de México, Baja California, extensas zonas de Estados Unidos y Canadá, las Antillas, diversas regiones costeñas del Brasil), o en violentas persecuciones que dieron como resultado la emigración de los indios a reservas (Estados Unidos) o a las zonas selváticas (Suramérica). En la mayoría de estas tribus atrasadas la conquista y colonización ha dejado, en lo general, muy pocos impactos de cultura occidental y, tanto su organización económica tribal primitiva como el carácter gentil y pre-estatal de su organización social, difícilmente hacen posible un rápido desarrollo interno que las pudiese transformar en naciones.

Penetración de las relaciones capitalistas de producción entre grupos indígenas avanzados. La ocupación de extensas zonas de territorio indígena por los europeos trajo como consecuencia enormes transformaciones que dificultaron o destruyeron la vida económica común de los indígenas avanzados. Un factor de gran importancia en la formación de las naciones contemporáneas, es decir, la penetración de las relaciones capitalistas de producción, ha ganado mucho terreno durante las últimas décadas, en algunos de estos grupos indígenas (Mexicanos, Otomíes, Mayas, Zapotecas, Mixtecas, Quechuas, Aymarás,

Guaraníes). Bajo el signo de esta penetración se ha ampliado el mercado de los productos industriales en zonas indígenas, se ha desarrollado una numerosa clase de asalariados indios del campo, el campesino aborigen ha asimilado formas capitalistas de producción y de cambio, y, en general, se ha asistido a un gran incremento de las relaciones capitalistas de producción entre los indígenas pertenecientes a grupos adelantados, lo cual, es un factor muy favorable a la formación de naciones indias.

Rasgos tribales y nacionales de los grupos indígenas. Ha sido el mayor obstáculo al desarrollo de rasgos nacionales entre los grupos indígenas la desarticulación propia de sus formas económicas anteriores al sistema capitalista de producción. Por esa circunstancia muchísimos núcleos que tienen características culturales comunes, pero que permanecen en la etapa de caza, pesca o recolección de vegetales (Ges, en Brasil, Algonquinos y Esquimales, en Canadá y Alaska), no han logrado la unidad necesaria que implica una vida económica común. Otros grupos indígenas que ocupan un nivel cultural superior pero practican una agricultura atrasada, Tarahumaras, en México; Tupis, Arawakos y Caribes, en diversas partes de Suramérica; tribus del Este del Mississippi, en Estados Unidos), carecen, en consecuencia, de los mismos elementos de vida económica común. *Unos y otros grupos indígenas no han sobrepasado la etapa pre-estatal de la organización social. Sólo los grupos indígenas más avanzados* que antes mencionamos (Mayas, y posiblemente Quechuas, Aymarás, Guaraníes), *merced a la penetración reciente en su vida económica de relaciones capitalistas de producción, poseen rasgos nacionales que pueden determinar la tendencia a constituir naciones en un futuro no muy lejano.*

La cuestión nacional y la cuestión indígena en América. No puede dejar de analizarse a la luz de los procesos de integración nacional que tienen lugar en este continente. Hace muy pocos siglos se ha asistido a la formación de la nación estadounidense en Norteamérica. Y en la América Latina se presenta un proceso de integración nacional más intenso en algunos países (Argentina,

Chile, Cuba, México) que en otros (Paraguay, Bolivia, Guatemala).

La formación de las naciones americanas ha tenido lugar a expensas de una población inmigrante europea y mediante el exterminio del indígena (Argentina, Uruguay, Costa Rica), es el producto del mestizaje de criollos e indígenas (México, Chile, Perú, Ecuador, Honduras, Nicaragua, El Salvador), de la mezcla de criollos y negros (Cuba, República Dominicana), de la hegemonía negra (Haití), o de una triple mezcla de criollos, indios y negros, la cual es homogénea en todo el territorio (Puerto Rico) o es de distinto grado de composición en diversas regiones del país (Brasil, Venezuela, Colombia). Y es en el marco de ese proceso de integración nacional, a veces incompleto porque aún en algunos países no se ha logrado establecer la vinculación imprescindible para que exista una vida económica común, que supervive la organización social primitiva del indio o que se desarrollan los rasgos nacionales de algunos grupos indígenas.

STATUS POLÍTICO DEL INDIO. La consideración de los factores históricos y sociales antes discutidos conduce a reconocer la imprescindible necesidad de adoptar diversas modalidades en el tratamiento de la cuestión política del problema indígena.

Debe partirse del reconocimiento teórico del derecho que el indígena tiene a su libre determinación. Y es conveniente hacer constar al respecto que, aunque desde luego dentro del marco de las instituciones burgués-democráticas de Estados Unidos, la Oficina de Asuntos Indígenas de este país ha reconocido la necesidad de respetar la organización social de las tribus indígenas, como premisa indispensable para el desarrollo ulterior de toda reforma económica y educacional.

Toda obra de reforma social que se pretenda realizar entre las numerosas tribus indígenas de la América que aún no han sobrepasado la etapa de la caza, pesca o recolección de vegetales, o que sólo conocen técnicas muy atrasadas de la agricultura, presupone si no una plena autodeterminación, ya que ella se hace difícil dentro del

marco actual del régimen social de la América, sí el reconocimiento de un respeto pleno a su organización social.

La aplicación de los mismos principios de autodeterminación, sujetos a las restricciones antes mencionadas, asume modalidades especiales en relación con los grupos indígenas avanzados. *La aplicación del principio de que los indígenas tienen plenos derechos para elegir a sus propias autoridades locales y a representantes ante los cuerpos legislativos regionales o nacionales, derecho a llevar a cabo todas las funciones políticas en su idioma materno, derecho a adoptar las medidas de mejoramiento social que estimen necesarias para su progreso y bienestar, derecho de constituir organizaciones de defensa que aboguen por su mejoramiento social, derechos ciudadanos iguales a los del país dado, etc., es de vital importancia para garantizar un status político de justicia en favor de los grupos indígenas avanzados.*

LA ETNOLOGIA EN MEXICO

La etnología en México no es ni ciencia de gabinete ni gimnasia mental. La etnología en México está en la calle. Se topa uno con sus problemas al doblar una esquina o al descender de un camión. Se manifiesta en los mercados o en la excursión semanal que lo lleva a uno fuera de la ciudad. A una hora de cualquier centro urbano se halla un magnífico laboratorio donde se pueden estudiar ya no culturas primitivas, sino complejas escenas híbridas que ofrecen al investigador fascinadoras colecciones de nudos para desatar.

La fisonomía étnica en México ofrece terreno fértil para poner en prueba ciertas teorías que los científicos han podido sublimar del estudio de diversas culturas. En México —como en el resto de la América Hispana— hay que mobilizar a la etnología para que se sume a la tarea de unificar e integrar a la nación.

Se preguntará —muy lícitamente— si es ése el fin de dicha disciplina científica, y se contestará que en rigor, no; pero se puede advertir que constituiría un loable fin inmediato siempre que se ajustara a las necesidades de nuestra realidad étnica, sin que por eso tuviera que abandonar del todo los fines primordiales que se ha propuesto la etnología.

En efecto, los fines de la etnología no son formular leyes culturales aplicables a cualquier medio social; pero la etnología ha contribuído mucho al mejoramiento de las relaciones humanas. Gracias a ella se han orientado por derroteros más nobles las políticas coloniales de algunas potencias de la tierra. El estudio comparativo de diferentes culturas nos ha proporcionado puntos de vista más amplios, ha ahuyentado prejuicios mal fundados y ha relegado a su justo nivel el egoísmo de aceptar como bueno solamente lo nuestro, lo conocido. La etnología pues, tiene aplicación práctica, y en cuanto sea posible merece que se le ponga en juego y se utilicen los frutos de sus investigaciones.

La tarea de la etnología —nos dice Boas en una de sus numerosas exposiciones— es el estudio de toda la gama de fenómenos de la vida social. La lengua, las costumbres, las características físicas son nuestros temas de estudio. Así es que su primer y más inmediato fin es el estudio de la historia de la humanidad. No sólo la de las naciones civi-

lizadas, sino la de la humanidad completa; desde los primeros vestigios en los depósitos de la edad de hielo hasta nuestros tiempos.

Muchos han sido los hombres que han dedicado sus esfuerzos a estos nobles fines, y muchos también los métodos que han empleado. Hay quienes han reconstruído casi en su totalidad la historia de la cultura humana. Sus esfuerzos han sido sobrehumanos, su labor titánica, porque la han intentado casi siempre sin contar con datos suficientes que les permitieran reconstruir con justo criterio y explicar satisfactoriamente fenómenos de tipo cultural en diferentes puntos de la tierra. Para remediarlo han tenido que construir fantásticas teorías o aducir explicaciones que no han satisfecho a los investigadores más serenos.

Discutiendo el método de la etnología nos dice Boas en otra ocasión: Mientras la investigación basada en estas dos hipótesis fundamentales (Paralelismo y Difusión) parece caracterizar la tendencia general del pensamiento europeo, la mayoría de los antropólogos americanos persiguen ahora un método diferente. La diferencia entre los dos derroteros de estudio quizá pueda condensarse en la aseveración de que el investigador americano se interesa sobre todo en los fenómenos dinámicos de cambio cultural y trata de elucidar la historia de la cultura aplicando los resultados de sus estudios; y que pospone para una época futura —cuando se conozcan mejor las condiciones verdaderas de cambio cultural— la determinación de la importancia relativa entre el paralelismo cultural en áreas apartadas por un lado, y la difusión y la estabilidad de rasgos culturales por el otro.

Boas, científico sincero y conocedor de las limitaciones humanas, rechaza pues el plan europeo de acosar con la insuficiencia de datos característica de fin del siglo XIX y principios del XX, la reconstrucción de la historia cultural del hombre en todo el planeta; y en vez ciñe el campo de la investigación al estudio de la dinámica de cambio. Intrépidos quijotes han ensayado fantásticas reconstrucciones. El inglés Elliot Smith de quien todos se ríen por su caprichosa tendencia a derivar toda la cultura humana de Egipto, ha sido el más temerario; Graebner quien a su vez ha adoptado el estandarte de difusión cultural para explicar los fenómenos culturales, ha sido el más sobrio. Antes de los dos anteriores habían brillado los evolucionistas que mantenían que la cultura humana obedecía las leyes de la evolución con todos sus conocimientos biológicos.

Boas rechaza esos fines hasta no haber logrado un conocimiento de la manera como las culturas crecen, cambian, florecen. La dinámica

del cambio cultural; he ahí el objetivo inmediato de la etnología para él como para sus discípulos norteamericanos.

Pero si Boas tuvo que ser sincero y rehusar la gloria de exponer teorías y resignarse a estudiar procesos, el etnólogo en México tiene que rechazar la gloria de contribuir a ambas actividades y dedicarse en vez a hacer funcionar en nuestro ambiente esos mecanismos que suelen cambiar, hacer crecer o florecer la cultura.

Nosotros nos sumamos a la sobriedad de Boas. El estudioso considera sus preceptos dignos objetivos de una disciplina científica que no está, ni debe estar enmarcada en la pauta de una generación. A la larga, la etnología transcenderá esos objetivos inmediatos y se ocupará, armada de abundantes datos, de la reconstrucción de la cultura en una escala mundial; a la larga...

Pero en México no se puede hablar de "a la larga"... En México el presente se antepone y demanda una solución. El presente amenaza con apoderarse de toda la atención del científico. Hay mucho urgente que hacer ya. Hemos de prestarle mucha atención a lo inmediato y sólo hemos de atender el otro aspecto de la ciencia, —la teoría— al hacer resumen de nuestras labores prácticas, cuando el análisis revele datos que puedan iluminar los sectores oscuros de la ciencia.

La etnología pues tiene función en México y su función es inmediata. Su misión central es promover la integración cultural de la nación. La integración en el aspecto biológico es cuestión del tiempo, la integración lingüística, cuestión del tiempo y de la educación.

No está sola la etnología en esta misión. Ninguna ciencia tiene su campo de tal manera limitado que no admita contacto y cooperación con otras disciplinas científicas. Tendrá de aliada y compañera a la sociología, a la pedagogía y a la psicología. Pedirá la ayuda de la medicina y se valdrá de disciplinas materialistas como la ingeniería y la agricultura.

La misión de la etnología en nuestro medio heterogéneo será diagnosticar las regiones o comunidades de que se compone la nación. Deberá determinar qué agentes, qué fuerzas sociales, culturales o materiales deberán ponerse en operación para abrir las compuertas que faciliten el flujo de corrientes culturales de otras partes del país que se consideren sanas y adecuadas. Es necesario que corra por las *venas* del país una sola *sangre* que represente una modalidad de vida, un diseño cultural —no abogo por lo *standard*— que esté en equilibrio con el ambiente físico. No debe haber comunidades donde el *habitat* venza al hombre ni donde el hombre acabe o tenga que acabar con los recursos del *ha-*

bitat. Que dentro de su propio ambiente sea tan mexicano el norteño como el suriano, el de la meseta central como el del trópico. Es necesario que todos sintamos las mismas emociones, que se hable y se piense en la misma lengua.

La solución a nuestros problemas está en promover la difusión cultural porque constituye ésta una corriente vigorosa y vital que une más que la lengua y más que la raza. De pensar igual a ser homogéneos hay poco trecho.

Mariano A. MONTERO.

LAS TRETAS DE LA HISTORIA

"La historia —decía Voltaire— al fin y al cabo no es más que un montón de tretas que les jugamos a los muertos." La historia sirve al hombre para justificar sus intereses en una determinada época o circunstancia histórica. Todo historiador enfoca la historia desde el punto de vista de los intereses de su circunstancia. Los vivos se sirven de los muertos para justificar sus actos. Esta es la tesis que trata de demostrar Carl L. Becker en su libro LA CIUDAD DE DIOS DE LOS FILÓSOFOS DEL SIGLO XVIII.[1] Los filósofos de la Ilustración tienen también su Ciudad de Dios, como la tuvieron los cristianos o bien los griegos. Platón tuvo su ciudad, su República, al igual que San Agustín; los filósofos del XVIII no podían ser menos, necesitaban también de una Ciudad celeste, de una Ciudad utópica. En estas ciudades de Utopía es donde los hombres de una determinada época encierran todas sus aspiraciones, todos sus fines; es decir, todo aquello que da sentido a una época.

Los filósofos de la Ilustración acérrimos enemigos de toda creencia que no tuviese su fundamento en la razón, resultan ser no menos creyentes que el más creyente de los cristianos. Los motivos a los cuales se presta fe cambian, pero la fe sigue siendo la misma. La razón viene a ser un motivo de fe tan firme y seguro como antes lo fuera el Dios personal del Cristianismo. "*Creo* —dice Becker— *que los Philosophes estaban mucho más cerca de la Edad Media, menos emancipados de los preconceptos del pensamiento cristiano medieval de lo que ellos supieron jamás o nosotros hayamos supuesto comúnmente*". Estos hombres no hicieron otra cosa que destruir la Ciudad de Dios de San Agustín para reconstruirla con materiales modernos. Era una Ciudad que por sus materiales resultaba inadecuada para el hombre moderno; pero la Ciudad, la idea que ella representaba, era necesaria. De aquí la urgencia de reconstruirla, de hacerla nuevamente.

El siglo XVIII se presenta como una época de grandes proyectos, de grandes preocupaciones. La máxima preocupación del siglo es la de

---

1 CARL L. BECKER: *La Ciudad de Dios del siglo XVIII*, versión española de José Carner. México, 1943. Fondo de Cultura Económica.

hacer la felicidad de todos los hombres, la de lograr la felicidad de la humanidad. Este ideal es el mismo ideal del Cristianismo, nos dice Becker; pero se diferencia de éste en cuanto a los medios de que se van a servir los hombres de esta época para lograrlo. Dichos hombres no creen ya en otro mundo; no piensan que la felicidad del hombre pueda alcanzarse en otro mundo que no sea el que se vive. La felicidad la quieren alcanzar en el mundo que les es inmanente, en el único mundo que les es patente. La Ciudad de Dios no puede ser una ciudad situada en un mundo de cuya existencia no se tiene seguridad alguna; la Ciudad de Dios, la ciudad en la cual todos los hombres pueden ser felices, debe ser una ciudad puesta en la Tierra. Desde el Renacimiento, el hombre moderno había tratado de situar la nueva Ciudad de Dios en la tierra; esto es lo que se intentó en las grandes utopías que se escribieron, como la de Moro, Campanella o Bacon.

Los filósofos del siglo XVIII continuaron poniendo la Ciudad de Dios en la tierra: en los países orientales o en América. La felicidad estaba en estos remotos pero alcanzables lugares, no estaba en un mundo ajeno a la experiencia humana. La Ciudad de Dios del Cristianismo, era una mala treta que se había jugado a los muertos para fastidiar a los vivos. El Cristianismo había juzgado a la historia desde el punto de vista de los intereses de los clérigos; la historia no venía sino a justificar los intereses de este grupo de hombres. Los filósofos del XVIII venían ahora a ofrecer a los hombres la verdadera felicidad; para esto era menester mostrar a estos hombres cómo los clérigos habían mal interpretado la historia para justificar sus intereses. Los países no cristianos como los de Oriente o de América eran la mejor prueba de la falsedad de la interpretación cristiana de la historia. Los hombres que vivían en estos países eran felices, para nada habían necesitado del Dios cristiano. Sus leyes, sus costumbres, sus ciudades eran modelos de orden y seguridad, del orden y seguridad que todo hombre necesita para ser feliz. Estos hombres vivían de acuerdo con la Naturaleza, sus leyes eran las únicas que seguían, por esta razón eran felices. Eran éstos los modelos que habían de seguirse si se quería que los hombres fueran felices. Había que destruir la falsa Ciudad de Dios del Cristianismo, y levantar una nueva Ciudad. La tarea que se asignaron los hombres del XVIII fué por un lado de carácter demoledor y por otro constructor; se destruía una ciudad y se levantaba otra.

En esta tarea de destrucción y de construcción, los filósofos del XVIII se sirvieron de la historia. Queriendo destruir lo que considera-

ban una mala treta histórica, estaban a su vez jugando una nueva treta. Por medio de esta nueva treta, los filósofos del XVIII iban a justificar sus propios ideales y con ellos los intereses de su época. Para justificar los ideales del Cristianismo, San Agustín, había dividido la historia en dos grandes fases: una, la pagana, denominada por la soberbia, la cual había dado origen a la Ciudad de las tinieblas, la ciudad del pecado capital como lo era la soberbia. La otra fase empezaba con el Cristianismo; esta tenía como base la humildad, la fe y la confianza en Dios o en su representante la Iglesia. La Iglesia era la Ciudad de Dios, la felicidad se alcanzaría en esta ciudad. Las tinieblas las formaban los no cristianos; la luz estaba en lo cristiano. Esto era lo que los filósofos del XVIII consideraban como una mala treta jugada a los muertos. Estos filósofos jugarían a su vez una treta más.

Los filósofos del XVIII hacen su propia interpretación de la historia. Va a ser también una lucha entre la luz y las tinieblas, una lucha entre la Ciudad de la Luz y la Ciudad de las Tinieblas; pero en esta ocasión la Ciudad de la Luz será aquella que se apoye en la razón. Toda la historia justificará a la razón y al sentido común. En cambio, la Edad Media, la Edad propiamente llamada cristiana, será la edad de las sombras, de las tinieblas. La desvaloración de esta edad ha llegado hasta nuestros días. La Edad de Oro, la Edad de plena Luz, será la de la época de Pericles; luego las sombras invadirán la historia, no se volverá a ver la luz sino hasta el Renacimiento. Los filósofos se dedicaron a condenar a los malos tiempos, a los remanentes de esa época de tinieblas. "*Los malos tiempos que era preciso condenar como contrarios a la razón y al sentido común, eran obviamente aquellas mismas edades sombrías de ignorancia y tiranía en que la filosofía cristiana ejercía autoridad indiscutida; y no eran menester prolijas investigaciones para descubrir las eras felices de la humanidad, que iba a ser posible erigir en instructivo y espléndido contraste con la zona sombría de la Edad Media*".

La labor de estos filósofos fué la de demostrar que la humanidad había sido engañada y traicionada por falsas ideas y doctrinas; tenían que destruir esto que consideraban un engaño hecho a la naturaleza del hombre. La interpretación cristiana de la historia había sido una interpretación contraria a los intereses del hombre, porque iba contra la naturaleza de éste. Había pues que ofrecer una nueva versión de la historia, una versión en la que se demostrase la falsedad de la interpretación cristiana, y la verdad de los principios del siglo de las luces. La

historia nueva tuvo como función la de "*distinguir, a lo que no acertaba la razón abstracta, entre lo naturalmente bueno y lo naturalmente malo, entre las costumbres adecuadas y las inadecuadas a la naturaleza del hombre. La experiencia humana confirmaría el veredicto de la razón, esto es, que la filosofía cristiana y los infames elementos que la apoyaban eran enemigos del bienestar de la humanidad*". Las historias que se escribieron en esta época tuvieron como meta esta demostración.

Pero esto no era bastante, ya se ha dicho que no bastaba destruir, sino que además tenían que construir. La interpretación cristiana de la historia quedaba demostrada como una mala treta que no podía conducir a felicidad alguna. Ahora había que demostrar que la interpretación que los filósofos hacían de la historia no era simplemente destructiva, sino que conducía a lo que el hombre de todas las épocas ha deseado, la felicidad. La Ciudad de la felicidad no estaba en otro mundo, cierto, pero lo grave era que tampoco estaba en éste. En alguna parte tenía que estar esta Ciudad; el hombre necesita de esta Ciudad, porque sin el estímulo que presta el poder alcanzar la felicidad no hay vida humana posible. Los filósofos de XVIII tenían ante sí un grave problema: construir una nueva Utopía una vez destruída la Utopía celeste. El nuevo cielo había de quedar dentro de los límites de la vida terrena, y tenía que ser así, porque se había demostrado que el fin de la vida del hombre era la vida misma. "*Pero si había que desmantelar el cielo empírico para reconquistarlo en la tierra* —dice Becker—, *parecía como que la salvación de la humanidad debería ser conseguida, no por alguna agencia exterior, milagrosa, catastrófica (Dios o el filósofo rey), sino por el hombre mismo, por el mejoramiento progresivo debido a los esfuerzos de sucesivas generaciones; y para tal empresa cooperativa la posteridad era de innegable servicio: ella completaría lo que pasado y presente habían empezado*". La Utopía quedó puesta en la palabra *Progreso*. La felicidad seguía estando en el futuro, pero en una futuro terrenal, la felicidad se realizaría en la tierra. Todo cuanto el hombre había hecho, hacía o hiciera, estaba encaminado a hacer feliz al Hombre. Poco sabían de este Hombre que iba a alcanzar la felicidad; pero no importaba, los hombres se sentían felices al saber que en el futuro se alcanzaría la felicidad gracias al creciente esfuerzo que cada uno de ellos desarrollaba. "*Substituyeron el amor de Dios por el amor de la humanidad; la expiación encomendada por la perfectibilidad del hombre mediante sus propios esfuerzos, y la esperanza de la inmortalidad en otro mundo por la esperanza de vivir en la memoria de las*

generaciones futuras". Fué esta la treta que los filósofos del siglo XVIII jugaron, no a los muertos, sino a los vivos. Es en nuestros días que se vuelve juzgar a la historia para remediar la mala treta que nos fué jugada, acaso para que a nuestra vez se la juguemos a los hombres del futuro.

Leopoldo ZEA.

Dimensión Imaginaria

TERCER CANTICO

Por *Jorge GUILLEN*

LOS BALCONES DEL ORIENTE

Mas apenas comenzó a descubrirse el
día por los balcones del Oriente...
CERVANTES

MADRUGADA.
Emerge contra la nada
Luchando el ser — de mal ceño.
Se embrollan entre dos luces
Torpes cruces
Del amanecer y el sueño.

Amanece
Turbio.
¿Todo resurge en suburbio,
En un martes, en un trece?

Puerta de vinos. ¡Tan pobre,
Sorprendida
Por la vida!
Sonará ya el retintín
De algún cobre
Sobre
Tanta lámina de zinc,
Que al madrugador conforta.
¡No es tan corta
Para un hombre esa jornada
De lucha contra la nada!

A deshora,
Noche en ventana. Bombilla
Vela humilde: calderilla
De la luz trabajadora.
¿Y la aurora? ¿Dónde mora
La doncella que es Aurora?

Con una luz casi fea,
El sol —triste
De afrontar una jornada
Tan burlada—
Principia mal su tarea.
Y tanta sombra persiste
Que la luz se siente rea
De traición al nuevo día.
¿Quién se fía
De este sol de barrio aparte,
Si con ninguna alegría
Nada universal reparte?

Valla. Solar. Campos viejos
En espera
De un amor que los ahonde.
Siempre aurora es primavera
Que jamás está muy lejos.
Pero ¿dónde?

Anuncios. A los carteles,
Por estos barrios, se les
Destiñe el color: olvido
Ya dulcemente llovido
Sobre Ayer.
¡Es tan corta

Para el mundo una jornada!
Mas no importa.
Luchará contra la nada
Todo el ser.

Amanece
Turbio.
¿Todo resurge en suburbio,
En un martes, en un trece?

Tejados. Queda evidente
La pizarra pavonada:
Terso gris,
Aunque insidioso el relente.
¿Siempre la vida en un tris?
Lucha el ser contra la nada.

SABOR A VIDA

HAY ya cielo por el aire
Que se respira.
Respiro, floto en venturas,
Por alegrías.

Las alegrías de un hombre
Se ahondan fuera esparcidas.
Yo soy feliz en los árboles,
En el calor, en la umbría.

¿Aventuras? No las caza
Mi cacería.
Tengo con el mismo sol
La eterna cita.

¡Actualidad! Tan fugaz
En su cogollo y su miga,
Regala a mi lentitud
El sumo sabor a vida.

¡Lenta el alma, lentos pasos
En compañía!
¡La gloria posible nunca,
Nunca abolida!

CABALLOS EN EL AIRE

(CINEMATOGRAFO)

CABALLOS.
Lentísimos partiendo y ya en el aire,
¿Van a volar tal vez?

La atmósfera se agrisa.
¡Cuánto más resistente
Su espesura más gris!
Con lentitud y precaución de tacto
Las patas se despliegan
Avanzando a través

De una tarde de luna.
Muy firme la cabeza pero sorda,
Más y más retraída a su silencio,
Las crines siempre inmóviles
Y muy tendido el lomo,
Los caballos ascienden.
¿Vuelan tal vez sin un temblor de ala
Por un aire de luna?
Y sin contacto con la tierra torpe,
Las patas a compás
—¿Dentro de qué armonía?—
Se ciernen celestiales,
A fuerza de abandono misteriosas
¿O a fuerza de cuidado?

Inútiles, se entregan los jinetes
—¿Para qué ya las bridas?—
A las monturas suaves y sonámbulas,
Que a una atracción de oscuridad cediendo
Se inclinan otra vez hacia la tierra,
Sólo por fin rozada
Sin romper el prodigio,
Rebotando, volando a la amplitud
Sin cesar fascinante.

Avanzan y no miran los caballos.
Y un caballo tropieza.
¡Con qué sinuosidad de cortesía
Roza, cae, se dobla,
Se doblega a lo oscuro,
Se tiende en su silencio!
Hay más blanco en los ojos.
Más aceradamente se difunden

Los grises
Sobre el inmóvil estupor del mundo.
Las manchas de gentío
Se borran
Tras vallados penosos
Con su oscura torpeza de rumores.
Los caballos ascienden, bajan, pisan,
Pisan un punto, parten,
A ciegas tan certeros,
Más sordos cada vez, flotantes, leves,
Pasando, resbalando.
¡Qué ajuste sideral
De grises,
Qué tino de fantasmas
Para llegar a ser
Autómatas de cielo,
Espíritus — estrellas en su trance
Seguro sin premura!

¿Sin premura de fondo?
Esta pasión de lentitud ahora
¿No es todavía rápida,
No fué ya rapidez?
Rapidez en segundos manifiesta:
Visibles y tangibles,
Desmenuzan el vértigo
De antes
En aquel interior de torbellino:
Corpúsculos, segundos, arenisca
De la más lenta realidad compacta.

¡Gracia de este recóndito sosiego!
El animal se cierne,
Espíritu por fin,



VAN GOGH. Noche estrellada.



Cabeza de caballo en la constelación de Orión.

Sobre praderas fáciles.
¡Allá abajo el obstáculo
Sobre el suelo de sombra!
Silencio. Los rumores del gentío
Por entre las cornisas y las ramas
Desaparecerán,
Callarán los insectos entre hierbas
Enormes,
Y follajes de hierro
Se habrán forjado a solas.
Alguna flor allí
Revelará sus pétalos en grande.

¡Qué lentitud en ser!
Corred, corred, caballos.
Implacable, finísima,
La calma permanece.
¡Cuántas fieles ayudas primorosas
A espaldas de la prisa!
Envolviendo en su gris
Discurre la paciencia
Por entre los corpúsculos del orbe,
Y con su red se extiende
Sobre las lentas zonas resguardadas.
Entre una muchedumbre de segundos
Se ocultan, aparecen
Los cuerpos estelares
—Y esos caballos solos,
Arriba solos sobre el panorama.
¡Cascos apenas, leves y pulidos
Pedruscos!

Entre los cielos van
Caballos estelares.
¿Caballos?

BARROCO DE INDIAS

Por *Mariano* PICON-SALAS

No hay una época de complicación y contradicción interior más variada que la del Barroco, especialmente la del Barroco hispánico, ya que un intenso momento de la cultura española se asocia de modo principalísimo a esa voluntad de enrevesamiento, de vitalismo en extrema tensión y, al mismo tiempo, de fuga de lo concreto, de audacísima modernidad en la forma y de extrema vejez en el contenido, superposición y simultaneidad de síntomas que se nombra, también, de un modo misterioso: "Barroco". No basta en el estilo barroco aislar el rasgo individual: decir, por ejemplo, con Jacobo Burchkhardt que es la "arquitectura que se pone a hacer contorsiones", el muro que se puebla de gestos, hace grima al espectador y le aleja de la visión tranquila que ofreciera la construcción griega o renacentista; ni que es un estilo dinámico, multiplicativo, en contraste con el estilo estático, aditivo, del Arte clásico; que es lo "pintoresco" en contraste con lo "lineal" como se determina en las categorías enunciadas por Wölflin y que ello en Literatura significa oscuridad y primor difícil, frente a la diafanidad y sencillez del opuesto estilo clásico. Todo esto son expresiones de una complejidad más hermética. El Barroco que parece un poco juguetón, sensual y asoleado en las iglesias de Nápoles y en las fuentes de Bernini; que en Austria y en la Europa Central, es, por excelencia, arte nobiliario y cortesano, arte de palacios y jardines o énfasis retórico de los jesuítas que celebran sus triunfos políticos y su influencia ante los príncipes levantando cúpulas doradas, se convierte en el suelo español en estilo nacional; es anti-Renacimiento y anti-Europa en cuanto España estaba negando o planteando de otra manera aquellos valores de

la conciencia moderna. Aun diríase que pasando por sobre la lección renacentista, España vuelve a desarrollar bajo el impulso barroco ciertas formas todavía potenciales de la Edad Media: ciertos emblemas caballerescos, cierto solazamiento en la muerte, cierto plebeyismo exuberante como el que ofreciera tres siglos antes el Arcipreste. Caballería un poco degenerada y grosería sin velo, o casi preciosismo de la grosería —como ocurre a veces en el arte de Quevedo—; empaque y ceremonia altisonante y burla cruel, sumo respeto y sumo desenfado, coexisten en esa época que no conoce el término medio, que no logra nunca la "sofrosine". En Hispano América el problema presenta nuevas metamorfosis, debido al aditamento de un medio más primitivo, a la influencia híbrida que en la obra cultural produce el choque de las razas y la acción violenta del trasplante.

Entre las cosas que faltan por hacer, para entender todo este cuerpo de fenómenos, es una Historia completa de la Cultura hispánica. Por miopía o limitación, españoles e hispanoamericanos, hemos preferido estudiar nuestra propia provincia. Alguna vez Menéndez Pelayo dirigió una mirada paternal, de gran consejero, a la Cultura de Hispano América y escribió, por ejemplo, con gran acierto en algunos capítulos, con prisa en otros, la Historia de nuestra poesía, pero a pesar de su gran talento y extraordinaria intuición no pudo perder cierta actitud de preceptista que aspiraba no sólo a explicar sino a corregir, también, las faltas de sus alumnos ultramarinos. En un caso históricamente tan interesante como el de Sor Juana Inés de la Cruz, Menéndez Pelayo atiende más a la corrección retórica que al fenómeno histórico. Y aun pudiera decirse que leyó con no disimulado apresuramiento. En otros estudios españoles se acentúa la limitación regional; apenas se detienen en los problemas de su propia Cultura en América cuando se trata de un esporádico y gran huésped de la Corte, como un Ruiz de Alarcón o un Rubén Darío. También, por el doble prejuicio —liberal o conservador— pero igualmente negativo, de estar contra España en una forma de nacionalismo adolescente, o de idealizarla con opuesto espíritu colonialista, los his-

panoamericanos no hemos penetrado todavía suficientemente en estos problemas de nuestro origen. La época colonial —y especialmente el período barroco que no ofrece al historiador la abundante historia externa de los días de la Conquista; que contiene como una verdad soterrada que requiere más fina pupila psicológica para descubrirla, es el más desconocido e incomprendido en todo nuestro proceso cultural histórico. Sin embargo, fué uno de los elementos más prolongadamente arraigados en la tradición de nuestra cultura. A pesar de casi dos siglos de Enciclopedismo y de crítica moderna, los hispanoamericanos no nos evadimos aún, enteramente, del laberinto barroco. Pesa en nuestra sensibilidad estética y en muchas formas complicadas de psicología colectiva.

EL BARROCO EN LA PERSPECTIVA HISTORICA

DESDE cierto punto de vista (piénsese por un momento en la zarabanda infernal de los SUEÑOS de Quevedo, en la riqueza de descripciones sensoriales, aun de las más íntimas y groseras, en que fué maestra la Picaresca española) el Barroco se nos presenta como una época de extraordinaria vitalidad. Por gusto de la vitalidad, por afirmación de exuberancia, es tiempo de hipérbole y de superlativo. *Inundación será la de mi canto,* dice Quevedo en un verso famoso de su conocida Epístola. Es decir, que no basta cantar con el límite normal de la voz humana, porque que se quiere ser supervoz, torrente. Esta actitud psicológica se traduce, naturalmente, en una excesiva individualización estilística. No basta el lenguaje común porque se necesita en el concepto o la palabra, de lo excepcional o altamente individualizado. Quevedo puede ser el ejemplo más completo de ese mundo de sensaciones, ese *querer más,* que desplaza la época. No importa tanto en ese planteamiento general del problema, la académica distinción entre "conceptismo" y "culteranismo". Quevedo y Góngora, que no se quisieron y mutuamente se negaron, coinciden en la intención fundamental aunque uno haya empleado la oscura agua fuerte de su prosa, los tonos más

pardos y sombríos del alma castellana, y el otro una poesía más musical y pictórica, a la vez, y los colores más claros y luminosos del paisaje andaluz, morisco o mediterráneo. Con el mundo interior y la idealización de lo feo en el uno, y con los elementos más externos y mitológicos del otro, ambos coinciden en la fuerza del *pathos*. En los versos de Góngora, como en las páginas de Quevedo, la literatura quiere ser algo más que Literatura, y parece invadir en su deseo de sensación completa, el campo de las demás artes. No otro sentido tienen algunos de los famosos hiperbátones gongorinos. *El fresco de los céfiros ruido* parece con su agrupación de palabras que susurran como una brisa vespertina en el bosque, una frase de cantata, así como aquel otro hipérbaton: *El denso de los árboles celaje* es ni más ni menos que una pincelada; es, en la perfecta fusión del claro-obscuro, un fragmento de pintura barroca. Parece imposible lograr un conjunto de impresiones sensoriales más variadas, en las que ya no sólo participan la vista y el oído, sino también el olfato, el tacto y el gusto como en este maravilloso fragmento de Góngora, en que junto con el deleite dijérase que en el último verso se siente hasta la revulsión por la excesiva miel del panal:

Sudando néctar, lambicando olores
. . . .
cuyos enjambres, o el abril los abra
o los desate el mayo, ámbar destilan
y en ruecas de oro rayos del sol hilan.

Melificar el sol, enhebrarlo como un panal y acercárnoslo no sólo en sensación óptica, sino hasta en sensación gustativa, he aquí una extraordinaria metamorfosis barroca. Cuando la realidad material es pobre —ha observado muy bien Dámaso Alonso— y no hay posibilidad de extraerle más sensaciones, entonces se produce una metamorfosis a la inversa: se le trata irrealmente o se le aleja en el mito. ¿Qué alabanza decir, por ejemplo, a un príncipe heredero que todavía no perfila su personalidad de modo sobresaliente, sin caer en la ceremonia o en el trivial adulo cortesano? Góngora —observa Alonso— dirá al

Príncipe, que será después de Felipe III: *Propicio albor del Héspero luciente.* La vaguedad del elogio queda salvada por lo peregrino de la expresión. En el mundo metafórico de la poesía de Góngora, el Viento que va a precipitarse en las hojas puede parecerse a Júpiter cuando bajó hasta Leda. Sobre las rosas que lo aguardan, el Viento desciende

purpúreas alas, si lascivo aliento.

Pero decir que el Barroco fué desde el punto de vista estético una época de frenesí vital, de *querer más,* no aclara todo el problema histórico. También el Renacimiento fué poderosamente vitalista. Además estuvo libre de esa impresión de desaliento y desmayo, el típico desengaño español, tan característico de la cultura hispánica del siglo XVII. Pero, a diferencia del Barroco, el vitalismo renacentista busca siempre un canon o un arquetipo. La *demasía,* ese orgullo y conciencia de poder del Renacimiento, se cumple en el plano de una inteligencia ordenadora. Para todo hubo un canon, un estilo: para la arquitectura (Vitrubio, Vignola), para la vida civil (Alberti, Palmieri), para el trato cortesano (Baltazar de Castiglione). Prevaleció, asimismo, en el Renacimiento, una concepción universalista de la Cultura que adquiere su lenguaje internacional en el Latín de los humanistas. La proeza del espíritu consistía no en la soledad fantástica que exaltará el Barroco, sino en acercarse a un modelo ideal de belleza y de conducta como el que ofrecía, por ejemplo, la Filosofía platónica. Metafóricamente podemos decir que el Renacimiento fué una época de diálogo, de convivio, mientras que en el Barroco hispano prevaleció el monólogo; el monólogo de Segismundo. ¿Qué otra cosa sino una serie de monólogos que se niegan y se contrastan unos a otros, es la Literatura española del siglo XVII? Segismundo en su cárcel con las superpuestas imágenes de la realidad y del sueño que no puede separar, es el símbolo crepuscular de la época. Segismundo parece la prefiguración de aquel desvalido, trasnochado y asustado Rey Carlos, con el que habrá de terminar lo poco que quedaba de grandeza histórica española. A diferencia del Renacimiento, el vitalismo barroco ha de terminar negan-



Ilustración del indio paraguayo JUAN YAPARI para la edición guaraní de *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*. Misiones jesuítas del Litoral, 1705.



Búcaros mexicanos del siglo XVII.

do la vida; señalando las diferencias entre "lo temporal y lo eterno". Es un hecho de significativo interés para la historia de la cultura hispanoamericana saber que aquel desengañado libro del Padre Nieremberg se les leía, traducido al Guaraní, a los indios del Paraguay, y fué uno de los primeros que imprimieron y decoraron con grabados, al alcance de la mentalidad indígena, los misioneros jesuítas.

Hay otra circunstancia que marca la diferencia esencial entre lo Barroco y lo Renacentista: la represión espiritual que se produce singularmente en Italia y en España a causa de la Contrarreforma y cuyo influjo directo sobre el "marinismo" y las formas enrevesadas del 1600 italiano ya determinara maravillosamente, en el siglo XIX, Francesco de Sanctis. Hacía notar Sanctis que en el momento en que se restablece la Inquisición en Italia, el último humanismo del Renacimiento pierde todo su contenido y cae en la fórmula más amanerada. Como ya no puede expresar verdades nuevas, como el movimiento científico se estanca, la Literatura —dice Sanctis— se "hace espectáculo vocalizado, absoluto ocio interno". La forma es críptica, sumamente trabajada y enrevesada por dos razones: porque no se tiene nada qué decir o no se quiere decir, o porque hay que precaverse de todo peligro en la más compleja red de las formas. La Literatura, librándose de todo contenido útil o racional, parece constituirse como un arte de la palabra autónoma. Todo se sacrifica a la musicalidad y extrañeza. Ha llegado la época de los *concetti preziozi*, del *primor difícil*. Entre la realidad y el arte se vuelve a interponer la alegoría no tanto en el sentido dualista de separación de dos mundos, ideal y real, en que la empleara la Edad Media, sino para alumbrar con una luz nueva más artificial o expresionista —diríamos hoy— el campo de la realidad. Se ha roto la concordia entre sensibilidad y razón que conociera el Renacimiento. Al nuevo arte de la alegoría sirve en la Literatura española la resurrección del emblema. Gracián determina muy bien ese valor superrealista de lo emblemático: "Son esos conceptos —dice el genial aragonés— unos agudísi-

mos sofismas para declarar con una extravagante exageración el sentimiento del alma". Extravagante exageración, ¿no está definido de ese modo el vitalismo barroco? Son tan necesarias en la época tales metáforas y emblemas que Juan de Horozco y Covarrubias publica para servir a la gran demanda, su ARTE NUEVO DE PROPAGAR IDEAS POR LA IMAGEN. Ya el arte más esmerado de los grabadores —como lo ha notado Pfandl— colabora con el autor, en esta técnica del emblema. La misma tendencia prevalece, por ejemplo, en las fiestas públicas; y para la Historia de nuestra cultura colonial americana han tenido cierta importancia algunas de esas fiestas como la celebrada en Lima en 1627 con motivo del nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos, que encontró su minucioso cronista en el poeta Rodrigo de Carvajal y Robles. En el cortejo de carnaval mitológico —es frase de Ventura García Calderón—, que en una festividad como esa recorre la calles de Lima: "cocodrilos tirados por mulas revestidas de pieles de unicornio; ballenas, astrólogos, Polifemo con su ojo inmenso, Ganimedes y Eneas, Jason en busca del vellocino, Saturno llevando un reloj de arena en la mano, Marte; aparece, también, un carro de Apolo, y en él —dato de extraordinario interés—, puesto que estamos en 1627 y ya se observaba la imperial fama del gran poeta—, en él, simbolizado, don Luis de Góngora. Que ya las gentes coloniales lo pusieron en el carro de Apolo, al lado de Hòmero y de Virgilio y a poquísimos meses de su muerte, es un indicio de cómo la estética literaria que se personificara en Góngora penetraba muy tempranamente hasta en el lejanísimo Perú.

Si el emblema, el alegorismo y el lenguaje cultista es una de las máscaras de la represión barroca, la encendida vitalidad de la época estalla también, por contraste, en burla, crueldad o grosería. Conviven, así, curiosamente identificados el formulismo más sutil y ceremonioso y toda la violencia del realismo español. Extrañas e incomprensibles para nuestra sensibilidad de hoy parecen ciertas formas de la burla cruel de entonces como, por ejemplo, las que debió sufrir el genial y desventurado Ruiz de Alarcón. Nunca el trato literario llegó a mayor bajeza. La

sátira enconada en que fué fecundísimo Quevedo, muchos de los sonetos de circunstancias de Góngora; la maledicencia y la intriga que se cuela aún en el estilo oficial de los documentos coloniales, la continua y solapada querella de los conventos y de las órdenes religiosas que en América llega a los límites del escándalo, son formas típicas de entonces. Y hasta una monja como Sor Juana Inés de la Cruz puede escribir sonetos de burla o de pie forzado, como aquellos en que no ahorra la palabra mal oliente o enumera al fin de cada verso una serie de vocablos relacionados con el acto de la digestión :"refocilo", "regodeo", "regüilo", "tufo", "atufo", "bofe", etcétera.

La Filosofía escolástica, renovada por Suárez y los teólogos de Salamanca y Alcalá de Henares, convertida en la Filosofía beligerante de la Contrarreforma, sirve de bastión a las nuevas corrientes de empirismo, Ciencia Natural y razón crítica que empiezan a soplar de Europa. Será mucho más que un sistema filosófico un sistema de vida, un estilo ético, un canevá donde debe bordarse todo lo que el hombre de la época quiere expresar. Bajo su resucitada forma medieval contiene ahora una voluntad barroca. Sirve admirablemente a la desilusión ascética de la época y sostiene, a pesar de la decadencia política, la unidad espiritual del mundo español. Junto al confiado naturalismo y el espíritu histórico que ya penetraba el pensamiento de Europa, es una filosofía *sub specie aeternitatis.* ¿A qué interesarse por los bienes del mundo cuando todo es transitorio, cuando en el símil que tanto repite Calderón la vida es apenas un teatro, el bullicioso y casi ciego mercado del mundo? Apenas en esa efímera etapa terrenal, el desvalido ser humano es un juguete de las dos tremendas fuerzas aparentemente antagónicas y, al final, coincidentes del dolor y el placer. Parecen distintas y acaso no sean sino las dos máscaras de una fuerza bifronte:

Conmigo el pesar tropieza
cuando yo el placer encuentro,
qué mucho, si es de ambos centro
la humana naturaleza?

Por eso, en medio de su gran aparejo lógico, de aquel perfecto arte del silogismo que admiraban sus contempo-

ráneos en el arte de Calderón, el escamoteo ilusionista vierte sobre el teatro una como luz nocturna, una fosforescencia mágica. No es el mundo asido con vehemencia a la tierra y libertado ya del cielo que ofreciera Shakespeare. El hombre desaparece un poco en la entidad y la abstracción. "Entidades que encuentran entre ellos un conjunto de rasgos generales descuidan los accidentes, las singularidades y anomalías para elevarse hasta el punto de convergencia común de las impulsiones y concepciones humanas", comenta muy bien uno de los más modernos intérpretes de Calderón, Lucien Paul Thomas. Y Menéndez Pelayo había dicho del mismo teatro: "enaltece los triunfos de la Religión sobre la ciencia humana y la duda, de la razón sobre la carne, del libre albedrío sobre la pasión desatada". La mayor proeza del hombre para el teatro barroco y escolástico de Calderón, no es, pues, la proeza histórica sino la proeza teológica. La Teología es la negación de la Historia en cuanto presupone la eternidad inmutable. Desde el punto de vista ético el hombre debe negar el mundo para aproximarse hasta Dios. ¿Y no hay algo de orgullo pueril y quizá hasta de comienzo de satanismo, en el deseo de innovar las cosas? ¿Es que es posible innovar en ese orden eterno de la Teología? Muy acertadamente ha observado Alejandro Korn que no hay una palabra más desdeñada en el pensamiento hispano del siglo XVII que la palabra *novedad*. Y acaso el enrevesamiento formal de la época que del campo de la Literatura invade la erudición, el discurso jurídico o la disertación teológica, no sea sino el humano y muy explicable sustitutivo contra la más peligrosa novedad: la de las ideas. Sistema de formidables defensas espirituales con que la España del siglo XVII afirmará su conciencia antimoderna.

Al tono general de su Cultura que nos imponía la Metrópoli, el medio americano agrega todas las complejidades que surgen del trasplante. Privilegio de una minoría letrada y ausente de la comprensión de las masas indígenas o mestizas, el trabajo intelectual tiene en las colonias un carácter exclusivamente críptico. Lo bizarro y lo peregrino sirven a este juego, a la vez cortesano y erudito, que entretiene los ocios de la minoría. Asentada ya

la vida en las capitales de los virreinatos, cerrado el ciclo épico de la Conquista, se superponen sobre la inmensidad semibárbara del medio americano estas formas de complejo refinamiento. La mar quieta de la existencia colonial en el siglo XVII, erguida sobre la doble plataforma del Estado paternalista y de la Iglesia fiscalizadora, disfrutando de la fácil economía natural y la barata mano de obra de las masas indígenas, apenas si se agita cuando el pirata protestante asuela las desguarnecidas costas. Los indios han perdido su Historia, los mestizos todavía no la hacen, y el acontecer histórico se localiza en un pequeño círculo blanco, todavía semiextranjero, y en el que aun no despierta la conciencia de nacionalidad.

Las formas pomposas de la Iglesia, el Estado y la Enseñanza, velan al espíritu criollo, aun informe, la visión de la realidad próxima y concreta. A diferencia de la colonización sajona del norte, el carácter urbano impuso su estilo en la colonización española del sur. En las ciudades coloniales de México, Perú o Guatemala es la Arquitectura el arte más vivo, no sólo porque el español, para vencer los viejos dioses del país, necesita oponer al antiguo esplendor un nuevo esplendor, sino porque en la obra participa profusamente la multitud indígena —que como lo han notado muy bien Noel, Guido, Uriel García, historiadores del arte sudamericano— inscribe en el lenguaje del Barroco católico español, su propia voluntad artística. Es lo que fija la blanca y misteriosa belleza no sólo de las dos grandes capitales virreinales, sino de Puebla, Oaxaca, de las internadísimas ciudades de los Andes del Perú, Ecuador y Nueva Granada—Puno, Juliaca, Huancavelica, Ibarra, Cuenca, Popayán. La Arquitectura que en México llega a su mayor plenitud monumental; la pintura cuzqueña, de fresca y deliciosa religiosidad donde la Virgen María lleva sombrero y esponjadas "polleras" de chola, y la escultura del Ecuador tan líricamente policromada, contienen la más alta expresión colectiva de entonces. En torno de esas mayores artes plásticas se agrupan otras que las completan o se les subordinan: cestería, cerámica, bordado, platería. Viejas artes aplicadas indígenas que ahora empiezan a hablar un lenguaje católico; con la anti-

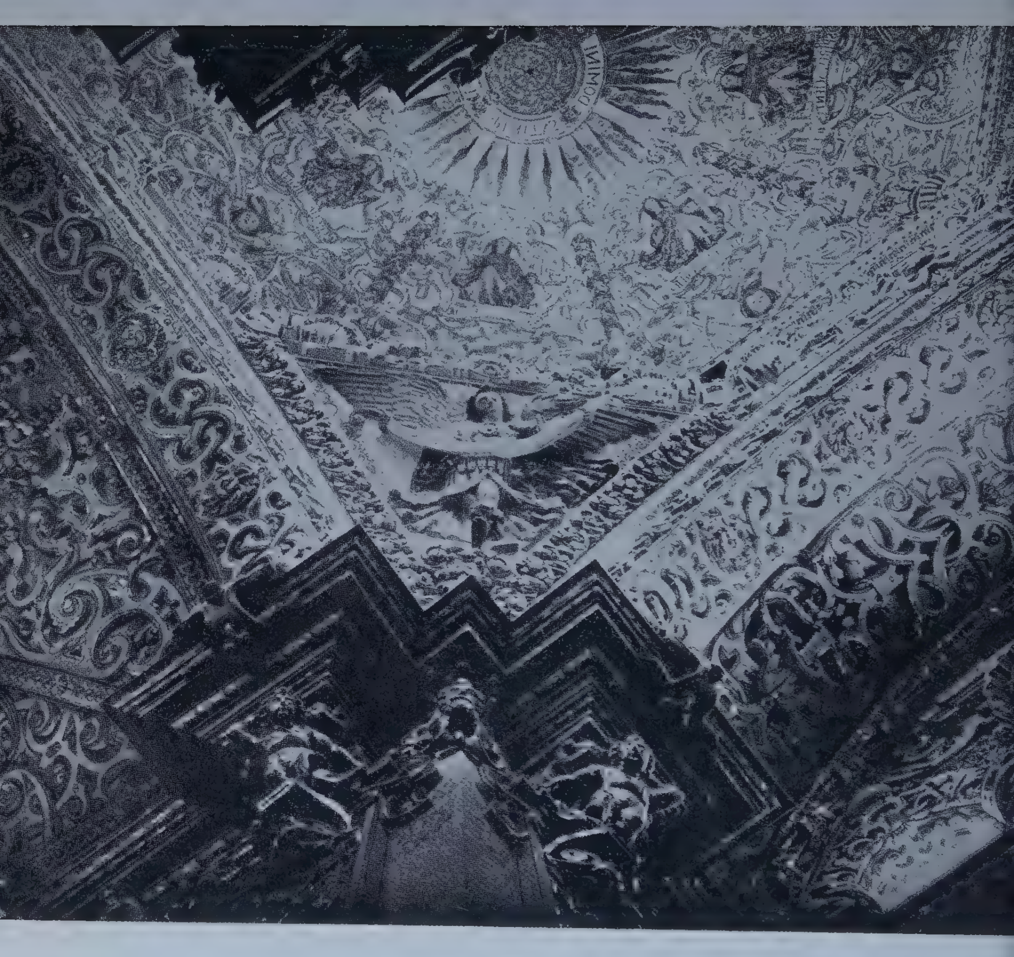
quísima técnica mexicana de la pluma, se hacen preciosos paramentos eclesiásticos, y en los calabazos y mates peruanos se graba en un coloreado y menudo estilo de miniatura, el heteróclito color de una procesión. Junto a ese carácter ya venturosamente criollizado de las artes plásticas, la Literatura resulta mucho más esotérica y ausente.

BARROCO LITERARIO DE INDIAS

La estructura del nuevo estilo comienza a advertirse en las colonias americanas al alborear el siglo XVII. Una personalidad como la de Bernardo de Balbuena, el mayor poeta hispanoindiano de este período, marca la frontera precisa entre una Literatura, principalmente activa, rica de hechos y de acción como había sido la del siglo de la Conquista y otra en que la acción abre paso a la contemplación, el contenido a la forma; típica Literatura de una sociedad que se ha hecho más sedentaria y urbana, que valoriza más el colorido, la musicalidad o la agudeza. El amable abad de Jamaica y Obispo de Puerto Rico, el dilatado autor de la Grandeza mexicana y del Bernardo es como un Aristo tropical que quiere llevar a sus extremos límites aquel arte colorista y descriptivo donde la línea épica se rompe en la vaguedad lírica, que había nacido con el autor del Orlando Furioso. Como un prejuicio de la Retórica aristotélica que había exaltado el Renacimiento, la Epopeya conservaba, todavía, su primacía entre los otros géneros poéticos, pero se había perdido ya el aliento que la animaba. Con espíritu lírico se hacen ahora poemas épicos. En la Literatura criolla observamos esta decadencia interna de la epopeya cuando se pasa de los cuadros dramáticos de La Araucana al mundo más idílico que guerrero de El Arauco Domado, de Pedro de Oña. Mientras que La Araucana es el testimonio directo de un soldado que sabe además mucha Retórica, la obra de Oña es un trabajo de encargo donde el lirismo del poeta se evade, frecuentemente, de la narración guerrera. Ahora en el arte de Balbuena encontramos en franco contraste con Ercilla, ya no un arte de grandes conjuntos, con tema cen-



Portada de la Catedral de Zacatecas. Siglo XVII.



Capilla del Rosario del Convento de Sto. Domingo de Puebla.

tral y unidad narrativa, sino una preferencia por el detalle pintoresco. El deleite y embelesamiento en el color destruye en la obra del autor de la GRANDEZA MEXICANA la unidad de construcción y línea. Sobresaliendo como ampulosa moldura del marco de la narración, el ornamento y la palabra quieren liberarse. Las hazañas de Bernardo del Carpio o la animada vida de las calles, plazas y mercados mexicanos, no son sino un amable pretexto para pintar. El vocablo quiere oler como una especie oriental o brillar como un tesoro mítico. "Perlas, aljófar, plata, oro, coral, incienso, canela, clavo fino, cínamo" son palabras que se repiten con inusitada frecuencia en el lenguaje de Balbuena. Su pupila —ya lo advirtió Quintana— es una pupila tan voraz que no elige lo que capta y trasmite con igual deleite descriptivo todo lo que ve: fenómenos naturales, frutos, edificios, sistemas teológicos, animales, utensilios, blasones. El ya es uno de los creadores de esa Geografía fabulosa, tan típica del barroco español. Mucho antes de los románticos, los españoles del siglo XVII habían emprendido esta pintoresca fuga espacial. Y si Balbuena canta a México es un poco —porque aparte del típico color mexicano—, en México comienza ya a sentirse el lejano oriente; a México llega la nao de Filipinas. México es precisamente, al alborear del siglo XVII, el meridiano por donde se cruzan y adonde irradian las más extrañas geografías:

La plata del Perú, de Chile el oro,
viene a parar aquí; de Terrenate
clavo fino y canela de Tidoro:

De Cambray telas, de Quinsay rescate,
de Sicilia coral, de Siria nardo,
de Arabia inciensos y de Ormuz granate.

De la Antigüedad clásica se prefiere en ese momento de la Cultura ya no a Horacio y Virgilio —como unos años antes—, sino al perfumado Ovidio. ¿No fué Ovidio, a su manera, el más barroco de los poetas romanos, quien a la misión histórica y religiosa de un Virgilio opone su arte de alcoba, su preciosismo sin contenido? Una de las personalidades más humanamente atrayentes de la vida litera-

ria americana de esos días, el simpatiquísimo Diego Mexía de Fernangil con cuyas aventuras se podría componer la más deliciosa novela, anda por el contienente, entonces, en dificultosos viajes, interrumpidos de naufragios, de desastrosos tratos comerciales o como él mismo dice de "caminos ásperos, lodos y páramos muchos, ríos peligrosos, pueblos mal proveídos, cocoliste y pestilencia general", traduciendo a Ovidio. De la desventura de su embarcación, destruída en un puerto de Sonsonate, se consuela durante el largo viaje terrestre a México, con la lectura y traducción de las HEROIDAS. Y a Mexía que le ha enseñado a amar a Ovidio, se encomienda en nombre de "las ninfas del Sur", llamándose su "febada" la poetisa anónima del Perú, que en 1608 compone su DISCURSO EN LOOR DE LA POESÍA. En la otra poetisa anónima peruana que con el seudónimo de Amarilis escribe en 1621 la conocida epístola a Lope de Vega, abunda la misma geografía fabulosa y el exotismo colorista, tan frecuente en Balbuena. Para Lope —su BELARDO— ella quisiera este oloroso e inmenso tributo lejano:

Las dos Arabias bálsamo y olores,
Cambaya sus diamantes, Tibar oro,
Marfil Sofala, Persia su tesoro
. . . .
El Rojo mar finísimos corales,
Balajes los Ceilanes,
Aloe precioso Sarnaos y Campanes,
Rubíes Pegubamba, y Nubia algalia,
Ametistes Rarsinga,
y Prósperos sucesos Acidalia.

Como años antes a Don Quijote, ahora llegaba a Lope de Vega, a través de los versos de la poetisa anónima, el mensaje de esos extraordinarios países: Sofala, Rarsinga, Pegubamba.

Así, hasta en nuestra América colonial, marcaba ya el Barroco naciente aquel anhelo de curiosidad exótica, aquella coloreada Geografía Universal que impulsaba a Góngora a hacer letrillas en portugués, a parodiar en otros el lenguaje de los esclavos africanos que comienzan a ha-

blar español, escribiendo con tres siglos de anticipación, versos que hoy nos suenan como letra de rumba. ¿No son, por ejemplo, estos versos gongorinos de 1609 una rumba prematura?

Pongamo fustana
e bailemo alegra;
que aunque samo negra,
sa hermosa tú.
Zambambú, morenica del Congo,
zambambú.
Vamo a la sagraria, prima,
veremo la procesión.

El ansia de color, exotismo y agudeza, al desvirtuar el interés del contenido literario para cifrar toda su hazaña en la forma, degenerará, es claro, cuando desprovista de toda expresión popular y social la Literatura se trueca en diversión cortesana y académica. Conventos y Universidades coloniales serán en América los grandes laboratorios de la degeneración cultista. Con sus laberintos y retruécanos, con su encrespado follaje de primores, el barroquismo invade el púlpito, las cátedras de Derecho o de Teología; cubre con su tupida vegetación de palabras las disertaciones escolásticas. Da títulos y emblemas, hasta a las obras de Derecho, Legislación o Matemáticas. LA UNIÓN DE LOS CUCHILLOS se llama la obra en que el Obispo Gaspar de Villarroel estudia las atribuciones de Iglesia y Estado de la sociedad indiana. Para su disputa con el jesuíta Kino, a propósito de los cometas y contra las viejas supersticiones astrológicas, el erudito mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora compone los títulos más estrafalarios: LIBRA ASTRONÓMICA Y FILOSÓFICA; EL BELEROFONTE MATEMÁTICO CONTRA LA QUIMERA ASTROLÓGICA.

No distingue bien el intelecto colonial del siglo XVII —al que le están vedados los nuevos métodos de racionalismo crítico y experimentación que creaba, entonces, Europa—, las fronteras exactas entre las Ciencias. La cultura es un fenómeno de superposición de noticias, más que de síntesis. El método, rigurosamente deductivo de la Escolástica, no les provee de espíritu histórico para comprender el caso particular o distinguir lo concreto más

allá del muro de fórmulas e ídolos verbales que lo esconden. Este es el caso, tan monstruosamente ejemplar, de eruditos como el mexicano Sigüenza y Góngora y el peruano Pedro Peralta y Barnuevo, los dos gigantes de sabiduría que produjera nuestra cultura barroca. De tanto leer, algo les ha llegado de la nueva ciencia europea. Pero ese contacto no es tan fecundo que destruya el marco de la antigua mentalidad. Alguna vez Sigüenza y Góngora quiere conciliar la Biblia, la Mitología griega y los dioses mexicanos. En los curiosos argumentos de uno de sus tratados, Poseidón pasaría a ser un hijo de Misraim, nieto de Cam, biznieto de Noé y progenitor de los indios del Nuevo Mundo. Reúne y describe con ejemplar devoción muchas piezas de arqueología mexicana, pero piensa que la mítica personalidad de Quetzalcoatl se confunde con la del Apóstol Santo Tomás. No con otro criterio histórico razona Peralta y Barnuevo en su indigesto cronicón de la HISTORIA DE ESPAÑA VINDICADA, hablando de los viajes de Baco a España y tratando de racionalizar todos los mitos. Empresas aun más absurdas son las de aquel extraño fraile de Guatemala, Fray Diego Sáenz de Ovecuri, que en su THOMASIADA ensaya todos los enigmas y laberintos: romances que se riman con prescindencia de una vocal, "mudos y compuestos de figuras solas que hablan" en los que parece un precursor de los modernos caligramas, o poemas encerrados dentro de una figura geométrica. Como culminación de su manía anhelaba reunir en una "esfera del verso", con un doble propósito a la vez ingenioso y pedagógico, "todas las materias lógicas, filosóficas, metafísicas, teológicas, especulativas y morales". Lo que se puede llamar la voluntad estética de la época, lo encontramos de modo significativo en el APOLOGÉTICO EN FAVOR DE GÓNGORA del letrado mestizo de El Cuzco, Juan de Espinosa Medrano, El Lunarejo, quizás la obra de crítica literaria más curiosa que produjera toda nuestra época colonial (1694). El Lunarejo que a veces escribe con un estilo digno de Gracián y dice, por ejemplo: "el bulto del libro sólo denota que tiene mucho papel. No crecen los tomos por echar hojas, sino por madurar frutos, que eso le quedó a los libros de su linaje de árboles",

desarrolla en su opúsculo de alabanza a Góngora dos ideas fundamentales: cómo el arte debe ser peregrino, es decir, diverso de la verdad común de la naturaleza, y cómo las Letras humanas se diferencian de la Teología; la belleza de lo sagrado de la belleza de lo profano. Explicando y vindicando los hiperbátones de Góngora anota, por ejemplo, que ellos son consustanciales a toda poesía, ya que hasta etimológicamente la palabra *verso* se derivó de "este revolver los términos, invertir el estilo y entreverar las voces". Observa que por medio del hipérbaton la poesía del gran cordobés logra efectos de intensidad, color y melodía que no pudieran expresarse en el estricto orden lógico. El gran mérito de Góngora a quien él llama el "gigantazo", "el divino Dédalo", estriba en que "reformó la sentencia, encrespó la elocución y sazonó las sales". En cuanto a la diferencia entre la belleza de lo sagrado y la belleza de lo profano, escribe para defender también a Góngora: "Decía el Apóstol viendo la opulencia de Sacramentos que en tiestos de vocablos sin adorno se ocultaban las escrituras sagradas: tenemos el tesoro en frágiles vasos de barro; cuando al contrario toda la majestad de las letras seculares consiste en tener los tiestos en el alma y el oropel afuera". Es decir: lo sagrado es un misterio y por ello no requiere más adorno; el Arte que como creación humana parte de "lo que es poco más que nada, de una sal, de un concepto, de un donaire o gracia", por medio de la forma se hace misterio.

PERO tal esoterismo es sólo un aspecto de la cultura de la época. El historiador que sólo observara la tendencia ornamental, el tono cortesano y formulista de la mayor parte de las obras literarias del siglo XVII, no comprendería su interna contradicción, la pasión reprimida, el verdadero drama espiritual que allí se esconde. Frente al conformismo de la Literatura oficial que elaboran las Universidades y conventos, que se adereza para las fiestas religiosas o monárquicas, a veces —como en el caso de un Juan de Caviedes en el Perú o, más ejemplarmente, en el de Sor Juana Inés de la Cruz en México—, la Colonia nos deja ver otra cara más trágica y soterrada. Una ácida rea-

lidad vital; una verdad distinta de la del arte oficialista, despunta en el humorismo sombrío de Caviedes y en el drama, a la vez orgulloso y metafísico, de Sor Juana Inés de la Cruz. Distintos en calidad y en medios expresivos, son, para mi gusto, las dos figuras más interesantes —y un tanto frustradas— de la Literatura colonial en las postrimerías del siglo XVII.

Juan de Caviedes representa la reacción de lo popular frente a lo amanerado y lo culto. Su DIENTE DEL PARNASO, en cuyas décimas se anima como en un conjunto de aguafuertes, la vida popular limeña de fines del 1600, es una típica obra de resentido. Resentido porque no goza del favor oficial, ni es personaje de la Corte ni tiene título universitario, y observa correr la vida no desde el áureo paraninfo de la Universidad ni desde los estrados de las residencias aristocráticas, sino desde su tenducho de buhonero enfermizo y sedentario, junto al río. Es un Quevedo menor y mucho más lego, menos paralogizado, también, por los símbolos eruditos, en cuyos versos parece prolongarse en América la línea desenfadada y vital de la picaresca. Como Molière, en la misma época convierte en burla sus dolores físicos, su desilusión de los malos médicos, su frustración sentimental. Es barroco no tanto en el enrevesamiento de la forma —como ingenio lego ha podido librarse de la pedantería de los catedráticos—, sino en la expresividad y la violencia de su burla, en la crudeza de su grosería, en uno como sadismo de lo desagradable. Muy española y medievalmente está obsesionado por la muerte, y la complacencia en la destrucción física, en el más sombrío desengaño vital, forma la materia de su poesía burlesca. Al redescubrir sus versos en el siglo pasado, don Ricardo Palma no viera en ellos sino la ironía y el gracejo del criollo agudo; los consideró como el exponente de cierto tipo de ingenio limeño, zumbón y repentista, pero al leérsele con mayor atención, advertimos el carácter corrosivo de su amargura. La idea —tan barroca— del mundo como un teatro, como una feria de farsantes, vestidos de trajes y personalidades falsas, desfila en su larga galería de caricaturas: médicos a caballo que conducen sus hediondas pócimas y van, lanceta en mano,

a perseguir la sangre fresca; aduladores, hipócritas, beatas, prostitutas, "caballeros chanflones" y "doctos en chafalonía". No hay en la Literatura americana una poesía más cruel, de más absoluta desilusión, donde hasta la gracia epigramática de los octosílabos acentúa la sensación de escarnio, que aquel poema de Caviedes *A la bella Arnada,* en que se describe con morbosa minucia la muerte de una prostituta en el Hospital de Lima:

Purgando estaba sus culpas
Arnada en el hospital,
que estos pecados en vida
en muerte se han de purgar
. . . .
. . . .
Los polvos que por remedio
bebiendo la pobre está,
viniéndole de sus lodos
son al revés del refrán.
En la Caridad se halla
por su mucha caridad,
que a ningún amor mendigo
negó limosna jamás.
. . . .
. . . .
Dicen que la campanilla
sin remedio se le cae
o se le raja, a los golpes
de tanto badajear.
Pero no siente esta falta
porque en sus voces tendrán
gran ganga todos los frailes,
si la tuvieran por tal.

La *demasía barroca* se hace en el arte lego de Caviedes desengaño definitivo e insalvable conflicto vital. La risa ante las cosas más íntimas o más cargadas de angustia —la enfermedad o la muerte— es otra máscara del total desprecio del mundo. Se menosprecia al mundo justamente en las dos formas antitéticas que conoció la cultura de la época: ascetismo y sátira. Un Quevedo, por ejemplo, había conciliado en su personalidad estas formas extremas.

En Caviedes, el descenso a lo humano no conoce los límites de la repugnancia y el asco. Y muy pocos poetas de hoy —aun los de "subconsciente" más liberado— se atreverían a estampar en sus versos expresiones de tan cargada grosería como las de este poeta limeño de fines del siglo XVII. Léase completo su poema *A la bella Arnada,* sus décimas *Al Doctor Corcobado,* los versos *Al Doctor Machuca* o *A un Doctor de Anteojos.*

En la obra de Sor Juana Inés de la Cruz parece producirse, como en ninguna otra, una extraña confluencia de todos los valores y los enigmas del siglo barroco. La precoz escolar mexicana que a los dieciséis años pasma por su erudición a los sabios del Virreinato y muy barrocamente es examinada en cenáculo solemne sobre las más variadas y rebuscadas cosas, "y se deshacía de las preguntas —dice un comentarista contemporáneo— como se deshiciera un galeón real de unas chalupas que le embistieran", pagó tributo a todos los laberintos y complicaciones formales de su tiempo; escribió versos de ocasión para fiestas cortesanas, autos sacramentales, villancicos, ensayos de metros nuevos, ensaladillas, jeroglíficos; celebró la entrada de un Virrey con un barroquísimo *Neptuno alegórico, océano de colores y simulacro político* y, sin embargo, logró expresar en medio de la degeneración estética de entonces uno de los acentos más personales y más poblados de fascinación de toda la poesía americana. Filosofía escolástica, Música y Matemática, análisis psicológico sutilísimo de la Teología jesuíta de la época, son elementos que están incorporados al barroco contenido de su poesía. Y un tremendo drama de represión y de desengaño que no se evade por el camino de la burla mordaz y el realismo tétrico como en Caviedes, sino que parece defenderse tras de una orgullosa coraza lógica y metafísica. En pocas obras como la suya la poesía criolla fué más intelectualista. Las angustiosas razones de su corazón quiere devolvérnoslas ordenadas como silogismos. En el drama de la vida está como la Casandra de uno de sus poemas, alzando el orgulloso llamado del entendimiento, de la percepción

clara, contra el sueño confuso y más arrobador de los sentidos:

A Casandra, su fiereza
buscó y, con modos tiranos,
ató a la razón las manos
que era del alma princesa.
En prisiones su belleza,
de soldados atrevidos,
lamenta los no creídos
desastres que adivinó,
pues por más voces que dió
no la oyeron los sentidos.

Este orgullo y este renunciamiento no se logra sin la autodestrucción vital, y en poquísimos versos auténticamente líricos que en ella se contrastan con los versos lógicos, podemos medir el dolor de lo frustrado:

Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos
ni el vil recelo tu virtud contraste
con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

La soledad gongorina con su claro fondo de paisaje mitológico, se ha descarnado en Sor Juana, ha renunciado de cierto modo a la alegre compañía de la Naturaleza, para trocarse en absoluta soledad conceptual, o como dice E. Abreu Gómez, en "soledad de soledades". Renunciando a actuar, ella quiere ser testigo de la "guerra civil del alma", del "teatro de la segunda Troya". Y el método escolástico le sirve para definir, así como la introspección psicológica al estilo jesuítico, le enseña a dar el cuadro y describir los laberintos del alma. Su poesía es fundamentalmente un planteamiento de dilemas. Pronunciarse ante estas interrogaciones: "qué es mejor: amar por elección o por influjo imperioso" o cómo "la hermosura solicitada de amor importuno, pueda quedarse fuera de él haciendo bien quisto el desaire" es el papel del poeta. Y lo que jesuíticamente se llamaría la "composición de lugar" fija los indispensables elementos plásticos de su poesía; la imaginación que

en riguroso proceso lógico concatena las situaciones y anima el escenario donde acontece esa lucha entre las potencias del alma. Por eso, su sutileza psicológica y hasta su *casuismo*, coinciden curiosamente con las de la Teología española de entonces. Cuando no es la intérprete de ese drama, cuando sólo quiere reposar o jugar, no busca la alegre naturaleza ni el verdadero deleite verbal, la "palabra como pincelada", al estilo de Góngora, sino se sume en símbolos y abstracciones. Busca en la Geometría y la Música lo que se negó a pedir a la vida. Complicándose se apacigua. Sobre el mundo de lo abstracto —como ella misma lo da a entender— teje las espirales de un caracol:

Que es una línea espiral,
No un círculo la armonía.
Y por razón de su forma,
Revuelta sobre sí misma,
La intitulé "Caracol"
Porque esta revuelta hacía.

El *sub specie aeternitatis* de la Escolástica se mezcla con el desengaño ascético de la época. El riesgo de la hermosura —advierte Sor Juana— es que suele ser despreciada después de poseída. Y a la amante satisfecha —ella, la gran amante frustrada— le recuerda:

Presto celos llorarás
En vano tu canto suena
pues no advierte en su desdicha
que será el fin de tu dicha
el principio de tu pena.

Así la *demasía* barroca se encuentra con el límite de la desilusión y la muerte. Entre los silogismos y el congelado mundo lógico en que yace soterrada la vida, alguna vez, como dice disculpándose Sor Juana, se deja oír *la retórica del llanto*. Ningún otro artista sufrió y expresó mejor, como la extraordinaria monja de México, el drama de artificialidad y represión de nuestro barroco americano.

Smith College: Northampton, Mass. 1943.

PALABRAS DE CUATRO SIGLOS

(EN GARCILASSO, EN FR. LUIS DE LEON, EN BECQUER Y EN RUBEN DARIO)[1]

Por *José MORENO VILLA*

DESPUÉS de escribir una nota sobre la poesía de San Juan de la Cruz en esta misma revista,[2] he seguido, por instigación de algunos amigos, el estudio que en aquélla se inicia; y es hoy mi propósito hacer una especie de disección poética de la obra levantada por los mejores poetas desde el siglo XVI hasta el XX.

Lo que persigo con esta disección es conseguir destacar las palabras o la palabra que dibuja el carácter o la psique del autor; porque tengo la visión previa de que en cada poeta se repiten obstinadamente ciertos vocablos que son como su germen y a la vez su emblema o símbolo.

En San Juan de la Cruz hice notar que las palabras de aislamiento, de concentración, de evasión, de gemidos y de aniquilamiento, en su CÁNTICO ESPIRITUAL, iban dirigidas por la lentitud inefable del gerundio. Este tiempo verbal es pues la clave en el poeta. Y ahora quiero añadir que entre todos los gerundios usados por él hay uno que le cuadra y define mejor que todos: *trascendiendo*.

En la nota se decía: "Las palabras típicas de San Juan son como fogonazos que nos iluminan dos campos a la vez, el de la realidad inmediata y el de otra realidad que no puede ser aludida sino con las imágenes de la primera. Palabras que parecen mágicas, llenas de misterio". Pues bien, esa doble alusión a la realidad de acá y a la de allá no se verificaría sin palabras trascendentes. Y San Juan está

---

[1] Los estudios de otros poetas, seguirán.

[2] CUADERNOS AMERICANOS, Nº 6, págs. 224-229.

siempre "trascendiendo". Por esto es su gerundio. Incluído en aquel verso que dice: "Toda sciencia trascendiendo".

PALABRAS Y FORMAS CULMINANTES EN GARCILASSO

TODOS sabemos que Garcilasso es un dolorido pero dulce y claro lamento. Y lo sabemos o barruntamos por aquel comienzo de su primera EGLOGA: "El *dulce lamentar* de dos pastores" y aquel otro primer verso de un Soneto: "Oh, dulces prendas, por mí mal halladas".

Por si es barrunto no más, conviene ir dibujándolo hasta convertirlo en noción clara. Hay que ayudarse un poco de la zarandeada estadística. Recoger todos los adjetivos de unas cuantas poesías y ver cuál o cuáles dominan. Yo me serví de las dos canciones y dos sonetos que seleccionó Fitzmaurice-Kelly para su THE OXFORD BOOK OF SPANISH VERSE y de la Egloga primera, que reproduce Diez-Canedo en su antología titulada LAS CIEN MEJORES POESÍAS ESPAÑOLAS. Siempre me valgo de las poesías seleccionadas, porque para llegar a esta última criba estilística o lingüística no valen, sino que confunden, las obrillas secundarias que suelen tener hasta los intocables maestros antiguos. Cuando he procedido de otro modo —como en el caso de Fr. Luis— he descubierto demasiada paja, demasiada poesía de ejercicio escolar, sin el temblor y altura necesarios para vivir, y menos para sobrevivir.

Pero no basta con la estadística. Luego hay que examinar los adjetivos y ver cuáles son luz y cuáles sombras, porque hay unos que, como los colores en pintura, sólo sirven para dar fuerza o valor a los otros. La luz y la sombra se sirven mutuamente. Hay que buscar, pues, los adjetivos que imprimen la nota dominante. Así di yo con el adjetivo *dulce,* al cual agrego estos otros: suave, blando, manso, sabroso, fresco, triste, claro, pura, profunda, enajenada, umbrosa. Reunamos los versos en que aparece el adjetivo *dulce:*

—O dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería.
—Coged de vuestra alegre primavera
El dulce fruto, antes que el tiempo airado
—El dulce lamentar de dos pastores
—Se quejaba tan dulce y blandamente
—Y dulce primavera deseaba
—Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
—Dulcemente responde al son lloroso
—Donde con dulce sueño reposaba
—Le despojó su caro y dulce nido
—Por la dulce garganta
—Y de allí me llevó mi dulce nido

No se crea por esto que la dulzura de Garcilasso es empalagosa. Ese adjetivo destacado por creerlo característico está compensado con otros, como dije antes.

Veamos qué carácter tienen sus adjetivos en general, empezando por estos versos:

O más *dura* que el mármol, a mis quejas,
Y al *encendido* fuego en que me quemo
Más *helada* que nieve, Galatea.

No cabe una adjetivación más primaria, más lógica, menos rebuscada. La de Fr. Luis es mucho más culta. El mármol es, primero que nada, duro. El fuego es encendido. Y la nieve es, ante todo, helada.

Por ti el silencio de la *selva umbrosa*,
Por ti la esquividad y apartamiento
Del *solitario monte* me agradaba;
Por ti la *verde yerba*, el *fresco viento*
El *blanco lirio y colorada rosa*
Y dulce primavera deseaba.

Toda esta estrofa —donde por cierto campean los colores mexicanos de la bandera, sin que le falte el aire, el fresco viento— es típicamente Garcilasso, pues a tan directos y diáfanos adjetivos siguen las admiraciones o exclamaciones:

¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondía!

A tales exclamaciones siguen las interrogaciones, propias de la dulce o blanda queja del amante Garcilasso:

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿do la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos anudaste?

Las exclamaciones y las preguntas toman mayor intensidad, más elevación y tirantez al llegarle su turno al pastor fingido que se llama Nemoroso:

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Arboles que os estáis mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas...

Serie larga y magnífica que es una sola y elevada exclamación lírica a base de cosas elementales, puras, limpias y frescas. Engarzada en la serie pasa como ráfaga esta resonancia del Dante:

¿Do están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvían?

A Espronceda le debió de ocurrir lo mismo con Garcilasso en un momento de su Canto a Teresa. Tal vez se acordó vagamente de este verso:

Quién me dijera, Elisa, vida mía...

Y ya que tocamos el punto de las adherencias, incluyamos aquí algo más de un cuarteto del soneto que comienza: "En tanto que de rosa y azucena..." Son los siguientes:

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,

por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;
coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto...

No falta en este trozo ni la palabra primavera para acordarse de Botticelli. Dan ganas de escribirla con mayúscula.

Del final de la EGLOGA primera es forzoso transcribir todavía unos versos más por lo que tienen de lirismo exaltado y a base de preguntas:

Los cabellos que vían
Con gran desprecio al oro,
Como a menor tesoro
¿A dónde están? ¿A dónde el blanco pecho?
¿Do la columna que el dorado techo
Con presunción graciosa sostenía?

Para terminar con aquello de:

No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Dolorido sentir que equivale al dulce lamentar del principio.

Pero hay alguna otra cosa característica en la poesía de Garcilasso además de los adjetivos y de las exclamaciones, a saber: el empleo de los infinitivos por sustantivos.

—El dulce *lamentar*
—Que en vano su *morir*
—Escucha tú el *cantar* de mis pastores
—Mas, qué vale el *tener*
—Con mi *llorar* las piedras enternecen
—Y mi *morir* cantando me adivinan.

Con esto he apuntado todo lo que he visto en Garcilasso como claves verbales. He de añadir, sin embargo, algunas observaciones marginales. Primeramente, que sus alegorías, más que metáforas participan de la misma sencillez primaria que sus adjetivos:

La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento.

No hay corazón que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretegida.

En segundo lugar, que su poesía es razonadora, no ya porque "razonando con ella, le decía", sino porque llega a estos términos:

Aquí estuve yo puesto,
O por mejor decillo,
Preso, forzado y solo en tierra agena

o bien:

No es necesario agora
Hablar más sin provecho,
Que es mi necesidad muy apretada.

No obstante, con su técnica razonadora y discursiva pasa sin esfuerzo a la exaltación y al más puro lirismo.

En tercer lugar, que no sabe manejar el gerundio con la pericia que San Juan de la Cruz. A veces hasta tropieza con él y le corta la marcha:

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas *imitando;*
Cuyas ovejas, al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De placer olvidadas, *escuchando.*
Tú, que ganaste *obrando...*

PALABRAS CARACTERISTICAS Y DEFINIDORAS EN FR. LUIS DE LEON

LAS CLAVES luminosas en Fr. Luis no son los gerundios, como en San Juan, sino los participios de pasado y los adverbios. También dan luz sobre su estilo los adjetivos,

sobre todo si se los compara con los de Garcilasso. Los de Fr. Luis son más cultos y audaces. Los de Garcilasso, más llanos, primarios, absolutamente lógicos y naturales. Ya veremos esto en su lugar. La evolución de los adjetivos hasta llegar a nuestros días ofrece un interés especial. Van ellos conquistando cierta autonomía —toda la que les permite su propia condición— y, desde luego más cuerpo y mejor acentuado.

En Fr. Luis vemos, por ejemplo: "La música *extremada, Sabia,* mano, Vulgo *vil,* Belleza *caduca, engañadora,* No *perecedera* música, *Inmensa* cítara, Movimiento *diestro,* Números *concordes, Constante* respuesta.

Pero no es sólo la selección de adjetivos lo que caracteriza a este poeta, sino la duplicidad de ellos en un mismo verso. A veces, esta duplicidad recae también sobre los sustantivos. Así: "En *sueño* y en *olvido* sepultado, El *amor* y la *pena,* templo de *claridad* y *hermosura,* Cárcel *baja, oscura,* Sigue la *vana sombra,* el *bien fingido?,* A aquesta *celestial eterna* esfera, El *bajo* y *torpe* suelo, De amor le sigue *reluciente* y *bella* (verso que resuena en Espronceda), Prosigue el *sanguinoso* Marte *airado,* Su *luz* va repartiendo y su *tesoro,* En *rico* y *alto* asiento, *Clarísima* luz *pura,* Oh prados en verdad *frescos* y *amenos*".

Estos casos pertenecen a una sola poesía, la NOCHE SERENA. En VIDA RETIRADA tenemos: "Con *ansias vivas* y *mortal cuidado,* Oh secreto *seguro deleitoso,* De quien la *sangre* ensalza o el *dinero,* Que del *oro* y del *cetro* pone olvido, Cuando el *cierzo* y el *ábrego* porfían, Cruje, y en *ciega noche* el *claro día,* De *yedra* y *lauro* eterno coronado".

Rara vez se vale de esta duplicidad con los verbos, pero en esta misma canción se lee: "De *ver* y *acrecentar* su hermosura".

Puesto ya de manifiesto este resorte de su estilo, examinemos ahora los adverbios. El que más le caracteriza es el *cuando.* Con él inicia algunas de sus mejores canciones. El de NOCHE SERENA traslada el ánimo en seguida a un tiempo indefinido, por venir o ya ido. Lo desplaza de la hora presente y con ello lo templa y serena.

Cuando contemplo el cielo...

Esto es, siempre, todas las veces que me puse a contemplarlo y todas las que pondré todavía. Notemos que al *cuandò* le sigue el verbo contemplar, que responde a una acción tranquila, casi pasiva, que requiere quietud. Y lo que va a contemplar es el cielo, cifra majestuosa de la serenidad en las noches normales. El cielo, a pesar de su infinitud, se nos presenta como el ámbito del supremo equilibrio.

Todo lo que sigue es ya consecuencia feliz de aquel *cuando*. Y nos basta el primer verso para sentir que sus tres palabras son capitales y definidoras en el ánimo y en la técnica de Fr. Luis. Ellas nos dicen y hasta nos pintan su actitud física y espiritual. Nunca es Fr. Luis tan Fr. Luis como *cuando* se pone a contemplar el cielo.

El *cuando* es, pues, la clave aquí, como en la endeble canción a Felipe Ruiz:

> *Cuándo* será que pueda
> libre de esta prisión volar al cielo

donde otra vez nos presenta la pugna entre cielo y tierra.

Hay casos, naturalmente, en que el *cuando* no es clave o piedra decisiva en la construcción poética, sino apoyatura para cobrar nuevo aliento. "¿No ves *cuando* acontece — turbarse el aire todo en el verano?"

Un poco velado, pero clave al fin, es también en la oda a Salinas:

> El aire se serena
> Y viste de hermosura y luz no usada
> Salinas, *cuando* suena
> La música extremada
> Por vuestra sabia mano gobernada.

Esta es una de sus más perfectas canciones y más típicas, superada únicamente por la VIDA RETIRADA. Se le ve sensitivo y ordenado, emotivo y compuesto, amante de lo divino y del oficio poético en cuanto tiene de armonía.

> Y como está compuesta
> De números concordes, luego envía
> Consonante respuesta,
> Y entrambas a porfía
> Mezclan una dulcísima armonía.

Para concluir pidiendo:

Oh, suene de contino
Salinas, vuestro son en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despierten los sentidos
Quedando a lo demás adormecidos.

La serenidad que busca Fr. Luis para su alma, la busca también para su poesía. Es el motivo conductor de su obra lírica, desde los títulos hasta los finales. Pensando en ello se nota la gran diferencia que existe entre su afán de cielo y el afán de una Santa Teresa o de un San Juan de la Cruz. En el primero es más condicional y relativo. Siempre apoya su deseo de volar en que la vida terrenal es ruidosa, embrolladora, tempestuosa. Claro es que también le anima el puro amor a Dios, pero no de una manera tan escueta, limpia y desinteresada como a los otros dos místicos.

Por esto no es casualidad que emplee tanto el adverbio relativo y el interrogativo: cómo, dónde, cuándo. Este último no falta en casi ninguna de sus poesías. He apuntado algunos; citaré todavía otros, pertenecientes a canciones de mucho menor valor, menos conseguidas, más prosaicas o más dificultosa y fatigosamente elaboradas.

Cuando la noche oscura
Romper quiere su velo tenebroso

(LIRA EN LOOR Y HONRA DE DIOS)

¡Ay, Dios! *Cuando* esto miro
Para mi bien y gusto fabricado

(IDEM)

Cuando en más alta cumbre
Está el sol levantado

(SILVA RUSTICA A LA VIDA DEL CAMPO)

Y de su esfera cuando

(MORADA DEL CIELO)

Cuando me paro a contemplar mi vida

(SONETO)

Cuando de vos se viere desterrado.

(SONETO)

Tocaremos finalmente su clave verbal, que no es el gerundio como en San Juan, sino el participio pasado. Por curiosidad he sacado el número de ellos en tres de sus canciones. En VIDA RETIRADA emplea 20, como rimas o finales de versos. En la canción A FRANCISCO SALINAS, 11; y en LA NOCHE SERENA, 14. Interesa el número o la frecuencia porque dan acento y prestan ambiente al conjunto. Pero acaso podríamos comprobar de otro modo que por las cifras lo característico y definidor que es el participio en las poesías de Fr. Luis. Ese modo sería preguntarle a cada lector cuáles son los versos sueltos que mejor recuerda. Para mí serían éstos:

—Con su cantar suave, no *aprendido*
—Del plectro sabiamente *meneado*
—En sueño y en olvido *sepultado*
—Lo que es, lo que será, lo que ha *pasado*
—Por vuestra sabia mano *gobernada.*

No he citado en primer lugar la primera estrofa de VIDA RETIRADA sabida íntegramente por casi todo hombre culto del mundo hispánico porque pensaba decir que ella encierra a todo Fr. Luis, por su fondo y sus palabras significativas.

Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruído
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Vemos aquí tres participios contra dos sustantivos: Escondida, ido, sido, aconsonantando con vida y ruído. Y estos finales típicos le sirven al poeta para decir que la vida es ruido, la senda de los sabios, escondida y descansada. ¿No es este todo el pensamiento de Fr. Luis, o, por lo menos el sentimiento constante de su alma?

De este modo hemos visto que por el estudio de las palabras características llegamos a descubrir unas cuantas que son como las claves de la técnica y de la psicología del autor.

LAS PALABRAS Y LA PALABRA DE BECQUER

ANTES de entrar en las series de palabras que se me han ido ordenando a medida que leía, resumiré tres consecuencias de carácter general: 1ª Su adjetivación es descolorida, casi nula.—2ª Su poesía tiene paisaje y ambiente.—3ª Pero ambos están confinados, enrarecidos.

La serie que me registró su ambiente

En ella fuí recogiendo los versos que decían de los siguientes conceptos: Oscuridad, Silencio, Vaguedad, Sueño, Hondura.

—En el silencio de la noche vaga
—Silenciosa y cubierta de polvo
—Cuánta nota dormía en sus cuerdas
como el pájaro duerme en la rama
—Así duerme en el fondo del alma
—Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
—Cendal flotante de leve bruma
—Si al resonar confuso a tus espaldas
vago rumor... *(Rima XVI, muy significativa).*
—Tal vez allí dormía
—Oh, si las flores duermen,
qué dulcísimo sueño
—Quema invisible atmósfera abrasada
—Dos ecos que se confunden,
eso son nuestras dos almas
—Cuando en la noche te envuelven
las alas de tul del sueño
—Cuando se clavan tus ojos
en un invisible objeto
—El callado pensamiento
—Cuando enmudece tu lengua
—Si en el fondo de tu alma
—Mas guardábamos entrambos
hondo silencio.
—Cruza callada, y son sus movimientos
silenciosa armonía
—Como la ola que a la playa viene

silenciosa a espirar.
—Todo lo que los dos hemos callado
lo tenemos que hablar.
—Yo me he asomado a las profundas simas
—Tan hondo era y tan negro
—¡Cuándo podré dormir con ese sueño
en que acaba el soñar
—Dimos formas reales a un fantasma
—Arrebatado entre la niebla oscura
—Volverán las oscuras golondrinas
—Tu corazón de su profundo sueño
—Primero es un albor trémulo y vago
—Mientras haya un misterio para el hombre
—Perfume misterioso
de que es vaso el poeta
—No dormía; vagaba en ese limbo
en que cambian de forma los objetos,
misteriosos espacios que separan
la vigilia del sueño *(Estrofa muy significativa también)*.
—De la luz que entra al alma por los ojos,
los párpados velaban el reflejo;
mas otra luz el mundo de visiones
alumbraba por dentro
—Vaga confuso, al terminar los fieles
—Las ondas tienen vaga armonía
—Islas de sueños, donde reposa
—Que en leve sueño pasa
—Que entre tinieblas nada
—Como atrae un abismo, aquel misterio
hacia mí se arrastraba
—Oh, qué amor tan callado el de la muerte
—Vano fantasma de niebla y luz

Si a la serie de conceptos que reúnen estos versos destacados, unimos los que hablan de Cavernas, Rincones y Angulos, todo se confina y ensombrece más.

—Yo en las cavernas cóncavas
—De mi alcoba en el ángulo los miro
—Yo penetro en los senos misteriosos
—De un oscuro rincón de mi memoria
—Aunque el viento en los ángulos oscuros *(Rima LXX)*.

—Aquel rincón oscuro y escondido
—Dormía en un rincón
—A oscuras conocía los rincones
—Del salón en el ángulo oscuro

El ámbito se satura más aún si añadimos los versos que aluden a lágrimas y suspiros.

—Los suspiros son aire y van al aire
Las lágrimas son agua y van al mar
—Y caer como lágrimas del día
—Volveremos los dos a suspirar
—El eco de un suspiro
—En nada. . . —¿En nada y lloras?— Es que tengo
alegre la tristeza y triste el vino
—Yo sé cuál el objeto
de tus suspiros es
—Sé que aún me quedan lágrimas

El sustantivo SOMBRA

Llevando la disección a sus últimos extremos, esto es, apurando más el examen en busca del vocablo que pueda presentarse como retrato de su personalidad, llego a la conclusión de que es el sustantivo *sombra.* Y se podría aventurar que Becquer es "una sombra vaga recluída en un recinto oscuro y hondo".

—¡Cuántas veces trazó mi triste sombra
la luna plateada,
junto a la del ciprés que de su huerto
se asoma por las tapias!
—Apoyando mi frente calurosa
en el frío cristal de la ventana,
en el silencio de la oscura noche
de su balcón los ojos no apartaba.
En medio de la sombra misteriosa. . .

Tanto la primera de estas citas, que es una pintura escenográfica, como la segunda, que es toda una actitud ante la vida, bastarían para confirmar lo que voy diciendo. Pero no me quedaría tranquilo si no doy aquí todos

los datos recogidos. El lector menos exigente puede saltar los ejemplos que siguen.

—¿No viste entre sueños
por el aire vagar una sombra?
—¿No has sentido en la noche,
cuando reina la sombra,
una voz apagada que canta
y una inmensa tristeza que llora?
—Cadencias que el aire dilata en las sombras
—Y entre las sombras hace
la luz aparecer
—Palpito entre las sombras
y floto con las nieblas
—Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy a tocarte te desvaneces
—Tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión
—Sabe que entre las sombras que te cercan
—Cuando entre la sombra oscura
perdida una voz murmura
—Y mi amor tu sombra evoca
—En la alta noche sombría
—Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
—Daba sombra al escudo, en que una mano
—Me ha herido recatándose en las sombras
—Y luego ante su sombra se arrodilla
—La tenebrosa sombra es el pesar
—Ay, en la *oscura noche* de mi alma *(Coincidencia con S. Juan)*.
—¿Adónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza
—Sombras de un sueño son que perseguimos
—Cuando en sombras la iglesia se envolvía
—Sombra que huye la vanidad
—Me acerqué de la nave
al ángulo sombrío
como quien llega con callada planta
junto a la cuna donde duerme un niño
—Reinaba el silencio; perdido en las sombras

Esta sencilla palabra llega a obsesionarle. Es como un símbolo que se obstina y enterca, y que al final resulta exponente simbólico del poeta. Todos debemos de tener una palabra así, tenaz e insistente. No sabemos cuál es, pero nos delatará en su día. Ella es la clave de nuestro sentimiento, la semilla profunda de nuestra psique. Unas veces será un adjetivo, como *dulce* en Garcilasso; otras, un gerundio, como *trascendiendo,* en S. Juan; otras, un adverbio, como *cuando,* en Fr. Luis; otras, un sustantivo, como *sombra* en Gustavo Adolfo. Veamos los que nos reserva Darío.

TERMINOS CARACTERISTICOS EN RUBEN DARIO

Y LLEGA la hora de este centauro archipoderoso que irrumpe en la poesía hispánica mortalmente aletargada y anquilosada, promoviendo un fragor desconcertante para los viejos incomprensivos y un entusiasmo fructífero en la juventud sedienta. Hoy, al releer su obra, se tiene la convicción de que ningún poeta español antiguo ni moderno le alcanza en altura, en amplitud y variedad, en fuerza expresiva, en calidad verbal, en sabor y luz, en color y misterio. Todo el vocabulario vivo de nuestros días está en él, y maravillosamente manejado. Nadie colmó de nuevas riquezas el habla lírica como él. Se le puede llamar Centauro por su ímpetu, pero también Titán, Volcán, huracán y Aquilón.

> Con un alma volcánica entré en la dura vida.
> Aquilón y huracán sufrió mi corazón
> y de mi mente mueven la cimera encendida
> huracán y Aquilón.

Todas las fuerzas cósmicas confluyen en él, incluyendo las más sutiles o inefables. Porque tanto fué poeta de lira, es decir de alta canción llena de exclamaciones, como poeta de flauta, o sea de voz insinuante, vaga, doliente, con hiperestésica suavidad:

> bruma y tono menor — ¡toda la flauta!
> y Aurora, hija del sol — ¡toda la lira!

Eminencia bifronte, por mirar hacia Víctor Hugo y hacia Verlaine, por cultivar lo indígena y lo europeo, por sumirse en la antigüedad y en la vida palpitante del día, dió lugar a dos líneas poéticas en España, que, aunque no se lo deban todo a él, le deben mucho. Una muy formalista y cuidadosa de la virtud fonética y preciosa de la palabra, dentro de la cual estarían Valle-Inclán, Manuel Machado y Pérez de Ayala; otra, más espiritual, honda y elevada, donde podemos reunir a Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y los poetas posteriores incluídos en la primera Antología de Gerardo Diego, línea que entronca con el romántico Becquer y con San Juan de la Cruz. No he revisado todavía la obra poética de Unamuno como para señalar en ella influencias de Rubén, pero por el momento considero que su espíritu buceaba en otros hontanares, especialmente ingleses, y en los italianos como Carduci y Leopardi, o en los portugueses, como Antero de Quental y Guerra Junqueiro. También hay que considerar como caso aislado a León Felipe, que nos ofrece precisamente ahora un volumen raro, lírico y autobiográfico, de prosa y verso, resumen y amplificación de su obra total, rigurosamente arquitecturado, expansivo como una granada de fuego, sensible y osado, desesperado como un girón de Jonás y esperanzado como el pecho de Whitman, enriquecido con las tristes experiencias de España y con las azules perspectivas del Nuevo Continente. En cierto modo, este libro concuerda con aquel verso de Rubén que dice:

> Y el grano de oraciones que floreció en blasfemias.

Libro señero cuyo título, GANARÁS LA LUZ, nos hace exclamar con Rubén:

> Hermano, tú que tienes la luz, dame la mía.

Al iniciar mi búsqueda en Rubén Darío sentí que difícilmente iba a poder orientarme en tan frondosa producción. La buena y escrupulosa selección no está hecha todavía. En la que me sirvió (la de Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes) flotan y confunden y hasta desvirtúan la figura del poeta muchas composiciones que, aunque sabrosas, son como ecos inferiores de otras suyas contenidas en el tomo.

El problema era pues mayor que en los poetas anteriores, cuya obra estaba ya cernida. ¿Cuál sería el adjetivo más querido de Rubén? ¿Qué otras partes de la oración podrían definirle? Si hay un Rubén formalista, bien diferenciable del espiritualista, ¿cómo encontrar la clave o claves de su bifronte personalidad?

Las dificultades se fueron esfumando a medida que tomaba mis notas. No un poeta bifronte, sino uno mucho más polifacético, llega el momento en que produce una obra que funde todas sus cualidades, todas sus visuales y apetitos. El Darío modernista, helenista-parisino el de: "Amo más que la Grecia de los griegos— la Grecia de la Francia". . ., el poeta de los neologismos—nefelibata, canallocracia, etc. — el "modernista" *muy siglo* XVIII *y muy antiguo y muy moderno, audaz, cosmopolita,* el atacado (para decirlo de una vez) de la falsa elegancia de fines de siglo, el poeta de los sentidos hiperestesiados, sensual y plástico, se funde con el meditabundo, reconcentrado y profético para dejarnos unas cuantas poesías incomparables, que yo no voy a citar porque sería ello salirse demasiado del propósito que me impuse. Y esta vez viene colmado de ejemplos.

El adjetivo

Primeramente citaré los que no son triunfantes en este certamen, a pesar de su marcado sabor rubeniano: "suaves, pausados, vagos, tenues, sedosos, galantes, fugaces, locas, aleve, leve, ebúrneo, lindo, mágicas, sacro, agreste, bicorne, púberes, casta, ínclitas, ubérrimas, fecunda, talismánica". Para ver la infinita distancia o el distante método de adjetivar que media entre un clásico y Rubén, basta recordar este verso:

Un cincelado témpano viajero.

Esto es el cisne para Darío, y esto es adjetivar con plena soltura. El adjetivo es ya mayor de edad y se hombrea con el sustantivo. ¿Quién puede más, el *cincelado* o el *témpano?*

Hay una frase poética sobrecargada de adjetivos, que me parece de verdadero interés porque todos ellos se le

pueden aplicar al poeta, aunque el poeta se los aplica a un cierto tipo de mujer.

Amame así: fatal, cosmopolita,
universal, inmensa, única, sola
y todas; misteriosa y erudita:
ámame mar y nube, espuma y ola.

Este es uno de los mayores casos de narcisismo que recuerdo; no parece sino que el poeta traspasa a la mujer todas sus propias cualidades como considerándolas necesarias y supremas. Pero, otra vez me salgo de mi querido carril.

¿Cómo dar con el adjetivo predilecto en esta maravillosa selva? La cosa parece más fácil de lo que es. Los números, la estadística me revelan al poco tiempo que el adjetivo constante en Darío es éste: *divino*. Hasta el punto de que, casi no hay poema suyo sin él. Voy a dar todos los que he recogido en esta antología citada, porque sólo así podremos ver que esos versos sueltos donde el *divino* manda nos ofrecen íntegramente su personalidad.

—Divino astillero del divino Watteau
—Dafne, divina Dafne
—Tal el divino Sandro
—La divina Eulalia
—Y así juntaba a la pasión divina
—Oh la selva sagrada, oh, la profunda
emanación del corazón divino.
—Virgilio divino
—La divina reina de la luz, la celeste Esperanza
—Oh ruido divino
—Pero vosotros sois los divinos
príncipes. Vagos como las naves,
inmaculados como los linos.
maravillosos como las aves.
—La dulzura del ángelus matinal y divino.
—Juventud, divino tesoro
—En tanto pace estrellas el Pegaso divino
—Que las divinas órdenes realizan
—Divina Psiquis, dulce mariposa invisible

(Como lo Divino equivale a lo Celestial, algunas veces le sustituye. Así, en estos casos:

—Aquel celeste Edgardo.
—Que saludaron el mugir del toro
celeste, con Europa sobre el lomo)
—Ese es pan divino
—Me dan la sensación divina de mi infancia
—Europa me ha tocado con sus manos divinas
—En que mil clarines de oro
dicen la divina diana
—Las ánforas de oro del divino Epicuro
—Escucha, divino Rolando del sueño
—Y a quien una paloma llevó una rosa al arca,
rosa de porvenir, rosa divina,
rosa que dice el alba de América futura,
de la América nuestra de la sangre latina
—A sus pies el divino lago de Managua
—Como el divino trueno de la ira de un Titán
—Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina.
Oh Roma, suspende la fiesta divina y mortal
—Oh pinos divinos, no os puedo olvidar
—La desnuda estaba divina
—La divina estaba desnuda
—Labios rojos de sangre divina
—Soñemos en una celeste
mística rosa
—Y en un rincón divino revienta
—Y opusieron orando, las divinas
ansias celestes al furor sexual
—Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo
—Con la música pánica vitalidad divina
—¿Qué dar a ese tierno, divino Señor?
—Hechos de la sonora y divina armonía
—Y por los prodigios divinos
—En que descansa aquella gentil carne divina
—Pájaros de las islas, oh, pájaros marinos
vuestros revuelos, con
ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
de mi meditación.

El acerbo, como se ve, no es despreciable. Rubén tenía sin duda lo divino presente en su conciencia a cada momento. Lo divino y lo celestial. He aquí otro verso significativo:

A las nupcias del cielo, con mis versos te invito

Palabras dirigidas a su hijo, pero valederas porque revelan que él hizo ya las suyas con lo divino.

Hay poemas, sin embargo, y de los mejores, que no presentan el adjetivo predilecto. En MOTIVOS DEL LOBO y en el A MARGARITA DEBAYLE. ¿Qué pasa? Pues pasa que lo divino está implícito. Hay una gran variedad de palabras que le sustituyen. "El varón que tiene corazón de lis, — alma de *querube*, lengua *celestial*. — Y siguió camino arriba — por la luna y más allá"... etc. Todo el canto está en la azul inmensidad, en lo divino.

El misterio.

Si tanto le llenaba el alma lo divino, es lógico que le preocupase también el misterio que nos rodea, el profundo enigma de nuestra vida. Y así lo demuestra aquí y allá, especial y fuertemente en su poema, LO FATAL:

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
Y el temor de haber sido y un futuro terror...
. . . .
Y no saber adónde vamos,
Ni de dónde venimos...

Con ese ejemplo tendríamos bastante para saber si pensó en el misterio, pero no para saber si ello le daba vueltas en el alma como el concepto de lo divino. La palabra misterio tenía forzosamente que repetirse en su obra. O su equivalente, el enigma. Y así es. Van algunos casos:

—Y el triunfo del terrible misterio de las cosas
—Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma.
En cada átomo existe un incógnito estigma
—Ni es la torcaz benigna ni es el cuervo protervo;
Son formas del Enigma la paloma y el cuervo
—El Enigma es el soplo que hace cantar la lira

—Pues de la Muerte el hondo, desconocido imperio,
Guarda el pavor sagrado de su fatal misterio
—Traían un símbolo de triple misterio,
Portando el incienso, la mirra y el oro

El yo.

Esta pieza romántica sufre alternativas en la obra de Darío. Hay un verso muy significativo que dice:

Encerrado en mi celda de la rue Marivaux,
confiando sólo en mí y resguardando el yo.

Claro es que en este caso el *yo* equivale a su persona física; lo emplea humorísticamente y por oposición al *mi*. Pero no hubiera jugado grácilmente con él si no hubiese meditado bastante sobre su significado y su empleo. Cuando Rubén sentía en parnasiano, esquivaba el yo; pero en sus más opulentos y maduros instantes lo usa con una potencialidad inusitada hasta entonces en lengua española. Y al decidirse, siente que lleva dentro el romanticismo.

Románticos somos ¿Quién que Es, no es romántico?

¡Ya lo creo! ¿Qué hubiera sido Darío sin el romanticismo? El hombre ha llegado a ver que esta escuela o movimiento histórico obedecía a la mayor y más humana parte de su ser, y que por lo tanto rebasaba los límites históricos y seguiría brotando acá y allá, mañana o pasado, cuando fuese preciso, y aun sin serlo. La magna voz de Rubén termina así:

Yo soy aquel que ayer no más decía...

Y mis notas terminan resumiendo: Darío se cifra en el adjetivo *divino*, en el sustantivo *misterio* y en el pronombre *yo*.—Lo cual, ordenado, diría: *Yo, misterio Divino.*

HERACLITO Y LA ONDINA

Por *Benjamín JARNES*

Mi viejo amigo: con tus barbas siempre jóvenes vi jugar a los niños, prender en ellas su alborozo; les robabas —astuto— sus menudos barquitos de papel.

Deja que mi vida retoce, brinque, se desmorone frenética en tus ondas como otro infantil barquito.

LA ROCA Y EL TITAN

ANTES DEL AMANECER, este viejo tan robusto, de carne apretada y roja, de barba de almendro en flor, sale de su refugio, en silencio, para no despertar a las gentes que desdeñan la naturaleza, porque desdeñan el más bello espectáculo de la tierra: el del nacimiento del sol.

Antes del amanecer, este gallardo titán de erguida frente, huye de todo mundo de vanidad y artificio y se encamina hacia su trono solitario, desde hace siglos abierto en la roca, en perpetuo desafío a los vientos y a las olas.

¿Quién hendió, allá arriba, la inaccesible mole desde donde el venerable coloso, sentado frente al mar, puede contemplar la inquieta llanura hasta esa línea apenas perceptible a los simples mortales, en la cual cielo y agua confunden sus azules?

Aquel trono cuenta con un tosco respaldo, con dos no menos rudos atisbos de brazos, que talló a hachazos algún gigante, aprendiz de escultor, al borde del agua en desasosiego perenne. Un trono limpio de hojas y arena, donde los pájaros no se atreven a posarse.

Diariamente, las nereidas deben subir hasta la roca, envueltas en espuma, ceñidas las frentes de coral, a lavar el trono solícitamente, hasta dejarlo bien bruñido, rival del de jaspe o de plata de cualquier soberano de la tierra.

Y cuando la espuma acaba de dejarlo todo bien lavado, un vientecillo retozón recorre el trono y lo seca y lo acaricia hasta convertir la piedra en algo delicioso al tacto, dispuesto ya para la voluptuosa caricia de los primeros rayos del sol.

Que pronto acuden a humanizar la piedra, pero, al punto de llegar, ya su oro pálido tropieza con la dura carne —roca sobre roca— del gallardo titán, que acaba de tomar posesión no sé si de su cátedra o de su trono.

Y entonces los rayos, sumisos, humildes, le besan los pies, le cosquillean las rodillas, le suben y le bajan desde la frente a las plantas, desde las plantas a los ojos que los reciben sin pestañear, como reciben sin pestañear —como los de una estatua— los negros mensajes de cualquier tempestad, aun la más enfurruñada.

Hasta que el sol lo inunda por completo. Y el sol, entonces, en vez de cosquillearlo, de arañarlo, de besarlo, de mimarlo, como a un dulce abuelito, lo baña en su caudal de miel hecho luz, lo va poco a poco transformando de roca en oro, de peñasco incrustado en peñasco, en cincelado bloque divino.

El trono —para el sol— se convierte en altar. Sobre la cabeza del viejo de barba florida, se arremolina un coro de gaviotas.

Y cuando el sol imprime su primer beso en la frente del robusto anciano, parece darle una litúrgica señal. El anciano de barba de almendro en flor comprende la llamada y —pasados unos minutos— se despoja lentamente de sus austeras ropas y queda completamente desnudo, como un dios ante otro dios.

Y se ve, entonces, que los siglos no habían desmoronado ni aun la más frágil de sus almenas, que la blancura de su barba escondía un pecho de Hércules, coronaba una terrena envoltura en plena granazón, unos músculos potentes de indomable brío.

¿Es Júpiter?

No. Júpiter ama lo ostentoso, lo teatral, se complace en mostrar cetros y rayos... Pero este anciano va buscando la verdad oculta en el sol, en las rocas, en el mar

en fiebre, para rumiarla y mostrarla, bien patente, a los hombres.

Este mundo —suele decir— *es el mismo para todos los seres, y no ha sido creado o producido ni por un dios ni por un hombre, sino que fué siempre, es y será eterno fuego ardiente que se enciende y apaga a sí mismo según determinada norma...*

¿Es Saturno?

No. Saturno rige el tiempo, administra avaramente un puñado de horas, que distribuye con hurañía, con toda injusticia, a los hombres: una vida breve al genio, al gran artista; una vida interminable a los imbéciles, a los tiranos, a los inútiles... Pero este anciano se ha sentado al borde del tiempo, para verlo pasar, como pasa un hilo de agua o un torrente.

Asiste el viejo de roja y lozana envoltura, al desfile de vidas luminosas, fértiles, de vidas en pleno tumulto, borrascosas, infecundas, de vidas desquiciadas, cómicas: espectáculo frívolo para las vidas de los demás...

¿Es Prometeo?

No, es este viejo un noble y oscuro filósofo, de eterna juventud. Es, también —y sobre todo—, un poeta. Alguna vez escuchó el perenne diálogo entre el sol y el viento, entre el fuego y la nieve, el eterno coloquio entre el bosque y el mar. Pero ya está cansado de las disputas de tono grandilocuente, olímpico, y ahora prefiere escuchar las disputas —más humildes— entre los mismos hombres.

Las escucha, desde su cabaña, a la tarde y a la noche: de viejos prematuros que riñen por un poco de gloria o de dinero, por un poco más de vida y de holganza... Las escucha aquí, a la mañana, de muchachas y muchachos jóvenes que riñen por un poco de amor.

Es un hombre que se baña en el sol y se dispone a bañarse en el mar. Todas las mañanas acude a escuchar en silencio el despertar de las ondinas y el saludo de los pájaros. Desnudo, sobre la roca, disfruta del espectáculo inagotable del amanecer, hasta que los gritos de los hombres alejan a los pájaros y enfurruñan las olas.

Entonces, ya desmoronado el espectáculo de la resurrección del día, el anciano se esconde en una gruta y

—en unos libros de color de paja— escribe hasta esa hora en que ya el sol, mortificado, al fin, por las frivolidades de una parva de semidesnudos jóvenes de ambos sexos que allí acuden, se venga, a su vez, mortificando.

Porque el saloncillo que se tiende bajo aquel trono, es encantador. De las deliciosas nueve playitas —como fraguadas allí, una para cada musa, por los gnomos incansables—, rodeadas de altos cerros, por donde asoman la cabeza los perros y las cabras, ésta que ocupa el anciano de músculos de titán, es la más recogida, la más semejante a un refugio para anacoretas del mar.

O para el dios de la soledad, de la quietud, del silencio, tal como parece ser este coloso desnudo, sobre la roca. O tal vez esta playita fué construída por los genios para Urania, la de corona de estrellas, como observatorio desde donde contemplar serenamente la noche.

. . . .

Aquel viejo olímpico, imperturbable, se alza de su sitial de piedra y comienza a descender lentamente los peldaños del trono. Pero, al llegar al tercer peldaño, algo imprevisto le sacude, le detiene. Por los innumerables tubos en que se derrama el órgano del mar, ¿qué música llega hasta el coloso?

Nadie podría decir si aquello es un lamento o es un jubiloso grito. Viene por la senda más convulsa del agua hasta perderse en los oídos del viejo desnudo. Que aguza los oídos, su mano derecha forma pantalla sobre sus ojos. Quiere ver, quiere oír. . .

Algo —apenas perceptible— se mueve allá lejos, algo que lucha con el mar, tal vez con algún monstruo marino. De nuevo se escucha el lamento, no sabemos si de angustia o de placer, porque ha perdido el armonioso ritmo de la mañana: no vive al compás del aire, de las olas, del sol naciente.

Pero aquella libre congoja en medio de la gran partitura, estimula al viejo de músculos de titán, que sigue avizorando. . . Hasta que, al fin, sorprende sobre la espuma la doble luz de unos ojos. No vacila un momento: se arroja al mar, en dirección a aquella doble luz.

LA ONDINA

ANTES DEL AMANECER, esta muchacha tan al parecer frágil, delgada, de puros y acabados perfiles, como elaborada para modelo de sacerdotisa de Apolo, sale de su estancia, en silencio, para no atraer la atención de estas gentes que prolongan la noche hasta más allá de sus límites.

Esta muchacha, desdeñando las últimas danzas, ya en plena fatiga exterior e interior, sale de entre los hombres, cambia su leve traje por la total desnudez —bajo un albornoz— y, toda alborozada, acude a recibir las caricias del mar, como a la mejor fiesta.

Avanza por la playa... El mar la está esperando, como un amante, en plena soledad, susurrando su lenta canción sin idioma, hecha de largos, suaves, potentes gemidos, de llamadas incomprensibles, de músicas interiores que la muchacha anhela descifrar.

Con una graciosa sacudida, queda su cuerpo libre de toda traba. Arroja el albornoz, como quien se despide del mundo, y penetra en el agua. Recorre, a la inversa, el camino de Venus Anadiómena. Quiere vestirse de espumas.

Avanza, sigue avanzando... Ella ahora piensa que su malla de ayer era en verdad detonante, allá, en la playa, al fin, nadie pudo verla. Porque si la malla era impúdica —aquí, dentro del mar, la desnudez no existe—, ella no lo era.

Por eso prefirió para su baño la completa desnudez... Y escogió una hora no incluída en el programa de la *buena sociedad* de los hombres, aunque lo esté en la buena sociedad de las golondrinas, de las gaviotas, de las sirenas, de los pescadores, de los buzos...

Aquella tan breve y ajustada malla, ella misma la había tejido con seda de un claro tono de arena, del mismo color —aproximadamente— que la piel. Y tal vez la malla era impúdica —se repite—; pero ella, no lo es. Para nadar ¿no había buscado la hora en que sus habilidades acuáticas, *hidrófilas*, no suelen tener espectadores?

¡Oh! Ahora el mar era suyo por completo. Ni siquiera la acariciaba el sol. Asomó, tal vez, pero aun no

calienta... El agua es un puro deleite, de una tibieza voluptuosa. ¡Qué lindo amanecer! El baile ¡qué monótono! ¿No la tenía ya agobiada, tanta curiosidad impertinente?

Se lanzó al agua con el mismo deleite que ayer, con igual avidez que el primer día... Pero, poco a poco, el placer fué creciendo, fué subiendo de tono. ¿Por qué?

Ella había de seguro encontrado una delicia pocas veces paladeada por su ser entero: la de entregarse a algo totalmente. Por eso dejaba que el mar juguetease con ella a su capricho. Sólo él, quizá, la merecía.

Se entregaba al mar como si quisiera ser su juguete, una cascarita de nuez, una rosa náufraga, una *orquídea salvaje* y fugitiva, según cierto día la llamó un poeta. Por eso dejaba que las olas brincasen sobre su cuerpo, como sobre un confiado pececillo. ¡Qué lindo, coronado de espuma!

En nada pensaba... Como un animalejo, se limitaba a sentir, sin darse apenas cuenta de ello. Pero este primer deleite, no podía durar mucho... Porque no era ella mujer de actitudes pasivas, que aguardan, que se duermen, que se extinguen esperando.

Pronto no quiso continuar siendo juguete, y se apoderó del timón de sí misma. Y quiso —altivamente— ser ella la tirana, apoderarse del mar. Era ella misma, la que ahora cabeceaba sobre las olas; era ella el jinete de aquel furioso potro; era ella misma quien había de frenarlo y de domarlo.

Ahora, con un ágil golpe de brazo, era muy capaz de violar las frenéticas olas, antes de que floreciesen en brazos del viento. Le enloquecía este placer, le exaltaba... ¿Para qué volver más a la tierra donde tanto se sufre, donde tanto se llora? ¿No era mejor entregarse al mar? ¿Llevarlo consigo o dejarse llevar por él? ¿Huir —definitivamente— de sí misma?

Sus rítmicas brazadas —el mismo poeta las hubiera llamado también *graciosas* y *llenas de armonía*— la iban alejando de la playa. Ella comenzó a recordar la historia encantadora de sus fugas de antaño...

Sus pasos firmes, por el sendero laberíntico de un bosque la fueron alejando, una tarde cualquiera, de la civilización. Tanto, tanto, que hubo de organizarse una partida de caza para, al fin, encontrar a aquella empedernida amante de la fuga, con los pies destrozados... ¡Peregrina eterna a lo largo del mar, del bosque, de las ciudades!

Porque, también, una mañana quiso convertir en fosco mar, en tupido bosque, a una ciudad de millones no sabía si de hombres o de hormigas.

Cruzó al comienzo por una frívola selva de encasillados verdes, nutrida de casas petulantes de millonarios, de poderosos.

Luego atravesó un paraje colmado de negras fábricas, de grises oficinas: por un bosque donde los árboles eran cilíndricos mástiles humeantes; luego por otro rebosante de retozonas o lánguidas músicas de cabaret, de merendero, de teatro.

También atravesó apelotonadas colmenas de hombres afanados por ganar un poco de dinero y de placer; y, por espesas viviendas de gente humilde, a dos tintas, de dos razas... Hasta que otra expedición de salvamento la trajo nuevamente a la vida normal, con los pies de nuevo destrozados.

. . . .

Nadaba, seguía ella nadando como un campeón que temiese perder la resistencia para la prueba final. Pero, luego, le llegó a entrar una desaforada prisa por llegar... ¿Llegar? ¿A dónde? Si comenzó a mover los brazos con *tempo* lento, ahora el *tempo* es ya *allegro* y, después, *vivace* y después...

El mar se teñía ya de rojo, a trechos. Su bramido sordo se iba haciendo lentamente ensordecedor. Ella ya nada veía, pero seguía nadando alocadamente, mar adentro. Lucharía hasta que, definitivamente, se sintiese vencida.

Si dejara ella ahora de abrir y cerrar rítmicamente el compás de sus brazos, ¿no terminaría todo en un segundo? Pero no quería morir... Sólo quería alejarse, alejarse de no sabía qué, irremediable, fatal... Ya sus brazos no le obedecían como antes, iban perdiendo vigor, iban per-

diendo ritmo. El compás se abría y cerraba con mucha más lentitud.

¿Quién la perseguía?... ¿Quién tiraba violentamente de su pelo, y la izaba como se iza un guiñapo? ¿Qué nueva expedición se habría organizado para ir en su busca?

Un momento se dibujó en su fantasía la sugestiva figura de Perseo. La de un joven musculoso, de mirada penetrante, de brazos duros y suaves, de ancho pecho acogedor.. ¿Por qué no dormir, morir, si era preciso, en estos brazos?

Después...

DIALOGO AL RESUCITAR

En la más oculta de las nueve encantadoras playitas, un fino césped soleado acoge el cuerpo inmóvil, desnudo, de la ondina. Suavemente el viejo la deposita allí como se deposita el cristal más frágil.

¿Quién es?

El viejo titán no recuerda haberla visto entre las muchachas que alguna mañana alcanzó a ver retozando de playita en playita. Además, aquella plena desnudez ¿no le indicaba cierta procedencia exótica, tal vez olímpica?

Esta joven —piensa— es una de aquellas nueve que —en los felices días de Venus— disfrutaban por morada estas menudas playas desde donde venían a aprender la música marina. Y en donde jugaban con ramas de coral y conchas pintadas. Ya Osiris las llevaba consigo. Tiene esta joven sus finas piernas modeladas para la danza, pero todos los signos me dicen que sólo ha podido aprender el gran ritmo en las aulas de Apolo...

Se acerca el potente y cálido alentar del viejo a los menudos senos de la muchacha; no tarda en volver la vida a aquel cuerpo moldeado para juguete del sol o de la luna, de las olas o de las frondas. De la oleada azul, de la oleada verde, de la oleada de oro o plata...

Se le abren los ojos, que quedan fijos en los del viejo, quien pregunta suavemente:

HERACLITO

¿Por qué quisiste huir de la vida? (Su voz es afable, persuasiva; tiene mucho de caricia y nada de reproche).

LA ONDINA

Quise y quiero huir, porque la tierra se me había hecho ya cárcel, una cárcel insoportable. Quise y quiero huir, porque siendo ella tan ancha, tan bella, se me había quedado horrible y angosta: a mí que apenas soy un pájaro.

HERACLITO

¿Hacia dónde querías tú ir, Ondina, por el sendero innumerable?

LA ONDINA

Hacia el mismo camino... Quería volver al mar —al fin soy lo que tú dices, una ondina— para vivir en él *la muerte de la tierra...* ¡Oh! Te he reconocido.

HERACLITO

Eres sabia, mi Ondina.. Pero recuerda que *el mar es el agua más pura y más impura; para los peces, potable y saludable; para los hombres, impotable y mortal.*

LA ONDINA

¿Y para los dioses? ¿No es el mar, precisamente, mi elemento, viejo amigo? Por eso quise refugiarme para siempre en él, huyendo de la dulce mentira que es la tierra. Quise volver a su sal, a su coloreado e insondable regazo, a su verdad.

HERACLITO

Nunca te alejaste de ella, mi linda discípula, mi precioso idolito. *El camino directo y el camino inverso que recorre la carda del cardador es uno y el mismo.*

LA ONDINA

(Ríe y el aire que agita los pétalos de su risa provoca un largo temblor en la barba de lino del anciano). Des-

pierta, viejo mío, y no intentes hallar para todo una fórmula. ¡Qué distintos son mis caminos de ida y de regreso!

HERACLITO

Te escucho. Háblame de ellos.

LA ONDINA

Cuando salté a la tierra, una luz de esperanza iba encendiendo mi sendero. Mis pies tenían alas —como las de Mercurio— y mi corazón era una loca hélice que me abría jubilosamente el paso. Cuando volví, la luz había cambiado de espacio y brillaba allá lejos, donde el mar y el cielo se confunden. Mis pies eran de plomo y mi corazón era apenas un poco de rojo lastre... Por eso me lancé al mar. Quería buscar algo que yo misma no supe si existía, que yo misma ni siquiera esperaba que existiese.

HERACLITO

Ondina mía, escucha: *La naturaleza ama al ocultarse. Por eso, si no esperas lo inesperado, no lo encontrarás, pues es penoso y difícil de encontrar.* Te lanzaste al mar en busca de lo inesperado, pero sin esperanza de encontrarlo, y entonces...

LA ONDINA

(Otra vez ríe la muchacha, y de nuevo la barba de almendro en flor se estremece). Entonces, viejo maestro mío, te encontré a ti... ¿Eras tú lo inesperado que me esperaba a mí? ¿Eres, acaso, un dios? Porque divinas son tus palabras.

HERACLITO

(Sonríe afablemente, y sus dedos se enredan como jugando entre los cabellos de la joven. No habla, durante unos minutos, y es dulce su silencio, porque comprende que una mujer que ama es más sabia que todos los libros y que todos los hombres. Al fin, dice): *Nadie ha sabido ni sabrá lo cierto acerca de los dioses.* Ni soy dios, ni si-

quiera —tú lo sabes— he querido ser sacerdote, como tampoco quise ser jamás tirano... Quiero ser hombre.

LA ONDINA

(Al traducir tan delicada caricia verbal, también sonríe, burlonamente, y se lamenta): ¡Un hombre! ¡Un mortal! ¡Y yo que quería morir! ¡Yo que quería dejar de ser inmortal, porque nada había encontrado digno de vivirse eternamente! ¡Yo que envidiaba a los mortales!... Y, ahora...

HERACLITO

(Murmura como para sí mismo): *Inmortales los mortales, mortales los inmortales, viviendo su muerte, muriendo su vida.*

LA ONDINA

(No escucha al viejo, se ha abismado en la contemplación de la inquietud perenne del mar. Sus ojos se llenan de aquel verde azul, su alma se agita en el deseo de aquel cambio constante). ¡Mira, viejo maestro mío! Mira cómo también el mar se impacienta; cómo bulle y rebulle sin jamás fatigarse. ¿Nos espera?

HERACLITO

Ondina, el mar *reposa, cambiando.*

LA ONDINA

¿Reposa, cambiando? Entonces, tal vez sin darme cuenta, por eso, precisamente, quería yo también cambiar. ¿Reposaría así de la larga fatiga de inmortal?

HERACLITO

Tal vez así sea, mi Ondina. Las mujeres, *cuando nacen, desean vivir y sufrir su destino —o más bien gozar del reposo— y dejan tras ellas hijos para que sufran a su vez su destino.* Tú, mi delicia, ¿quieres alcanzar ya tu reposo? ¿Tan fatigada estás?

LA ONDINA

(No responde. Las menudas avecillas negras de sus pestañas aletean un momento y pronto se aquietan tendiéndose sobre los ojos, ocultándolos). ¡Oh!

HERACLITO

(Sonríe con una intensa dulzura, también con un hondo estremecimiento. Suavemente besa la frente de rosas, y murmura): Te estás marchando... Te has marchado, Ondina, has vuelto a tu paz... *Los que están despiertos tienen un mundo común, pero los que duermen tienen cada uno su mundo particular.* Tú te has marchado al tuyo y yo velo aquí tu sueño. Aquí, en el mundo de todos.

POSADA

Maestro en el arte de cubrir una superficie con los signos en que se substancia el inteligible plástico, Posada viene a reavivar la gran promesa que tiene México encendida. Cuanto hay en este país de virtud creadora se encuentra en Posada potencializado, infuso. La densidad de su obra es sólo comparable con la de los grandes primitivos, en que se comprimen los gérmenes de una plenitud en incipiencia. Su personalidad encierra un arte nuevo porque responde biológicamente a un mundo nuevo. No se busque éste —todavía— en las formas, en los atributos exteriores, sino en la peculiaridad del latido. Las formas son poco más que pavesas residuales cuando no acusan las órbitas aquellas en que circula la coherencia cálida y creadora de la vida.

El México de Posada no erige castillos de naipes al señorío del azar, ni destila las quintaesencias en que se sublima la senilidad de Occidente. Sus raíces calan más hondo y más vivo. Su serpentín es de serpiente legítima, constrictora, propia de un arte que empieza donde el occidental acaba. A esta conjunción se deben ciertas concomitancias observables entre las fenomenografías de uno y de otro, de complacencia surrealista en lo tremebundo y postrimero. Porque México es ese país extraordinario cuyo "totem" nacional, su entidad de origen, parece ser la Muerte: el mismo desfiladero, si vale definirlo así, donde el Occidente desemboca. La Muerte convertida en algo que —¡oh patria del chicle!— se masca dondequiera, en un objeto con que se comulga en lo cotidiano a partir del día en que el niño ingiere por primera vez esas calaveras de azúcar adorablemente enternecidas con nombres femeninos. A influjos de su ascendencia autóctona, lo mexicano procura inmunizarse de este modo contra las artimañas terroristas con que el aparato religioso occidental ha llevado a cabo la diferenciación de conciencia en el individuo. La porfía entre ambos abolengos, entre ambas metafísicas, la autóctona y la del hombre blanco y barbado, ha producido esta situación que traduce el arte de Posada, esta idiosincrasia excepcional que se revela en la puja sin freno entre lo espantoso católico y la Coatlicue azteca. De ahí ese tirar de esqueletos por la ventana. El choque de ambos impulsos equivale a la espléndida colisión entre la carroza fúnebre y el tranvía que inmorta-



POSADA. Choque de una carroza fúnebre y un tranvía.

celebra actualmente en México, por primera
ına exposición de la obra del extraordinario
dor José Guadalupe Posada (1852-1913).
ore él aparecerá en el próximo número de
ERNOS AMERICANOS un extenso estudio
o al organizador de dicha notable exposición,
ndo Gamboa.



Rodin. El hombre en marcha.

liza una de sus estampas, donde un difunto de solemnidad está haciendo el Don Tancredo y ganando ante el feroz tranvía, como un Cid, su batalla final. La batalla, tal vez, del hombre contra el maquinismo, contra el Deus-ex-machina de la tragedia moderna.

Posada es el artista genuino, popular, que satisface la necesidad mexicana de crear sus anticuerpos psicológicos. Responde sin sospecharlo al dictado de un metafísica y a una exigencia social. Ha de servir a diario un plato truculento de Muerte, presentándola en todas las salsas y adobos apetecibles: fusilamientos, crímenes, suicidios, "calaveras", finales de mundo. . . , medio de que se vale la sabiduría de la naturaleza para impostar el espíritu de vida en aquel punto que por hallarse más allá de lo absoluto individual, en lo popular y colectivo, la Muerte, lo individual, carece de agarradero, resulta ya cosa innocua, digerida. Porque el mundo prometido a México, el de su revolución, se sitúa más allá de la Muerte —de la muerte de la personalidad occidental— en los primos albores. Y estas pesadillas, estas nocturnidades del arte de Posada, constituyen, a vista de murciélago, los prolegómenos de su destino.

He de insistir en el aspecto, a mi entender, característico de la figura de Posada. Por muy disfrazado que se encuentre tras las formas usuales de su época, su arte, vigoroso y firme, es un arte primitivo en la más trascendente y prolífica de las acepciones. Un arte que desconoce los bizantinismos estéticos en que se resuelve la postrimería de Occidente, así como los prejuicios de ese racionalismo sociológico-revolucionario que supedita al triunfo del lugar común todo verdadero impulso artístico y que tan mal se compagina con la revolución popular, en gran parte intuitiva, liberal y humana, que distingue a México. No ha de tardar la historia en referirse al arte de Posada, en cuya línea de desenvolvimiento se sitúa ya lo mejor de Rivera y lo mejor de Orozco, como a la manifestación más auténtica del temperamento mexicano. Arte primitivo, sí: pletórico de fuerza y de originalidad esenciales, como un Apolo griego. Como su coetáneo, el significativo "hombre en marcha" de Rodin, el hombre sin cabeza, que camina sin saber —todavía— a dónde va. Sin cabeza, sin conocimiento precursor. Hasta que el día naturalmente menos pensado se la traiga la nueva aurora para que en su frente y en sus labios se explayen, por fin, conciencia y sonrisa, las dos luminosas dimensiones capitales que América tiene el compromiso de facilitar al mundo.

Juan LARREA.

UN EXCELENTE LIBRO SOBRE RUIZ DE ALARCON *

CON LA APARICIÓN de este bello libro de Antonio Castro Leal la literatura mexicana está de plácemes. Tiempo hacía que se le esperaba y en conferencias y artículos el autor parecía adiestrarse cada vez más en el tema. Suponíasele, por ende, bueno, pero la realidad ha superado nuestros deseos: es excelente. Con razón dice Alfonso Reyes en un ágil preliminar: "la erudición alarconiana alcanza aquí su madurez. Hoy por hoy, con los elementos que poseemos, no se puede ir más allá". Los pedantes hubieran exigido que cada línea estuviese llena de llamadas y las páginas ennegrecidas de notas al pie. El ha preferido, con gran elegancia, ahorrarnos el tremendo armazón erudito que va ampliamente justificado en sus notas finales, sus documentos y su bibliografía. Nos ofrece el grano, el meollo, la pepita de oro limpia del barro que la manchaba.

HABLAR de Antonio Castro Leal significa, para mí, la evocación de una de las épocas más felices de mi vida, la misma que él supo recordar efusivo. Estudiábamos en la Escuela Preparatoria y él, Alberto Vásquez del Mercado y yo formamos un pequeño grupo que sólo la vida, con su inexorable bombardeo de años, pudo separar. Castro era el más inteligente, el más audaz y el más desordenado de los tres. Cuando se imponía una rectificación en clase era él quien la hacía, con gran asombro de todos; o él se encargaba de dar el indiscreto codazo en situaciones álgidas. El día que escriba sus memorias, un largo capítulo habrá de ocuparse en la historia de cierto sombrero que corrió más aventuras que el Lazarillo de Tormes o el Pícaro Guzmán de Alfarache: el resultado fué que Castro, adelantándose treinta años a su época, se implantó a sí propio, durante algún tiempo, el *sinsombrerismo.*

Mas teníamos también profesores a quienes no había que rectificar. Los grandes maestros de mi grado y de mi generación fueron Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.

---

* ANTONIO CASTRO LEAL: *Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra.* Ediciones "Cuadernos Americanos" Nº 2. México, 1943. 1 vol. 270 págs. 15 ilustraciones.

El primero, con su juvenil elocuencia que reanimaba la cátedra con sus labios rebosantes de nombres nuevos, nos enseñó, en la clase de *Lógica* en la Preparatoria y en la de *Estética* en la Escuela de Altos Estudios después, que había llegado el tiempo de barrer con los apolillados armatostes del positivismo y que la vida se extendía clara ante nosotros, abierta a todas las filosofías.

Pero nuestro legítimo profesor de humanismo fué Pedro Henríquez Ureña. El nos habituó a la idea de una cultura integral que con dos polos por base: la sabiduría clásica, griega y latina, en uno, y la literatura española, en el otro, podía girar por todas las órbitas. Es curioso observar que hoy se vocifera en todos los tonos acerca de la hispanidad y no se estudia a España. Nosotros fundamos en 1914 la *Sociedad Hispánica de México* que, aunque de vida efímera, pues la suya se redujo a dos o tres ruidosas sesiones, con retrato de la mesa directiva en una, y al libro *Las cien mejores poesías mejicanas,* hecho por los tres, en su sola intención marca nuestro fervor hispanista. Emprendimos, además, una tarea ímproba: la corrección de la historia de la literatura española de Mérimée, según los datos de Foulché-Delbosc. La disciplina obtenida en la crítica de los textos históricos fué enorme. Pedro nos descubrió, por añadidura, todos los horizontes literarios, de Bernard Shaw y Jane Austen a los poetas modernos, a Verlaine, Baudelaire, Laforgue y Rimbaud. Nos declamó a nuestros americanos Darío, Lugones, Herrera y Reissig. Supimos, por último, que no había que desdeñar nuestra propia literatura y así, el que no dió clases o conferencias, escribió sobre ella. Nos enorgullecimos con Alarcón, Sor Juana y Gorostiza, pero también con Othón, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón y Nervo.

De Alfonso Reyes aprendimos, a través de su cátedra —que él con excesiva modestia llama incipiente—, por su libro *Cuestiones estéticas* en que exhibe sus inquietudes que eran las nuestras: Góngora, Goethe, Mallarmé; por su estilo, único de riqueza, gracia y agilidad; por sus admirables trabajos posteriores; por sus versos y después por su trato íntimo que hay que saberlo todo, que nada debe escapar a nuestra codiciosa ambición pero que, en el fondo de toda literatura, como espíritu que alienta y vivifica, existe la poesía. Así es su obra: algún día se le hará justicia: es un poeta, un gran poeta, que ha tenido que ocuparse en muchas actividades... El fuego late, oculto por brillantes cenizas; los más se deslumbran con éstas, los menos sienten el rescoldo interior.

"Ciudadano de todas las literaturas", Antonio Castro se ha especializado en la historia literaria de México. Su *Revista de Literatura Mexicana* fué un éxito rotundo desde su aparición: todos quisieran verla más frecuentemente. Su compromiso de escribir una *Historia de la Literatura Mexicana,* sellado con la aceptación de esa cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, nos augura un libro viviente, que no sea un repertorio de fechas y nombres, juicios estereotipados y cortesías críticas. En literatura, por desgracia, lo cortés sí quita lo valiente.

Este libro acerca de Alarcón se nos presenta en forma integral: un primer capítulo que reseña lo que sabemos a ciencia cierta de la vida de Alarcón y en que se apuntan las hipótesis aceptables de lo que de él se ignora. Un segundo que fija —ambiente necesario— las características intelectuales y de escena del teatro español del primer tercio del siglo XVII. Luego viene un análisis, casi una disección, de las comedias que escribió nuestro artífice. Aquí la sutileza de observación y la amplitud de cultura para señalar fuentes, marcar influencias, desentrañar épocas, indican la maestría crítica del autor del libro. Sus observaciones, tan humanas, tan rebosantes de fina ironía y de actualidad nos cautivan. Al hablar de *El semejante a sí mismo,* dice: "el tipo del galán de la comedia de enredo del siglo XVII español, tan convencional como el héroe de las películas norteamericanas de vaqueros, cuyo carácter se pinta siempre por los mismos rasgos: valor, astucia, generosidad, inclinación al hogar y un campestre romanticismo de canción y luna. . . Y en todos el amor es un sentimiento exaltado, un fuego retórico en que se queman las palabras sin que lo sepa el corazón". El *Anticristo* "resulta, a fin de cuentas, una especie de tirano entre depravado y maniático, menos pintoresco que Nerón y menos eficaz que Hitler".

El capítulo cuarto, *Alarcón, su espíritu y su arte,* encierra y analiza las opiniones acerca del comediógrafo y de la propia apreciación suya: Alarcón no es un moralista, es un creador de caracteres. Después discute el problema del mexicanismo de Alarcón. Los que niegan sus características desconocen la realidad del desarrollo histórico de México: la nacionalidad no se formó de golpe. Aun el país de los propios conquistadores fué ya diverso de la metrópoli: existía en él un factor de gran importancia, el indio. Los españoles no sólo no aniquilaron el espíritu indígena sino que, a impulsos de generosa hidalguía, amalgamaron en lo posible las dos civilizaciones. Las artes plásticas,

cuyos testimonios son de innegable valor, así lo demostraron: las águilas imperiales de Carlos v se revisten del mismo plumaje que Quetzalcoatl, Cortés firma procesos escritos en jeroglíficos y las mitras y casullas de mosaico de pluma nos encantan. No es, empero, sino en el siglo xvii, hacia 1630, cuando México adquiere ya su personalidad: son los nietos de los conquistadores los que ya se sienten hijos de un nuevo país, la Nueva España. Pero este desarrollo es gradual, por eso Alarcón reviste gran importancia: "es la primera voz mexicana que se oye en el mundo", como apunta Alfonso Reyes. Cuando el mexicanismo adquiere su máxima expresión en los dulces labios de Sor Juana, Alarcón ha contribuído enormemente a la formación de su poesía. Así este hombre aparece como un heraldo de nuestra nacionalidad.

Concluye el libro con una extraordinaria documentación. Notas acerca del supuesto retrato de Alarcón, sobre cada uno de sus capítulos, y luego la reseña de sesenta y un documentos alarconianos. Su *Bibliografía,* completísima, cierra el volumen. Obra tan equilibrada, tan sólida y agradable a la vez, hará época en la historia literaria de México.

Manuel TOUSSAINT.

¿HEROES MAYAS?

¿POR QUÉ le habrá puesto Ermilo Abreu Gómez como título el de HÉROES MAYAS, a su último y reciente libro? No me atrevería a justificar tal interrogación si no conociera, ya de antemano, el ánimo riguroso de Abreu Gómez. Tanto se ha dicho sobre el sentido de los títulos, sobre su congruencia o incongruencia con las páginas que denominan, que a menudo se piensa en un nombre, en una frase cualquiera, con tal de que suene bien o de que sea original.

En este caso, el reflexionar sobre el título que Abreu Gómez ha admitido para su libro, nos resulta de singular valor a fin de glosar el punto en que afirma su importancia para nuestra literatura. Cada vez se experimenta con mayor energía la necesidad de ir haciendo que nuestra atención se ocupe solamente de aquellos trabajos aptos, capaces de contener alguna solución salvadora, alguna luz imprescindible que ilumine los problemas actuales. El campo de la guerra no se encuentra con exclusividad reducido a los frentes de batalla. Su acción destructora y su tremenda peligrosidad, generalizadas a todos los órdenes de la vida —también a todos sus desórdenes—, se hacen extensivas hasta el propio corazón del hombre, a sus ideas, a sus valores, a sus sentimientos. ¡Con qué cruel inconsciencia se habla de que todo el peligro está lejano, sin que nos influya ni determine! Nuestro pan cotidiano es todo lo contrario. Antes teníamos nuestros propios problemas. Ahora tenemos los nuestros y los del mundo; porque un problema universal, tan universal como el hombre, nos está testificando antiguos desquiciamientos y falsos y dolorosos entusiasmos. Me refiero al problema de nuestra misma existencia que, puesta ante las mil graves circunstancias del presente, nos hace sentirnos y movernos si bien entre las comodidades físicas que jamás se hayan inventado, junto al doloroso incendio en que vemos destruirse organizaciones y sistemas completos, arrastrando en su monstruoso resquebrajamiento la solidez de unos principios que el hombre quiso ver prolongarse hasta la eternidad.

Ante tales circunstancias: ¿cuál será el sentido a que puede aspirar un escritor que lo sea con autenticidad, sino el de volver sus ojos sobre la sangre dolorosa de su cuerpo, descubriendo el milagro

de su vida hecha para ahondar y enriquecer las de los demás, creando en sí mismo, por todo lo que siente y mira en todos los otros, en su propia tierra y bajo su propio cielo, la vida, la pasada y la de ahora, para salvar al fin el camino, la palabra, la sangre del hombre? Lo demás suena a moneda ruinosa, a falsa y desconsoladora tarea.

Estas reflexiones llevan una finalidad. No han sido producidas por el azar, ni por un capricho han sido traídas hasta estas páginas. Ante todos aquellos que suscriben opiniones ajenas, sin llegar a sentirlas caer más allá de su propia lengua; ante los que jamás han sentido el profundo deseo de vivir más allá de las páginas de un libro y ante toda clase de coleccionadores de influencias y genealogías, es necesario comprobar: que cuando la literatura no circula en la vida como la sangre en el cuerpo, con esa misma y clara sencillez difícil, se vuelve la más inconsistente de las ocupaciones. El escritor, entre otras tantas luces y sombras que lo acompañan, pertenece a aquellos hombres que llevan, en sí mismos, la clara luz de nuestra existencia.

Comenzar a escribir es ya estar dejando invisibles latidos en el papel y si el libro de Abreu Gómez ha caído a nuestras manos con un gesto de alivio, otro de preocupación y lucha al rescatar para nuestro tiempo, con su estilo ejemplar, hondas preocupaciones humanas, ¿qué mejor que hablar del trazo vivo de sus pulsaciones oyendo más de cerca la voz que recoge de nuestro pasado, multiplicada y enriquecida en tantos motivos? Entremos, pues, más que al estilo, al destino del escritor.

FIDELIDAD O INFIDELIDAD

INTERPRETAR la literatura por la calidad de la acción humana que ella contenga, no ha sido ni es una vía favorecida; por el contrario, la generalidad de nuestros críticos ha ignorado, con bastante frecuencia, este sentido; concretándose a simples e intrascendentes labores policíacas, y convirtiéndose en los guardianes de un orden externo callejero, inaplicable al grado íntimo, personal, donde el hombre realiza la destrucción o construye la eficacia de su propia existencia. Sólo se pierden y se ocupan en la consideración de los datos externos, arquitecturales, digamos *técnicos*, de la literatura; dejando inexplorado y desconocido el cálido vapor humano que de las páginas suele levantarse, y la secreta e invisible raíz que va alimentando la fuerza o la debilidad del hombre. Con tales reacciones, la técnica ha veni-

do ahogando en muchas conciencias, la fuerza de toda vitalidad, al convertirse en centro primordial de atención, llegando, en su dominio, a concentrar los más excelsos valores. ¡Fatal equivocación!

No hace muchos días leía en las páginas de un diario, la ejemplar confesión que en torno a tan esencial punto de vista, hacía un joven crítico, amigo mío, consagrada a explicar que hubo un tiempo de interesarse más por las grandes y tangibles líneas arquitecturales de un Huxley, que por la técnica deficiente e irregular de un Lawrence. En buena hora, y comprendiendo al fin que el único valor, por lo menos, no es con exclusividad el técnico, comienza a desentrañar la importancia de Lawrence, haciéndola descansar precisamente en el valor humano que su obra agrega a nuestro tiempo, señalando una salida al laberinto que encarcela la vida contemporánea.

Me alegra esta determinación, porque la avasalladora admiración por la técnica llega a la juventud, haciéndola obscurecer sus propios y originales impulsos, restándole sus solidarias energías, aumentando con esto la gravedad de nuestra situación. Grave es que una vida termine con los ojos abiertos y esperanzados en la técnica; pero más, mucho más grave es todavía, una ciega confianza inicial. ¿Quién es capaz de negar que el desastre sufrido actualmente por el hombre, no radica, entre otras causas correlativas, en la mala administración, en la elevada y enloquecedora dosis de técnica padecida por el mundo? Todo tiene importancia: el crimen y la virtud, la locura y el sueño y la dificultad con que respiramos; pero una vida sin finalidad, una *literatura técnica*, sin más, sin más que eso, será un brutal y congelador efecto de todos los afanes humanos.

Ahora nos importa, a todos y a cada uno, nuestras propias existencias. ¿Qué es, qué será de nosotros y del mundo? . . . Si a fuerza de buscar y ensayar soluciones, conseguimos, entre otros imprescindibles quehaceres, humanizar la técnica, a tanto enfrentarnos con su frío poder, instaurando los principios y las finalidades de nuestra existencia, no sólo porque esta decisión sea arrebatada en la tenebrosidad de una solícita actuación egoísta, útil y salvadora medida a los que ahora vivimos, sino que porque nos preocupe contribuir con toda nuestra eficacia a la fiel estabilidad del mundo venidero, sintiendo ese abrazo inefable a lo desconocido, al porvenir, a la sucesión de los siglos que oímos nacer de los dolores y sacrificios contemporáneos, que al fin cualquiera, con tal de que la sienta en verdad, puede decir que nació con el primer hombre y morirá con el último, tal es la honda y continua comunicación con todos nuestros semejantes.

Si se consigue encauzar el mundo futuro, dándole principios válidos y efectivos para su sustento, será también en muy alta medida, porque los escritores y los críticos lleven desvelados sus ojos ante nuestros oscuros y dilatados problemas. Que no exista, pues, un crítico ni un escritor, por jóvenes que sean, ajenos a esta fórmula imprescriptible.

Pudiera creerse que las metas de nuestra existencia son un término difícil, el cual hay que manipular con todo el instrumental necesario, con mascarillas para altas y bajas presiones, con toda una biblioteca de emergencia; término sagrado que exige el rito misterioso de las últimas ceremonias culturales. Bien está todo eso. Inmejorables precauciones. Pero acaso nos suceda que por prepararlo todo larga y angustiosamente, esperando llegar a un estado en que todo pueda ser última y definitivamente señoreado, se nos muera en nuestras propias manos, de tanto esperarnos, el sentido mismo de nuestra existencia.

LITERATURA INDIGENA

¿Quiénes son los héroes mayas? ¿Zamná? ¿Cocom? ¿Canek? ¿De qué clase de héroes y de qué tipo de mayas se trata? ¿Cuál es la zona humana en que definitivamente resuelven su acción, esos interesantes escritos de Abreu Gómez?

Recojamos, pues, la pregunta inicial de estas páginas, detenida hasta ahora al través de ellas, y constatemos como su leve filo, imperceptible tantas veces a una vista mal acostumbrada, ha podido dejarnos al descubierto aquellos problemas esenciales que parecían no existir en el acto en que fué escrito.

De dos modos diversos se ha venido entendiendo, principalmente, lo que se ha dado en llamar *Literatura indígena.* Uno es el referido a los numerosos textos que pudieron elaborarse con la ayuda más o menos directa de los misioneros españoles, consignando múltiples experiencia y tradiciones de la vida indígena precortesiana; y el otro, más pomposamente reciente, se ha procurado endilgar a algunos de nuestros escritores (Abreu Gómez, Henestrosa, Mediz Bolio...), bien porque el tema indígena sea predominante en sus obras; bien porque aún no siéndolo, baste para ser considerados el hablar una o más de las lenguas indígenas supervivientes y sentirse portavoces de un pasado autóctono y secular, que van adivinando y reconstruyendo al

amparo del sol, el paisaje y la tierra que los vió nacer. ¿Qué podrán expresarnos tales sentidos?

Agustín Yáñez, se ha venido distinguiendo por sus certeras interpretaciones en torno a estos problemas. Su último prólogo, escrito para los *Mitos Indígenas* de la Biblioteca del Estudiante Universitario, está lleno de una fluída comprensión que inútilmente habrán de regatearle. Experto conocedor del mundo indígena precortesiano, es el primero en recoger los tremendos obstáculos, algunos de ellos ya insalvables, que nos lo dejan mutilado, deforme y falsificado en tantos capítulos; con todo, y aun cuando gran parte de lo hasta hoy *conocido* sea, en válida paradoja, *indescifrable,* por lo cual el primitivo y original sentido que debió corresponderle queda oculto y obscurecido para nuestra mentalidad contemporánea, existen tantos y tantos innegables testimonios para intuir la madurez cultural que lograron alcanzar los pueblos indígenas prehispánicos que, si bien el espíritu occidental demuestra torpeza e inadaptación para comprender con su sentido nato los profundas y habituales vivencias de los indígenas, ellas existen para nosotros vigorosamente instaladas en nuestro subsuelo histórico, proyectando hasta nuestros días su constante e innagotable fuerza.

¿No será esta perenne irradiación del alma indígena comparable al insensible amor de las raíces que, hundidas en la fertilidad oscura de la tierra, alcanzan más tarde, la altura de la luz? ¿No será esta luz que aprehendemos en la sensibilidad, las obras y las palabras de los mexicanos actuales? ¿No será la sangre antigua, la que ha venido también alimentando con su disimulada presencia nuestro paisaje tan lleno de insinuaciones profundas y lejanas?

La única respuesta posible es la afirmativa.

Lawrence dijo: *El hombre es un río de sangre que habla,* de sangre transformada en palabras, de palabras tan vivas que son sangre, alimento, amor, religión; circulando ágilmente en el cuerpo del hombre, dándole la vida y la fuerza; arropándolo calurosamente en su misterio infinito; prolongándose a través de los siglos de uno a otro cuerpo, de una a otra alma; fecundando todo cuanto existe; despeñando su cauce un tiempo tranquilo, oscureciéndolo y cegándolo; hiriendo inexplicable la propia vida, después de darle esplendor y confianza, como si su continuo correr por todas las venas las fuera desgastando, destruyendo, para encontrar su cauce final, su última y definitiva desembocadura en la muerte.

Estas palabras de la sangre son un completo símbolo del hombre; así las entendemos y sentimos; de allí que al venir analizando la significación de la literatura indígena, se concluya en ese su misterioso poder. Primero serán los textos indígenas; después, se infiltrará en todo el ser de nuestra literatura hasta llegar a los escritores actuales.

Este ya será un primer sentido verdadero para situar los Héroes Mayas de Abreu Gómez. Ciertamente, el tema es un motivo de clasificación en las literaturas, como los hay tantos, hasta el infinito. Pero el problema de una *literatura indígena* es tan importante, que su solución habrá de entendérselas directamente con el de la literatura mexicana. Tal cual de ella se piense así será en definitiva la respuesta, porque si estamos entendiendo que la literatura mexicana ha sido un vistoso o cansado mosaico, lleno de figuras irregulares o absurdas que toman sentido a condición de asomarse con total cercanía a las corrientes literarias europeas, entonces habremos de concluir que el tema indígena, extraño a todos esos territorios literarios, podrá constituir aparte —entonces sí con verdad—, una literatura.

A diferente y más rigurosa conclusión se llega, si se toma en consideración que en la plena realidad de su sentido, no hubo, ni hay en la actualidad, *literatura indígena;* que los textos indígenas hasta ahora existentes (sólo consignando una pequeña parte de lo que debió ser el amplio y rico mundo precortesiano), son redactados *ya* con caracteres y cifras del idioma español, comenzando desde este momento la superposición de elementos extraños. De tal modo, cuando los misioneros españoles se esfuerzan y se preparan para llegar a dominar el misterio de las lenguas aborígenes, necesariamente han de *traducir* al mundo español, cada una de sus significaciones. Aquí las armas del idioma español son empleadas, también, en una no tan espectacular conquista.

Análoga dirección, bien que de signo contrario, siguieron los indígenas en su aprendizaje del español, infiltrando las luces de su propia lengua a las palabras y las realidades españolas. De esta mutua e inicial traducción en que lo español y lo indígena fecundan sus primeras relaciones, así como del abrazo violento de sus dos sangres, nacimos a la vida histórica. Ya no fué sólo lo español, tampoco lo indígena, sino un proceso de asimilación de dos mundos que, en forma desigual, se ha venido realizando en el cuerpo de nuestra historia. Desde él se irá levantando y robusteciendo nuestra nacionalidad y con ella, como si fuera el gesto que anima toda la expresión de su cara, nuestra literatura.

Atendiendo a estos supuestos, se vendrá a concluir que, más que una contribución *textual*, los indígenas dieron y siguen dando en nuestros días, una contribución humana en el más amplio de los sentidos. Desde entonces se verá que esta afluencia de lo indígena inicia un proceso jamás interrumpido en nuestra literatura, bien que con diferentes intensidades. ¿Estarán en efecto en un mismo grado, digamos, la obra de Terrazas que las cartas de Cortés o que la obra de los Cronistas? ¡Cuántos luminosos caminos esperan todavía ser encontrados por las manos ociosas y desorientadas de nuestros críticos! De todas maneras, lo que interesa hacer notar, por ahora, es que cuando se habla de una *literatura indígena*, se hace sin el menor fundamento, a menos que se quieran establecer determinaciones y sentidos a costa de querer confundirlo todo.

Los Héroes Mayas de Ermilo Abreu Gómez son indígenas de abolengo, nada más, pero tampoco, nada menos. En ellos lo maya es ya mexicano y lo mexicano, universal. Su principal mérito ha consistido en realizar por su parte, las proféticas palabras de Jacinto Canek: *El futuro de estas tierras depende de la fusión de lo que está dormido en nuestras manos* (las indígenas) *y de lo que está despierto en las de ellos* (las españolas). ¿No será éste el indicio innegable de que nuestra literatura va entrando en su sentido fiel, hundiéndose y empapándose en la feraz riqueza de nuestras tierras?

Despertar todo lo que ha venido teniendo una dolorosa realidad de sueño, de palabras y sentimientos perdidos en la bóveda inmensa de nuestro cielo, será ya articular la voz genuina que nos corresponde. Será, también, comprobar cómo a nuestra literatura ha llegado un período de vigilia, de desvelo, de amplias miradas insatisfechas que van desentrañando la compleja trabazón vital que nos circunda, abriendo las anchas vías de nuestra realidad a las posibilidades contemporáneas.

Hace ya mucho tiempo, nos cuenta Ermilo Abreu Gómez, Zamná dijo que *la tierra que se veía, tenía en su vientre la vida de la paz y que sobre la cabeza de todos y los pies de todos estaba la tórtola que es dulzura de soledad.* Después, Zamná abandonó esta tierra, emprendiendo un camino sin fin. Todo quedó entonces bajo el imperio y la voluntad de Kukulcán y sus guerreros, dueños de lo que sus manos poseían. De este modo tan sencillo y profundo, vuelve a confirmarse que la paz es el reino del espíritu.

Jorge GONZALEZ DURAN.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I O N   I M A G I N A R I A

Printed in Mexico